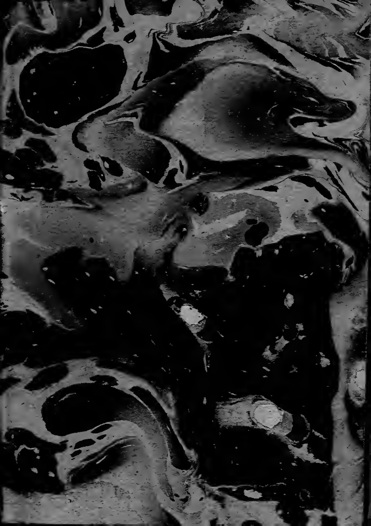
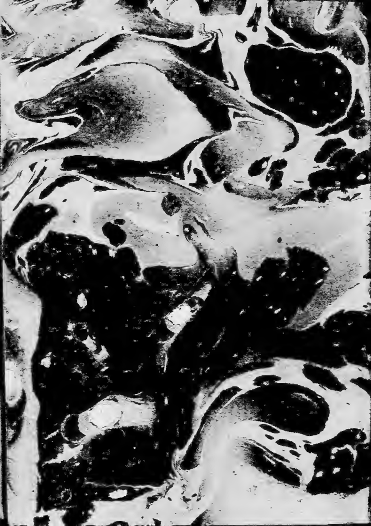








PELAYO,

RESTAURADOR DE LA MONARQUÍA ESPAÑOLA.

Novela histórica

ESCRITA EN FRANCES

POR MADAME DE ROME,

TRADUCIDA AL ESPAÑOL

POR

Doña Petra Pedregal de Zervás.

TOMO I.

CON PRIVILEGIO.

MADRID:

Imprenta de D. Pedro Sanz.

1828.

Se halla venal en la misma librería de Sanz, *calle de las Carretas, y en Cádiz en la de* Hortal *y compañía; é igualmente en las citadas librerías*, *la* Pastora de Lammermoor, ó la Desposada, *Novela histórica*, *en dos tomos en octavo.*

LA TRADUCTORA.

Entre la multitud de novelas que la aficion á la lectura ha puesto en mis manos, Pelayo, ó el Restaurador de la Monarquía Española, *ha sido una de las poquísimas que me han causado un verdadero placer. El título solo fue para mí una recomendacion; y aunque por sí misma no sea una obra maestra, no podrá borrársela del catálogo de las mejores que decoran las bibliotecas escogidas; y Madama de Rome, su autora, recibirá en todos tiempos los elogios que merecen su sana y religiosa moral, la delicadeza de sus pensamientos, y la pureza de su lenguaje, teniendo doble interes y mérito para una Española que, como yo, ama á su patria y á los heroes que la han ennoblecido, viendo en ella las hazañas y las virtudes de sus antepasados tratadas con la*

consideracion que se merecen, y puestas en público por una pluma que ha elegido este asunto, entre los infinitos de que abundan los demas paises, y sobre todo el de la Escritura, fecundo en acontecimientos históricos, ejemplos de piedad, y rasgos de valor.

Penetrada de reconocimiento por esta preferencia, y sin consultar mis fuerzas, me puse á traducirla, si se puede llamar asi el haberla desfigurado, vertiéndola en mal Español, y permitiéndome hacer algunas variaciones para darla mas analogía con el pais de que habla y las personas que hace hablar, y cuando la tuve concluida, mi necedad (perdonable por el objeto) llegó á tanto, que me propuse darla á la prensa luego que mi débil salud y muchas ocupaciones me lo permitieran.

Si esta idea hubiera sido con la de atraerme los aplausos de mis compatriotas, nada habia de mas natural que el haberla hecho corregir por alguna de las personas que me favorecen con su amistad, y que

estan en estado de hacerla soportable; pero como entonces el trabajo hubiera sido suyo, y que las alabanzas que podia dar el público serian un robo que yo hiciese á su gloria, he tenido por mas conveniente que mi obra sufra la misma suerte que otras muchísimas de su género, antes que apropiarme lo que no me pertenece: así es que los innumerables galicismos y faltas de estilo de que está llena son mias: de las que me reconozco y confieso culpada, esperando por esta franca esposicion de sus defectos ahorrar á los lectores una crítica que, aunque justa, sería inútil tanto porque mi traduccion no merece que ninguno que esté en el caso de hacerla se ocupe de ella, cuanto porque el mal está ya hecho.

Me lisonjeo de que mis paisanos, para quienes la he traducido, serán indulgentes en consideracion á la buena voluntad que me anima, proporcionándoles una distraccion inocente, interesando su sensibilidad por unas mugeres tan amables y tan virtuosas,

unos amantes tan fieles y tan constantes, unos cortesanos tan desinteresados y tan sinceros, un Príncipe tan recto y tan afecto á su pueblo, de quien fue padre mas que Soberano, y en fin de una Nacion en que han nacido, y de las que ellas son su mas bello ornamento, declarado asi por todos los estrangeros imparciales que tienen el placer de conocerlas.

Sírvalas esta certidumbre para que perfeccionen y hagan mas preciosos, sólidos y agradables sus talentos y gracias naturales, con la instruccion que desgraciadamente ha escaseado para ellas hasta aqui: que leyendo autores que sin ofender su modestia, prenda inestimable en las mugeres, las inspire el buen gusto, y las haga superiores ó iguales á lo menos á tantas célebres como ilustran la Francia, Alemania é Inglaterra, no contentándose con imitarlas solo en el vestido, é instruyéndose de modo que observen la Religion, no por rutina, sino por principios: que practiquen las virtudes sociales, no por

simpleza sino por convencimiento; que adornen su entendimiento, no por una curiosidad vana, sino por gusto y por utilidad; que adquieran los conocimientos de todo lo que no sea incompatible con su moral, y con su físico, y en fin que participen de las luces de que hasta ahora se las ha escluido por una costumbre ridícula, una indolencia imperdonable, ó una preocupacion criminal é injuriosa hácia ellas, privando así á los hombres de la satisfaccion de ser padres, hijos, esposos ó hermanos de mugeres que darian brillo á su nacion, cuyo esplendor recaeria en ellos: pues que la civilizacion de un pueblo se gradúa por la ilustracion del bello sexo, impidiendo á este poder hacer uso de las facultades de su espíritu dotado por la naturaleza de tanta dulzura y flexibilidad, estrechando su ardiente y viva imaginacion de tal modo, que no pudiendo contenerla en los reducidos límites que la prescriben, se derrame sin provecho en frivolidades, ó se estravie y se pierda con per-

juicio de la sociedad y de sus almas. Por mi parte, toda mi ambicion se cifra en que conociendo mi buena voluntad é intencion, se penetren de que mi deseo no es otro que el de que sean las mas perfectas, para que nada falte á hacerlas las mas amables.

Debo observar que no siendo esta obrita mas que una novela histórica, no se debe estrañar que se hallen entretegidos entre tantos sucesos verdaderos algunas ficciones inventadas por la autora, que se habia propuesto sin duda, refiriendo los hechos mas notables de aquel tiempo, adornarlos y componerlos del modo mas interesante, y que las variaciones que yo me he permitido hacer no desfiguran en nada el fondo de verdad que existe en la composicion original; habiendo solamente tenido la idea de excitar la curiosidad de mis lectoras, para que se informen mas estensa y verídicamente en las historias de unos sucesos tan necesarios de saberse, que honran tanto á sus abuelos, y hacen tan respetable la memoria de Pelayo.

NOTICIA ESENCIAL SOBRE ESPAÑA,

POR LA TRADUCTORA.

España situada al confin de Europa, del lado de Africa, estuvo ocupada en los principios por los Fenicios y los Griegos. Los Cartagineses y los Romanos trataron alternativamente de hacerse dueños de ella, y en tiempo de Augusto se incorporó al imperio Romano. En el siglo V. se apoderaron de ella los Suevos, los Vándalos y los Alanos, hasta que vencidos por los Godos, se vieron obligados á pasar al Africa; pero en el año de 409 se volvieron á establecer de nuevo.

En 415 los Visogodos, bajo la direccion del Rey Ataulfo tomaron á Barcelona, dando principio á una monarquía en España, y en 472 la dominaron los Romanos; aunque

siempre inquietados por aquellos. Un siglo despues los Visogodos echaron de Galicia á los Suevos.

Por los años de 572 se empezó á contar la egira, fuga ó retirada de Mahoma de Meca á Medina; este sectario elevó el valor de los Arabes de tal modo, que los llevó de conquista en conquista hasta hacerse dueño de todo el pais entre la India y el océano atlántico; y hácia el año 711, despues de haberse apoderado del Africa, pasaron el estrecho de Gibraltar, y ganaron sobre los Godos la famosa batalla de Jerez en el de 714, en la que pereció Rodrigo ó Rudesico, último Rey de estos, habiendo durado el combate, ó mas bien la carnicería, ocho dias seguidos. Los Moros continuaron sus conquistas, pasaron los Pirineos, inundaron la Francia, y ocuparon por algun tiempo la Septimaria y el Languedoc.

En 717, Pelayo, Príncipe de la familia de Rodrigo, recogió los restos del ejército de aquel desgraciado Monarca, y

echó los cimientos de una nueva monarquía, pudiendo llamarse su restaurador.

Los Moros continuaron sus incursiones en Francia, y fueron derrotados por Cárlos Martel; en España siguieron sus conquistas, y establecieron reinos, en los que se sucedieron varias dinastías.

En 750 *Alfonso I fundó el reino de Leon, y en* 1030 *recayó esta corona en Fernando de Castilla, que se dice ser descendiente de Moros. Sancho de Navarra tuvo los reinos de este nombre y de Leon, y el condado de Castilla.*

En 1035 *se dividieron los estados de Sancho en reinos de Castilla, de Navarra y de Aragon; su hijo mayor obtuvo la Navarra, y fue el vástago de una larga serie de Reyes, de los cuales el último fue Juan de Albret, desposeido en* 1512 *por Don Fernando V, el Católico.*

El segundo hijo de Don Sancho heredó los reinos de Castilla y Leon, y dió principio á una familia que se perpetuó hasta 1474

en la persona de Doña Isabel, que llevó en dote estos estados, cuando se casó con Don Fernando V. Don Ramiro, hijo natural de Sancho, empezó á formar el reino de Aragon hasta Fernando V; este Príncipe por su casamiento con Isabel de Castilla reunió diferentes estados cristianos, y tuvo bastante poder para arrojar enteramente de España á los Moros.

En 1085 *Alfonso de Castilla habia quitado á los Moros Toledo y Madrid; en* 1236 *se fundó el reino de Granada, y en* 1492 *se hizo la conquista de este reino por Fernando el Católico; en el mismo reinado de Fernando y su esposa Doña Isabel, á principios del siglo XVI, se hizo la descubierta de la América por Hernan Cortés.*

En 1514 *Doña Juana, llamada* la Loca, *hija de los Reyes Católicos, casó con Felipe I, hijo del Emperador Maximiliano I, y fue el primero de la casa de Austria que reinó en España.*

En 1516 *Cárlos I de España, y V de*

Austria, les sucedió, y dejó al morir los estados de Alemania á su hermano Fernando I, y la corona de España á su hijo Felipe I, cuyo hijo Felipe II le sucedió en 1555. *A este sucedió en* 1598 *su hijo Felipe III, del que heredó despues en el año de* 1621 *su hijo Felipe IV.*

En 1665 *su hijo Cárlos II, no habiendo dejado hijos, hizo testamento en favor del Duque de Anjou, su sobrino, que fue Felipe V de Borbon, y que dió principio á su dinastía en España; pero habiendo abdicado en su hijo Luis I, tuvo que volver, por muerte de este, á tomar las riendas del gobierno, hasta que en* 1746 *le sucedió su hijo segundo Fernando VI, de quien heredó la corona, por no haber dejado hijos, su hermano Cárlos III; á este sucedió Don Cárlos IV en el año de* 1788 *hasta el de* 1808 *en que abdicó en favor de su heredero inmediato Don Fernando VII, que reina actualmente.*

Desde la invasion de los Godos en 411,

el trono de España ha estado ocupado por ellos solos cerca de 300 años; por los Godos ó Españoles y Moros á un tiempo 800; por la casa de Austria 147; y por la dinastía de Borbon desde 1700.

PELAYO,

RESTAURADOR

DE LA MONARQUIA ESPAÑOLA.

CAPITULO PRIMERO.

Despues qne los moros destruyeron la monarqnía de los Godos en España, y se hicieron dueños de una gran parte de ella, habiéndose apoderado de la ciudad de Cangas, resistian hacia muchos meses contra los esfuerzos casi continuos de Pelayo. Los sucesos de la guerra habian valanceado y dejado indecisa la suerte de la ciudad, no siendo importante sino por la proximidad

con la provincia de Astúrias, de la que era como cabeza.

Fatigado Pelayo de una resistencia tan terca, y no queriendo dejar á la espalda unos enemigos tan temibles por su número, se disponia á dar un asalto general al dia siguiente: medida que no habia querido adoptar hasta entonces por ahorrar la sangre de sus vasallos, y sobre todo la de sus queridos asturianos.

Retirado en su tienda, y estando solo, buscaba un descanso que la tristeza de sus pensamientos le impedia gozar, cuando un rnido no lejano de élla le sacó de sus profundas reflexiones. Viendo que este se acercaba, se levantó para informarse por sí mismo, y vió un hombre que atropellando á la multitud sin que nadie le pudiera detener, penetró en la tienda, y cayó á sus pies pálido, cubierto de sangre, respirando apenas, y que no pudiendo esplicarse sino por señas, presentaba la imágen de la des-

gracia y la desesperacion. Atónito y conmovido Pelayo, le miró atentamente, despues de haberle hecho dar los prontos socorros que exigia su estado; á beneficio de ellos el desconocido moribnndo reunió sus fuerzas y exclamó: ¡O Señor mio! La Princesa Ormesinda.... un desmayo le cortó la palabra. Apenas volvió de él, cuando sin quererse ocupar de sus heridas, desechó todos los medios de conservar la vida.

"El mensagero del infortunio, dijo, no debe recibir ningun consuelo: Señor, nuestra ilustre Princesa está entre las manos del traidor Munnza cerca de aqui..... no he podido salvarla..... yo muero." Las fuerzas le faltaron, y su cnerpo quedó yerto en los brazos de los que le sostenian.

Penetrado Pelayo al mismo tiempo de dolor, de desesperacion y de gratitud esclamó: « ¡Eres tú fiel Iasid! ¡Dios poderoso! ¿No me habreis protegido hasta hoy, sino para hacerme sentir todo el horror de una

desgracia tan imprevista y tan funesta? "

Sin embargo, como siempre era dueño de sus pasiones, pocos momentos de reflexion fueron suficientes para volverle la resignacion ordinaria á los decretos de la Providencia, que tantas veces y tan visiblemente le habia protegido.

Despues de algunos instantes necesarios para la combinacion de su plan, hizo venir á los gefes de la tropa, les ordenó que el asalto se difiriese aun por algunos dias: escogió entre ellos un corto número que debia acompañarle: se armó apresuradamente, y salió bien decidido á no volver al campo sin estar seguro de la suerte de una hermana idolatrada.

A pesar de la oscuridad de la noche y de los obstáculos que retardaban su marcha y la de la tropa que le acompañaba, Pelayo caminó con tanta celeridad, que al amanecer se encontró en una llanura que conducia á Gijon, que era en aquel momen-

to propiedad del bárbaro Munuza y su plaza de armas. Pelayo se imaginó que su hermana habia sido conducida allí por su raptor, y de allí se propuso arrancarla. No pudiendo emplear la fuerza, se determinó á valerse de la astucia, por mas repugnante que este medio le pareciera á su lealtad; pues en el caso en que se hallaba lo juzgaba permitido, sin que el honor pudiera resentirse, combatiendo á su enemigo con sus mismas armas. Antes de entrar en la llanura inmensa, poco iluminada aun por el dia, halló una senda que conducia á un bosque bastante espeso: Pelayo quiso esperar en ella y aguardar la vuelta de algunos emisarios que habia enviado á la descubierta. Pocos instantes despues uno de ellos volvió, diciendo que como á unos cien pasos de allí parecia haber habido un combate, pues que el suelo estaba cubierto de armas hechas pedazos, de muertos y moribundos, y que segun las apariencias los devastado-

res de España habian perdido la batalla. El Príncipe se trasportó al parage, y examinó por sí mismo los muertos y los heridos, todos fuera de estado de responder á sus preguntas; entre ellos no habia ninguno que fuese conocido; afligido con este encuentro, y pensando que el robador de Ormesinda, debilitado por la pérdida de su gente, y fatigado con el combate no habria podido entrar en Gijon, puso espuelas á su caballo, lisonjeándose de alcanzarle en breve. Los primeros rayos del sol aclaran el campo y facilitan su rápida marcha descubriendo los objetos. A pesar de la velocidad de su carrera, ve una muger tendida sobre unas ramas y cubierta de sangre; esta vista le hace estremecerse, y salta del caballo para socorrerla si aun es tiempo; pero ¡cuál fue su sorpresa al reconocer á su hermana con el rostro cubierto con las sombras de la muerte, y no ofreciendo á sus ojos mas que una inmobilidad espantosa! el deseo de propor-

cionarla todos los alivios posibles apresura sus acciones, y con la mayor prontitud la toma en sus brazos, y busca con sus caricias como volverla á la vida. El movimiento continuado, y el calor que le comunica su hermano, reanima en algun tanto los espíritus de la Princesa, y da un débil suspiro; en seguida abre los ojos, y Pelayo esclama lleno de gozo: ¡está viva! ¡bendito sea el Dios de misericordia!

Ormesinda que no reconoce á su hermano, hace los esfuerzos que su debilidad la permite por deshacerse de los brazos de aquel hombre; pero sus fuerzas no ayudan su intencion, y tiene que ceder y dejarse colocar en una camilla formada con las lanzas, y cubierta con las capas de los soldados. Pelayo da la orden de volver al campo, sosteniendo con sus manos la cabeza de su hermana todo el tiempo que duró la lenta y penosa marcha. En fin, llegados al campamento, la Princesa recibe todos los socorros

que necesita, y la satisfaccion es completa, viendo que la sangre no proviene de ninguna herida: por todo remedio los médicos ordenan la quietud; pero bien lejos de ella, Ormesinda no recobra los sentidos sino para entrar en un horrible delirio, en el que su imaginacion la pinta las imágenes mas siniestras; una calentura junta á este delirio puso por algunos dias á la Princesa en el mayor peligro, y á Pelayo en una continua angustia á la vista del espectáculo horrible de su querida Ormesinda, olvidando que estaba delante de una ciudad sitiada: que la suspension de toda hostilidad podia dar á los sitiados el tiempo de fortificarse de nuevo, y tal vez el medio de vencer, haciendo una salida sobre unas tropas en donde reinaba la inaccion.

El cielo que protegia á Pelayo, no permitió que los enemigos echasen de ver lo que pasaba en el campo de los sitiadores: y estos conducidos por varios gefes,

sin dejar de respetar el dolor de su Soberano, entretnvieron con operaciones parciales á los sitiados, impidiéndoles verificar una salida.

Los cuidados del arte, los de la amistad, la jnventud y la buena complexion de Ormesinda la arrancaron de la muerte, volviéndola la salud, y con ella el juicio: y su hermano se felicitó de haber salvado á una hermana querida, y esta de su parte no cesaba de reconocer las bondades de un hermano tan digno de su amor y veneracion, y espresaba con la mayor efusion los sentimientos de que estaba penetrada; pero una viva inquietud se mezclaba en todos sus discursos: por último, venciendo la timidez que la habia impedido hasta entonces hablar, preguntó si no se habia salvado ninguno de los que se encontraron en la batalla que ella habia presenciado. La respuesta afirmativa de que no, la aflige; un llanto abundante inunda sus megilias. Y ¡qué!

esclama, mi libertador será muerto! ¡Confundido con los impíos habrá perecido sin socorro, y su cuerpo quedará sin recibir los honores de la sepultura! ¡Si yo pudiera á lo menos coronar su tumba con los laureles que merece, y regarlos con mis lágrimas!... ¡O hermano mio! sin duda habrá sido despojado de la armadura, maltratado, ¿quién sabe?.... Cálmate, querida Ormesinda, dijo Pelayo; si tu libertador no está en estado de recibir el justo tributo que le debe el agradecimiento, no es dudable que haya encontrado la recompensa que merece su virtud en el seno de la Divinidad. ¿Pero cómo ha sido que tú te hayas encontrado en el estado que yo te he visto? Cualquiera que sean las circunstancias de este acontecimiento, yo me felicito que su fin haya sido tan favorable. Querida hermana, yo no quiero desde ahora existir mas que para la amistad, ningun otro sentimiento..... Pelayo no acabó la frase; un amargo suspiro se

escapó de su pecho, y el nombre de Ervigia salió de su boca, dejándole sumergido en una profunda meditacion; y viéndose poco dispuesto para continuar una conversacion que pocos momentos antes habia deseado, se iba á retirar, pero Ormesinda le detuvo para contarle todo lo ocurrido desde que el pérfido Munuza los habia separado, y dijo asi:

CAPÍTULO II.

"Tú sabes los infames proyectos de Munuza; la muerte me hubiera parecido preferible á la odiosa alianza que se me proponia con el destructor de mi patria; y tú puedes juzgar de mi espanto cuando supe que mi resistencia me conduciria á hacer parte de su abominable serrallo. En esta cruel alternativa no me quedaba otro medio que salvarme, alejándome furtivamente de la pérfida, á cuyo cuidado estaba encargada: lo que ejecuté refugiándome al lado

de la Reina Egilona, adonde llegué sin haber esperimentado ningun contratiempo, y habiendo sido recibida de ella con la mas viva afeccion; pero esta felicidad me duró bien poco: el mensagero que te envié para decirte que no te entregaras de nuevo á las astucias de un traidor, volvió sin haber podido verte, y ni aun haber tenido noticias positivas de tu existencia; y solo pudo saber por un esclavo de Munuza que los moros hacian grandes preparativos para caer sobre las Asturias. Yo conjeturé que tu persona era la única causa que les obligaba, pues que este pais no contenia nada que pudiese atraer su codicia: y en poco tiempo vi realizar mis temores con la certidumbre de tu retirada á estas montañas, y la llamada general que hicistes á todos los que gemian aun bajo el yugo sarraceno. Perseguida siempre por la idea de tus peligros, mi imaginacion no me presentaba sino las imágenes mas terribles; el hierro, el fuego,

y una continua carniceria estaban presentes á mi vista, siendo Munnza el conductor de la desolacion y de la muerte; y no pudiendo mi débil cerebro resistir á la idea de ser el pretesto de tantos males, perdí la razon por espacio de algunas semanas, habiéndola recobrado á fuerza del cuidado de la Reina y del nombre de victoria qne oia repetir á cada instante. La vuelta de mi juicio me puso en estado de saber las felices noticias qne llegaban todos los dias. El fiel Iasid fue el encargado de hacerme una relacion tan interesante; restablecida, pero exaltada aun, me decidí á venir á juntarme contigo. Prosternada al pie del altar que la Reina habia hecho construir en la pieza mas retirada de su palacio, juré de vivir y morir para la amistad, y si tenia la desgracia de perderte y la de sobrevivirte, consagrarme á Dios en un monasterio.

"Egilona combatió debilmente una idea que no aprobaba. Ormesinda, me dijo, yo

deseo y yo espero que no tendreis que cumplir esa promesa; pero aun en el caso que las ocasiones os obligasen, sería necesario que viéseis antes si no os quedaban otros deberes mas sagrados que cumplir en esta tierra regada con la sangre de vuestros compatriotas. Yo no sé si será mas agradable á Dios servir á la humanidad afligida, que cumplir unos votos pronunciados en el entusiasmo de la alegria ó en el esceso de la desgracia. En cuanto al valiente Pelayo, en medio de los peligros que le rodean, y en el de que acaba de escapar, prueba que la Providencia le protege, y que está escogido por ella para restaurar el imperio de los Godos, que una larga serie de infortunios y de yerros ha hecho perder.

"El proyecto de ir en busca del victorioso Pelayo es muy loable, continuó Egilona, pero me parece imprudente: el pais que teneis que atravesar está inundado de enemigos que se creerán dichosos en encontrar

una ocasion de saciar su barbarie en la persona de la hermana de su vencedor. "

Yo escuché á la Reina con atencion y respeto; sus observaciones eran las mas justas, pero mi corazon negado á la reflexion me obligó á persistir en mi determinacion.

¡Ay de mí! me dijo Egilona: el triste estado en que estoy me quita el poder de oponerme á vuestro viage; la aparente libertad en que me han dejado no puede durar mucho, y tendré mas motivos que vos para alejarme de esta ciudad; sin embargo yo me quedo. La desgraciada me abrazó tiernamente, y la palpitacion de su corazon me dió á conocer su agitacion; nuestras lágrimas se mezclaron, y solo sus ocupaciones la obligaron á separarse de mí.

Al dia siguiente Egilona vino á mi cuarto y me dijo: queria haberos proporcionado una proteccion segura para el camino que vais á hacer; pero me falta el tiempo por la prontitud con que habeis decidido partir, y

separaros de una parienta, de una amiga...., que no os verá mas.... Vuestro fiel Iasid, una de mis mugeres mas seguras y seis hombres de mi confiauza, es todo lo que puedo ofreceros: aceptad estas pequeñas joyas, restos de mi fortuna eclipsada; si sois bastante dichosa para vèr á vuestro hermano, decidle.... un ruido que llegó hasta uosotras suspendió sus palabras. Un temblor bastante visible alteró su semblaute, cerró cuidadosameute la puerta, y sus ojos llenos de lágrimas, se fijaron en la tierra; yo la hice mil preguntas, á las que no respoudió: y la misma noche me puse en camiuo acompañada de las gentes que Egilona me habia dado.

El camino fue largo y peuoso, y mas aun por los rodeos que Iasid nos obligaba á dar por evitar el encuentro de los enemigos. Yo estaba fatigada; y habiendo llegado á un sitio agradable, y no dudaudo de la proximidad de tu campameuto, pues que Iasid me habia mostrado las cabezas de las

tiendas, resolví hacer alto; y habiendo ordenado á la escolta se retirase, poco despues de haber tomado un alimento que el cuidado de Iasid me habia proporcionado, teniendo á mi lado á la única muger que venia conmigo, me entregué al sueño mas tranquilo, ignorando el modo con que me dispertaria. El ruido de las armas, los gritos de los combatientes me despiertan sobresaltada, mirando al rededor de mí para desechar las que creia yo ilusiones del sueño; pero me cercioré de la espantosa verdad, y reconocí el peligro que me rodeaba. El suelo estaba sembrado de cadáveres y de heridos que pedian auxilio, sin que nadie viniera á dárselo. La muger que me acompañaba habia desaparecido; viéndome sola tan cerca de la pelea, y sin fuerzas, el temor se apoderó de mí, y siéndome imposible huir, esperé resignadamente mi suerte. Habiendo observado que la mayor parte de los combatientes estaban armados

á la morisca, me estremecia cada choque que veia dar contra los que yo contaba como mis defensores, conociendo por el trage eran cristianos; en fin, un guerrero se separó de la tropa, y vino á mi lado en la actitud de resistirse; pero bien presto atacado por todas partes, hubiera sucumbido, si algunos de los suyos no hubieran venido á su socorro.

Entre los que le atacaban con mas encarnizamiento pude reconocer al infame Munuza; el horror que su vista me inspiró me hizo dar un grito, mi voz redobló el furor de los combatientes, y un instante despues, por algunas palabras que dijo el desconocido, y que yo no pude entender, se retiraron á un lado, y volvieron á la pelea con mas vigor que antes. Hasta entonces habia podido soportar la triste y espantosa escena que se habia presentado á mi vista; pero esta trastornó toda mi existencia, y no he vuelto á la vida sino por tí.

Esta es, querido hermano, la relacion de mi desagradable aventura: ¿qué quieres que te diga? Desde aquel momento, herida mi imaginacion por los objetos desastrados de que he sido testigo, no veo mas que desgracias; y la suerte de mi libertador me interesa infinito, al mismo tiempo que me inquieta."

"¿Y por qué ocultas, dijo Pelayo abrazando á su hermana, ese sentimiento que te hace tanto honor?: sea el que quiera el resultado de ese singular combate, tu raptor no ha podido verificar su proyecto, y tú conservas tu libertad y tu honor. Querida Ormesinda, esperemos en la bondad celeste que tu libertador goza de la vida; si al contrario, el Dios de las batallas ha decidido otra cosa, y si nosotros no podemos dar á sus manos la señal de un agradecimiento tan justamente merecido, elevémosle en nuestros corazones un monumento de gratitud, pidiendo al Sér eterno que admita su

alma generosa en la morada de los justos."

"Pero Ormesinda, continuó Pelayo despues de algunos instantes de silencio, ¿no tienes nada que decirme de Ervigia? ¿Será posible que la Reina no te haya hablado de ella, ni de nada que la concierna? ¿O tu silencio viene de no querer anunciarme alguna noticia dolorosa? Ormesinda, la tranquilidad de tu corazon no te deja conocer los tormentos del mio: los que no han amado son incapaces de conocer lo que un alma apasionada siente. Ervigia es la esposa de este corazon despedazado; su padre Rodrigo me la concedió; Egilona, su madre, consintió, y su voluntad decidió; tú sabes que la ceremonia que precedió al casamiento público fue hecha ante su difunto padre, y que si se difirió la que debia asegurar mi dicha, fue llevado por la ilusion de que ella acompañase la celebridad de la victoria.... que jamas debia coronar su frente: ¡infeliz Prín-

cipe, ¡qué caros has pagado los tiempos de tus faltas!

»Pelayo, replicó Ormesinda, no creas tener derecho á pensar que yo haya sido indiferente á la suerte de una Princesa con quien estoy unida por los dobles lazos del parentesco y de la amistad. ¿Podré yo olvidar jamas la bondad que me mostró, cuando Rodrigo rompiendo las cadenas de mi madre y las mias, nos llevó á su lado y prometió ocuparse seriamente de mi destino? No, Pelayo: no puedo suponer que la ingratitud resida en el corazon de su hermana. Yo te diré lo poco que la casualidad me ha hecho saber por Iasid, el cual no podrá añadir nada segun lo que me habeis dicho de él.

»Ya te he referido antes que nuestro viage le hacíamos lentamente, y los motivos que teníamos para ello, evitando pasar por poblado: nuestras detenciones eran en las cabañas aisladas, en donde no estábamos

sinó el tiempo preciso para dejar descansar las caballerías, y á provisionarnos de víveres, cuya cantidad era corta, siendo imposible conservarlos por el escesivo calor.

„El segundo dia de nuestra marcha, despues que Iasid me habia preparado una comida de todo lo mejor que habia podido encontrar, salió á la descubierta: cosa que hacia siempre, no queriendo fiarse de nadie; la ausencia de aquel dia se habia prolongado algunas horas, y esta tardanza empezaba á inquietarme, cuando le vi llegar con el mayor placer de mi parte.

„Una conmocion manifiesta alteraba su fisonomía naturalmente movible: los desgraciados sospechan fácilmente, y yo creí ó que habia llegado á su noticia algun infortunio tuyo, ó que preveia la imposibilidad de juntarme contigo; deseosa de saber el verdadero motivo le hice mil preguntas sin darle tiempo á responderme; y en fin, en un momento que cesé de hacerlas, me dijo que ha-

biendo querido reconocer un bosquecillo por donde debíamos pasar á buscar un asilo para la noche, habia visto dos hombres sentados á la sombra de un árbol que hablaban de un modo muy animado, y que como en aquellas circunstancias nada debia despreciarse, se habia puesto á escuchar sin ser visto; que su lenguage y su vestido anunciaban ser africanos, y los nombres de Abderran y de Abderramen que pronunciaron muchas veces le hicieron fijar toda su atencion, y ve aqui lo que me dijo haber entendido.

„Sí: mi amo desesperado de ver la des-
» truccion imprevista de su gente, prepara al
» feliz y temerario Pelayo una pesadumbre
» que le será mas sensible que la pérdida de
» una batalla, y puede contar que no volve-
» rá á ver á su Ervigia sino cargada de cade-
» nas, ó humillada con los empleos mas vi-
» les, ó bien con todo el esplendor de la gran-
» deza, si al fin consiente en lo que la piden."

»Está venganza es poco digna de tu »amo, dijo el otro africano; yo creia que el »valeroso Abderran se hubiera portado de »otro modo. ¿Es un triunfo digno de él, »humillar el orgullo de una cautiva? Una »muger no debe ocupar el espíritu de un »conquistador; nuestra ley nos da tantas »ventajas sobre todas ellas, que seria tiem- »po perdido el ocuparse. —¿Y el amor? »—El amor, el deseo, el capricho del mo- »mento, ¿no es eso lo que tú llamas amor? »Y bien, un instante basta para contentar- »le. Nuestros Califas son dichosos cuando »quieren serlo, y yo no conozco ninguno »que haga la guerra por inclinacion, que »haya dado tanta importancia á una escla- »va; por lo demas, si quieres tomar servi- »cio al lado de Abderramen, tan valiente »como su hermano, tú verás como somete »á sus cautivas. Sus mas hermosas y altivas »esclavas se disputan á sus pies la preferen- »cia, y él se rie al ver hacer tantos esfuer-

»zos, ó castiga la arrogancia de las que se »vanaglorian de haber fijado por un mo»mento su atencion. Pero dejemos todas »esas mugeres, y hablemos de nuestros ge»fes. La conquista de España está asegura»da : el estandarte del Creciente reemplaza »por todas partes al signo tan reverenciado »de los cristianos : los Generales se reparten »las bellas que encuentran, y todos ellos »se proponen tomar el título de Rey muy »pronto. En calidad de tal, si el capricho »le dura, podrá tu amo coronar á su prefe»rida Ervigia. El ejemplo de Egilona podrá »sin embargo... en fin, dejemos eso para los »interesados, y tomemos nuestro camino, »pues que hemos descansado, y hablare»mos de Egilona y del bello Abdelacis, hi»jo de Munuza."

«Esto fue todo lo que Iasid me dijo : yo le creia mas instruido en todas estas particularidades, pero no fue posible hacerle decir mas, y me contenté con manifestarle lo

sensible que me era, asi como á él, caminar con tanta lentitud: temiendo siempre los inconvenientes que podian seguirse, si yo hubiera podido prever la suerte del desdichado Iasid."

El discurso de Ormesinda fue interrumpido por la llegada de un oficial de servicio, seguido de un anciano y de una muger cubierta con un velo que pedian ser presentádos delante de Pelayo; este, cuyo corazon presintió una vislumbre de esperanza, se levantó para ir á oirlos; pero su hermana, que no veia sino acontecimientos desastrados en todo, detuvo á Pelayo, suplicándole los recibiera en su presencia, con la idea de consolarle si lo que aquellas personas venian á comunicarle fuese alguna cosa funesta.

CAPITULO III.

"Señor, dijo el viejo, los motivos que me conducen á vuestra presencia son bien

diferentes; todos me parecen importantes. ¿Podré hablar libremente? Nada hay de secreto para mi hermana, le respondió Pelayo: esplicaos sin temor. Si asi es, repuso el viejo, os convenceré de que ni vos ni vuestra hermana tendreis motivo ya de temer el poder de vuestro mas cruel enemigo."

Al acabar estas palabras, separa la capa con que estaba cubierto, pone en tierra un saco de cuero, y saca de él una cabeza humana toda sangrienta y recientemente cortada.

"¡Cielos! esclamó Pelayo, ¡es la cabeza de Munuza!— Ciertamente, señor: me habia lisonjeado de presentárosle vivo; yo me deleitaba con la idea de una justa venganza; nada he dejado por hacer para reanimar las fuerzas de este cruel enemigo debilitadas con las infinitas y profundas heridas de que estaba cubierto, y que se empeoraban cada dia con la desesperacion que le poseia, viendo trastornados todos sus planes; y todo lo

que he podido conseguir, ha sido la prolongacion de su vida por algunos dias mas. Ahora la tierra (no la tierra sagrada) cubre los restos de este impío; ahora tambien.... ¡idea consoladora para un padre! el alma atroz de ese bárbaro sepultada en el abismo infernal, espia sus crímenes con las penas eternas que padece."

Las miradas que Pelayo y Ormesinda echaron sobre el viejo, indicaron el horror que les inspiraba la frialdad, con la cual se entregaba á la idea de una venganza horrible é inutil; un gesto de Pelayo declaró su pensamiento, y desconcertó al causador de él.

El motivo que alegais, le dijo Pelayo, atenúa en algun modo vuestra cruel accion, tanto mas, cuanto sin duda ha sido ejecutada por un movimiento indeliberado; pero debeis saber que el odio que sobrevive al que lo causa es un sentimiento reprensible: y que asociándome, por decirlo asi, á vues-

tro atentado, me habeis ofendido gravemente. Que retiren ese objeto funesto, continuó, y que le sepulten con el resto de su cuerpo. Ahora decid cuáles son los otros motivos que os han conducido aqui, y quién es la persona que os acompaña. Si esa muger ha tenido parte en vuestra accion, yo no quiero verla; hacedla alejar. La respuesta de esta fue levantarse el velo y echarse á los pies de Ormesinda, que reconoció á Geisa, la camarera que Egilona le habia dado. El modo afectuoso con que fue recibida, volvió el ánimo á su conductor, que habia estado confuso oyendo la reprension de Pelayo: y volviendo á tomar la palabra dijo asi.

„Antes de cumplir con un mensaje interesante para el noble corazon de mi Príncipe, es necesario que yo debilite mi culpa, de la cual no habia conocido ni la enormidad, ni los inconvenientes; y suplico que su indulgencia se estienda á oirme."

„Nacido en el áspero seno de las montañas de Astúrias, he conservado las costumbres de mis padres. Mi familia se honra de tener por raiz á uno de los héroes que despues de haber sojuzgado á la orgullosa Italia, y de haber domado la soberbia ciudad de los Césares, fundaron en España la monarquía de los Godos. Las vicisitudes de los tiempos, y aquella Providencia que destruye ó conserva segun su voluntad, ha aniquilado la prosperidad de mi casa. Hace mucho tiempo que privada de sus bienes y de sus honores, vino á fijarse en este asilo silvestre, en donde ha cultivado las riquezas que la naturaleza concede á los que siguen sus leyes. Yo mismo he trabajado con mis manos el campo sustentador que me ha dado la subsistencia, sin tener necesidad de ir á la Corte á mendigar favores que me hubieran hecho avergonzarme. Yo he visto varios Reyes que se han sucedido en el trono, en el que no han hecho mas que señ-

tarse, siendo como las tempestades, que su duracion no es grande, pero que no pasan jamas sin causar estragos. Mi casa, á la que jamas tendré la vanidad de llamar castillo, está situada á la orilla de un rio; ella es vasta y cómoda, y provista de todo lo que puede ser agradable y útil, y las tierras que la pertenecen son suficientes para mantener á mi familia, compuesta de cuatro hijos que hacen mi mas dulce esperanza. La tranquila seguridad habitaba en mi casa, de donde la hospitalidad no fué jamas alejada; estraños á todo lo qne pasaba, no supimos sino muy tarde la invasion de la España. Yo solo conocia la nacion Mora; asi yo era el que mas temia su aproximacion. El peligro me despertó del sueño tranquilo de mi dicha. Entonces conocí que tenia una patria, cuya defensa aunque fuera imposible, era la obligacion mas sagrada qne tenia que cumplir. Pero era tarde. La batalla de Jerez se habia dado. ¿Qué qnedaba que hacer?

bajar la cerviz, y comprar la vida de mis conciudadanos con la sumision. Habiendo reunido á mis vecinos les propuse hacer un sacrificio voluntario y doblegar la ferocidad de los Sarracenos. Abramos los libros sagrados, les dije, y veremos que Dios irritado de los pecados de los Israelitas los entregó á sus enemigos reduciéndolos á la esclavitud y á la ignominia; los hebreos se sometieron esperando un libertador, y no se engañaron. El cielo se apiadará de nosotros; ademas un dia llegará que estemos libres y vengados. Mis palabras fueron eficaces, y despues de haber implorado la divina asistencia, mis dos hijos mayores partieron para Córdoba, de donde no debian venir sino despues de algun tiempo: sin embargo el mismo dia de su partida volvieron al techo paterno; su fisonomía estaba animada con una viva alegria. ¡Cómo! les dije al verlos: cuando la patria está espirando, cuando la vida y la seguridad individual estan amena-

zadas será posible que vosotros?..... Padre mio, me respondió el mayor, no nos condeneis antes de oirnos. La Providencia ha verificado vuestras esperanzas. Un renuevo de la antigua dinastía de nuestros Reyes ha levantado la bandera, y detiene el ímpetu de nuestros enemigos; Pelayo es su nombre. Entonces, señor, me informé de vuestros generosos proyectos, y que estábais, seguido de algunos guerreros, al otro lado de nuestras montañas.

„¡Gracias sean dadas al Eterno, exclamé yo, que ha mudado en cánticos de alegria los gemidos de los que no veian mas que la desolacion!

„Hijos mios, les dije, mudad los ramos de oliva en espadas cortadoras; que los presentes, preparados por la mano de la debilidad, se conviertan en alimento de los fuertes; añadamos todo lo que deseamos librar de la rapacidad de los vencedores; volad á poneros bajo los estandartes del ilus-

tre Pelayo, y compadeced á vuestro padre, imposibilitado por la edad de seguir los impulsos de su corazon; él no puede ayudaros sino con sus votos divididos entre vosotros y la patria: ó por mejor decir, unidos los unos á los otros por una circunstancia tan urgente.

„Inmediatamente dí cuenta á los ancianos habitantes del pais, y todos se apresuraron á seguir mi ejemplo. Una juventud poco numerosa, pero brillante de salud, ardiendo de valor, ambiciosa de gloria, cuyo nombre habia sido ignorado de ella hasta entonces, se alejó de sus apacibles hogares, y corrió á reunirse á vuestro ejército.

„La confianza que yo tenia en vos, señor, me hizo volver á mi habitacion, de donde habia creido conveniente alejarme. Bien pronto el grito de victoria llegó hasta mí. Yo la celebré con un entusiasmo que no dejó lugar á la solicitud paternal, cuan-

do vi traer á mis pies á mis dos hijos: el primero habia dejado de existir; el segundo cubierto de heridas, testigos verídicos de su valor, parecia que no esperaba mas que mi bendicion para exhalar el alma en el seno del Señor de los ejércitos. Es menester ser padre para formarse una idea de mi dolor. En aquel momento todo desapareció de mi vista menos mi desgracia. Deber, honor, patria, todo lo olvidé, acusando á la Providencia de injusta, y solo una remota esperanza de volver la salud á mi hijo pudo calmar mi desesperacion, y hacer callar las murmnraeiones impias que el infortunio me habia arrancado, y que abjuré en el tiempo de mi razon natural á mi edad. Antes de permitir que se hiciesen los honores de la sepultura á mi difunto hijo, quise hacerle las últimas caricias, que fueron abrazarle, y jurar su venganza, inmolando sin piedad al primer sarraceno que cayese en mi poder. En seguida todos mis cuida-

dos fueron por mi hijo Oldarico, el único que podia servir á su patria por la corta edad de sus otros dos hermanos.

„Ya habian pasado muchos dias despues de la pérdida de mi hijo mayor, y una tarde que estaba al lado de la cama de mi Oldarico, que hacia esfuerzos para contarme los prodigios con que la fortuna coronaba vuestro valor, vinieron á pedirme recibiese en mi casa á un estrangero herido gravemente. El hablarme de heridos en aquel momento era aumentar el interes que naturalmente me inspiraban los desgraciados. Yo salí para recibirle, cuando un desconocido me dijo: Señor, si yo hubiera podido conservar mis fuerzas mas tiempo, no hubiera tomado la libertad que en estas circunstancias podrá seros gravosa; pero me ha sido imposible el transportar á mi amo hasta el campamento del Rey, en donde habria encontrado los socorros que necesita, no pudiendo abandonarle para ir á buscarlos, de-

jándole espuesto á las resultas de la generosa accion que acaba de ejecutar."

„Esta casa, le respondí, sabe lo que es la calamidad, y asi no teneis que elogiar al que llamais vuestro amo para que yo haga lo que la humanidad me prescribe: no perdamos tiempo, pues que vos tambien estais herido. Mis criados transportaron al desconocido á un cuarto cómodo, en donde el cirujano que cuidaba á mi hijo, les hizo la primera curacion: digo les hizo, porque el escudero estaba herido en la cabeza bastante gravemente; pero sin embargo el facultativo me aseguró al reconocer las heridas, á cuya operacion me quise hallar presente, que segun su juicio la terminacion sería favorable.

„Cuando mis huéspedes hubieron entrado en el estado de adormecimiento, que regularmente sigue á la primera curacion de las heridas que no son mortales, despues de haberlos dejado encargados á una persona de

mi confianza, volví al lado de mi Oldarico, y le di cuenta de lo que habia ocurrido; pero sin haber acabado aún fui llamado de nuevo. Esta vez era una muger la que pedia la hospitalidad. El desorden de sus vestidos, el espanto de que estaba sobrecogida, me causaron la mayor compasion, y la tranquilicé lo mejor que me fue posible, esperando con impaciencia que me informara de lo que le habia pasado; pero esto no pudo verificarse sino despues que un largo y profundo sueño la facilitó el poder recoger las ideas y contarme lo que les habia ocurrido á ella y á su ilustre ama, todo muy imperfectamente, no habiendo podido saber el resultado á causa de su huida.

„A pesar de lo poco que me dijo, concebí perfectamente todo el suceso para poder enviar incontinenti al campo de batalla y proporcionar todos los socorros posibles á mis compatriotas. No puedo menos de confesarlo: un pensamiento indigno de nuestra

religion se mezcló en esta accion; el juramento que habia hecho sobre el cuerpo de mi hijo, se presentó á mi memoria, y un gozo maligno se apoderó de mi corazon al imaginar que podria sacrificar sobre su tumba alguno de sus enemigos que hubiera escapado hasta entonces de la muerte.

„Inmediatamente dí las órdenes que fueron precisas. Debian hacer un gran foso para enterrar á todos los musulmanes; medida necesaria por el gran calor; y porque todo fuera segun mi voluntad, yo mismo quise ir al parage. Un solo enemigo respiraba aún; mi primer movimiento fue que se le dejase expiar con una muerte larga y dolorosa las atrocidades de sus compatriotas; pero mi hijo Oldarico, que á pesar de su debilidad vino conmigo, me dijo: Padre, el cielo pone entre nuestras manos al enemigo mas cruel de nuestro Soberano; este moro es Mnnuza.

„Apenas mi hijo habia dicho esto, cuan-

do saco la daga y caigo sobre él; pero mi hijo me detuvo el brazo diciéndome: asesinar á un hombre sin defensa es prepararse unos remordimientos sin fin... Una venganza mas noble y mas útil se os ofrece.... Veamos de ejecutarla; procuremos la salud á Muñuza, que sea nuestro cautivo hasta que podamos presentársele al ilustre Pelayo: á él solo pertenece la suerte de este hombre.

„Estas razones que decíamos cerca de Munuza, fueron oidas de él que habia vuelto en sí, y que prorrumpiendo en imprecaciones, nos hicieron sabedores de su atentado contra la Princesa Ormesinda. Mi deseo fue no dejarle la vida ni un instante, y vengar de una vez á mi hijo y á mi princesa; pero las súplicas de Oldarico me hicieron ceder.

„En fin, Munuza fue llevado á mi casa: sus heridas eran muchas y peligrosas, aunque no mortales; pero el temor de seros entregado, el despecho de haber faltado á

su empresa las envenenó de tal modo, que todos creimos lo imposible de salvarle: cosa que me era muy sensible, estando decidido á entregárosle.

„La desesperacion en que estaba le hacia ejecutar los mayores estremos, y era necesario velarle con la mayor vigilancia. Una noche que una calma fingida habia engañado á sus guardias, estos entregados al reposo le creian dormido, cuando ya no existia, y su fin habia sido la obra de sus manos.

„En este caso ¿qué era lo que me quedaba que hacer? No podia otra cosa sino convenceros de que este facineroso estaba fuera de estado de haceros mas mal. Entonces separé la cabeza del cuerpo, y seguido de esta señora tomé el camino del campamento. Al llegar supimos con el mas vivo placer la dichosa libertad de la Princesa.

„¡Ahora, señor, no me resta sino hablaros del desconocido, ó por mejor decir del estado de su salud. Las heridas no dan

el menor temor; pero la cura será larga. Su escudero no ha querido decirme cual es el nacimiento de su amo; solamente por lo que me ha dicho, he podido conocer que él es el libertador de la Princesa, y que Munuza ha perecido de resultas del singular combate que ha habido entre ellos; yo juzgo que él ignora quien es la persona á la que ha defendido con tanto aliento, y no he tenido por conveniente decírselo no sabiendo en aquella época cual habia sido la suerte de vuestra ilustre hermana."

CAPITULO IV.

,,Aunque Pelayo y Ormesinda condenaron interiormente la conducta del anciano, no dejaron de conocer en él unas cualidades que le hacian estimable; y en atencion á ellas y á la humanidad de su hijo, tuvieron á bien admitir sus disculpas. Pelayo le ordenó redoblar su cuidado por el des-

conocido. Sea la que quiera su condicion, dijo, y aunque fuese nacido entre nuestros enemigos, una gratitud muy merecida me conducirá á su lado; si en estas circunstancias pudiera alejarme del campo, ya estaria en camino; pero las disposiciones para el asalto me retienen á pesar mio.

,, Señor, dijo entonces Sigerico que habia estado presente, la duracion del sitio depende de vos solo; persistís en ahorrar la sangre española y la que no lo es, y vuestros enemigos se aprovechan de esa disposicion para detener vuestros progresos. Perdonad mi franqueza; pero yo creo que las medidas de humanidad son fuera de propósito cuando tenemos tanta necesidad de plazas de seguridad.

,, Todo eso es bien cierto, respondió Pelayo; pero Sigerico, para reducir una plaza es menester derramar la sangre de los que me han sido fieles: cosa que un Soberano debe evitar tanto como le sea posible. Padre

de mi pueblo, su sangre cae sobre mi corazon.

,,Sí señor, replicó Sigerico con la libertad que le daba Pelayo; pero tambien la sangre que se ahorra aquí se derrama en otras partes del reino, y por dó quiera que pasan los usurpadores, corre á raudales. Señor, la España toda tiene los ojos fijos en vuestra persona, y sns miradas manifiestan su confianza en la rapidez de vuestros triunfos.

,,¿Y será menester comprarlos con la destruccion del género humano? repuso Pelayo. Imitando al pastor de la Escritura, he querido atraer á las ovejas descarriadas al redil; mi trabajo no ha sido infrnctuoso. La llamada á mis fieles Vizcainos no ha sido inútil, y bien pronto podré presentar á mis enemigos una fuerza respetable. Entonces no podrán ejercer sus acostumbradas crueldades en los cristianos de esta tierra. Acordaos de la derrota de Carmona.

„Sigerico, es necesario que me reemplaceis al lado del generoso libertador de Ormesinda. La soledad de la casa en que habita exige las mayores precauciones: al instante que el estado de sus heridas lo permitan, se le deberá transportar aquí; me lo advertireis, y yo mismo iré al frente de las tropas que deberán escoltarlo. Si pudiese alejarme por algunas horas solamente, conoceria que Pelayo es sensible á los beneficios..." En seguida, dando la mano al anciano hospitalario, le dió gracias por el cuidado que prodigaba al desconocido, y dió orden de prepararle los presentes mas magníficos.

„Señor, dijo el anciano inclinándose profundamente, en el estado actual, á mí es á quien toca sacrificar lo que poseo de mas precioso, para facilitar á mi Soberano los medios de armar un número mas considerable de guerreros. Los tesoros acumulados por mis abuelos estan en mi poder; mañana estarán á vuestros pies. Dos hijos me quedan

que aún son bien jóvenes; sin embargo, asi que mi Oldarico esté en estado de soportar la coraza, vendrá á presentároslos: yo no temo confiarlos al que sacrifica sus laureles á la conservacion de sus vasallos. Mi ejemplo será seguido de mis vecinos, y mas de cien jóvenes robustos y llenos de celo vendrán á ponerse bajo vuestras banderas.

„Bien, respondió Pelayo, vuestro hijo Oldarico los mandará, y el valiente Sigerico no se desdeñará de formarlos para el arte glorioso de la guerra.

„Sigerico y el anciano partieron al instante. Apenas hubieron llegado á la casa del último, y que las tropas que habian venido con ellos estuvieron colocadas en los puestos necesarios para evitar toda sorpresa, Sigerico quiso cumplir con el encargo de Pelayo cerca del desconocido; pero no le fue posible, no habiendo querido interrumpir el reposo de que gozaba en aquel instante, y solo pudo hablar al escudero, á quien dió

cuenta de las atenciones del Rey para con su amo, á lo que él respondió:

„ Pues que tengo el honor de tratar con el ilustre Sigerico, no temo que mi amo se ofenda por la falta de mi silencio en punto á su nacimiento. El Rey sabrá con placer que el libertador de la Princesa es el noble Alfonso, hermano del desgraciado Ramiro, destinado por Rodrigo para esposo de Ormesinda; añadiendo, que heredando el estado de su hermano, ha heredado tambien el amor á esta Princesa, y que la prudencia exige que ella ignore aún quien es la persona que la ha libertado.

„ Yo me conformo con vuestras disposiciones, repuso Sigerico, y me ciño á partir con vos las fatigas que debe costaros el cuidado de vuestro amo. Vos mismo habeis participado de su gloria: vuestra sangre ha corrido por el interes de Ormesinda. Y yo reconozco en vos un bravo guerrero que merece toda consideracion. Decid, os suplico,

solamente, ¿por qué el Príncipe de Cantabria ha tardado tanto en reunirse á Pelayo, y qué motivo le ha obligado á pasar por unos sitios inundados de enemigos sin una escolta conveniente? Antes de todo decidme vuestro nombre: el título modesto de escudero me parece inferior á vuestra persona.

„Eso es honrar demasiado al oscuro Félix, respondió este: unido por obligacion y por gusto al servicio del Príncipe Alfonso, cualquier empleo á su lado, ó que me hace serle útil, es todo lo que llena mi ambicion. Al decir esto Félix, bajó los ojos y se puso encarnado: Sigerico le consideraba con admiracion. Su talla era mediana, y las vestiduras que llevaba no permitian hacer el exámen de sus formas. Las facciones eran regulares, los ojos hermosísimos y brillantes todo el tiempo que habia hablado de su amo; pero el modo de bajarlos anunciaba una estremada sensibilidad. Una cosa faltaba á aquel interesante rostro; las

fatigas, las heridas, ú otros accidentes, habian alterado la frescura natural de su edad. Su color algo cetrino tiraba mas á cobrizo, y se echaba de ver en la voz una discordancia de sonidos, y una pronunciacion desigual que contrastaban infinito con la pureza de su lenguage. Sigerico hizo todas estas observaciones; pero ocupado de su comision, volvió á atar el hilo de la conversacion.

„Y bien, Félix, dijo, ¿será indiscrecion saber el por qué ha retardado tanto tu amo la reunion con Pelayo? La respuesta es bien sencilla respondió: Alfonso ha recobrado la libertad hace pocas semanas. Prisionero de los moros, y sin saber que hacer para proporcionarse la cantidad enorme para su rescate que le pedian, hubiera acabado su vida probablemente, si por un acontecimiento desconocido de él, y que no esperaba, no se hubiera salvado. Asi que se vió libre, su primera idea fue el ir á su estado, reunir todas las tropas que le fuera

posible, y presentárselas á Pelayo; pero habiéndose encendido la guerra en estas montañas, no lo pude verificar. Solo casi, y desconocido, se ha visto precisado á seguir las huellas de Pelayo, y ha peleado en esta jornada memorable que hará época en los siglos venideros: habiendo sido herido, debe la vida á un paisano que le encontró tendido en tierra, le llevó á su casa, y le prodigó los cuidados de un padre.

,,¿Y qué hacia Félix en ese tiempo? preguntó Sigerico. Félix, respondió él, estaba separado por los choques del combate, y no fue sino despues de algunos dias, cuando conducido por su dichosa estrella encontró en casa del benéfico aldeano al único objeto que podia hacerle amar la vida. Pero, Señor, dejadme continuar mi relacion, que no será larga.

,,Buscando por todas partes el destino de mi amo, encontré algunos Cántabros que me ayudaron en la empresa; y asi que en-

contramos el objeto de nuestra solicitud, preparé los bagages y determiné á mi amo á ir á juntarse con el Rey, y en el camino tuvimos la fortuna de encontrar á la Princesa. En el calor de la pelea el casco de Munuza fue reconocido, y Alfonso le atacó singularmente á pesar de su debilidad, que le hubiera hecho sucumbir, si sus esfuerzos no hubieran sido sobrenaturales; al fin se abatió, y yo que estaba tendido en el suelo bañado en mi sangre, temí que su victoria no la pagara con la vida. Haciendo un esfuerzo me atajé la sangre de mis heridas que corria copiosamente, y le transporté á esta casa, en donde el aire melancólico y feroz del dueño me obligó á callar quien era, decidido á ir á informar al Rey asi que mi amo pudiera pasar sin necesitar de mi asistencia. — ¿Y no sabíais quienes eran las señoras que habia salvado vuestro amo? — Yo no lo he sabido sino por la relacion de la muger que vino á refugiarse aqui, poco

despues que nosotros, y no he querido decírselo á mi amo por evitar la sensacion que podia haberle causado, contraria sin duda á su restablecimiento. — Me habeis dado á conocer que el Príncipe ama á Ormesinda... — Con la pasion mas viva, respondió suspirando, sin este amor.... Pero, Señor, las esplicaciones que deseais las tendreis por mi amo; permitidme que me vuelva á mi puesto. Al decir esto Félix hizo una cortesía y salió.

„Sigerico tuvo la visita del dueño de la casa que le presentó sus dos hijos menores; él los recibió con benevolencia, y exigió que estuviesen en la casa paterna hasta el restablecimiento de Alfonso, é igualmente Oldarico, cuya palidez anunciaba la necesidad de prolongar su convalecencia.

„Un instante despues se presentó Félix para advertirle que su amo estaba despierto y pronto á recibirle; pero Sigerico no quiso entrar hasta que los cirujanos que ha-

bian venido con él le aseguraron que su visita no podia causar el menor perjuicio al herido.

„ Una simpatía natural los unió el uno al otro. Sigerico empezó una amistad por consideracion á Pelayo, pero esta se convirtió en placer, en necesidad. Estando seguro de que en nada podia dañar á su restablecimiento, le hizo saber quién era la persona que habia salvado, el gran servicio que habia hecho á Pelayo, y el reconocimiento que Ormesinda tenia á su libertador, conservando la memoria del Príncipe Ramiro, y considerando á Alfonso como á su *hermano*. Esta palabra de hermano hizo dar un suspiro al herido. Sigerico tomó la mano de Alfonso, y le dijo: *eso es hacer un conocimiento bajo buenos auspicios*. Alfonso se puso encarnado, y respondió: La amistad de Sigerico es el mejor auspicio para mí, y me lisonjeo que seré bien acogido de mi Soberano, aunque no pueda presentarle mas

que mi persona. Pelayo es Rey de las Asturias, repuso Sigerico, pero no puede olvidar que Alfonso es el heredero del Príncipe Ramiro, y que la provincia de Cantabria, que hace parte de este estado, es de derecho la posesion de la familia que la ha gobernado tan bien, hasta el momento de las desgracias generales. Esta corta conversacion escitó en Alfonso las mas halagüeñas esperanzas, que contribuyeron al restablecimiento de su salud.

„Habiendo sabido Pelayo que el herido se encontraba en estado de recibir su visita, formó el proyecto de ir á verle ansiando por mostrar su agradecimiento, y propuso á su hermana el acompañarle. Tú debes, la dijo, esta señal de atencion; si lo que Sigerico me ha hecho saber es conforme á lo que yo pienso, creo que un lazo bien dulce podrá unirnos á los tres. Ormesinda calló, y un vivo encarnado hermoseó su frente. Pelayo presintiendo el sentimiento de su

hermana la apretó la mano afectuosamente, y salió á dar las disposiciones necesarias para que su ausencia no ocasionára ningun desorden en el campamento.

„ Entre tanto que Pelayo se ocupaba con unas precauciones tan importantes; mientras que Ormesinda se preparaba para ver su libertador y jurarle una amistad fraternal, Alfonso que no se atrevia á depositar aún en el seno de su nuevo amigo sus temores y sus esperanzas, deseaba saber circunstanciadamente la historia del protector de España; ademas Sigerico no podria hablar del hermano sin tratar de la hermana, y esto era para él una satisfaccion.

„ Las preguntas y los deseos de Alfonso embarazaban infinitamente á Sigerico que no podia satisfacer al Príncipe sin hablar del nacimiento de una persona á quien él queria y estimaba, y cuya extraccion hubiera querido cubrir con un velo el mas espeso. El orgullo le asaltó; y aunque por sí mis-

mo le hubiera desechado, no podia menos de conservarle por Cratilo. Sin embargo reflexionando que el Príncipe de Cantabria no podria ignorar mucho tiempo lo que era tan sabido en España, y que aquel famoso guerrero no se avergonzaba de su cuna, se determinó, y no remitió su relacion mas que hasta la tarde de aquel mismo dia.

„Alfonso que habia advertido la repugnancia de Sigerico, se arrepintió de haberle casi obligado, y quiso disminuir el efecto de su curiosidad, alejando todo testigo; asi fue que en el momento que Sigerico se presentó en su cuarto, ordenó á Félix que se retirase; la obediencia de este fue lenta, sus miradas daban á conocer el deseo de oir la relacion. Por un movimiento involuntario sus ojos se encontraron con los de Sigerico, y esta mirada fue tan espresiva, que el amigo de Pelayo creyó era su deber el hacerle quedar. Que se quede, le dijo al Príncipe; lo que tengo que decir es

tan glorioso para el héroe de esta historia, que yo no pido el secreto. ¿Quién sabe si el ejemplo de mi amigo y hermano de armas servirá de estímulo á este joven, que verá que con la virtud y el talento se puede elevar hasta la cumbre de la grandeza? Félix se inclinó profundamente, y tomó su puesto acostumbrado á los pies de la cama de su amo.

„Príncipe, dijo Sigerico, estais tan poco adelantado en la carrera de la vida, que creo necesario informaros ante todas cosas de las causas próximas y lejanas que han atraido gradualmente la ruina total del imperio de los Godos, de donde vos mismo traeis vuestro orígen, y esta narracion no será larga. Para que ella no perjudique á vuestra salud, que tanto me ha recomendado Pelayo y los que le pertenecen, me reservo suspenderla cada vez que lo juzgáre conveniente ó necesario á vuestro reposo. Alfonso le apretó la mano, y no dijo nada, esperando que empezase á hablar.

CAPITULO V.

„El imperio romano, dijo Sigerico, tan formidable en otro tiempo, tocaba rápidamente en el momento de su ruina. Los descendientes de Teodosio el Grande no habian heredado de él sino los vastos estados, y ninguna de las cualidades que le habian elevado. Dividido por la voluntad de Teodosio su imperio de Oriente y Occidente, desapareció la unidad de intencion, y los pueblos que hasta entonces habian gemido bajo un yugo opresor, se aprovecharon de las circunstancias en que los ponian la division de sus tiranos.

„Entre la multitud de pueblos que el deseo de habitar un clima delicioso hizo venir á Italia, los Hunos, los Vándalos, y los Godos, se distinguieron bien pronto. Los últimos sobre todo, llamados á Roma por el famoso Stilicon, rehusaron retirarse,

cuando inquieto con su presencia, y temiendo su valor, los hizo marchar. El altivo y poderoso Alarico estaba á la cabeza, y si consintió en tratar con Stilicon fue como conquistador. La España y la Lusitania (1) fueron sus dominios. Apenas hubo tomado posesion de ellos, cuando las infracciones del tratado, los engaños, las tramas que se formaban debajo de sus pies, la mala fe de Stilicon, y la debilidad de Honorio, Emperador de los Romanos, indignaron á Alaricò, que volvió á tomar las armas, devastó á Roma, y volvió á España llevando prisionera á Plácida, hermana de Honorio, á quien hizo casar mas adelante con su hermano Ataulfo. Barcelona fue la ciudad escogida para capital de sus nuevos estados. No me estenderé en referiros las calamidades que afligieron á España por espacio de mas de dos siglos bajo los sucesores de Alarico. Las

(1) Portugal llamado asi en aquel tiempo.

que vemos ahora podrán hacer formar una idea, con la diferencia de que en el tiempo de la dominacion de los Godos los Africanos, que conocemos por los Moros, no habian hecho mas que tentativas inútiles para invadir nuestras posesiones; pero la ambicion de los gefes, la inconstancia natural del pueblo que cree ganar cambiando, fueron suficientes para despedazar la patria, y atraer su ruina. Los cortos intervalos de reposo parecian al sol de invierno, que no alegra la vista un momento, sino para hacer sentir mas la aspereza de la estacion. Tales fueron los reinados de Chindasvinto y de algunos otros monarcas.

„España respiró libremente bajo la dominacion de Wamba, y parecia acordarse de su antiguo esplendor; pero apenas este Soberano habia tenido tiempo para ser llamado padre de su pueblo, terminó su carrera, y sus nietos sumergieron de nuevo la monarquía en toda especie de calamidades.

La introduccion del lujo hizo los mayores progresos, y todas las clases se chocaron por satisfacer la nueva necesidad desconocida de sus padres. El comercio se convirtió en tráfico, los empleos, las dignidades se compraban á precio de oro, y el oro no se adquiria sino por medios poco dignos. La lucha entre los Godos y los *Romanos* (asi era como llamaban á los descendientes de los que formaron las colonias que Roma triunfante envió para repoblar España, casi desierta por las continuas guerras de que fue el teatro y la víctima) contribuyeron á multiplicar sus desgracias.

„Bajo el reinado de Witiza la desmoralizacion general puso el colmo á los males. Los prelados olvidaban los juramentos pronunciados al pie de los altares, y favorecian con su conducta escandalosa las disoluciones que me avergonzaria de repetir.

„Dos Príncipes descendientes de la familia de Chindasvinto eran los únicos que

poseian unas cualidades olvidadas de todo el resto de los usurpadores; pero mas débiles para reclamar con éxito la herencia de sus padres, y demasiado timoratos para comprarla con los crímenes de las represalias, pasaban su vida practicando las virtudes, y ejerciendo la humanidad en los dominios que les habian asignado, ocupándose en sostener la pureza de las costumbres de sus vasallos, y en alejar de ellos el lujo escesivo, y la estremada miseria, germen fatal de la corrupcion.

„A pesar de una conducta tan ajustada no pudieron evitar las sospechas que se levantaron contra ellos; y sin examinar si eran ó no justas, fueron siempre un motivo de proscripcion.

„El hermano mayor, llamado Teodofrido, fue arrestado en su mismo palacio, metido en nna estrecha prision, y privado de la vista. Su esposa Aurelia advertida á tiempo, se salvó con Rodrigo sn hijo, y

en seguida se refugió en la Mauritania Tingitania. Rodrigo no tenia mas que diez años. La ternura maternal cegó á esta estimable Princesa, y confió la educacion de su hijo á los individuos de una nacion interesada en corromper las costumbres, y borrar de su tierno corazon las impresiones que la religion habia hecho nacer con el cuidado de su buen padre.

„ La princesa Aurelia podria haber proporcionado á su hijo un asilo mas decente y menos peligroso; pero el riesgo era urgente: y el deseo de salvar la vida de un hijo querido la decidió sin consultar la conciencia, lisonjeándose de que no separándose de él podria en todo tiempo formarle á sus maneras. Pero se engañó; compadezcámosla, y respetemos su error.

„ Favila, hermano de Teodofrido, tuvo una suerte no menos desdichada que su hermano. Herido en la caza por los satélites de Witiza fue arrastrado á un encierro

y privado igualmente de la vista; y si no perdió tambien la vida, fue por el ascendiente que su virtuosa esposa habia conservado sobre el áspero Witiza, y del que ella misma se admiraba.

,, Apenas fue informada del infortunio de Favila, cuando corrió á presentarse al Rey, contra la opinion de sus amigos que la aconsejaban siguiera el ejemplo de Aurelia.

,, Introducida á la presencia del Rey se postra á sus pies; y despues que hubo cesado el primer ímpetu de los sollozos que el dolor la arrancaba, presentó sus tabletas, en las que espresaba el deseo de participar la suerte de Favila: Witiza atónito acusó interiormente á sus agentes de haber dejado la vida á Favila; pero sin embargo no se atrevió á ordenar que se la quitasen. La peticion de Benilda no fue hecha en secreto, habiendo escogido el momento en que el Rey estaba rodeado de las gentes de su corte.

Witiza temió que el negar una peticion tan justa no fuese la señal de una rebelion, y por otra parte nada entraba mas bien en sus ideas, que asegurarse de una vez de la persona de dos esposos unidos tan estrechamente; y despues de haber consultado los ojos del intrigante Conde Julian, favorito sucesivo de muchos Reyes, concedió á Benilda el favor que pedia, y fue conducida á la prision de Favila, en donde ella le prodigó los mayores cuidados, y cuando la decian que debia haber seguido el ejemplo de Aurelia, respondia: Aurelia es madre, sus deberes son diferentes de los mios; ella debe conservar la vida de su hijo, y yo toda entera tengo la obligacion de cuidar á mi esposo; solo deseo vivir y morir con él. No, amigos mios, Benilda no irá á ningun pàis estrangero á mendigar el pan de la caridad, ni los socorros que la política concede, y que retira, segun los intereses que agitan á los gabinetes. Benilda se esplicaba asi, y

no sabía que su seno encerraba un renuevo del digno Wamba.

,,Unas cuantas semanas vastaron para revelarla un secreto que en otras circunstancias hubiera hecho su gloria, y que en aquel momento redoblaba sus angustias. En este estado resolvió no hablar de ello á su esposo, temiendo que la debilidad de su salud no le permitiese soportar una noticia que debia escitarle necesariamente mil sensaciones diferentes. Antes que lo abultado del talle descubriese á los que la custodiaban el estado en que se hallaba, tomó todas las precauciones que podian evitar el conocimiento. Prosternada sin cesar delante del Ser consolador de los mortales, le pedia el valor necesario para soportar los males que su posicion la acarrearian. La única muger que la habian permitido tener para que la cuidase estaba puesta por el Conde Julian, y las otras personas que la rodeaban no eran mas que unos Argos decididos á ejecutar to•

das las órdenes que se les dieran.

,, En esta situacion la pobre Benilda veia con temor aproximarse el término de dar al mundo un desgraciado heredero de los infortunios de sus padres. Una noche que estaba mas entregada á tan tristes reflexiones, ve abrir las puertas de la prision, y que el gefe de sus guardas se le presenta: este hombre habia respetado hasta entónces la soledad de esta Princesa, que se estremeció al verle.

,,Señora, no os inquieteis, la dijo, haciéndola una profunda reverencia. Lejos de traeros ninguna orden desagradable, vengo á ofreceros los socorros que merece la virtud perseguida. Siendo testigo de vuestras penas y de vuestra resignacion, no he podido ser insensible. Mi obligacion es de guardaros; yo la cumpliré exactamente; pero no la tengó de sacrificar la inocente criatura que entrará bien pronto en el camino áspero de la vida. Habiendo nacido vasallo de vuestro

esposo, he resuelto salvar á su hijo. La Providencia ha hecho que mi hermano Seordato, que jamas ha salido de su aldea, se halle aqui. Sigiberta (este era el nombre de la Camarera que servia á Benilda) excitada por mí, ha tenido compasion de vuestro estado que ella habia conocido como yo. Esta muger está encargada de guardar el mas inviolable secreto, sin esceptuar á vuestro esposo mismo que nada debe saber. Antes de determinarme á favoreceros he querido conoceros bien; lo he conseguido, y he prometido á Dios salvar á vuestro hijo; ved aqui los medios de que me valdré sin que nadie se comprometa.

„Benilda miraba á aquel hombre, y no sabía si debia creerle; pero la seguridad y bondad con que hablaba, la convencieron de la sinceridad de sus palabras; y no sintiéndose con fuerzas para responderle, le mostró un crucifijo que estaba en su oratorio, como certificándole que él pagaria un

dia beneficio tan estraordinario.

„¡Ah, señora! la dijo aquel hombre compasivo, si no dependiera mas que de mí, bien pronto vuestras cadenas y las de vuestro digno esposo estarian rotas. — Amigo mio, le dijo Benilda, permitidme, y os bendeciré toda mi vida, que mi esposo conozca la dicha de ser padre. ¿Por qué me pedís lo que la prudencia debe negar? la respondió afligido. Vos lo sabeis, señora; el desventurado Favila no tiene sobre sí mismo el imperio que vos teneis; cualquiera palabra escapada en el delirio de la alegria podrá perdernos á todos. Es menester que mi desgraciado señor no tenga idea de ser padre, que ignore que lo es; pues sabed que sin el cuidado que yo he tenido de ocultar á los que me acompañan en el servicio ciertos movimientos del ilustre preso, tal vez su suerte será peor de lo que es; no destruyais los efectos de mi buena voluntad con una confianza que podrá empeorar vuestra situacion.

El tiempo trae mil vicisitudes, y no será imposible una mudanza. No, señora, la familia del virtuoso Wamba no se extinguirá, y llegará un dia en que os aplaudireis de vuestro sacrificio.

,,El alcaide se retiró, dejando el corazon de la Princesa lleno de la dulce esperanza de salvar la prenda de un amor tan puro. Sigiberta, que entró en aquel momento, la afirmó en ello, y disipó los temores que se elevaban con las reflexiones que se la ocurrian.

,,Pelayo nació sin otro socorro que el de Sigiberta, ni mas testigo que ella y el guardian de su madre. Estos dos fieles confidentes hicieron la ceremonia del bautismo.

,,Apenas la gozosa y desgraciada madre dió á su hijo los primeros abrazos, el alcaide se lo arrancó: en vano la Princesa pedia un dia, una hora de retardo: Seordato le tenia ya fuera de la prision, y aun en camino para su aldea, para cuyo viage estaba todo

preparado. Una nodriza esperaba á las puertas de Córdoba, que subió en un carro de labranza bien cubierto, y que conducia Seordato. Este buen labrador, que creia llevar consigo el fruto de los amores de su hermano, presentó á Pelayo á su muger, que le dió el nombre de hijo, sin embargo de tener ella uno de edad de cuatro años.

„ Ya habia cinco que Benilda tenia el consuelo de recibir noticias de su hijo repetidas veces, y su proctector se preparaba para retirarle de la casa de Seordato, y hacerle dar una educacion conveniente á su rango, y que su hermano no estaba en estado de proporcionarle, cuando la muerte vino á sumergir á la desgraciada Benilda en la mas grande pesadumbre.

„ Esta desgraciada Princesa estaba cerca de dar la vida á otro heredero del infortunio. El feliz resultado de su inocente secreto la habia hecho suponerse igualmente al abrigo del conocimiento de Witiza; pero

su confidente estaba á las puertas del sepulcro; y Sigiberta nada podia por sí sola.

,,Sin embargo, mas ocupado el moribundo de los intereses de Benilda que de sus sufrimientos, quiso serla útil con sus consejos, ya que no podia otra cosa; é hizo venir secretamente á la Princesa al lado de su cama.

,,La vida que voy á terminar, la dijo, me seria muy poco interesante si no fuera porque ella podria aún seros útil en este momento. Pero, Señora, un protector os queda mas poderoso que yo; tened confianza en el. El jóven Rodrigo, que toca en sus tres lustros, empieza á causar sospechas al Rey; yo no sé cuales son las razones que tenga el Conde Julian para atizar estas ideas; pero lo cierto es, que todos los dias ensalza el mérito de este Príncipe y el favor de que goza en la nacion mora. Todos los pensamientos y todos los temores de Witiza tienen por objeto al jóven Rodrigo. O me

engaño, ó yo creo que el Rey verá el nacimiento de un primo con un placer infinito, por poder oponer asi un competidor al que él reputa por su rival. Si el cielo os concede una hija, será un motivo mas para que os deje gozar tranquilamente del placer de la maternidad, pues que ya sabeis que desde la famosa Amatunta, los Godos declararon que se sustraían á la dominacion de las mugeres: y en este caso vuestra hija no causará sospecha alguna.

„En cuanto á vuestro hijo tengo tomadas todas las medidas para su seguridad, y para que no sea conocido: yo os pido no precipiteis los negocios; este niño no es el heredero de Witiza, y los derechos de Rodrigo son tan incontestables.... las fuerzas me abandonan, y solo puedo deciros que dejeis á vuestro Pelayo por algun tiempo mas en la oscuridad en que está ahora, hasta otros tiempos mas felices. Os prevengo que vuestro hijo tiene otro nombre, y

que temiendo lo que podia suceder, no os he dicho justamente el de mi hermano." Este discurso, dicho con la lentitud que le obligaba á tener la situacion del prudente Alcaide, dió lugar á Benilda para entregarse á mil reflexiones: el enfermo lo advirtió, y la dijo. Os he dicho, señora, que teneis nn protector mas poderoso que yo; confiad en él, y no os aparteis de los consejos que tomo la libertad de daros. Yo voy á presentarme delante del trono del Eterno; le imploraré en vnestro favor, y confio que no será en vano, pnes que él ha sido quien me ha dado la idea de seros útil en unas circunstancias mucho mas difíciles que ahora.

„ Este digno hombre, lleno de afecto para la Princesa, habia hecho todos sus esfuerzos para hablarla: ya no le fue posible continuar sin haber descansado un largó rato, en él cual Benilda se entregó á todo el dolor que le causaba la pérdida de

un protector tan digno de ser estimado. Lleno de deseo de no dejar nada por hacer, volvió á esforzarse y dijo con una voz casi apagada: Las tabletas que he enviado á mi hermano contienen.... no pudo acabar; el esclavo que habia recibido las órdenes para la conclusion de Benilda, se acercó á la cama, en donde habiendo visto la muerte impresa en el rostro de su amo, obligó á la Princesa á retirarse; algunos instantes despues, el generoso Godo no existia ya.

,, Esta pérdida aumentó la desgracia de la Princesa, y aunque la quedaba la fiel Sigiberta, no podia esta informarla de ninguna particularidad relativa á su hijo. El Alcaide que reemplazó á su protector era un hombre severo, que instruyó al Conde Julian de la situacion de la Princesa, y que recibió la órden de redoblar la vigilancia, los tratamientos duros y las amenazas mas desapiadadas. Benilda temblaba

de que su criatura no fuese víctima; teniendo motivo de temerlo todo, al ver la crueldad de sus opresores. Es de presumir que si Rodrigo no hubiera existido, tal vez no habrian esperado á que el sexo de la criatura de Favila les asegurase para haberla sacrificado á la tranquilidad de Witiza; pero el cielo que protegia á los dos esposos, difirió la ejecucion hasta saber qué era lo que podian temer para efectuar su pérdida. En fin, Ormesinda nació, y Witiza la hizo llevar á su presencia. Un movimiento de compasion se despertó en el alma de aquel tirano al ver á la inocente criatura, cuya debilidad exigia la compasion: é hizo devolverla á su madre, á la que permitió criarla, dando las órdenes de dulcificar el trato y la cautividad de los ilustres presos.

CAPITULO VI.

„La visita que Pelayo se habia propuesto hacer al Príncipe de Cantabria se difirió por los preparativos continuos que se hacian para el asalto, lo que proporcionó mil ocasiones de continuar las conversaciones entre Alfonso y Sigerico, el cual en una de ellas volvió á tomar el hilo de la historia, y dijo asi:

„En todo este tiempo Pelayo habia crecido en cuerpo y en buenas cualidades; un carácter dulce, una figura noble, una viveza agradable, y un corazon excelente, le hacian el ídolo de sus padres adoptivos. Silex (nombre verdadero del labrador que le habia educado) se apresuró á abrir las tabletas, en las que no encontró otra cosa, sino que aquel jóven no era hijo de su hermano, y sí de una noble familia, cuyo orígen se descubriria tarde ó nunca, recomendándole el mayor sigilo, y que no des-

atára las tabletas que seguian la primera hoja, sino en el caso que su pupilo llegase á grande, y tuviése un interes visible en averiguar su nacimiento.

„ La sorpresa de Silex igualó á su descontento al ver la desconfianza de su moribundo hermano, cuyo secreto respetó sin embargo, igualmente que su última voluntad, y determinó no hablar ni aun á su muger, por temor de no disminuir el afecto que está tenia al que ella creia sobrino. La oscuridad que reinaba en la esplicacion del escrito, y la edad corta de Seordato (asi era como llamaban á Pelayo) le decidian á esperar tranquilamente. La comodidad que proporcionó en la casa la herencia del hermano de Silex, dió al jóven Príncipe, igualmente que á su verdadero hijo, los medios de recibir una educacion mas cuidadosa y mas instruida á pesar de la continuacion de los trabajos campestres que no habia dejado nunca. Con todo, por

no esponer el precioso depósito que le habia confiado, nunca le alejaba de sí. La inclinacion de Cratilo (es menester que sepais quien es este hombre recomendable por sus cualidades, y qué ha sido tan famoso entre nosotros), al qué tenia por hermano, ha hecho desarrollar en su alma el germen de las virtudes que posee, y que hacen el fundamento y el apoyo del trono de Pelayo; que llaman Seordato, hasta la época feliz en que Benilda encuentre un hijo tan digno de élla.

„Seordato tenia ya diez y seis años, y Cratila veinte; el primero sentia en su pecho un ardor y un deseo de gloria que le hacia desagradable la ocupacion de la labranza, é insípidos los placeres de su estado; la sola cosa que le agradaba era la caza; la azagaya, el arco, y la honda eran los únicos instrumentos de sus diver siones, persiguiendo á los animales dañinos que devastaban los campos.

„Un dia que como de ordinario se paseaba por un bosque, oyó los lamentos que salian dé entre unos matorrales, y habiendo inquirido la causa, encontró á un hombre tendido al lado de un caballo muerto. Seordato levantó al desconocido, y vió que la cabeza y una pierna estaban muy maltratadas con muchas y profundas heridas. El parage estaba bastante distante de poblado; pero sin embargo el jóven se propuso socorrer á aquel miserable; inmediatamente desgarra sus pañuelos, hace vendas, restaña la sangre que corria abundantemente, hace una especie de cama con ramas y hojas que recoge, le lava con el agua de un arroyo que corria cerca de allí, le hace tragar algunas gotas del licor que su madre adoptiva le daba cuando iba á caza, y corre, ó mas bien vuela á su casa, para conducir á los criados que debian transportar á ella al herido.

„ Tanto cuidado, tanta actividad y

destreza poco natural en una edad tan cercana de la infancia, le adquirieron la gratitud de aquel á quien habia socorrido tan oportunamente; y en el tiempo que exigió la curacion de sus heridas, se formó entre él y Seordato una amistad íntima, sin embargo de la diferencia de edad. El desconocido creyó pagar una parte de los cuidados que tomaba por él, enseñándole el ejercicio de las armas, y la equitacion; ocupacion que desenvolvia mas y mas su carácter belicoso, y en la que hacia tantos progresos, que en poco tiempo escedió al maestro.

„Cuando Seordato vió que su amigo iba á separarse de él, manifestó el deseo que tenia de seguirle, viendo que España estaba tranquila, y que él iria á Francia á ganar nuevos laureles bajo las banderas de Cárlos Martel. La vigilancia de Silex descompuso la ejecucion de este proyecto por algun tiempo; pero no pudo evitarle por

siempre. Algunas semanas despues Seordato desapareció. Todas las diligencias de Silex para encontrarle fueron vanas, y no dudando que habia tomado el camino de Francia, hizo partir á Cratilo con órden de traer á Seordato, y de usar de la fuerza, si no habia otro medio. Cratilo partió montado en un buen caballo, con el bolsillo bastante provisto de dinero, y lleno de gozo; y aunque Seordato tenia dos jornadas de ventaja, Cratilo le alcanzó en el momento que iba á pasar la raya. No bien estuvo á su lado, cuando se arrojó á sus brazos, y despues de haberle colmado de caricias, le conjuró volviese á la casa paterna, en donde reinaba la desolacion por su ausencia. Seordato se mostró insensible á las primeras razones de su hermano, el cual le hizo presente la cólera de su padre, las lágrimas de su madre, y lo espuesto que estaba á atraerse la maldicion que sigue á la desobediencia obstinada de los hijos. Al fin

Seordato sin responder nada, se dejó conducir á la primera aldea, pensando, no en escaparse de Cratilo, sino en convencerle á que siguiera su ejemplo.

„Lo primero que hizo Cratilo fue disponer que descansase su hermano, y entre tanto que dormia proporcionarse un caballo para él; y habiendo seguido el consejo de su huéspeda, compró dos armaduras, para ir bien preparados á todos los acontecimientos que podian ocurrir en un camino largo.

„Cuando las fuerzas de Seordato estuvieron restablecidas, Cratilo le propuso ponerse en camino para su casa; pero la respuesta fue negativa. No, hermano, le dijo: Seordato no entrará en el techo paterno, sin haberse señalado en las guerras contra los Sarracenos, que ayudados del traidor Endes, Soberano de Aquitania, acaban de declarar la guerra á Cárlos Martel. ¡Ah! respondió Cratilo, qué mal nos

ha pagado la hospitalidad el estrangero que ha despertado en tu corazon esas ideas tan poco convenientes á nuestra condicion. No, ese estrangero no es culpable, dijo Seordato; y si yo no he tomado antes esta determinacion que hace tanto tiempo que me ocupa sin cesar, ha sido porque no tenia la menor idea del cómo deberia presentarme. En cuanto á nuestra *condicion*, no hallo que sea un motivo para no hacer uso del ardor marcial que me devora despues de tanto tiempo. Cuando nuestros antepasados han conquistado á España y destruido la Italia, ¿se ha preguntado á cada uno de los valientes que han contribuido cuál era su nacimiento? No, seguramente. Querido Cratilo, cesa de oponerte con vanas razones; mira esta armadura, es muy sencilla; el casco no tiene penacho; la rodela no tiene divisa; pues bien, este adorno es para mí el mas precioso, y que no reemplazará jamas otro ninguno. Con los ojos bri-

llando de impaciencia, y con un desembarazo estraordinario, se viste la armadura, abraza á su hermano, y se dispone á dejarlo.

No, le dice Cratilo, si falto á la obediencia de mi padre, la amistad me servirá de escusa. Yo te sigo Seordato. Tú me has inspirado, si no el gusto por la profesion de la guerra, el deseo de cumplir contigo una obligacion natural: y no te abandonaré jamas, sea cual fuese tu destino. Pero antes de pasar los montes parece regular reflexionar bien lo que debemos y podemos hacer; sabes que el herido nos ha dicho que los jóvenes que quieran ganar fama, iban á señalarse en las justas y torneos que Witiza da con frecuencia; esto será para nosotros una escuela; vamos á Córdoba. — ¿A Córdoba? ¿y bajo qué título? ¿qué equipage llevamos? Si nos presentamos como simples escuderos, nadie querrá lidiar con nosotros. Ademas, lo que yo busco, no son juegos, son combates que me pongan en

estado de ser útil á mi patria algun dia. Cárlos hace la guerra á los Sarracenos: los Sarracenos y los Moros tienen las mismas costumbres, las mismas maneras, su culto es igualmente el del impostor Mahoma. Contra ellos quiero aprender á vencer á los enemigos de mi patria. Cratilo escuchaba atónito á su hermano, y parecia que desde aquel momento conocia ya en él á su amo y maestro. Te he prometido, dijo, el acompañarte por todas partes; cumpliré mi promesa con tal que me escuches. — Habla. — Antes de emprender el viage que te propones es menester volver á casa de Silex. — Jamas. — Tú ignoras lo que yo tengo que decirte; es un secreto que nunca hubiera roto, si las circunstancias en que estamos no me obligaran á revelarle.

„Yo estaba un dia en el huerto ocupado en sostener las ramas de unos árboles que el peso de la fruta hacia casi desgajar, cuando vi venir á nuestros padres, que en

lugar de dirigirse hácia mí, tomaron el camino del cenador que tú hiciste, y queriendo darles las primicias de un árbol plantado por mi mano, fui á cogerlas y á presentárselas inmediatamente; pero la accion animada de su conversacion, y el haber oido tu nombre repetidas veces, llamó mi atencion, y determiné ponerme á escuchar, no habiendo sido notado. No, decia mi padre, yo no me opondré á la inclinacion que Seordato tiene para un estado mas elevado que el mio; y si le he sujetado al trabajo del campo, no ha sido sino por conservar el estado vigoroso de su robusta complexion. — Entonces es de esperar que perderé bien pronto á mi querido Seordato, dijo mi madre. No pude oir la respuesta, y quedé tan sorprendido, que entré en el cenador sin hablar palabra, presenté la fruta, y salí á buscarte temiendo haberte perdido. Ya ves por mi relacion que puedes volver sin miedo á casa, desde donde podrás ejecutar me-

jor tu proyecto, facilitándote los medios de presentarte de un modo diferente en Francia, cuyos habitantes, segun dicen, se dejan seducir fácilmente por las apariencias....

„Seórdato tuvo una grande satisfaccion con la relacion de su hermano, y le propuso ir á Tortosa, y desde alli enviar un espreso á su casa para dar noticias á sus padres, y en seguida marchar para Francia. — ¿Con este equipage? — Para mí es suficiente respondió Seordato. Para tí ve aqui con qué te podrás satisfacer, añadió mostrándole un bolsillo lleno de oro. ¿De donde te viene ese oro? preguntó Cratilo desechando el bolsillo. — ¿Sospechas que le haya robado? — La idea sola me atormentaria; pero en fin... — Este oro es mio, el herido me le dió la víspera de irse de casa. Seordato, me dijo, este oro tal vez te será útil algun dia; acéptale como una prenda de la amistad que me une á tí, y emplea ese en socorrer al miserable, ó en adquirir la celebridad. Este oro, conti-

nuó Seordato, abrazando á Cratilo, ha encontrado su destino; partamos para Tortosa; yo queria que devolvieses el caballo que te ha servido para alcanzarme. Nuestro padre verá que sobre nada contamos sino sobre nuestras acciones. — Seordato, nos falta una cosa muy esencial. — ¿Y qué es? — La bendicion paternal, yo necesito de ella. — La alcanzaremos. Asi que nuestros padres sepan que estás conmigo, y cuáles son nuestras ideas, no nos la harán desear mucho tiempo. Los dos hermanos se abrazaron, se juraron una amistad eterna, y se encaminaron á Tortosa, desde donde enviaron el espreso á la sierra. Seordato quiso partir sin esperar la vuelta; y Cratilo con mas prevision que su hermano, se dirigió á casa de un deudor de su padre para proporcionarse los fondos de los gastos que acababan de hacer, proveyéndose de las cosas necesarias que habian disminuido. Este hombre, que participaba de las ideas de Seor-

dato, quedó instruido de sus planes y de los temores de Cratilo de poderles faltar medios de existir, si se les retardaba la entrada en las tropas de Cárlos Martel.

,,Teodoro les aseguró que no solamente supliria á todo lo que la ignorancia y la distancia en que estaba Silex le impedia hacer por sí mismo, sino que aun les recomendaria á un amigo establecido en Francia, que los presentaria al gefe que la defendia tan gloriosamente.

CAPITULO VII.

,,No habian puesto aún los pies en la Gaula Narbonense, cuando el ruido de las armas resonó en el corazon de Seordato, que no dejó usar á Cratilo de la recomendacion que Teodoro les habia dado, deseando tener la entrada y los adelantamientos por solo su mérito. Cratilo cedió esta vez como las otras á las razones de su hermano. Yo no podré deciros cuales fueron las proezas

de los dos bravos guerreros; la modestia de Cratilo me las ha callado, y el respeto debido á mi Rey no me ha permitido preguntárselo á él. Lo que ha hecho, acompañado del que honra con el nombre de hermano por nuestra patria, nos anuncia cuales fueron sus primeros pasos en la carrera de las armas. Yo sé que Cárlos Martel, satisfecho de sus servicios, los llamó á su lado y los hizo caballeros; que la predileccion por Seordato, cuyo humor dulce y alegre simpatizaba con el suyo, no le impidió el distinguir infinitamente á Cratilo que conservaba un poco de la rusticidad de su primer estado; pero que era el modelo de la probidad y de un valor sin igual. Cratilo no tuvo jamas envidia de los progresos de su hermano que trataba de imitar los modales agradables de los franceses, sin tomar la ligereza que los caracteriza, y que tan poco convenia á su genio constante. Yo espero, Príncipe, que me perdonaréis los elogios

que le prodigo, movido de la amistad y de los títulos que sabreis me unen á él.

„Ya hacia cuatro años que Eudes, Duque de Aquitania, devastaba sin utilidad un pais, cuyo defensor le hizo conocer mas de una vez su superioridad; al fin avergonzado Eudes, vino á reunirse con Cárlos, que fue su apoyo con el tiempo, y á juntar sus tropas con las del héroe frances. Este presentó la batalla al famoso Abderramen, que la aceptó sin titubear. Esta batalla memorable duró dos dias, en los que los Sarracenos fueron destrozados completamente, quedando la Francia y la Aquitania libres del yugo que ellos habian creido imponerlas.

„La fortuna de los dos hermanos parecia deber fijarlos en Francia. Cárlos Martel les ofrecia honores y empleos, y la parte de botin que les habia tocado, hubiera bastado para mantenerlos con esplendor. Gratilo, que estaba incierto sobre el naci-

miento de Seordato, temia un descubrimiento mortificante, y deseaba que no volviera á su patria, y tal vez hubiera verificado su deseo, sin las voces de una guerra intestina en España, ocasionada por las pretensiones del jóven Rodrigo al trono de Witiza.

„Habiendo salido de España muy jóvenes aún, habiendo vivido lejos de la corte, y tenido una educacion oscura, nuestros guerreros no sabian las mudanzas y los acontecimientos sobrevenidos en su patria, ni de qué lado estaba la justicia. Witiza habia sido reconocido como Soberano; él reinaba cuando ellos salieron de España. Esto bastó para que los dos jóvenes creyesen sus derechos bien establecidos, y se decidieron á ayudarle con todo su poder y su fuerza; y habiendo pedido la licencia á Cárlos Martel, este se la concedió sabiendo el motivo; y quiso al mismo tiempo instruirlos á fondo de las noticias que la fama

publicaba acerca de todo lo que agitaba á la España y el África.

„Despues que los Godos, dijo Cárlos, sujuzgaron á España, y aun cuando sus gefes abjuraron el arrianismo para unirse á la Iglesia Romana, el derecho hereditario del trono no estaba reconocido generalmente. El afecto que los pueblos conservaron á tal ó tal Soberano, ó la ambicion de algunas familias que pretendieron descender del famoso Alarico, llamaban al trono á un hijo ó pariente, sin consideracion al género de parentesco ni á la primogenitura; y se han visto muchas veces valientes guerreros elevarse á la dignidad Real. Bajo de este punto de vista debe considerarse á Witiza vuestro último Monarca. Sin entrar en informaciones de si son justas ó no las reconvenciones que hacen á su memoria, diré solamente que su muerte ha despertado la ambicion de una multitud de pretendientes, entre los cuales se hallan los hijos de Wi-

tiza, Eba y Sisebuto, y el hijo de la Princesa Aurelia, que su madre salvó en el África en el tiempo de la persecucion de su esposo Teodofrido. Rodrigo protegido por el Conde Julian en perjuicio de los dos hermanos Eba y Sisebuto, ha ganado sobre ellos y sobre los otros concurrentes. Rodrigo es Rey, pero rodeado de facciones y de turbulencias que suscitan los descendientes de Witiza: se dice que estos tienen un partido considerable, y que habiendo hecho lo que Rodrigo en el tiempo de su desgracia, se han ido á la Mauritania, y que las provincias enteras se sublevan en su favor.

„Yo no sé si estas voces estan fundadas sobre la verdad; pero creo que si el Conde Julian es fiel á Rodrigo, el falso monarca tendrá muy poco que temer de sus competidores actuales."

„La narracion de Cárlos Martel que acabó aqui, inspiró en los dos jóvenes guer-

ceros el deseo de volver á España: y con el proyecto de no descubrir ni su patria ni su nacimiento partieron inmediatamente.

,, Antes de tocar el suelo pátrio, encontraron á varios viageros que les informaron que las turbulencias de España estaban apaciguadas; que Rodrigo se afirmaba cada dia mas en el trono; que habiendo hecho salir de la prision á la Princesa Benilda y su hija Ormesinda no estaban sin esperanza de ver calmarse enteramente las disensiones con el casamiento de esta última con el Príncipe Eba. Teodofrido no existia ya. Decian que la corte del nuevo monarca era el centro de los placeres, y que los estrangeros eran perfectamente recibidos cuando merecian ser distinguidos. Contaban que Egilona acababa de llegar, y que vivia muy retirada, sin impedir por tanto á las damas de su servidumbre el asistir á las diversiones de la corte que eran muy variadas por la mezcla de los Godos y los Moros. Estos discursos

no interesaban mas que á Seordato; Cratilo no suspiraba sino por el retiro y los combates. Sin embargo acostumbrado á ceder sin decirlo á la voluntad de su hermano, consintió en acompañarle á Córdoba, contentándose con manifestarle solamente que despues de una ausencia y un silencio tan largo, parecia conveniente pensar en sus padres: añadiendo á media voz: ¿Qué ventaja sacaremos de ver una Corte brillante en donde estaremos desconocidos, y en donde deberemos estarlo si no fuera asi? ¿qué papel harian dos hijos de un labrador entre tantos guerreros orgullosos con su nombre y sus proezas?

„Estos hijos de labrador, respondió Seordato, son caballeros tambien como los otros. La generosidad de Cárlos nos da los medios de presentarnos con tanto decoro como otros muchos de la corte de Rodrigo. Esto es todo lo que necesitamos. — Y si nuestra magnificencia atrae la curiosidad, ¿qué

responderemos? ¿negaremos nuestros padres y nuestra patria?

„No, querido Cratilo, tan lejos estoy yo como tú de esa cobardía; pero bien podemos guardar nuestro secreto. Los cuatro años que hemos pasado en Francia nos han familiarizado con el dialecto del pais y sus costumbres; se nos creera franceses, y la poca afinidad que existe entre estas dos naciones nos pondrá fuera del caso de ser descubiertos. Yo no puedo menos de pensar que en la Corte me espera la fortuna y la gloria; pero tus observaciones son tan justas, que yo consiento en prevenir todo lo que puede esponernos á una averiguacion desagradable.

„En seguida de esta conversacion se decidió que despedirian á los criados; que un esclavo Sarraceno que habia tocado á Seordato en la reparticion de la batalla contra Abderramen, y cuya fidelidad estaba probada en varias ocasiones, sería enviado

á la Sierra con una carta, y varios y ricos presentes; y que á su vuelta sería enviado á Francia á un amigo de Seordato que le retendria consigo hasta nueva orden.

,, Convenidos en estas disposiciones, no quiso Seordato retardar por mas tiempo el descubrir enteramente todos sus pensamientos á su querido Cratilo. Hermano mio, le dijo, jamas las manos que han manejado la espada, tocarán el arado ni la podadera: yo honro y respeto un arte que por su utilidad ennoblece al que lo profesa; pero que es contrario á mi inclinacion. Amo y venero á nuestros buenos padres, ellos serán los dueños de mis bienes, y si los acontecimientos imprevistos me obligasen á volver bajo el techo paterno, siempre á su lado, trataré de serles útil, participando sus inocentes placeres; pero te lo repito, la Corte de Rodrigo tiene grande atractivo para mí, y el que tenia Francia en otro tiempo no es nada en comparacion: ¿quién sabe si esta

paz de que tanto hablan durará mucho tiempo? Si la guerra sobreviene, como es natural, en ella podremos distinguirnos. Los riesgos que se corren y la sangre que se vierte son otros tantos grados para subir á la gloria. — Pero ¿y nuestros nombres? — No serán mas comunes en España que en Francia; lo que debemos hacer es ilustrarlos.

„Determinados asi los dos guerreros, tomaron el camino de Tortosa, despidieron á los criados, é hicieron partir al fiel Harsam, que ejecutó perfectamente las órdenes que le habian dado. El anciano Silex y su buena esposa quedaron atónitos al ver la magnificencia de los regalos. Penetrados de reconocimiento hácia sus hijos, hicieron mil preguntas al esclavo para saber el pueblo de su residencia, y cuales eran sus ocupaciones y sus proyectos. El astuto Harsam eludió sagazmente las preguntas; volvió á Tortosa cargado de bendiciones de parte de

los padres para sus hijos, con encargo particular á Seordato de ir á verlos asi que sus ocupaciones se lo permitieran, porque tenian que hacerle ciertas esplicaciones que influirian sin duda en su suerte.

,, No habiendo recibido carta de Silex, Seordato pensó que sería solamente para atraerle á sí lo que le decian, y se guardó de dar parte á Cratilo del recado particular que le habia traido Harsam, el cual pocos dias despues fue enviado con una comision para el mediodia de Francia.

,, Luego que se vieron libres de los testigos de su vida pasada, pusieron orden en todos sus negocios y se encaminaron á Córdoba, determinados á presentarse á Rodrigo como dos caballeros franceses á quienes la ociosidad de la paz de su patria habia inspirado el deseo de visitar el delicioso pais de España.

,, Su sorpresa fue extraordinaria cuando en lugar de la paz de que todo el mundo

les habia hablado, no hallaron por todas partes por donde pasaban sino los preparativos de una guerra, y el terror pintado en todos los semblantes. Gratilo rebosaba de alegría; Seordato triste y pensativo preguntaba á todas cuantas personas se le presentaban; no pudiendo conciliar lo que le habian dicho con lo que veía. A fuerza de reflexionar sobre lo que observaba, acabó por concebir que la Andalucía se habia sublevado en masa; que el Príncipe Eba habia tenido la habilidad, sin moverse de la corte, de hacer se le nombrase el Rey general de todas las tropas que se levantaban; y que aquel Príncipe tenia una autoridad completa sobre un consejo que debia presidir Sácar, uno de los señores mas fieles partidarios de la casa reinante.

„Como ni mi intencion ni vuestro interes exige que hable con particularidad sino de lo que concierne á Pelayo, dijo Sigerico, pasaré rápidamente por una guerra,

que aunque de corta duracion, tuvo fatales consecuencias para Rodrigo, y fue el primer eslabon de la cadena de sus desgracias.

,,El Príncipe de Cantabria, deseoso de saber lo que pertenecia á Pelayo, apretó la mano á Sigerico como en signo de aprobacion, y este continuó de este modo:

CAPITULO VIII.

,,Las vanguardias de los dos ejércitos habian tenido ya algunos encuentros, y parecia que el partido de los rebeldes llevaba la ventaja, y se sabía que seis mil Moros debian desembarcar de un momento á otro para reforzarlos. Sácar queria enviar un cuerpo de tropas veteranas al ejército del Rey; pero Eba, que tenia sus proyectos particulares, se opuso con energía, pretestando que los estrangeros que esperaban, no habiéndose declarado, no habia que dudar viniesen á favor de la causa legítima se-

gun el último tratado; y que solo era necesario enviar algunos soldados para examinar su marcha.

„Obligado á la obediencia Sácar salió inquieto y descontento de la tienda del general, y se retiró á sus cuarteles, bastante distantes del grueso del ejército. Acompañado de muy pocos (porque en el campo de guerra como en la Corte, la multitud no rodea sino á los que estan en favor), marchaba haciendo entre sí mil reflexiones, cuando se le acercaron varios soldados como en ademan de pedirle alguna gracia; y habiéndole rodeado, le separaron de los suyos, deteniéndole por fuerza: y la vida de Sácar hubiera peligrado sin la llegada de Seordato y de Cratilo, que ayudados de sus escuderos fueron á su socorro. No creais que la casualidad favoreció á Sácar; queriendo los dos hermanos presentarse al general en gefe, siguieron una senda que los condujo á un sitio en donde habia un grupo bastante con-

siderable de hombres que parecian esperar alguna orden. Seordato y Cratilo se mezclaron disimuladamente, y escucharon con atencion lo que se decia á su lado; pero por mas que sus oidos y sus ojos oian y veian, no podian entender ni una sola palabra, porque aquellas gentes hablaban en árabe, y solos los nombres de Eba y de Sácar repetidos muy á menudo, era todo lo que podian comprender de una conversacion tan animada. El impaciente Cratilo se cansaba de estar escuchando para no entender nada; y habia cogido el brazo de su hermano para retirarse, cuando vinieron á decir (en español) á la tropa que estuvieran prontos, que se condujesen con prudencia, y que no dejasen escapar la presa. Esta es una conspiracion, dijo Cratilo, es menester deshacerla. — Sí, respondió Seordato, sigamos á estos hombres, y veremos lo que hemos de hacer. La edad de Sácar y su aire distinguido no les dejó duda fuese el objeto de

ella, y se decidieron á conservarlo; y en lugar de reunirse con los que le asaltaron, los atacaron vigorosamente, dándole á Sácar la facilidad de deshacerse de los que le detenian. El gefe que conducia la accion, furioso contra los estrangeros que le habian trastornado la empresa, levantó el sable contra Cratilo; pero Seordato saltó sobre él, y de un golpe le dejó caer el arma con el brazo. Este golpe terminó el combate; los conjurados huyen, y el nombre de Mahoma repetido por ellos, no les dejó duda de que serán moros.

„El rumor de este acontecimiento se estiende bien pronto, y viene gente de todas partes. El Príncipe Eba, no es de los últimos; en el esceso de las felicitaciones que da á Sácar, y de los cumplimientos y las gracias que prodiga á los estrangeros se veia el despecho que le poseia, y que Sácar no pensaba en la generosidad del que le habia salvado la vida.

,,Retirado á su tienda, y custodiado por una guardia fiel y numerosa, Sácar volvió á dar las mas espresivas gracias á los dos hermanos por el beneficio importante que le habian hecho; y habiendo sabido que eran estrangeros, y que pedian empleo, les dió á cada uno un puesto honroso, y los conservó á su lado prometiéndoles dar cuenta al Rey de su generosa accion. Yo espero que S. M., les dijo, no tardará en venir á tomar el mando de sus tropas; si asi no fuese, os encargaría fuéseis vosotros mismos á hacerle sabedor del incidente que os ha espuesto á ser víctimas.

,,Sácar se engañaba; para arrancar á Rodrigo del seno de los deleites en donde le habia sumergido el Conde Julian, tio de Eba, era necesario causas mas fuertes.

,,En este tiempo habiendo llegado los Moros al campo de los rebeldes, se dispuso todo por una y otra parte para una batalla general.

„Eba continuaba en fingir adhesion á Sácar, y en nada se apartaba de sus consejos; pero hacia cuanto podia por alejar de sí á los dos estrangeros, con el pretesto de darles el mando de las tropas que acababan de levantarse. Sácar conoció bien la estratagema, pero no podia chocar negándose ni con Eba ni con los estrangeros, y tal vez con el ejército entero, abriéndole los ojos sobre las miras de sus gefes; pero Seordato los sacó de la incertidumbre con solo el motivo de su modestia.

„Señor, dijo este, estrangero como soy en este pais, vengo mas bien á estudiar el arte de mandar que á ejercerle; y sólo obedeciendo y observando podré imitar los talentos guerreros que os distinguen á vos y al digno Sácar. Mi hermano me ama demasiado para separarse de mí; el uno y el otro esperaremos haber merecido vuestras bondades para admitirlas.„ Eba recibió su disculpa, y dió la batalla, en la que los dos

hermanos hicieron prodigios, sin alejarse de Sácar, al que salvó una segunda vez nuestro Seordato. El ejército Real venció. Los seis mil Moros fueron derrotados y perseguidos hasta sus bajeles, en donde se arrojaron en el mayor desorden. Ya sabreis, continuó Sigerico, el por que perdieron la batalla los enemigos: las desavenencias entre los gefes de los traidores y sus auxiliadores fueron el principal motivo.

„En la obstinada defensa de Sácar rodeado de enemigos mas particularmente que otro ninguno, nuestros héroes fueron heridos, y en el momento que llegado á la tienda Sácar, se apresuraba este á dar á sus defensores los socorros necesarios, Seordato debilitado por la falta de sangre que habia corrido de las heridas, cayó sin conocimiento en los brazos de su hermano Cratilo.

„Sácar estaba inconsolable, y esclamó: ¿será posible que por conservar una vida

easi apagada con los años, perezca un héroe en la flor de su vida? La gloria de España va á acabar, si sus defensores sucumben á los golpes de un acero impío.

„ La inquietud de Sácar se moderó con el informe de los cirujanos que aseguraron que las heridas del uno y del otro no eran mortales, y que el principal remedio sería una perfecta tranquilidad. Sácar se encargó él mismo de procurársela, y dejó á Eba ir á Córdoba, y ensalzar sus proezas, contentándose con no desmentirlas, y dándole cuenta de todo lo ocurrido antes y despues de la batalla.

„ Satisfecho Rodrigo de aquella jornada, hizo licenciar las tropas, y por una precaucion necesaria ordenó á Sácar se retirara á su gobierno para mantener el orden que su estancia en la Corte podia alterar, y contuviese á los que volvian á sus hogares, despues de estar acostumbrados á la licencia militar; y le manifestó el deseo de co-

nocer á las personas que por dos veces le habian salvado la vida.

„Sácar obedeció, y no quiso precipitar su marcha por no dejar espuestos, ó separarse de sus dos amigos, como él llamaba, á nuestros héroes.

„La capital de la provincia donde mandaba Sácar era Mérida. Algun tiempo despues de su llegada á élla, viendo que Seordato estaba perfectamente convalecido, le dijo: Yo me lisonjeaba con la promesa del Rey de venir aqui; pero ya veo que los que tienen interes en retenerle en su Corte han doblado el cerco de los placeres con que lo rodean, y que él no quiere, ó no puede salvar. Yo me dispongo á marchar inmediatamente para Toledo; y cuento que me acompañareis. El deseo que tengo de cumplir ciertas obligaciones personales hácia vos es estremado. El cielo me ha rehusado un hijo. Seordato, ¿será ofenderos el proponeros que lo séais? Para esplicarme

mas ámpliamente, necesito vuestra franqueza; entonces señalaré mi gratitud del modo que convenga. No puedo ocultaros que he sondeado á vuestro hermano sobre vuestra patria y vuestro nacimiento. Su carácter franco me ha hecho esperar una respuesta capaz de fijar mis ideas. Esta respuesta no ha sido la que yo esperaba. Cratilo se turbó, y dijo unas palabras que no pude entender. ¿Qué debo pensar de esto? ¿Os une un lazo mas estrecho que el de la amistad? Sin embargo, no se halla entre vosotros dos mas semejanza que en el valor. Cratilo es mi hermano ciertamente, respondió Seordato, que tenia preparada su respuesta; y lo que él ha tenido por conveniente callar, no será revelado por mí. Si para merecer vuestras bondades es menester declarar quienes somos, desde ahora renunciamos á éllas, y nos contentaremos con haber merecido vuestra estimacion.

„ Yo veo bien, repuso tristemente Sá-

car, que atribuis mi solicitud á una simple curiosidad bastante indiscreta; pero sé que la Francia ha sido destrozada por mil agitaciones, y tal vez víctimas de las circunstancias....

„Deteneos, señor, interrumpió Seordato vivamente: no lleveis tan adelante un pensamiento que nos honraria sino fuera el fruto de una preocupacion. Olvidad que yo haya rehusado.... Yo voy.... Seordato calló, y su silencio fue bastante largo para haber dado tiempo á Sácar de presumir que le habia mortificado ú ofendido. Esta conversacion habia pasado en el vasto jardin del Palacio de Mérida, y el jóven guerrero se dirigió á una calle de naranjos, adonde tomando respetuosamente la mano del generoso anciano, parecia que le convidaba á seguirle.

„Cuando hubieron llegado á un sitio retirado, se sentaron en un banco de cesped, y por un movimiento irresistible Seor-

dato se espresó de esta manera.

,,Voy á declararos lo que la fortuna mas lisonjera, ni aun en el esplendor del trono no me habrian obligado á decir: Cratilo obraria como yo en las mismas circunstancias, y no temo condene mi conducta. Os repito que Cratilo es mi hermano; pero no somos ni franceses ni de noble estraccion: y aprovechándose de la sorpresa de Sácar, dijo cual era la profesion de Silex, y el modo con que habian dejado el techo paternal, el favor de que habian gozado en Francia tanto en la corte como en el ejército, y en fin todo cuanto les habia sucedido. Seordato hubiera podido hablar mas aún sin ser interrumpido, porque Sácar estaba sumergido en una admiracion inesplicable. Por último sobreponiéndose á sí mismo le dijo: ¿Os acordais que al principio de esta conversacion os he propuesto ser mi hijo? — Sí, señor, y lo que en otro caso hubiera hecho mi gloria, desde hoy será mi pesa-

dumbre. — Escuchadme lo que voy á deciros. La aficion que yo profeso á Seordato, lejos de apagarse con el conocimiento de lo que es, aumenta mi consideracion y se fortifica con la reflexion. Me habia propuesto daros por esposa la única hija que el cielo me ha concedido, dejando á mi Teodelinda un protector tal cual no lo hubiera encontrado en la corte de Rodrigo.... Pues bien, mi plan no ha cambiado. Seordato honrado en la corte de Cárlos Martel, y mi defensor en España; sin otra mira que su generosidad, será mi hijo si me asegura que su corazon está libre.

„ Lo está, señor, le respondió doblando una rodilla delante de Sácar; mi voluntad es la vuestra, pero es menester combatir otras dificultades. — Esplicaos, y que el esceso de vuestra moderacion no quiera engañar mis esperanzas. — ¿ Podrá el hijo de un humilde y rústico labrador aliarse con la sangre del ilustre Sácar? ¿ Podrá disimular

hasta tal punto á la que será su esposa? ¿Y el noble Sácar se humillará á fingir no solamente con su Soberano, sino con su propia hija? ¿Y no temerá que algun dia caiga el velo que cubre un secreto que cuando se descubra será ruboroso para todos? Estas son, señor, mis reflexiones, que las creo bastante justas. — Yo debo juzgarlas. Escuchadme Seordato: no doy mi hija á un plebeyo obscuro; ofrezco mi alianza á un héroe que junta el valor guerrero á las virtudes que honran la humanidad, y que su franca modestia lejos de ocultar su orígen, ha declarado hasta las mas pequeñas acciones de su infancia. Si no hubiérais estado lejos de vuestra patria y tan ocupado en tareas penosas, sabriais que los Chindasvintos, los Vambas y el mismo grande Alarico, no podian presentar otro orígen mas brillante que el vuestro. El tiempo que cubre con un velo espeso todas las estracciones, acordará él mismo favor á la vuestra. Sí, los héroes que

sojuzgaron á España, que humillaron el orgullo de los Césares, y de su soberbia ciudad, no nacieron en una cuna mas ilustre. El valor funda los imperios, la virtud los consolida, y solos los vicios los destruyen. No creais que quiero engañar á mi hija ni arrancarla una sumision servil. Yo os presentaré el uno al otro, os daré tiempo para conoceros y apreciaros, y si veo que una simpatía agradable une vuestros corazones, haciéndolos palpitar como lo hacia el mio en mi juventud, Teodelinda sabrá solo nuestros proyectos; mañana partiremos para Toledo. Diciendo esto se retiró sin esperar respuesta.

Cratilo los habia visto sentarse, y su primer movimiento fue ir á juntarse con ellos; pero viendo que hablaban de un modo bastante animado, lo tuvo por imprudencia, y se estuvo paseando, dándoles tiempo para acabar la conversacion; pero observando que Sácar se iba solo, y que Seordato quedaba en una aptitud de re-

flexion, temió alguna cosa desagradable, y entró en el cenador. Todo está descubierto, esclamó Seordato.—¡O Dios! partamos al instante, dijo Cratilo tomando por el brazo á su hermano, y proponiéndose ir á Tortosa, donde tenian sus equipages; pero mirando á Seordato con atencion, descubrió en su rostro las señales de una conmocion muy viva, y ninguna de vergüenza ni humillacion.

„La esplicacion que tuvieron reconcilió á Cratilo con el viage de Toledo; le hubiera desagradado en otra cualquiera ocasion, no gustando de la Corte. Mas satisfecho de la dicha de Seordato que de la suya propia, se ocupó en disipar los escrúpulos que Sacar no habia conseguido destruir."

CAPITULO IX.

„Sigerico iba á continuar la historia, cuando un page se presentó diciendo que unos amigos querian verle; al instante salió

á ver quienes eran, y su ausencia del cuarto de Alfonso no fué larga.

„Señor, le dijo al Príncipe de Cantabria cuando volvió: la ciudad de Cangas está en poder del Rey; su lentitud y su bondad han producido un efecto mucho mas favorable que lo que las armas hubieran podido hacer, pues que no ha corrido la sangre de nuestros compatriotas. Los habitantes, á quienes los Moros trataban con un rigor que se aumentaba todos los dias, han sacudido el yugo; uno de ellos ha salido sin ser visto, y ha dado cuenta al Rey de las disposiciones en que se encontraban, y le ha enseñado un camino subterráneo que conducia á ella; un cuerpo de ejército escogido se ha introducido en el momento que los sitiados se disponian á hacer una salida. Las tropas del campo han vastado para rechazarlos, y ellos, que han oido el desorden que habia en la ciudad, se han dispersado; las tropas que defendian los

puntos fueron sorprendidas por los nuestros; y á querer Pelayo, el número de prisioneros hubiera sido igual al de los soldados. Pero temiendo que falten los víveres, y no queriendo manchar con la destruccion un suceso tan feliz, los hizo desarmar, y los permitió retirarse; la admiracion los sorprendió de modo que lejos de aprovecharse de una generosidad tan inaudita, permanecieron prosternados en tierra pidiendo la vida, hasta que una segunda orden les convenció de que estaban libres.

„Estas son, señor, las noticias que acabo de recibir; ademas el ilustre Pelayo debe venir en breve á visitar al libertador de su hermana; esta Princesa le acompaña, y ya estarian aquí, sin la llegada repentina de un caballero frances, á quien el Rey estima mucho.— La satisfaccion que me causa el saber por vuestra boca el honor que me aguarda con la visita de los Príncipes, dijo Alfonso, será solo lo que

podrá hacerme sufrir la impaciencia con que espero la continuacion de vuestra historia; y si no temiera abusar de vuestra bondad, os pediria me hablaseis de ella mientras tenemos el placer de ver al valiente Pelayo y á su encantadora hermana.

„Príncipe, respondió Sigerico, todo mi tiempo os está dedicado, y os falta tan poco que saber, que quiero emplearle mejor, contándoos el cómo ha recibido el Rey á su estimado Rainfroy.

„Apenas habia Pelayo tomado todas las medidas de asegurar su conquista, y dado las órdenes de prepararos en el palacio una habitacion, cuando vinieron á anunciarle que dos guerreros desconocidos pedian presentársele. Pelayo es siempre accesible: ¡Cual fue su gozo viendo echarse á sus pies arrojando lejos su casco, al amado Cratilo! Las caricias mas afectuosas le han probado que el corazon de Pelayo no se ha mudado, y Cratilo gozó de esta dicha

por un largo espacio con toda la familiaridad acostumbrada en el tiempo de su fraternidad.

,, Señor, le dijo, levantándose y presentándole el estrangero que estaba con él: ved aquí á mi compañero de viage, y un rival en el afecto con que me honrais, y y que no querrá que yo abuse mas tiempo de vuestra condescendencia. Yo no quiero hacer un enemigo del que nos concedió en otro tiempo su amistosa hospitalidad. Entonces el estrangero ha querido rendir el homenage debido al Soberano de Asturias quitándose el casco, y arrodillándose; pero Pelayo le ha detenido, le ha abrazado, y ha dicho: Ya no temo ni á los contrarios de la Patria ni á los mios; el cielo me vuelve mis amigos.

,, Este es el modo con que Pelayo ama á los que merecen su cariño, continuó Sigerico. –Y qué será cuando el amor le comunique su fuego, repuso Alfonso? –Teo-

delinda debe creerse muy dichosa, en poseer el corazon de un Príncipe tan perfecto; el destino es avaro de estos favores, dijo Alfonso. — Teodelinda, repuso Sigerico sonriéndose, no ha poseido nunca aquel corazon; si asi hubiera sido, el hombre que tiene el honor de hablaros en este instante, hubiera perecido hace mucho tiempo al filo del alfange africano. La continuacion de la historia de Pelayo os hará saber que le estaba reservada una conquista mas ilustre; pero, señor, es tarde, y ciertas ocupaciones me llaman; permitidme que os deje.

„Mientras que Sigerico preside los preparativos que ha ordenado para recibir al Rey, volvamos por un momento á este y á sus amigos.

„Con la franqueza que le caracterizaba se abrió sin reserva á los recien llegados, refiriéndoles todo cuanto le habia ocurrido desde la larga separacion de Cratilo, y sus alarmas sobre la suerte de su querida Ervi-

gia. Yo veo, dijo á su amigo, que vuestra inquietud se manifiesta con las miradas que echais á esa puerta; tranquilizaos; Sigerico está á mi lado; su esposa y mi hermana estan en lugar seguro cerca de Sácar. Las rocas escarpadas que ciñen las Asturias son unas murallas que el enemigo no se atreve á escalar; ¡ Ojalá que mi Ervigia hubiera escogido este retiro !... — Señor, ¿ será posible, dijo Cratilo, que la Princesa no esté aquí? Sabiendo que vuestra ilustre hermana habia venido á reunirse con vos, yo creí que no hubiera venido sola, y pensaba que una ausencia momentánea, ó los temores de una pasion violenta os hacian hablar. — Una separacion voluntaria me afligiria; pero me siento con ánimo para suscribir á todo lo que la necesidad me hubiese impuesto; mas no es ninguno de esos motivos el que causa mi pena. Cratilo, yo pierdo el juicio algunas veces, y necesito acordarme de mis obligaciones para no perecer;

sin duda unos momentos semejantes de delirio me han impedido esplicarme con claridad, y prevenir tus cuestiones. — Yo conozco, señor, que vuesta imaginacion exaltada os forma una desgracia que no existe. La Reina Egilona con quien estábamos poco antes de la catástrofe que ha privado á España de su mas bello ornamento, parecia muy poco inquieta acerca de Ervigia, y vos sabeis cuanto la amaba. — ¿Qué quereis decir de la Reina Egilona? — Que no existe, señor. Es cierto, dijo entonces Rainfroy, y su noble cabeza ha caido en la plaza misma en que Rodrigo, rodeado de sus lisonjeros cortesanos, multiplicaba las fiestas de todas especies.

„Veo, dijo Pelayo suspirando, que mi retirada en las montañas de Asturias me ha separado del mundo entero. Estoy arrepentido de haber anunciado para hoy mi visita al Príncipe de Cantabria, y hubiera preferido pasar el dia oyendo lo que Cratilo y

vos teneis que contar. La suerte de la desdichada Egilona me enternece tanto mas, cuanto yo era el objeto de sus bondades aun en el tiempo en que un velo espeso encubria mi nacimiento. Al reunir los valientes guerreros que el acero de los enemigos no habia aún destruido, contaba librar de las vergonzosas cadenas á aquella augusta prisionera; pero el Todopoderoso no lo ha permitido: es menester conformarse. Partamos, amigos, y en otro momento volveremos á hablar de esto.

„ El escudero Félix, que habia estado siempre presente, oyó el anuncio de la visita del Rey y de su hermana, y á no estar Alfonso y Sigerico tan distraidos con la conversacion, no hubieran dejado de percibir la impresion que hizo en él esta noticia. Cuando Sigerico salió del cuarto, Alfonso quiso vestirse de un modo conveniente para recibir al Rey, y llamó á su escudero para que le ayudase: Félix trémulo y con

voz mal segura, alegó la inutilidad y aun el peligro de separar las vendas que sujetaban los cabezales que aún debian renovarse todos los dias.

,, La conmocion que se os advierte, dijo, al nombre solo de la princesa Ormesinda, no puede menos de aumentarse al verla. ¿Quién sabe si esta conmocion volverá á abrir las heridas? Este accidente que se puede temer mucho, la presentaria un espectáculo que os privaria infaliblemente de su vista. Quedaos como estais: la compostura es supérflua en esta ocasion. Alfonso insistió. Félix resistió y se negó á prestar su ayuda, y en el tiempo que duró este debate, un ruido general que se oyó en la casa les anunció la llegada del Rey.

,, Félix, dijo Alfonso, tu obstinacion me desagrada; y si no tuviera consideracion á los servicios que me has hecho, este momento sería el de nuestra separacion. Félix no respondió, y se ocupó en arreglar

el cuarto, poniendo y quitando alternativamente las sillas y las almohadas que servian para recostarse su amo, y esta ocupacion no cesó hasta que vió entrar al Rey y su séquito.

CAPITULO X.

„Al ver entrar al Rey, Alfonso sostenido de Félix se levantó del sofá en que estaba; pero Pelayo adelantándose á él prontamente, le obligó á colocarse en la misma posicion en que estaba antes, diciéndole: No son mas que amigos los que vienen á devolver lo que deben á su bienhechor, y que no permitirán jamas que la etiqueta impida los movimientos del corazon. Quieto, Príncipe: yo no deseo mas que ver el dia en que pueda pagar vuestra generosidad. Tomando la mano de Ormesinda, que conducia Cratilo, continuó: Esta Princesa que habeis librado de una nueva cautividad, y sin duda tambien del mayor ultrage, no ha querido esperar á veros curado enteramen-

te para juraros una amistad fraternal; recibidla, amado Alfonso, como si los nudos que deben unirla al desgraciado Ramiro se hubieran realizado.

„Dichosamente para Alfonso, la efusion del afecto de Pelayo le dejó el tiempo de sobreponerse, y aún de que Ormesinda, ocupada en darle las mas afectuosas gracias, no reparase en su conmocion; y las mal articuladas palabras que profirió pasaron por efecto de su debilidad. En fin, haciendo un violento esfuerzo, manifestó el placer que le causaba un honor tan inesperado. Pelayo le presentó á Cratilo y Rainfroy: dos amigos, añadió, que con el tiempo lo serán vuestros tambien; para acelerar esta amistad entre vos y ellos, quiero que esteis presente á la relacion que deben hacerme de varios acontecimientos que yo ignoro; pero habiendo contenido mi curiosidad hasta este momento, la contendré todavía hasta que se me asegure de que esta narracion no

perjudicará en nada á vuestra salud. „

„ Señor, respondió Alfonso, el honor que me resulta es tan grande, que la satisfaccion que me causa apresurará mi restablecimiento, tanto mas, cuanto que yo no siento sino la debilidad natural que ocasiona un largo sufrimiento: asi nada puede alterar el placer que me prometo al escuchar una relacion que tanto deseais. Esta narracion será dolorosa, dijo Pelayo, y estará en armonía con el sentimiento que me domina, y del que yo os informaré en otro momento. Querido Rainfroy, continuó, satisfaced el deseo de este Príncipe, el de mi hermana y el mio. No os olvideis de informarme por qué acontecimiento estais en este pais, cuando yo os creia tranquilo en vuestros hogares, gozando de la delicia de amar y ser amado: creo, añadió mirando á Cratilo, que el defensor de Carmona me agradecerá que yo le envie cerca de su querido Sigerico. No es menester que oiga todo lo

malo que querrán decir de él. Cratilo se inclinó, y salió del cuarto.

Relacion de Rainfroy.

,,Las dulzuras de una dichosa union, y la consideracion de que yo gozaba en la Gaula Narbonense, no habian podido hacerme olvidar lo que debia al generoso Cratilo. Sin él hubiera estado privado de una esposa adorada: y aún en los brazos de esta echaba de menos al amigo, al bienhechor que me la habia conservado, y que no esperaba ver mas. Clovisa participaba mi temor, y solo en un punto no estábamos conformes. Yo no podia comprender por que Seordato no se habia descubierto á mí sobre el nombre de su patria, ni el motivo que le habia obligado á dejar tan precipitadamente un pais, en donde era mirado con tanta estimacion. Esta reserva heria mi afecto, y yo mismo me reprendia de haber-

la sufrido tanto tiempo, sin esforzarme á destruirla. Clovisa, mas delicada que yo, aprobaba mi prudencia, y su dulzura trataba de calmar mi resentimiento, cuando Harsam se me presentó. Un grito de gozo se me escapó al verle, no creyéndole solo; pero la respuesta que dió á mis preguntas me desengañaron. Sin embargo la confianza que Seordato me manifestaba, depositando en mi casa aquel hombre, me convenció de que no me habia olvidado enteramente. Habíais prometido llamarle, y ordenado que estuviese en mi casa hasta aquella dichosa época; esto me hacia esperar veros algun dia. Harsam fue recibido por mí como una prenda de la amistad que me habíais ofrecido, y asi no quise hacerle la menor pregunta que pudiera embarazarle. Los ricos dones que presentó á mi Clovisa de vuestra parte, me persuadieron que mi noble bienhechor era superior á todo lo que queria parecer.

„Clovisa acababa de darme la segunda prenda de su terneza: y este hijo querido se llama Seordato, no pudiendo hacer mejores votos por el que desear que el cielo le concediese una parte de vuestras virtudes y calidades.... Vuestras miradas, señor, me dicen que debo suprimir lo que un corazon ardiendo de admiracion quisiera esplicar. Yo os obedeceré.

„Un negocio importante me llevó al lado de Cárlos Martel. Toda la Corte de Francia resonaba con las turbulencias de España. Cárlos me habló de ellas; todo lo dicho, añadió, no es lo mas admirable; uno de los guerreros que la fortuna me envió para defender la Francia contra los enemigos de nuestra religion, acaba de ser reconocido por pariente muy cercano del Rey Rodrigo. Se dicen mil cosas estraordinarias con este motivo, y yo trato de averiguarlas. Si este guerrero es Seordato, y tiene necesidad de mis tropas y de

mi brazo para apoyar sus pretensiones, puede contar con ellos.

,, Señor, le respondí, ademas de las obligaciones que le debe la Francia, se junta la que yo le debo personalmente; permitidme que yo vaya á verificarlo. Id Rainfroy, me respondió: llevad á Seordato la proposicion de mi alianza; y marchad sin inquietud respecto á vuestra familia. Vuestra esposa vivirá con la mia, y Esmentrudes se constituirá tutora de vuestros hijos. Tanta bondad me puso en estado de satisfacer mis deseos; inmediatamente dí parte á Clovisa, que lejos de oponerse, se ocupó en hacer los preparativos de mi viage. Cuando yo me disponia á llevar mi familia á Narbona, en donde Cárlos se encontraba en aquel momento, un estrangero me pidió la hospitalidad: Harsam fue á recibirle, y sus ojos brillaban de alegría al venir á decirme quien era el que la pedia; pero mi impaciencia fue tal al verle tan lleno de

gozo, que sin darle lugar á que hablara se lo pregunté yo mismo. Ya lo sabréis, señor Rainfroy, me respondió; pero decidme, ¿me será permitido seguiros? — Sin dificultad, si es verdad que Seordato es ese Príncipe Español de que hablan. — Señor, es el mismo; yo voy á conduciros al estrangero que lo dirá.

„ Este estrangero era un fugitivo á quien el miedo de los Moros habia hecho salir de su pais; poco instruido en lo que pasaba en la Corte, solo pudo asegurarme que Pelayo y el desconocido Seordato eran la misma persona. Ahora, le dije á Harsam, vuestra reserva conmigo debe cesar. — Señor, me respondió, mi reserva no es otra cosa que las órdenes de mi ilustre amo. Yo puedo aseguraros, sea el que quiera el accidente que ha hecho conocer su verdadero orígen, que cuando estaba con él, yo lo ignoraba tanto como los demas, y siempre se le creyó hermano de Cratilo. — Y aún pregunto

yo: ¿Quién es ese Cratilo? — No tengo el permiso de decirlo: partamos, señor, todo esto se aclarará.

„Ya veis, señor, que la impaciencia de vuestro esclavo igualaba á la mia. Al instante dí parte á Cárlos de cuanto acababa de descubrir. Este Príncipe me felicitó, pero no me ocultó que los negocios de España estaban en una crisis muy temible. Las continuas revoluciones escitadas por los amigos de Rodrigo, por los Moros y por el ejército, ponian á la Nacion en un estado de destruccion; segun estan las cosas, añadió, os costará mucho trabajo allanar los obstáculos que se opondrán á vuestras intenciones.

„Señor, le respondí, yo haré todo lo posible por superarlos, y aunque todos los peligros imaginables me rodeasen al mismo tiempo, no me estorbarán llegar hasta la persona de quien he recibido tantos beneficios, y que me honra con su amistad.

„A muy pocos dias de haber pasado los límites de Francia, fui asaltado por una enfermedad que me tuvo postrado en la cama un tiempo bastante largo. Harsam se desolaba, y por mas que le rogué me precediese, no fue posible obtenerlo, diciendo que no me dejaria jamas, sino cuando no tuviera necesidad de su cuidado. ¿Qué diria de mí, mi amo, decia, al ver que habia abandonado en un pais estraño y revuelto al amigo á quien me ha confiado? El buen Harsam lloraba, y su asistencia cuidadosa acabó de restablecerme. Luego que estuve en estado de soportar la fatiga del camino, quise continuarle, lo que obligó al fiel Harsam á informarme de lo ocurrido en el transcurso de mi enfermedad, y supe la destruccion de Rodrigo en la batalla de Jerez, su muerte y vuestra desaparicion. La impresion que me causó esta relacion me hizo recaer, y me obligó á estar aún por mucho tiempo en una inac-

cion que me desesperaba. La casualidad reanimó mis fuerzas, habiendo sabido que Cratilo habia escapado de la mortandad general, que se habia replegado sobre Ecija, y que desde allí con su cuerpo de tropas decididas habia ido sobre Carmona, amenazada de un sitio por el general Tarif.

,, Vamos á Carmona le dije á Harsam, este es el único partido que nos queda. Llegados á aquella ciudad, entramos confundidos con mi convoy que llevaba víveres. La alegría de haber visto á mi amigo Cratilo restituyó á mi alma la tranquilidad por un momento; pero duró poco: ¿Qué habeis hecho de Seordato? le pregunté: ¿Es posible que Cratilo esté separado de su hermano?

,, Si yo hubiera perdido la esperanza de reunirme con él, me respondió, no estaria en el caso que me hiciérais una pregunta que sería una reconvencion. Sí, querido Raiufroy, yo conservo la esperanza de ver

al que por mucho tiempo he creido pertenecer por los títulos de la sangre.

„ En el instante que hablábamos así, vinieron á prevenir á Cratilo, que la vanguardia del ejército enemigo rodeaba la ciudad, y que la venia mandando el famoso y esperimentado Tarif.

„ Es menester separarnos, me dijo Cratilo. Ningun interes os obliga á encerraros en una plaza cuya suerte es incierta. Yo no puedo menos de estimar la bondad que os ha traido á verme, pero ella no debe comprometer vuestra vida y vuestra libertad. Bastantes inquietudes me cercan: no las aumenteis con vuestra estancia aquí. Volveos á vuestro pais, y llevad los votos mas sinceros por la prosperidad de Cárlos Martel, de parte de su antiguo soldado. Decidle que Seordato, hoy Pelayo, igual suyo, no ha olvidado su acogida, y su generosidad. Si este Príncipe reaparece, si algun suceso favorable corona sus empresas

futuras, entonces nos valdremos de sus ofrecimientos, y sin duda yo tendré la dicha de verle.

,, Yo habia dejado hablar á Cratilo, y cuando hubo acabado le respondi: ¿Seguiria Cratilo el consejo que da? Sin duda ha olvidado que yo soy su amigo y caballero. La respuesta de Cratilo fue abrazarme estrechamente. Pues bien, le dije, combatamos por Pelayo; sus cualidades merecen el sacrificarse por él. Desde áquel instante todo fue comun entre los dos.

,, Los habitantes de Carmona se consternaron al ver el numeroso ejército que amenazaba su ciudad. Cratilo consiguió animarlos, asegurándolos que una resistencia sostenida daria tiempo de recibir socorros que podrian salvarlos. En todas partes, les decia, la debilidad se desprecia, y la cobardía se castiga; si es absolutamente necesario perecer, vendamos caras nuestras vidas á los vencedores.

„El sitio duró treinta y nueve dias: la mejor tropa de nuestros enemigos recibió la muerte al pie de los muros, y si la falta de víveres, y la traicion de un fugitivo no hubieran hecho inútiles las medidas de mi amigo, Carmona sería todavía del ilustre Pelayo.

„Un ataque de noche nos habia llamado sobre las murallas: Cratilo no creyó tener que combatir sino con los sitiadores; pero los alaridos espantosos en la ciudad, y la llegada de un cuerpo de ejército Moro, nos hizo creer que era imposible vencer. Cratilo y yo nos abrazamos, y nos arrojamos en medio de los enemigos. Yo no sé lo que pasó despues hasta el momento que volví á la vida en un cuarto de Palacio, rodeado de una infinidad de personas oficiosas en socorrerme, siendo el principal de todos Cratilo.

„Valor, Cristiano, me dijo un jóven, cuya fisonomía noble y dulce inspiraba con-

fianza, y aún diria la amistad, si la imagen de la media luna repetida mil veces en su armadura no le hubiera dado á conocer por un adorador de Mahoma. Valor, me dijo otra vez: Abdelacis no manchará jamas su victoria con una crueldad que desaprueba; él sabe que el Dios de los Cristianos.... Él jóven se detuvo, y nos aseguró que nuestro cautiverio sería endulzado por las atenciones que habia ordenado se tuviesen con nosotros.

„Cratilo, no menos debilitado que yo, respondió al hijo de Mûza con la franqueza que le caracteriza, y Abdelacis por dar mas seguridad á su promesa, nos dijo que Tarif se retiraba con sus tropas, dejando una parte para la guarnicion de Carmona, y que iba á juntarse con Muza al sitio de Mérida.

„Al oir el nombre de Mérida, Cratilo tembló. El Príncipe de Tunez (este título era el de Abdelacis, dado por su padre ha-

cia poco tiempo) quiso que se le reconocieran las heridas, atribuyendo este movimiento al dolor que podian causarle, y su cuidado fue tan grande, que no se retiró hasta que los cirujanos le aseguraron que no eran mortales ni peligrosas.

„Luego que estuvimos solos, me atreví á hacerle algunas preguntas, acordándome que un momento antes del último choque habia recibido unas cartas, cuya lectura le habia afectado infinito; yo me figuré que podian ser de Pelayo, que se encontraria en Mérida, y que en aquel instante habia tenido por su Príncipe. Pero me equivoqué. Cratilo me franqueó su corazon. El amor le habia hecho saber que era sensible mas que á la gloria, pues que amaba ciegamente á la bella Algonda, hermana de Sigerico, y creyéndola con Teodelinda en Mérida, temia por ella el deshonor, y los males anejos á una ciudad sitiada. Su imagi[illegible]oró de tal suerte sus heridas,

que curó mucho tiempo despues que yo

„ La bondad y la consideracion con que Abdelacis nos trataba, me inspiró la resolucion de confiarle el secreto de mi amigo. ¿Por qué habeis tardado tanto en depositar en mí vuestra confianza? me dijo: Mérida está ganada por nosotros.

CAPITULO XI.

Continuacion de la relacion de Rainfroy.

„ ¿Mérida está por vosotros? esclamé yo, si eso es cierto, yo perderé á mi amigo. No, replicó Abdelacis. Una cautiva no será la amante de vuestro amigo. Una cautiva ha encontrado gracia en los ojos de Tarif; sea vanidad, ú otro motivo, ella ha correspondido á sus deseos; él se cree amado, y esta cristiana se ha servido para el bien de sus compatriotas del ascendiente que ha adquirido sobre su dueño. Ella ha conseguido que Sácar y toda su familia saliesen de Mérida, y tuvieron la libertad de [illegible] o

con tal que Sácar prometiera no tomar las armas contra los Moros; y como Sácar se halla en la imposibilidad de hacer la guerra por su edad avanzada, ha aceptado la condicion. Introducido en la habitacion de la favorita, ha recibido las mayores pruebas de consideracion y el consejo de elegir por retiro las montañas de Asturias. Algun dia me agradecereis, le dijo ella, un consejo dictado por el afecto que os tengo. Yo sé que Sácar no ha descuidado esta advertencia, añadió Abdelacis. Asi los temores de vuestro amigo no tienen motivo. Id á tranquilizar su ardiente imaginacion, y decidle que si las órdenes terminantes que tengo de guardaros prisioneros no me lo impidieran, hace tiempo que hubiera gozado del precioso bien de la libertad.

„Yo confieso, señor, que el agradecimiento me hizo echarme á sus pies; pero él me levantó al instante, convidándome á ir á consolar á mi amigo.

„Todas nuestras inquietudes estaban disipadas, y solo nos afligia la idea de una larga cautividad: porque á pesar de las bondades de Abdelacis nos tenia tan vigilados, que era imposible concebir la menor idea de podernos evadir."

„Estas circunstancias, dijo Pelayo, son absolutamente segun me las ha contado Sácar. La favorita de Tarif se llama Rotrudis. Sin duda temiendo que los atractivos de las otras esclavas la hicieran perder la influencia sobre el corazon de su amante, Rotrudis sin usar de la menor crueldad, se ha contentado con alejar los objetos de sus celos. Ahora, querido Rainfroy, habladnos de la desgraciada Egilona.

„Sí señor, bien desgraciada, dijo aquel, todo el tiempo que ha pisado este suelo regado con sus lágrimas. Pero infinitamente feliz en haberse reunido por una eternidad con aquel á quien amó tan tiernamente, y á quien élla proporcionó una felicidad sin término.

„ Yo conocia la virtud de Egilona, dijo Pelayo, pero jamas hubiera creido que tuviese por Rodrigo unos sentimientos que merecia tan poco.

„ No es de Rodrigo de quien yo he querido hablar, repuso Rainfroy. Pero si me lo permitis, antes de exitar vuestra sensibilidad con la noticia circunstanciada de la muerte de esta Princesa, subiré al orígen de sus infortunios.

„ Privada de su madre casi al nacer, Egilona fue puesta bajo la proteccion de Aurelia, que huyó de Witiza por salvar á su hijo Rodrigo, y que escogió por desgracia un lugar él solo en donde ella no podia velar sino muy poco sobre las costumbres del Príncipe. Es muy probable que la proximidad de estos dos estados, la facilidad de pasar al África, y la esperanza de poder vengar á su marido, entraron en los cálculos de la Princesa, siendo preferible creer estas razones, mas que las noticias que corrian en

aquel tiempo de la indiferencia que tenia por todas las religiones. Estas voces fueron esparcidas por el Conde Julian en el tiempo de su traicion contra Rodrigo; pero la educacion religiosa que Aurelia dió á Egilona las desmintieron.

„Egilona descendia por su madre de nuestros antiguos Reyes. No tengo necesidad de hablaros de su hermosura, de sus gracias, de su magestuoso porte, templado con la dulzura y la afabilidad que encantaban á cuantos la veian, y solo diré que pocas mugeres podian compararsela. Aurelia habia destinado á Egilona para esposa de Rodrigo, dándoles juntos la educacion que era indiferente á los dos sexos, haciendo las mas exactas observaciones para descubrir si habia alguna analogía entre los dos corazones.

„Por desgracia para los dos jóvenes la naturaleza no habia preparado del mismo modo sus inclinaciones. El hábito de ver á

cada instante á la amable Egilona, el oirla repetir cada dia que sería su esposa, y mas que todo el gusto por la diversidad, habian hecho á Rodrigo totalmente indiferente á las cualidades de aquella Princesa, sin embargo de hacerla la justicia que se merecia.

„Cuando la edad de uno y otro permitió el casamiento, Rodrigo no hizo ninguna objecion ni manifestó satisfaccion alguna. Egilona lloró, y fue llevada al pie del altar como una víctima adornada para el sacrificio ; verdaderamente fue sacrificada.

„Entre los señores Moros de la edad de Rodrigo, que participaban de sus diversiones y sus ejercicios, Abdelacis, hijo de Muza, era uno de los que mas se distinguian. Apénas habia salido de la infancia cuando tuvo mil ocasiones de ver á Egilona. Su corazon sensible ardió por ella, y la mas inocente y dulce familiaridad se estableció

entre los dos sin advertirla Rodrigo, ni las mugeres que la servian, á escepcion de una esclava, vieja muy interesada, y que fundó su fortuna futura en el amor naciente de aquellos jóvenes. Esta muger se hizo tan necesaria á su ama, que acabó por ganarse su confianza. Las costumbres que se toman en la juventud influyen regularmente en el resto de la vida. Egilona lo esperimentó bien cruelmente. La esclava decidida toda al servicio del jóven musulman, no hablaba de otra cosa á su ama, y la obligaba casi á comparar la pasion fogosa de este, con la fria indiferencia de Rodrigo, que seguro de poseer un dia la persona mas perfecta del mundo, no se ocupaba sino de los placeres de una corte voluptuosa. Egilona oia estos discursos que interesaban su corazon sin echarlo de ver. Abdelacis era el objeto de su pasion; pero su inocencia la hacia creer que su afecto era un amor de hermana. Esta seguridad

duró algun tiempo, hasta que Aurelia rasgó el velo el dia que habiendo cumplido quince años la presentó á Rodrigo como su esposa futura. Conociendo la poquísima utilidad, Egilona se abstuvo de hacer ninguna observacion. Por su parte, Rodrigo veia con dolor encadenar su juventud, sin embargo que el mérito de su prometida le reconciliaba algun tanto con el yugo bajo el cual iba á perder su libertad.

„Abdelacis ignoraba su desgracia, y cuando estuvo instruido de ella, la mas horrible desesperacion se apoderó de él. Su primer pensamiento fue proponer á su rival un combate que la inesperiencia del uno y del otro hubiera hecho funesto. Un instante despues se imaginó robar á su amada, y huir con ella á Damasco, echarse á los pies del Califa, y pedirle encarecidamente que los uniera. Una reflexion le hizo conocer que su proyecto seria demasiado dificil de ejecutarse, sabiendo que las turbulencias se su-

cedian rápidamente en aquella ciudad, y que Muza, lejos de favorecer sus miras, le sacrificaria por el horror con que miraba todo lo que tenia relacion con los Cristianos. En este caso, ¿qué hacer? ¿qué resolver? Por otra parte, ¿estaba seguro de los sentimientos de Egilona para creer que preferiria la triste estancia de un harem, al brillo del trono de Rodrigo? Antes de formar ninguna resolucion, creyó necesario ver á Egilona, hacerla saber su pasion, cerciorarse de si era correspondido, en fin consultarla sobre sus proyectos, y fijar su resolucion.

„Resuelto á seguir esta idea, corrió al Palacio de su amada. Antes que pudiera conseguir ser introducido á su presencia, sus tristes ojos descubrieron los preparativos del odioso himeneo que le iba á privar del objeto que adoraba. Esta vista le turbó de tal modo, que en lugar de ir al cuarto de la Princesa (cuya entrada le era libre,

no estando sujetas aquellas señoras á los usos del pais), tomó el camino de los jardines.

,,Despues de haber andado errante por las principales calles, la distraccion, la fatiga, ó un presentimiento vago, le condujo á un cenador, teatro de los juegos de su infancia. Al ir á entrar le detuvo un murmullo, que parecia como de alguna persona que sollozaba. Una cosa tan estraordinaria le admiró y le hizo parar escuchando, pero bien pronto reconoció la voz de su querida Egilona, que lloraba y se lamentaba. Ninguna de sus palabras habia podido ser entendida de Abdelacis; pero adivinando el sentido, saltó el cercado de box que le rodeaba por aquel lado del cenador, y se precipitó á sus pies. La Princesa asustada dió un grito, pero se tranquilizó á la vista de su amigo.

,,Yo temia, le dijo ella, no poder descubrir el fondo de mi corazon al amigo de mi

infancia mientras gozo de mi libertad. Despues de mañana, encadenada con un juramento contra el cual mis sentidos, mi razon, mi alma entera se subleva, ya no me será permitido tener un pensamiento que no sea dirigido á mi esposo. Abdelacis, yo he abierto los ojos demasiado tarde. Veo el abismo, y sin embargo voy á precipitarme en él. En medio de mis locas ideas me habia figurado que la decadencia de mi casa me fijaria en este asilo, y que el casamiento proyectado tendria mil obstáculos: mi pasion ha adelantado mi juicio, y la razon mas tardía aún, no se ha presentado á mí sino para desolarme. Abdelacis, vos me amais, yo os amo igualmente, y estamos obligados á separarnos.... ¡A separarnos! esclamó el hijo de Muza: antes morir que ceder á la voluntad de nuestros tiranos.

„Querido Abdelacis, repuso Egilona, no nos alucinemos; mi suerte está fijada; yo voy á ser la esposa del indiferente Ro-

drigo. Yo no tardaré en verme sentada en un trono que han ocupado mis abuelos, donde me consumirá la pena de estar privada del solo bien que hubiera dado la paz á mi corazon, y un valor á esta brillante fortuna. Es preciso; yo me resuelvo. Ademas, ¿qué me importa, cuando la diferencia de cultos hubiera sido un impedimento para nuestra union? — ¿Y no existe sinó ese impedimento? dijo vivamente Abdelacis. — Ya conoceis los otros, pero escuchadme; prestad atencion á una amiga que lleva su esperanza mas allá de este mundo, que no tiene para ella ningun atractivo.

„Cuando el tiempo haya traido la época mas ó menos remota de una disolucion, á la que todos estamos sujetos, cuando libre nuestra alma de los nudos terrestres, haya volado hácia su criador, me será bien dulce encontraros en aquella apacible morada. Alli podreis hallarme, querido Abdelacis, si abjurais un error bien deplorable. El dig-

no ministro que ha seguido á Aurelia me ha iluminado cuando yo me he declarado á él, y me ha asegurado que el sacrificio que voy á hacer me será contado por la clemencia de Dios, y me ha dicho que nuestra primera obligacion era la obediencia á nuestros padres, cuando ellos no nos precisan á nada que comprometa nuestra salvacion. En fin, este digno hombre me ha inspirado la fuerza de hablaros asi. Haceos cristiano, y yo seré dichosa.

„ Abdelacis besaba los pies de su amada Egilona sin poder proferir una sola palabra. La idea de pasar con ella una eternidad le hizo olvidar lo presente, y prometió.... ¿Me será permitido deplorar el fatal resultado de una promesa que ha privado á España de lo mas precioso que poseia cuando....

„ Rainfroy fue interrumpido por el anuncio de una comida que les era necesaria: Pelayo quiso que sus amigos la participasen, y no permitió á Ormesinda separar-

se de él. El enamorado Alfonso quedó solo con Félix.

„En fin yo he visto, dijo el Príncipe de Cantabria, á esta Princesa que me ha dejado en herencia mi desgraciado hermano; yo la he visto; ella me ha hablado con la mayor bondad, me ha prometido una amistad de hermana; yo debia contarme dichoso, y sin embargo no lo soy. La calma y la serenidad que se nota en la fisonomía de la hermana de Pelayo, anuncia un alma inaccesible al fuego del amor. Aun cuando el Rey consintiese en transmitirme los derechos de mi hermano; aun cuando Ormesinda misma, docil á la voluntad del suyo aceptara mis homenages; la idea de que cumpliria un deber, y que solamente este deber me acompañaria en sus brazos, emponzoñaría una felicidad de que yo me habia forjado una imagen tan encantadora. Félix, Félix, tu señor no será dichoso jamas.

„Félix hubiera bien podido combatir

tanto exceso de delicadeza, dando una idea y una esperanza mas lisonjera á un amo que tanto queria. Pero Félix que no estaba de acuerdo consigo mismo, no se atrevió, ó no quiso empeñarse en una cuestion que tenia miedo de sostener mal; y contentándose con hacer á su señor los servicios acostumbrados, le dejó entregado á sus reflexiones, y fue á comer precipitadamente para hallarse presente cuando Rainfroy volviera á tomar el hilo de su narracion.

CAPITULO XII.

La relacion de Rainfroy habia interesado al Rey y á su hermana, de tal modo, que los dos desearon qne volviera á tomar el hilo; pero la hora les obligaba á volverse á Cangas. Ormesinda, á quien el reconocimiento y el interes por el estado del Príncipe de Cantabria la retenian en aquel sitio, pidió á su hermano que difiriese la partida hasta el dia siguiente. Este retardo, dijo,

poniéndose encarnada, no perjudicará á vuestros intereses; el Príncipe Alfonso os agradecerá esta condescendencia, y tal vez mañana estará en estado de ser trasladado á Cangas. La soledad en que se halló esta casa me hace temer que los amigos de Munuza no intenten algun golpe para vengar su muerte. Pelayo se sonrió, y la dijo: ¿No tienes tú miedo de pasar la noche en esta casa tan sola? Alfonso, desconocido, no escita ni la curiosidad, ni las empresas temerarias; pero Ormesinda.... Ormesinda, repuso ella, no tenia mas perseguidor que Munuza, y si su hermano consiente en lo que desea, estará perfectamente tranquila sobre la suerte del Príncipe de Cantabria y la suya. Vuestras gentes pueden pasar la noche en tiendas de campaña; la estacion no exige otra cosa. Pelayo volvió á sonreirse, dió sus órdenes á Sigerico, y entró en el cuarto de Alfonso.

Mi hermana, dijo, ha querido quedar-

se aqui hasta mañana, y si los facultativos lo aprueban, vendreis á Cangas con nosotros, y como conquistador entrareis por la brecha. ¿Cómo conquistador? dijo Alfonso. —Sí, como conquistador. La libertad de Ormesinda se debe á vos. Es menester que sepais que si Munuza hubiera efectuado su intento, yo no hubiera podido continuar el sitio. Los Moros hubieran reprimido el ardor de los habitantes, y esta plaza estaria aún en su poder. Ahora escuchemos lo que Rainfroy va á contarnos. Este dijo asi:

„Creo haber dejado á Abdelacis á los pies de su virtuosa Princesa. Al fin se separó de ella con la dolorosa certidumbre de perderla para siempre, y de que no sería dichosa. Me parece haber dicho que la adolescencia de Rodrigo se habia distinguido por sus muchas distracciones, cosa que habia contribuido infinito á su indiferencia por Egilona, por quien no tuvo el menor afecto, ni aún en los primeros dias de su

union puramente política. Habiendo sido descuidada en la Mauritania, traida á Europa, y puesta en el trono sin tener á su lado amigos ni parientes, interesados en su dicha, se consumia con sus recuerdos, sus pesadumbres, y la prevision de la caida de su esposo y la suya; sin embargo de que su dulzura la hacia recibir con una amable sonrisa los homenages de los cortesanos en los momentos mismos en que su corazon estaba devorado con las penas mas amargas.

„Antes de separarse de Abdelacis exigió de él que no se le presentaria jamas, y por decidirlo mas bien, á observar esta ley, le descubrió toda la estension de su cariño, suplicándole respetara sus deberes. Abdelacis suscribió á sus deseos, y se lo prometió, no sin derramar muchas lágrimas.

„No teniendo ánimo para ser testigo de una ceremonia que desvanecia todas sus esperanzas, no quiso presentarse en nin-

guna de las fiestas suntuosas que se siguieron al casamiento por espacio de muchos dias: y solo con un disfraz que le ocultaba enteramente, se permitia mezclarse entre la multitud, temiendo contravenir á las órdenes que habia recibido; y ved aqui lo que una vez sucedió.

„ Siempre que Egilona podia escaparse de la representacion fastidiosa á que estaba sujeta por su clase, y la voluntad de Rodrigo, que gustaba de verla rodeada de un enjambre de mugeres hermosas, entre las cuales hacía ordinariamente su eleccion, se retiraba á una casa de campo con el séquito mas pequeño que le era posible; en aquel apacible retiro se ocupaba en los ejercicios de devocion y en el cultivo de las flores. El sol naciente la encontraba levantada y paseando los jardines y el parque contiguo, de donde no volvia hasta que el ardor del dia la obligaba entrar en la casa.

„Una mañana que como de costumbre habia salido al jardin para cultivar su vergel, descompuesto por una tempestad que habia habido la noche antes, fatigada con el ejercicio mas penoso de aquel dia, y con las reflexiones sobre los estravíos de Rodrigo, se sintió oprimida con la incertidumbre de su porvenir, no teniendo á su lado sino una pobre niña que habia tomado bajo su proteccion inmediata, y que lejos de consolarla con sus consejos aumentaba con sus gracias inocentes su sensibilidad y sus lágrimas; cuando un mendigo cubierto de andrajos y teniendo impreso en su rostro las señales de la miseria y la decrepitud, entró en el parque llevando en una mano una concha, y en la otra una campanilla atada á un baston nudoso, en el cual se apoyaba. El son que hacía al fijar sus pisadas inciertas, sacó á la Princesa de su éxtasis, y movida de compasion se levantó para ahorrarle algunos pasos, yendo hácia él á

echarle en la concha algunas monedas. El pobre hizo una inclinacion, y pronunció algunas sílabas que Egilona no pudo comprender. Esta Princesa le hizo varias preguntas; pero las señas del mendigo la hicieron entender que estaba privado del uso de la palabra. La niña que estaba con ella, asustada con las voces confusas y desagradables que dió el anciano, se echó en los brazos de Egilona ocultando su hermoso rostro entre los pliegues de su vestido.

,, Es menester, dijo la Reina, acostumbrarse á ver desgraciados. Ven, hija mia, lleva á ese hombre una segunda ofrenda. El mudo fijo en el mismo sitio, parecia estar en él por un poder irresistible. La Princesa se acercó de nuevo con la niña. Esta criatura llena de espanto al ver un objeto tan desagradable, estiró su bracito para llegar á la concha, y el mudo, queriendo aproximarse, la dejó caer y esparció las monedas que contenia. Alsunda,

dijo la Reina, tú debes reparar el mal que has hecho: no os incomodeis buen hombre.... En este instante vinieron á decirla que la Princesa Aurelia la esperaba en la casa, y habiendo dado orden al page de continuar lo qne Alzunda habia empezado, se retiró con ella.

„El mudo, ó por mejor decir Abdelacis, pues era él, la siguió con los ojos, y tal vez hubiera tenido la temeridad de haber ido detras, si el page no hubiera estado presente; pero la reflexion vino á su socorro. Cuando las monedas estuvieron en la concha, tomó una y dió las otras al page haciéndole señas de que aquello bastaba para aliviar su miseria, y se retiró lo mas de priesa que le permitieron las ligaduras que se habia puesto, y que le hacian parecer casi imposibilitado.

„El desventurado Abdelacis me contó este suceso, y ved aqui, dijo Rainfroy, mostrando la moneda, la pieza de oro que

aquel Príncipe me confirió para que me sirviera de pasaporte cerca de la Reina á la época de su comun desastre.

,,No parece á propósito, señor, continuó Rainfroy, que un estrangero cuente los acontecimientos que precipitaron á vuestro antecesor en una tumba ignorada aún, y que no podrán regar las lágrimas de la compasion ni de la amistad.

,,El resultado de la batalla de Jerez fue la toma de Córdoba, y la devastacion del pais comarcano. La estancia de Egilona en aquella ciudad la impidió saber estas noticias, y solo la informó su cautividad particular; y aunque la dejaron en su palacio, y servida de sus mismos criados, cuando miraba fuera de su habitacion, no veia mas que una guardia numerosa que ocupaba todos los cuartos, soldados feroces, y toda especie de señales que le hacian temer mil ultrajes, y hasta la muerte misma.

„En estas circunstancias la triste Egilona se admiraba de que el amigo de su infancia, y que habia querido aliar su suerte con ella, pudiese echarla en olvido, y que si se recordaba de ella, y sabía su desgracia, no tratára de endulzarla. Todas estas ideas la afligian á tal punto, que sus lágrimas corrian sin cesar con abundancia.

„Un dia que mas que nunca la habian afectado estas y otras reflexiones del mismo género, oyó abrir la mampara que tenia siempre cerrada por evitar la vista de los soldados insolentes que la custodiaban, y vió entrar á un hombre, cuyos pasos precipitados la asustaron; y queriendo huir y refugiarse en un balcon, las fuerzas le faltaron y cayó desmayada.

„Al volver en sí Egilona, se sintió apretar entre los brazos de la persona que le habia socorrido y que no distinguia aún, y solo pudo preguntar si le seria permitido espirar lejos de los destructores de su pais.

La respuesta la dió confianza; pero la voz la sobrecogió, habiendo reconocido ser Abdelacis, y temiendo que habiendo oido sus quejas no se prevaliese de ellas; pero lleno de respeto aquel fiel amante se echó á sus pies, diciéndola todo lo que una pasion como la suya podia inspirarle, y rogándola viviese para ser dichosa.

„Para ser dichosa! dijo ella, ¿cómo puede ser dichosa una cautiva, la esposa de Rodrigo? Abdelacis la tranquilizó y la hizo saber la muerte del Rey, y que su cautividad acabaria en breve. Yo he sido herido, continuó, y Tarif me ha hecho trasladar aqui, en donde me tiene para pacificar algunos puntos: y aunque segun su costumbre los poderes que me ha dejado sean muy limitados, no lo son tanto que no pueda salvar á la que adore. Pero, señora, añadió, ¿podré lisonjearme de que los sentimientos de preferencia que me habeis manifestado en otro tiempo no los hayais perdido en el de

una ausencia tan larga? No es un sectario de Mahoma el que os habla; es un hombre, que convencido de la verdad de vuestra religion, la ha abrazado con el mayor ardor, y que dará su sangre para protegerla. Resolveos, señora; ¿os dignais aceptar mi mano y la promesa de que no continuaré en hacer causa con los enemigos de vuestra patria, sino para proteger á los que han sido vasallos vuestros? ¡Ah! que no pueda yo atraer á mi padre, á Tarif y á todos los gefes á mis sentimientos, y volver á poneros la corona que os han arrancado! Contento y satisfecho de estar á vuestro lado, nada me quedaria entonces que desear, sino un lugar en vuestro corazon, al que creo es tan acreedora una fiel constancia.

„Un movimiento apasionado, el primero que esta Princesa se habia permitido y que justificaba la delicadeza de su amante, la hizo echar los brazos al cuello de Abdelacis, esclamando: *unidos para siempre*.

„Este fue el momento mas dichoso de que gozaron estos dos amantes: este instante fue corto y bien disminuido por la reflexion, á lo menos de Egilona, que avergonzada de un transporte indeliberado moderó los de Abdelacis, y le preguntó de qué modo habia podido instruirse en la religion cristiana, y cómo habia hecho para tener oculta la adjuracion de la suya.

„Hasta ahora, respondió él, el capellan de Benilda me ha salvado de todos los peligros; no solamente se ha dignado instruyéndome, abrirme y allanarme el camino verdadero; sino que me ha acompañado á todas partes adonde mi padre me ha enviado; con sus consejos y sus ejemplos, he conseguido purificar una pasion de que no podia deshacerme, ni esperar que fuese recompensada. El virtuoso Amalarico ha soportado á pesar de sus años las fatigas de las continuas mudanzas de lugares, las incomodidades de los campamentos, y ha si-

do para mí una divinidad protectora. Cubierto con las vestiduras de un médico ha tenido cuidado de la salud de mi alma y de mi cuerpo. Este hombre escelente está aqui, y desea veros; pero para efectuarlo será necesario que una indisposicion aparente le autorice la introduccion en este palacio.

,,Encantada Egilona de oir y ver á su querido Abdelacis, daba gracias al cielo, deseando dárselas al respetable Amarakco, lo que no tardó en suceder. Este santo hombre hubiera querido que los dos amantes no apresurasen una union de que él conocia los riesgos: con todo, cediendo á las instancias de Abdelacis, no tuvo ánimo para prevalerse del ascendiente que tenia con la Reina, y les dió la bendicion nupcial en el oratorio de esta señora en presencia de una de las mugeres de su servicio.

,,Entretanto que estos dos esposos gus-

taban con delicia la dicha de verse unidos, se preparaba la horrible catástrofe de que yo he sido testigo.

„La muger á quien habian creido tan sigilosa como adherida, habia entregado su corazon y su persona al comandante de la guardia de Egilona. Estando obligada á favorecer las reuniones secretas de los nuevos esposos, no podia recibir á su amante tan á menudo como antes, y este hombre, naturalmente celoso, la creyó infiel y acechó su conducta: una fatalidad hizo que la encontrase conduciendo á su habitacion al presuroso Abdelacis, y creyendo que el hijo de Muza era el rival preferido, quiso tomar venganza en el instante mismo; pero el deseo de convencer y humillar á la perjura, le hizo diferir hasta el dia siguiente la ejecucion de su proyecto. En efecto, despues de haber exhalado su furor con mil imprecaciones, la declaró que el Príncipe no gozaria de su triunfo, y que sería in-

molado con ella. La miserable que temió ser víctima de su silencio, que no hubiera roto sin un motivo tan urgente, declaró la verdad, qne fue creida de su amante; pero que sin embargo exigió las pruebas, y para ello se hizo ocultar en un sitio en donde pudiese ver, y oir lo que Abdelacis hacía en el palacio.

Abdelacis acababa de recibir la orden de su padre de ir á reunirse con él á Cangas. Despues de la dichosa union con Egilona no habian estado separados, y sus conversaciones no tenian otro objeto que el dolor que sentian y los medios de establecer una correspondencia que pudiese endulzar una ausencia tan penosa: creyéndose solos, y por consiguiente libres, deploraron la suerte de España, condenando la conducta del conde Julian que acababa de casar su hija con el general Tarif, dejándose alucinar con brillantes promesas que no cumpliria nunca, y acabaron la conversa-

cion por el proyecto de alejarse de un país desgraciado en donde no habia ninguna seguridad personal, y en que su religion estaba en peligro.

,,Si la conversacion de Egilona y su esposo se hubiera ceñido á sus afectos, nada hubiera habido que obligase al comandante que la escuchaba á descubrir un secreto tan poco importante para nadie; pero siendo fanático por su culto, y creyendo que el cielo estaba ultrajado con lo que él llamaba la seduccion de Egilona, fue á presentarse al gobernador de Córdoba para instruirle de lo que sabia. El gobernador, que era hechura de Tarif, tuvo el mayor júbilo sabiendo que Tarif era el mayor contrario de Muza, y que aquel se tendria por feliz de encontrar una ocasion en que humillará éste en la persona de su hijo. Sin embargo, temiendo que si precipitaba los efectos de su odio podia haber alguna sospecha en la ciudad contra él, dejó partir

á Abdelacis, y despachó un correo á Tarif con una carta contenida en estos términos:

„ *El hijo de vuestro rival en ambicion y en gloria os da hoy un medio de perderle con el Califa nuestro soberano señor. No solamente Abdelacis está enamorado de la viuda de Rodrigo, sino que se ha casado con ella.... Sí, señor, está casado, y casado segun el rito de los cristianos. Para colmar su crimen se ha dejado seducir por Egilona, ha abandonado su culto, y ha abrazado el de los vencidos; sacad de esta conducta, señor, todas las inducciones que presenta.... Abdelacis está ó estará pronto en Cangas.*

„ *Egilona se halla bajo de mi custodia, y yo os prometo trastornar todos sus proyectos, que podrán ser contrarios á la gloria del creciente, como á vuestros intereses particulares, por los cuales yo arriesgo mi sangre y mi vida. La sombra de libertad de que goza Egilona, le será conservada mientras*

que vuestras órdenes no dispongan otra cosa ect.

CAPITULO XIII.

,, El correo que llevaba esta carta llegó á Toledo un dia antes que Abdelacis, que caminaba hácia aquella ciudad lo mas despacio que podia, al pensar que se veria obligado á presentarse al soberbio Tarif antes que á Muza, y mirar á la altanera Julia triunfar de sus compatriotas, vanagloriándose de que su padre la sentaria en el trono de España.

,, Entrando en Toledo, y habiendo recibido ciertas órdenes de su padre, tan repugnantes á su corazon y á su providad, quiso concertarse con Tarif, que teniéndole en su poder le detuvo bajo unos pretextos especiosos, habiendo dado cuenta á Damasco.

,, Cratilo y yo estábamos con él. Los honores que Tarif hacía á Abdelacis re-

caian en nosotros, que aunque prisioneros de Muza, su hijo se habia contentado con nuestra palabra de honor, y nos tenia en cierta especie de libertad; yo particularmente era mas libre siendo desconocido y estrangero, y no habiendo escitado con mis hazañas la envidia, ni el temor, estaba en estado de poder irme, sin que siquiera se dignasen de repararlo.

„Impaciente Abdelacis por tener noticias de su esposa, se disponia á enviarme á su lado, cuando Tarif recibió noticias de Damasco. El Califa le daba órden de examinar la conducta de Abdelacis, de convencerle de su delito, y de no omitir medio alguno de volverle á la religion de sus padres, haciéndole abandonar una muger que debia haber puesto en el número de sus esclavas, y al mismo tiempo daba á Tarif todos sus poderes, de los cuales usó sin consideracion.

„Las órdenes que Tarif espidió en el

mismo instante, fueron de estrechar á Egilona, no permitiéndola otra persona á su lado mas que la muger que la habia hecho traicion, y de hacer arrestar al capellan que habia dado las bendiciones á Abdelacis. En cuanto á este, que estaba designado como Príncipe por el título que el Califa habia dado á Muza de Rey de Cangas, quiso conservarle la apariencia de la consideracion, y las señales del afecto.

„Un dia que Tarif habia ido á visitar al Príncipe, hizo recaer la conversacion sobre los negocios de España, y sobre los temores que causaba Pelayo, bajo cuya proteccion se refugiaban los rebeldes.

„Todos estos ruidos pueden ser exagerados, dijo Tarif, y yo no me ocuparia de ellos, si estuviera cierto que los guerreros que han participado los peligros y la gloria de la conquista fuesen fieles á su ley y á su Soberano, y si alguno de ellos, fingiendo imitarme, no hubiera elevado á

la clase de esposa á una esclava. Yo quisiera justificarme sobre mi conducta en esta parte. La hija del Conde Julian de Consuegra no ha tenido jamas cadenas; su padre ha sido en todos tiempos nuestro aliado, y es él, el que nos ha abierto las puertas de España. Ha sido suficiente para nuestra seguridad poner límites á su ambicion, y yo he podido contentársela no trayendo ninguna consecuencia; pues que entre nosotros las mugeres no deben servir mas que para aumentar y variar nuestros placeres; y estas altivas españolas acostumbradas á dar leyes, á manejar el cetro, y á influir en los negocios del estado, deberian ser observadas y castigadas severamente, cuando desde el fondo de su retiro, concedido á su debilidad, intentan seducir á sus dueños á los que no debian sino divertir pasageramente. Tarif hablaba de este modo, y observaba el continente de Abdelacis, que desgraciadamente manifestaba en su turbacion

cuanto pasaba en su alma. ¿Sereis vos continuó, uno de los que se sospechan? ¿Tendré el disgusto de convencer de un estravio igual á un Príncipe estimable, al hijo de mi querido compañero? Abdelacis, si asi fuese, mi mano se estenderá sobre vuestra cabeza; yo os socorreré, y mis consejos paternales os volverán á vos mismo.

„Cuando Abdelacis salió de su primera sorpresa, respondió con firmeza, que en calidad de Príncipe no estaba obligado á dar cuenta de sus acciones sino al Califa, y que si este le recibia al pie de su trono, iria á depositar en él su cabeza en prueba de su fidelidad.

„No será á la ley del profeta, dijo sonriyéndose malignamente Tarif. Señor, alejemos la ficcion, continuó con seriedad; la corte de Damasco está instruida de vuestra conducta privada. Desde que la condescendencia de vuestros gefes os ha dado el mando de Córdoba, y del que era fácil

conocer que abusaríais, os habeis dejado seducir por Egilona; os habeis casado con ella, y se teme que esta seduccion bien reprensible, no se haya estendido hasta sobre la religion.

,, Yo no pido la declaracion de hechos de que estoy muy cierto; yo no quiero para hallarme en estado de serviros, y de endulzar la suerte de aquella de quien tan imprudentemente os habeis dejado seducir, sino las señales públicas de vuestra adhesion al divino Alcorán. Toledo tiene una mezquita en donde los creyentes van á repetir algunas veces al dia los nombres de Alha y de Mahoma. Venid, Abdelacis, venid á adjurar unos lazos indignos de vos, y á prometer la union dichosa con la hija de Abderramen. Estas no son las órdenes del Califa: su cólera las habia pronunciado mucho mas terribles; pero yo puedo conciliarlo todo dando cuenta exacta de vuestra obediencia. Teneis ocho dias para

reflexionar sobre vuestra triste imprudencia: pensadla en el retiro; esto me evitará el disgusto de impediros cualquier proyecto que.que:ais formar. Yo os dejo; mirad por vos.

„Cuándo Abdelacis se vió solo, no pudo dudar segun el discurso de Tarif que su pérdida estaba resuelta. Conociendo la política de su padre, junta con el horror que le inspiraba la religion de los Cristianos, no pensó sino en prepararse para presentarse delante del Juez Supremo. Un interes solo le hubiera movido á fingir; este era la seguridad de Egilona, y el querer conocer su opinion: y habiéndonos llamado á Cratilo y á mí, nos contó su casamiento, y las proposiciones que le habian hecho, al mismo tiempo que las amenazas.

„Yo sé, nos dijo, que acceder á las primeras no me salvará; ademas yo no quiero en ningun tiempo, ni por motivo alguno, renegar de una religion que he a-

brazado por convencimiento íntimo. Si en esta accion se ha mezclado algun deseo menos puro, tal vez el suplicio que me espera me obtendrá el perdon delante del Omnipotente.

„Mi dicha ha sido corta, ha pasado como un sueño, y la realidad es terrible. ¿Qué será de Egilona? ¿Cuántas veces me lo habia dicho? Una eternidad nos espera.... Cratilo, Rainfroy, mi muerte os abrirá el camino de la libertad; antes de morir la pediré á mi padre; mi padre me ama; su política no le permitirá salvar mi vida; pero mi muerte será vengada por su mano; asi no dudeis que cumplirá la última voluntad de su hijo. ¿Podré pedir á uno de vosotros una gracia? Cratilo y yo respondimos como debíamos. Pues bien, repuso Abdelacis, que uno de vosotros parta para Córdoba, y que lleve á Egilona mi triste y último á Dios. ¡Ah! Si fuera posible darla la libertad.—Pero no, el intentarlo será ir-

ritar á mis verdugos, y, ¿quién sabe si su rabia no se estenderia sobre ella? Cratilo y yo queríamos ser los mensageros; pero Abdelacis se decidió por mí, porque como estrangero y desconocido, me sería mucho mas fácil penetrar hasta Egilona, sin escitar las sospechas de nadie.

„No tengo que decir mi precipitacion en partir, ni la exactitud con que ejecuté cuanto estuvo de mi parte para cumplir con los deseos de Abdelacis; pero mis tentativas hubieran sido infructuosas, sin el socorro de un esclavo que aquel me habia dado.

„Egilona me recibió en su oratorio, única parte en que podia estar sin testigos. Esta respetable muger sabia la cautividad de su esposo, y el haberla mostrado un anillo y la moneda que el Príncipe me habia dado me concilió toda su confianza, no ocultándome nada de cuanto le habia dicho el bárbaro gobernador que tuvo un placer

en anunciarla el arresto de su esposo, y en pintarla los martirios que le esperaban si no abjuraba la religion que habia abrazado, y á la esposa que habia elegido. Si es verdad que le amais, añadió, aún podeis salvarle y ser dichosa con él abrazando nuestra sagrada ley de Mahoma, siguiendo el ejemplo de la esposa de Tarif.

„ Cesad de atormentarme con un discurso que no tiene ninguna fuerza para mí, le respondió Egilona. Desde el instante que me uní con Abdelacis, me preparé á recibir el golpe que me esperaba; lejos de temer la muerte, yo la deseo bajo cualquier aspecto que se me presente, sobre todo no pudiendo comprar la vida de mi esposo sino á precio de una infamia.

„ Esta respuesta admiró al gobernador que esperaba lágrimas y súplicas. El ver una muger hacer frente á sus amenazas y mantenerse tranquila y con toda la dignidad de su clase, fue para él un espectá-

culo enteramente nuevo. Cristiana, la dijo, si tu religion es tan poderosa para darte un ánimo superior á tu sexo, ¿qué valor no habrá inspirado en las tropas de Rodrigo? Verdaderamente parece imposible que entre ellos se encuentren traidores, y sin embargo ellos nos han facilitado la entrada en este pais. Muger estraordinaria, no desprecies mis consejos, y sujétate á la necesidad á que estas reducida: si tu Dios te protege, él te inspirará lo que debes hacer para salvar la vida de Abdelacis y la tuya. Su valor me le ha hecho amar; yo gemiré por el golpe que corta sus dias; tú sola podrias conservarlos. No temas las torturas para infligírtelas; sería necesario que el mismo profeta bajára del cielo á ordenármelo.

„El gobernador se retiró, y Egilona, que en presencia del gobernador habia mostrado tanta entereza, cuando se vió sola se entregó á todo su dolor. Inmediatamen-

te hizo venir al capellan que habia bendecido su himeneo. Este digno ministro se presentó á la Reina. ¡Pero en qué estado! Pálido, cargado de cadenas tan pesadas, que apenas podia moverse, sin embargo de estar ayudado por un esclavo que se las sostenia, y que no se retiró hasta que le dejó sentado en unas almohadas al lado de Egilona.

„La conversacion que tuvieron fue larga, y mi aparicion sucedió poco tiempo despues: Egilona escuchó con la mayor atencion todo cuanto la dije, y despues me recomendó el volver á Toledo y entregar á Abdelacis unas cartas selladas con el mayor cuidado. Yo queria, me dijo, que las recibiera; pero temo que los dias que habeis tardado en poderme ver nos hagan falta, y que llegueis tarde cerca de una persona, sobre cuya cabeza yo he llamado el infortunio á fuerza de haberle amado. Recibid, señor, esta pequeña prenda de mi reconocimiento. Entonces me pre-

sentó una sortija, que yo recibí de rodillas, y habiéndola besado la mano me retiré.

,,Mi amistad por Abdelacis era tan verdadera, y el interes que me inspiraba su augusta esposa tan sincero, que me fue imposible salir de Córdoba tan pronto como hubiera deseado, habiendo querido arreglar varios negocios personales del uno y del otro. En fin, yo iba á marchar cuando un pregonero, acompañado de varios músicos, se paró delante de la pequeña casa en que yo estaba alojado. El pueblo corria de todas partes al ruido que hacian aquellas gentes, y aunqne no pude entender nada de cnanto habian publicado, ví que todo el pueblo se dirigia al palacio. Un presentimiento me sobrecogió; y queriendo justificarle, seguí el concurso innumerable que ocupaba las calles; pero, ¡qué espectáculo se presentó á mi vista! Un cadalso erigido en medio de la plaza en donde los gŭerreros mas ilustres se habian disputado

los preciosos premios en las fiestas.... La que se dignaba distribuirlos, aquella Reina rodeada de magestad, y adornada con toda la elegancia y la magnificencia del lujo, se veia ahora á un lado del patíbulo vestida de luto, con el cabello suelto, las manos juntas, y apretando contra su corazon el signo reverenciado de nuestra redencion: sus ojos elevados al cielo, parecian que acusaban la lentitud de sus verdugos, cuando al otro estremo del tablado se vieron al mismo tiempo al venerable Amalarico, y la muger, causa primitiva de aquella catástrofe.

„Me es imposible, señor, pintaros lo que mi corazon sintió en aquel momento; las fuerzas me abandonaron, y cuando volví en mí, me hallé lejos de aquel sitio fatal, tendido debajo de un pórtico, y sin ningun auxilio; al principio creí que un sueño funesto me habia presentado unas imágenes tan melancólicas; pero bien pron-

to la realidad mas espantosa se presentó á mí tal como era.

,, Si yo hubiera sido solo prisionero de Abdelacis, no hubiera tardado en dejar un pais tan abundante en crímenes; pero ¿ debia yo dejar á Cratilo en la incertidumbre de mi suerte, y tal vez responsable de mi huida? En fin, me resolví á volver á Toledo, en donde estaba persuadido no llegaría á tiempo de poder dar á Abdelacis las cartas de su amada Egilona, y esta idea se me confirmó aún antes de llegar al palacio donde residia aquel desgraciado Príncipe. Como no habian dispuesto aún de sus esclavos ni de sus prisioneros, no tuve dificultad en ver á Cratilo, que me dijo, que el mismo dia y á la misma hora que habian ejecutado á Egilona, habia caido la cabeza de Abdelacis bajo la cuchilla de sus enemigos. Asi quedaron reunidos al mismo tiempo en la eternidad.....

,, Rainfroy no pudo acabar esta rela-

cion sin verter lágrimas. Ormesinda sofocada con los sollozos, apretaba las manos de Pelayo, que estaba á su lado, y parecia que le suplicaba que vengase á Egilona.

„Ya te entiendo Ormesinda, la dijo su hermano; pero el cielo ha tomado ese cuidado: Tarif se consume con una enfermedad lenta, y sin embargo aguda. Lo mucho que sufre le ha puesto desconocido, y si se cree lo que dicen, el padre de Abdelacis conoce la causa. Querida hermana, mi sensibilidad no es menor que la tuya; pero arreglemos nuestros movimientos, y roguemos á Rainfroy que continúe la relacion.

CAPITULO XIV.

„No seré largo, dijo éste. La muerte de nuestro protector fue seguida de un sin número de ejecuciones, siendo los Godos y los Moros los objetos alternativos. Siempre unidos en amistad Cratilo y yo, es-

perábamos aumentar el número de las víctimas, cuando fuimos conducidos á la presencia del gobernador que habia reemplazado á Tarif, hombre bárbaro é inhumano. Al vernos entrar, todos los músculos de su cara se contrajeron, las manos le temblaban, y sus miradas eran como las del tigre que quiere y no puede arrojarse sobre la presa. Que quiten los hierros que sujetan á esos cautivos, y que se acerquen, dijo levantándose: seguidme.

„ Despues de haber pasado por tres ó cuatro salas, nos hizo entrar en una galería que no tenia otro adorno sino una multitud de picas que sostenian cada una una cabeza humana, las unas recientemente cortadas, y las otras preparadas para enviarlas al califa de Damasco, como prueba auténtica de la conquista de España. Los ojos de Cratilo y los mios recorrian con el mayor cuidado aquellos objetos de horror, creyendo encontrar lo único que se nos figuraba que

podia haberle movido á llevarnos á tal sitio. Nuestra intencion fue conocida, y el bárbaro nos dijo: *no está aqui.* Leed y bendecid el obstáculo que me impide poner las vuestras. El pergamino que nos dió á leer, contenia estas palabras:

„ Almanzor, Soberano, comendador de los Creyentes; á Ben-Acer, teniente de Tarif, gobernador de Córdoba: salud en Mahoma.

„ Los crímenes de que Abdelacis, hijo de Muza, se ha hecho culpado hácia el profeta, nos ha obligado á separarle del número de los vivos: sin embargo, los servicios de su padre, siempre presentes á nuestro pensamiento, nos han llevado á deferir á la humilde súplica de nuestro servidor, uno de nuestros mayores apoyos en España: y queremos que todos los esclavos que pertenezcan al hijo de Muza sean puestos á su disposicion, é igualmente que pueda disponer de los prisioneros que aquel

hizo en la última batalla. La voluntad de Alha, y el favor de Mahoma, no permiten temer que un tan corto número de enemigos logre balancear el suceso de nuestras armas; que todos ellos sean libres al instante que tus ojos hayan leido estos caracteres. Gloria al santo profeta ect.

„A este escrito, que no nos fue permido llegar sino con las manos cubiertas con un rico paño, habia junto otro, por el cual Muza pedia al teniente general reuniese á la libertad de Ison, la de su compañero de cautiverio Almorasin, una cantidad de dinero suficiente para retirarse adonde quisiesen, con tal que no fuese á pais conquistado. Yo quiero, decia Muza en su escrito, que conserven la memoria de mi hijo; y asi tomad todas las medidas para que no los molesten, todo el tiempo que esten en el territorio de vuestro gobierno.

„La libertad es el mayor de los bienes,

sobre todo cuando viene despues de haber estado espuesto, como nosotros, á perder la vida. La alegria que nos causó, fue como una especie de embriaguez: la nuestra duró poco; el desastre de que habíamos sido testigos, acibaró el gusto de ver rotas nuestras cadenas, y nos hizo verter lágrimas.

El teniente de Tarif nos dió todo lo que podíamos necesitar para nuestro camino, y una escolta conveniente: el comandante de ella hizo alto en un parage en que se cruzaban varios caminos. Nosotros habíamos salido de Toledo sin haber formado proyecto alguno sobre nuestra suerte. Señores, nos dijo él, si vuestra intencion es ir á Asturias, este es el camino. Alli está Pelayo, que desde las montañas se burla de los esfuerzos de los devastadores de la España. Estas palabras, pronunciadas con vehemencia y respeto, nos sorprendieron y nos animaron á hacerle algunas preguntas.

Yo no puedo, dijo, responder á lo que deseais estando tan cerca de estos infieles; despedid la escolta, porque cada hombre es un espía que es necesario alejar; permitidme que yo solo os sirva de guia, y os diré en el camino todo lo que ha sucedido en el tiempo de vuestra cautividad.

„Cratilo y yo mirábamos fijamente á este hombre cuando hablába, y nos preguntábamos mútuamente con los ojos, si no sería una red que tendian debajo de nuestros pies para cogernos en ella. Sus vestiduras y sus armas, nos habian persuadido que era un Moro; pero la pureza de su lenguaje indicaba lo contrario: Cratilo fue el que se decidió; haz lo que quieras de la escolta, le dijo; pero reflexiona que si tu intencion es de hacernos traicion; tu vida no será bastante larga para gozar de tu perfidia; sin embargo dinos quién es ese Pelayo. — Yo no diré nada mientras no estemos solos. Vuestra desconfianza no me admira

nada, y aunque me es sensible no me ofendo. Decidios. — Despedid la escolta. — Es menester que yo la siga algun tiempo para no hacerme sospechoso, cosa que si sucediera podríamos perdernos todos tres; si quereis seguir esta senda, podreis esperarme al fin de ella, á la entrada del retamar; yo vendré en breve á reunirme con vosotros.

„Despues de algunos instantes de reflexion, consentimos en seguir su consejo; él partió con su gente, y nosotros nos quedamos mirándonos sin decirnos palabra, y seguimos nuestro camino como maquinalmente hasta el retamar, en donde Cratilo quiso esperar, á pesar de mi opinion contraria, que era la de continuar nuestro viage sin detenernos.

„O yo me engaño mucho, dijo Cratilo, ó este hombre está de buena fe. ¿Qué interes puede llevarle el entregarnos á nuestros enemigos? Si su intencion era esa, me-

jor hubiera podido hacerlo teniendo gente armada á su disposicion. En fin, esperemos y veamos en que parará esto. Ademas, él ha nombrado á Pelayo, y nuestra intencion es de ir á juntarnos con este Príncipe. Este hombre sabe que existe lo que me causa el mayor placer, y no me moveré de aquí hasta que haya sabido algo de él.

„Viendo la resolucion de Cratilo, nada tenia que decir, y echamos pie á tierra, siempre tratando de nuestra singular aventura. Ya hacía dos horas que estábamos esperando, y nuestro hombre no parecia; y viendo que el sol iba á terminar su curso, propuse á Cratilo continuar nuestra marcha á todo riesgo. La fatiga, y aún mas la hambre, nos obligaban á tomar un partido, tanto mas cuanto no sabíamos cómo hacer para proporcionarnos víveres, que tanto necesitábamos.

„El imperturbable Cratilo quiso esperar aún. Al cabo de un gran rato de haber

salido la luna, oimos el ruido de algunos caballos. Esto es hecho, dijimos los dos al mismo tiempo; nuestra confianza nos ha perdido. No, señores, nos respondió nuestra guia que estaba ya á nuestro lado. Mi larga ausencia os ha debido inquietar, pero he tenido que pensar en mas de una cosa. Empezad por recibir estos alimentos que he podido traeros; al decir esto, pronunció algunas palabras árabes, y en el momento vinieron dos hombres que pusieron delante de nosotros varios manjares, que nos fueron bien agradables. Nuestra guia se sentó á nuestro lado, y nos sirvió con tanto respeto como atencion, habiendo resistido por mucho tiempo á las instancias repetidas que le hicimos de participar de nuestra cena. Yo creo, nos dijo despues de haberla acabado, que el cuidado no os habrá permitido reposar; si quereis, podreis hacerlo ahora; yo os velaré. Los dos hombres que nos sirven, me son entera-

mente adictos; yo respondo de su fideli-dad. Cratilo y yo preferimos continuar el camino, y propusimos á nuestro guia que se pusiera entre los dos, y que nos contára lo que sabía de Pelayo, haciendo ir delante á sus dos criados, si no queria que le oyesen: convenidos en esto, montamos á caballo, y él dijo asi.

„Es preciso que la cautividad en que habeis estado haya sido bien estrecha, pues qne ignorais los acontecimientos de la córte de Rodrigo. Pero yo satisfaré vuestra curiosidad en todo lo que pueda.

„El Príncipe, que llaman Pelayo, es un pariente del Rey muerto. Cuando se presentó en la corte era desconocido aún; pero sin embargo le hizo á Rodrigo importantes servicios. Al descubrir su nacimiento le sirvió de un grande apoyo, y hoy dia es la única esperanza de todo lo que queda de la nacion Goda. En segnida nos contó la admirable victoria que habíais gana-

do á los Moros en Asturias, y añadió: Yo sé que Abdulcazin, irritado de la afrenta hecha á sus tropas, se arma poderosamente contra ese Príncipe que pretende sorprender fingiendo ir al Aragon.

,,Unos motivos muy poderosos me unieron á ese Príncipe; habiendo quedado solo de una familia numerosa, antigua, aunque no rica, he tenido la desgracia de haberme dejado seducir por las promesas de los vencedores. Algunos ejemplos pérfidos me han arrastrado á la apostasía. ¡Ay de mí! ¿qué he ganado en ello, sino la vergüenza, los remordimientos y un empleo subalterno? ¡Cuántas veces me ha salvado ese cielo mismo á quien yo he ofendido, de quitarme la vida no pudiendo soportar las reconvenciones de mi conciencia!.. Los sucesos prósperos de Pelayo, mi verdadero Rey, me hacen creer la posibilidad de volver á entrar en la religion de mis padres; pero para hacer mérito,, he

querido ponerme en estado de dar á mi Soberano los avisos ciertos de los proyectos formados contra él. Un celo aparente por el culto de Mahoma, me ha valido la confianza del teniente general de Tarif. ¡Ojalá que esta confianza hubiera podido salvar al interesante Abdelacis! La satisfaccion que tuve cuando me ví nombrado comandante de vuestra escolta, fue indecible. Su intencion era la de haceros perecer al tocar los límites de su gobierno. Los dos hombres que estan conmigo, y yo, debíamos ser los ejecutores de este asesinato. Un juramento execrable, y que no tenia para mí la mayor fuerza, fue la prueba de la esencion: ya veis mi conducta. Yo no exijo recompensa ninguna por haber seguido el impulso de mi conciencia. Pero por el nombre de Dios vivo, de quien mi corazon ha conservado la imágen (dijo sacando del pecho un crucifijo de marfil), no desecheis mis humildes súplicas. Conducidme

á los pies de Pelayo para que yo pueda informarle de los proyectos de sus enemigos, y en seguida que yo pueda expiar mis pecados con una larga y austera penitencia. No me atrevo á pedir otra gracia mas grande, y que me sería mas preciosa. — Hablad, dijo Cratilo. — La de derramar mi sangre por la restauracion de mi desdichada pátria; pero yo veo que despues de lo que he hecho no puedo aspirar á vivir ni á morir por ella. Esto fue lo que nos dijo el Renegado. La declaracion de este hombre, y el sincero arrepentimiento que nos manifestó, nos conmovió infinito. Cratilo os lo presentó, y él cumplió su promesa. El culpado que se arrepiente y que confiesa voluntariamente sus faltas, que podia ocultar, merece que concediéndole un generoso olvido de ellas, le animen para conducirse mejor en adelante.

Ese es mi modo de ver, dijo Pelayo. Yo no he querido interrumpiros; si no, os

hubiera dicho que Juan de Albunar se descubrió á mí sin reserva. Ademas, yo queria saber si la relacion que él habia hecho era conforme á la que haciais ver; y segun todas las particularidades que habeis referido, veo que en nada ha faltado á la verdad.

„La conversacion se hizo general, y cada uno espresó su opinion sobre la union de Egilona y Abdelacis; Alfonso solo guardaba el silencio, no estando ocupado sino en pensar en Ormesinda, y dando gracias al cielo de haberle proporcionado haber hecho un conocimiento haciendo un servicio que probablemente atraeria su gratitud, y que allanaria muchas dificultades; pero su delicadeza estremada, se resentia de haber tenido rivales, y hubiera querido ser el solo en conocer el mérito de Ormesinda, y el único en adorarla. Cuando Pelayo y los que la acompañaban hubieron salido del cuarto de Alfonso para

ir á descansar, éste hizo acercar á Félix, y le descubrió su pensamiento. Sin considerar la poca edad de aquel jóven; y sabiendo que habia estado en la corte de Rodrigo, le hizo varias preguntas concernientes á la amistad de su difunto hermano con la Princesa. Si ella conserva, añadió Alfonso, una memoria bastante tierna del mérito que él poseia, no debo esperar esa preferencia esclusiva que haria solo la felicidad de mi vida. Félix, tú puedes destruir ó confirmar estas sospechas: Verdaderamente, señor, respondió Félix, estoy sorprendido de oiros hablar así. Muy lejos de condenar vuestra delicadeza, conociendo tan bien como otro el encanto de un amor primero, no puedo sin embargo aprobar vuestra inquietud: y aún me parece á mí que sería muy lisonjero ser el objeto de una eleccion segunda, cuando ella es dictada por la razon, y no hace la desgracia de nadie. Ademas, vos mismo de-

beis saber, por lo que vuestro hermano decia, si era solo la obediencia la que obligaba á la Princesa á recibirle por esposo. No ha habido mas tiempo de que me esplicara unos por menores que en aquella época no me interesaban nada. ¿Pero ese Munuza.....—¿Qué son esas sospechas señor? ¿No habeis sabido por Sigerico hasta qué punto Pelayo y su hermana le detestaban?—El desprecio y el odio suceden muchas veces al amor: Munuza tenia una figura hermosa: Sigerico me ha dicho que Pelayo le habia acordado su confianza.. ¿Quién sabe si la hermana no le honró con la suya?—La confianza no es el amor. Despues de todo, señor, sin buscar el atormentaros asi, haced por saber las aventuras particulares del Rey, lo que no será dificil cuando esteis en Cangas; si él, ó Cratilo consienten en decíroslas, os informareis al mismo tiempo de lo que toca á Ormesinda. Al referir Sigerico la primera par-

te, ha despertado en mí una curiosidad que quedaría bien pronto satisfecha, si yo pareciera de una clase que pudiera solicitar la continuacion. Esta conversacion cesó para ocuparse en los preparativos del camino hasta Cangas.

CAPITULO XV.

„Cuando Pelayo hubo regresado á Cangas, adonde habia sido transferido Alfonso, reunió su consejo de guerra, y quiso que asistieran el Príncipe de Cantabria y Rainfroy.

„Habiendo hecho presente los avisos que Juan de Albunar le habia dado, deliberaron sobre las medidas que debian tomar. Las opiniones se dividieron sobre si fortificarian la ciudad conquistada: unos decian que debian encerrarse en ella despues de haber apurado y consumido todos los recursos que el enemigo podia encon-

trar en los alrededores, cosa que le obligaria á retirarse; otros opinaban que se debia abandonar la ciudad despues de haberla destruido enteramente, y dirigirse al camino que ocupaban los Moros, cercarlos estrechamente sin dar el combate, y atraerlos con una retirada falsa hácia los bosques, y caer sobre sus bagajes. Se sabía qne los Moros no teniendo confianza en los Godos la tenian con ellos, y los empleaban en llevar las armas y en toda especie de trabajo; y no se dudaba que los oprimidos se separarian fácilmente de los opresores, y se pondrian del lado de sus libertadores.

„Pelayo escuchó atentamente las opiniones de todos; y hallándolas arriesgadas igualmente, se resolvió á responder así: Amigos mios, yo hago justicia á todos vosotros, y no tituvearia en adoptar cualquiera de los medios que me proponeis, si no se tratára mas que de adquirir el renombre de guerrero intrépido; pero esta espe-

cie de gloria siempre funesta á las Naciones, no es á la que aspira un legítimo soberano de un pueblo devastado. La pérdida de cada uno de mis vasallos es una herida incurable para mi corazon; yo no quiero ni debo esponerlos, sin que la necesidad lo exija imperiosamente. Escuchad el plan que he formado; y que cada uno de vosotros para admitirle, ó desecharle, se penetre bien de nuestra situacion.

„Suponiendo que la relacion que me han hecho sea un poco exagerada, no dejará nunca de ser evidente que nuestras fuerzas son infinitamente inferiores á las de los enemigos, y que la pérdida, no digo yo de una batalla en orden, pero de un combate muy obstinado, aunque parcial, nos arruinaria. La victoria que el cielo ha querido, que ganase en las montañas de Asturias ha espantado de tal modo á los Moros, que las miran como un sitio fatal, y que en mucho tiempo no se atreverán á atacar-

Aprovechémonos de este enagenamiento; vamos hácia ellos, y sea conduciendo con nosotros los habitantes de Cangas que quieran seguirnos. Nuestra solicitud no debe estenderse mas que á estos alrededores. No demos lugar á que se nos eche en cara el haber abandonado á nuestros compatriotas al furor de los enemigos: sobre todo que los niños, y ese sexo tan interesante por su misma debilidad, hallen un retiro seguro en las entrañas de estos montes. Cuando esten cumplidas estas obligaciones, pensaremos según las circunstancias. La ciudad será desguarnecida, y las armas de toda especie serán sacadas de sus almacenes; pero yo no quiero que se destruya el campamento que será guardado cuidadosamente, y el que yo no me alejaré tanto, que no pueda socorrerle en caso de invasion. Por mas que la presencia de mi hermana me sea agradable, es menester que ella parta con todas las de su sexo para las montañas. Príncipe de

Cantabria, continuó dirigiéndose á Alfonso, el estado de vuestra salud exige un gran cuidado; seguireis á mi hermana, en quien hallareis una amiga reconocida, que no omitirá nada para que obtengais un perfecto restablecimiento. La esposa de Sigerico, el objeto de los votos de Cratilo, la amable Algonda, ayudará á Ormesinda en los cuidados que prodigará á su libertador.

„ La disposicion de Pelayo lisonjeó á la pasion de Alfonso; pero un instante de reflexion le hizo desechar su primer movimiento en favor del amor, y en perjuicio de la gloria, y le respondió: Señor, al venir á juntarme con el restaurador de la Patria, he tenido la intencion de dedicarle todos los instantes de mi vida, de formarme con su ejemplo, y de no separarme jamas de él. Este deseo debe estar satisfecho en toda su estension; si alguna mirada, algun suspiro se escapa hácia el asilo que me ofreceis, la razon, el deber, el juramento que

yo hago aqui, impondrán silencio á las señales de una pasion que debe callar en este instante. Yo me quedo en el campamento todo el tiempo que vos esteis; y os acompañaré por todas partes adonde vuestro interes os llame. Vivir y morir al lado de mi Soberano es mi obligacion; donde él esté, alli será mi puesto. — Bien, le dijo Pelayo abrazándole, sed siempre mi amigo, y mi hermano de armas.

„Todo el consejo fue de la opinion de Pelayo, é inmediatamente se dieron las órdenes para reunir y conducir los viejos, las mugeres y los niños, procurándoles todo lo necesario. Cuando todo estuvo pronto, Cratilo, Sigerico y Alfonso, que se encontraba bastante restablecido, se pusieron al frente de las tropas destinadas á proteger la emigracion. Sácar los recibió como un padre á sus hijos. Alfonso le fue presentado, igualmente que á las señoras de la familia, y aunque la pena que sentia

de verse obligado á separarse de Ormesinda, le ocupase bastante para querer captar la atencion de ninguna de ellas, les gustó de modo, que tuvieron gran pesadumbre de verle partir. Cualquiera que hubiera vuelto los ojos hácia Félix, hubiera visto los de este jóven brillar de alegria; pero el oscuro Félix no atria la atencion de nadie; sin embargo Ormesinda le hizo llamar un instante antes de partir.

„La clase de vuestro señor, le dijo, me impide toda otra prueba de gratitud que un sentimiento afectuoso; pero vos, Félix, no podreis rehusar aceptar esto; vos sois mi libertador como él, y yo os debo ademas la conservacion de su vida. Ormesinda le dió una rica joya, y le hizo seña de retirarse.

„Poco contento Félix con el presente, lo consideraba con atencion. Los diamantes y lo delicado del trabajo, escitaban su admiracion, y si hubiera venido de otra maño, le hubiera tenido por una prenda pre-

ciosa; su amo que le sorprendió haciendo el exámen, le felicitó de su buena fortuna. Ciertamente es demasiado grande para mis pretensiones, respondió Félix; y si me fuera permitido, ofrecerle á mi amo en trueque, y que se dignára consentir, yo me tendria por dichoso. — ¿Qué deseas, Félix? esplícate. — Un retrato. — ¡Un retrato! yo no tengo ninguno. — Habeis olvidado, señor, que antes de partir para venir con el Rey me habeis encargado traeros una cajita.... — ¿Y bien? — Yo, señor, yo he sabido ocultar á la codicia de nuestros opresores casi todo lo que contenia; entre ello se encuentra vuestro retrato. — No, aquel retrato es de mi padre; es verdad que la semejanza es perfecta, y que podria equivocarse, si la diferencia de la edad no lo impidiera. — No es de ese retrato del que yo hablo; es del vuestro, señor, y se halla en la cajita. — Yo no he sido retratado nunca, ¿será posible ver ese retrato?

,, Este es, dijo Félix, presentándosele á su amo. El rubor que cubrió el rostro del escudero le dió un aire tan singular, que Alfonso mas ocupado con él que con la pintura, no dudó que nadie habia sido sino Félix el que habia copiado tan exactamente sus facciones sobre el marfil. La admiracion que le causó este descubrimiento, fue seguida de la mas viva curiosidad, y las preguntas mas urgentes, lo que le obligó á declarar que ciertamente era obra suya.

,, Yo no sabia tuvieses esa habilidad tan rara, le dijo su amo: quiero que élla te sirva para proporcionarte una fortuna mas sólida, que la que el servicio de las armas te puede dar. Te presentaré á la Princesa, y por premio del sacrificio que hago de separarme de tí, no te pido otra recompensa sino un retrato suyo, que deseo poseer sin que élla lo sepa.

,, Señor, respondió Félix con la voz alterada, y bajando los ojos; las facciones

delicadas de la Princesa serán demasiado difíciles para un pincel tan poco ejercitado como el mio. El maestro que ha guiado mis primeros ensayos, me ha prevenido sobre este punto, y me ha dicho que no retrate jamas, sino á personas cuyas facciones fuertes y marcadas se fijen fácilmente en la imaginacion, y se presten á representarlas. Ademas, ¿quién ha pensado nunca que pincel alguno copie perfectamente al objeto que ama? Señor, á pesar de mis esfuerzos, vos no quedaríais contento, y yo, enfriándose mi imaginacion, quemaria la paleta y pinceles. Olvidad una declaracion imprudente, y permitid que os siga á todas partes como hasta aquí. El aire de estas montañas me es contrario; el ejercicio conviene á mi edad, á mi gusto y á mi existencia.

" Alfonso escuchaba á su escudero tan admirado de sus razones como de su repugnancia; y deseando vivamente tener el retrato de Ormesinda, se humilló hasta la

súplica, sin haber podido obtener otra cosa, sino que si éran bastante dichosos para echar á los Moros de Asturias, y asegurarse la posicion de nna ciudad fortificada, para que la Princesa pudiese habitar en élla, probaria si su habilidad era suficiente para satisfacer el deseo de su amo.

„Esto no es todo aún, señor, continuó Félix; es menester que yo obtenga el retrato que he tenido la osadía de hacer; me habeis hablado del servicio de las armas. Si la desgracia hiciera que en él.... esta idea que no se me ha presentado sino en este instante me hace estremecer.... A lo menos yo tendré.... poseeré vuestra imágen, que llevaré siempre sobre mi corazon, y mis últimos momentos serán menos terribles.

„¡Qué idea! le respondió Alfonso. ¡Ah! si algun dia conoces al amor, si encuentras entre nuestras asturianas alguna jóven sensible y que pueda conocer lo que vales, yo la miraré como la persona mas feliz de

su séxo. Félix, te doy mi retrato que ha formado tu mano; ceso desde ahora de mirar en tí un servidor, y dándote el nombre de amigo, pediré á Pelayo la gracia de que te arme caballero.

„La principal gracia, repuso Félix con interes, es la de no darme jamas un empleo que me separe de vos; porque ni los honores, ni la gloria, ni la clase, ni todo lo que la fortuna puede ofrecer de mas brillante, me contentará, si es menester obtenerla á tal precio. Dejadme pues á vuestro lado, señor; el humilde puesto que ocupo, me satisface en mi situacion, y recompensado con el solo placer de serviros, no ambiciono otro bien.

„El reconocimiento de Alfonso á una amistad manifestada con tanta vehemencia, le hizo la mas profunda impresion, que manifestó con un abrazo afectuoso; y desde aquel instante, Félix fue tratado por su amo como un hermano querido.

„Al volver al campo de Pelayo, supieron que el enemigo se acercaba, y que segun las disposiciones de los generales serían atacados en breve: lo que les ocasionó una grande alegría. En efecto, al dia siguiente todo el espacio que habia entre el campamento del Rey y el camino real, estuvo cubierto de escuadrones moros, que segun su costumbre venian á cada momento á provocar á los cristianos con la idea de hacerlos salir de sus atrincheramientos. Los soldados de Pelayo querian rechazarlos; pero él se opuso, contentándose con aumentar las dificultades de la aproximacion, esperando en el cielo y en el valor de sus tropas un suceso, de cuyo resultado dependia la suerte de España.

„Dos dias habian pasado de este modo, y el ataque formal no se verificaba, sin saber á que atribuir tal inaccion. Un espía de Pelayo que llegó favorecido de la noche, les instruyó del motivo. Abdulca-

zin no era el solo general de los Moros, ni aún el primero; el renombre del famoso Abderan le habia hecho ser elegido general en gefe, y el soberbio Abdulcazin hubo de obedecer. Ya se saben los efectos de la emulacion mal entendida, sobre unas operaciones de este género. La division sembrada á la sordina hizo una esplosion violenta, y los llevó tan lejos, que estuvieron á punto de volver las armas los unos contra los otros, y los soldados se formaban ya al lado del que querian apoyar, cuando algunos mediadores oficiosos descompusieron la querella, y se convino en que Abderan y Abdulcazin ejercerian alternativamente las funciones de generales; pero sin la menor autoridad sobre la persona que estuviese de descanso. La suerte habia de decidir el que debia mandar el ataque de las líneas, estando el otro obligado á sostenerle en caso de necesidad; pues no pensaban emplear toda la gente, que era infi-

nita, contra un campamento defendido por tan pocos hombres, y á quiénes suponian ademas destituidos de todo.

„La suerte favoreció á Abdulcazin: Abderan se sometió dócilmente en la apariencia, y se propuso en su interior humillar á su ribal, dejándole correr todos los peligros hasta que fuera indispensable echar mano de su socorro.

„Advertido Pelayo de todo, supo hacer infructuoso el ataque con una defensa tan bien sostenida, que los Moros llenos de fatiga y de disgusto, se amortiguaron en su primer ardor; entonces haciendo salir las tropas escogidas que Pelayo tenía preparadas, persiguieron á los enemigos llenos de cansancio, y cayeron sobre el ejército de Abderan, que hallándose en la inaccion, y desprevenido, se abandonó á la fuga.

„Si Abderan hubiera observado las leyes del convenio hecho con Abdulcazin, no hubiera hecho mas que retardar la ruina

de los Cristianos; pero un proyecto le ocupaba enteramente, y asi dejó entrar á los Godos en sus trincheras.

„Algunas horas despues, un trompeta vino al campo, y trajo un cartel de reto. Abderan proponia un combate igual en el número, y les dejaba la eleccion. En cuanto á las condiciones no habia mas que una. El partido vencedor quedaria poseedor de las Asturias, disponiendo de ellas á su voluntad.

„Este cartel, presentado á Pelayo cuando estaba rodeado de sus guerreros, quedó sin respuesta. Aquel Príncipe, unido á un pueblo que acababa de crear, por decirlo asi, y no sabiendo cual sería el resultado de este combate, no dijo mas que el monosílabo *no*. Pocas horas despues apareció otro trompeta, trayéndole unos despachos, cuyo contenido era este.

CAPITULO XVI.

,, Conozco bastante á Pelayo para creer que la respuesta injuriosa y negativa que me han traido, sea dictada por su propia voluntad. Confieso que las condiciones propuestas por mí, habrán chocado á sus compañeros de armas, de los cuales muy pocos se atreverian á mirar fijamente en campo cerrado á algunos de los guerreros mios mas ordinarios. Ahora yo no propongo á Pelayo si no un combate *cuerpo á cuerpo*: y sin otra condicion que la de prolongarle hasta la muerte del uno ó del otro. Si Pelayo, autorizado para sospechar contra mi lealtad, exige rehenes, pondré en sus manos mis dos sobrinos: por mi parte, yo no quiero mas que su palabra de ser solo.

,, No es de ningun modo la sangre de los que él llama sus vasallos la que yo quiero derramar; es la suya sola. Su vida es mi tormento; su muerte será mi gloria. Pa-

ra determinar á Pelayo á este combate, ¿ será necesario declararle que es un ribal el que le incita? la palabra está escrita: ya no la borraré."

"Rainfroy estaba solo con Pelayo cuando recibió el segundo cartel. Amigo, le dijo, todas las dudas, todas las incertidumbres que he tenido, se disipan en este momento. Mi Ervigia está en poder de este bárbaro, es necesario salvarla; yo acepto el desafio del orgulloso Abderan, y voy á responderle, que puede fijar el tiempo, el lugar y las armas; que puede traer á sus sobrinos como testigos; vos y Cratilo me acompañareis. Es preciso dejar un protector á Ormesinda en la persona de Alfonso. Sigerico quedará encargado de la defensa del campo. Si yo perezco, corred á darle cuenta, y que cada uno tome el camino que conduce á las montañas mas fragosas. Querer vengar mi muerte será atraer la ruina total de mi pueblo. Yo impongo á

todos un silencio absoluto hasta el desenlace.

„Será inútil hacer la descripcion de un combate que tanto yo, como cualquiera otro, hubiera podido copiar de los autores estimables por su veracidad ó su imaginacion; y que tanto como es hermoso en ellos, sería ridículo en mí; pero conociendo mis fuerzas, y no queriendo ser plagiario, me contentaré con anunciar que despues de una terca resistencia de ambas partes, Pelayo vió tendido á sus pies al rival insultante que le habia provocado.

„Aunque Pelayo podia sin contravenir á las leyes del honor quitar la vida á su enemigo, y que la política le prescribía inmolar á la salud de España á su mayor contrario, le miró con ojos de piedad, y le hizo transportar á su campo, y su generosidad se estendió hasta dejar ir á los sobrinos á reunirse con el escuadron de los Moros que habia quedado á cierta distancia, y cuyos halaridos de dolor y de rabia, hacían resonar los aires.

„Los amigos de Pelayo, prontos á ejecutar sus órdenes, creyeron necesario velar sobre su seguridad general. Mientras que transportaban al herido, Cratilo envió unos cuantos soldados para hacer salir algunas tropas en caso de invasion de parte de los Moros. Bien pronto se felicitó de su precaucion. Abdulcazin, lleno de gozo con el desastre de Abderan, creyó favorable el momento para atacar á los cristianos. Para esto corre, arenga á los soldados, y los excita á volver la libertad á su general, ó si no existiese, á librar su despojo mortal de los ultrajes que podia sufrir. Una voz general responde: todos corren, se chocan, se precipitan con la esperanza de llegar los primeros al campo, ó de entrar con la escolta de Pelayo. Pero á cierta distancia, pasada ya por los que llevaban al herido, los Moros encuentran una barrera de batallones que los reciben con una lluvia de tiros, obligándolos á detenerse; esta primera descarga no es mas que el preludio de

un combate el mas sangriento. Los alfanges y las hachas se prefieren á las lanzas; y el valor instruido de los Cristianos aventaja al ciego furor de los Moros. El nombre de Pelayo los espanta: y creyendo que los persigue, buscan la seguridad en el grueso de sus legiones, que en movimiento ya, se mezclan, se desorganizan con el mismo terror, y huyen, abandonando armas, vagages y provisiones, y arrastrando consigo á su general Abdulcazin.

„Mientras que los Moros se desbaratan de este modo, Pelayo, cuyas heridas son mas incómodas que peligrosas, no piensa en otra cosa sino en salvar á su adorada Ervigia; y sabiendo que Abderan vive aún, quiere verle para hacer que la devuelva, acordándole la libertad sin otro rescate. En el momento en que hablaba de esto con Sigerico y Rainfroy, uno de los cirujanos que cuidaba al herido, llegó á suplicarle de su parte, que pasára á su tienda. Asi que Pelayo se presentó en ella, Ab-

deran le habló de esta manera:

„La atencion que he prestado á las señas que se han hecho los cirujanos cuando me sondeaban las heridas, me ha hecho conocer que el ángel de la muerte, el desapiadado Azrael, no tardará en presentarse delante de mi lecho. Yo quiero merecer la proteccion del profeta, amigo de de Alha, previniendo un crímen, cuyos remordimientos me atormentan mas que el dolor de las heridas.

„Pelayo, ya debes haber presentido por mi último mensage, que un interes mas directo que la querella establecida entre las dos naciones, me ha hecho tu enemigo. Enamorado ciegamente de Ervigia, desechado por aquella hermosura, digna de ser una houris de Mahoma, nada me ha quedado por hacer para que me fuera favorable. Ofrecimientos, cuidados, sumisiones ni amenazas, no han obtenido mas que desprecios. Su respuesta era siempre, que su fe habia sido empeñada con Rodri-

go, y que no podia ni queria faltar á élla. Indignado de sus repulsas, y no queriendo recurrir á la violencia, concebí dos proyectos. Ya debes conocer que el primero era volverla la libertad al arrancarte la vida; el otro podrás evitarle usando de tu actividad ordinaria.

Cuando recibí tu palabra de venir al combate, dí la orden á mi esclavo de marchar á Toledo, si el destino me era adverso, y de entregar al guardian de mi harem unas cartas que.... ¿tendré necesidad de esplicarme mas? Mi deseo era que tu Ervigia no te fuese restituida.

„¡Monstruo! esclamó Pelayo, ¿de qué sirven tus inútiles remordimientos? esta declaracion es un esceso de barbarie que los suplicios mas atroces no podrán espiar.

„Tú eres dueño de imponérmelos, dijo Abderan: no serán largos, porque no lo será mi vida. Pelayo, tú me ofendes en este instante; pero no lo merezco. Si tuviera mi corazon toda la atrocidad que los Euro-

peos atribuyen á mi Nacion, ¿te advertiria de lo que he ordenado? no ciertamente. Me regocijaría de tu dolor, contaria tus lágrimas, y moriria contento.

„Mi pérdida está conocida: mi muerte que se adelanta podrá estar oculta algunos dias. Ve aqui un anillo que sirve á sellar mis órdenes secretas, y una palabra escrita por mi mano puede detener el golpe; si tu mensagero llega á tiempo, estoy cierto que el fiel Talmud no inmolará la víctima. Yo he escrito esa palabra.... unas cartas que Abderan dió á Pelayo en aquel instante, no contenian sino estas líneas.

„*Talmud no atentará á la vida de la bella cristiana, que ha sido confiada á su cuidado, y la entregará al que le presentára el anillo de su dueño Abderan.*

„No pierdas un momento, continuó con la voz debilitada. Yo creo percibir á Azrael."

„Abderan calló, y un largo desmayo sobrevenido por el esfuerzo que acababa de ha-

cer para hablar, le puso al último estremo; pero el cuidado y los socorros que le dieron le volvieron en sí.

„Pelayo le dejó para espedir un mensagero tal agil como inteligente. Si Félix hubiera podido separarse de su amo, habria pedido la comision; pero no viviendo sino por él, era un esfuerzo que escedia á su querer. Sebaste, antiguo caballero Godo, fue el encargado.

„No es posible esplicar las angustias de Pelayo en el tiempo del viage; su inquietud era tal, que sus amigos temian que no pudiera soportarla, y fue menester que se ocupára en diferentes particularidades relativas á su autoridad, que los Moros trataban de destruir con los rumores mas indignos.

„En fin Sebaste apareció acompañado de Cratilo, Alfonso, Rainfroy y Sigerico; su continente triste, la palidez de su rostro, y las lágrimas que no podia contener, anunciaban la triste noticia de que era portador.

„ ¡ Ervigia ha muerto! la voz y las fuerzas le faltaron, y cayó en los brazos de Cratilo que temia que su alma se habia ido á juntar con la de su amada Ervigia.

„ La conmocion que causó este accidente, y los gritos de los que estaban con el Rey pidiendo socorro, hicieron tan gran ruido, que llegó hasta donde estaba Abderan. Todo el mundo supo la causa, no siendo ya de ninguna utilidad guardar el secreto. La indiscrecion de los que asistian al herido le instruyó de todo, y el alma detenida hasta entonces como por un poder sobrenatural pareció no esperar mas que aquella noticia para separarse del cuerpo. Una especie de bramido espantoso señaló esta separacion, y aquel guerrero que habia conquistado una parte de Francia, y que no habia encontrado igual sino en Cárlos Martel, ni superior mas que en Pelayo, espiró en la esclavitud impuesta por uno mas fuerte que él, y fue víctima de su propia ferocidad.

„Mas desgraciado que Abderan, Pelayo volvió á la vida, para sentir todo lo que el dolor tiene de mas agudo. La imagen de Ervigia estaba presente á su pensamiento. Él veia aquella víctima inocente recibir el golpe fatal, caer á los pies de su verdugo, y espirar invocando la venganza divina, y llamando á su socorro á Pelayo, que no podia vengarla, pues que el autor de su muerte no existia.

„Una serie de dias y ann de semanas pasaron sin que Pelayo se dejase ver de persona alguna mas que de Sebaste, á quièn pedia le contase á cada hora las horribles circunstancias de la muerte de su amada, acrecentando su pena con la repeticion de un suceso tan deplorable, y las reflexiones que excitaba. Por último el prudente Sebaste dejó que su dolor exhalase los primeros transportes, y le pintó el que sentian las personas que le amaban, con tan vivos colores, que se avergonzó de haberlas tenido tanto tiempo separadas de sí. Ormesinda

advertida por Alfonso, habia llegado unos dias despues del acontecimiento; pero no atreviéndose á desobedecer las órdenes de su hermano, esperaba á ser llamada; en fin, sabiendo que Ormesinda estaba en el campo, fue á echarse en sus brazos; sus lágrimas se confundieron, y Pelayo sintió por la primera vez el consuelo de verterlas.

„Amigos, les dijo á los que le rodeaban, hubiera querido ocultaros mi debilidad; pero mis fuerzas no han ayudado á mi intencion. Los que de vosotros no habeis conocido á Ervigia os admirareis de que un hombre que aspira á la gloria de salvar su patria, no tenga mas imperio sobre sí mismo; Cratilo, y Sigerico no me echaron en cara mi dolor; ellos conocian el tesoro que el bárbaro Abderan me ha arrebatado; ellos me tienen lástima, y se compadecen de los tormentos que padezco; este es el único consuelo que tengo. Soportad pues la flaqueza de que sois testigos, y recibid la protesta que os hago del afecto que

profeso al pueblo que espera en mi proteccion; estos sentimientos son superiores á todo interés personal que sabré vencer para hacer que sacudamos el yugo que los Moros quieren imponer á mi amada Patria. ¡Oh Ervigia mia! estas hubieran sido tus órdenes, si yo hubiera podido recoger tus últimas palabras, tu último adios....

„Príncipe de Cantabria, y tú, Ormesinda, continuó Pelayo, pues que la esperanza de una felicidad personal está perdida para mí, todas mis afecciones se concentrarán en vosotros. Creo haber leido en vuestros corazones: Quedareis unidos: Destinados á sucederme:... Ormesinda no dejó acabar á su hermano, y tomando la palabra le respondió:

„Antes de disponer de mi mano, acordaos del juramento que tengo hecho. No señor, Ormesinda no consentirá que la tea del himeneo se encienda para élla, en tanto que Pelayo no haya recobrado la tranquilidad de espírirtu que le ha quitado

una catástrofe deplorable. Si el Príncipe Alfonso quiere acceder á los convenios suscritos por su hermano; si desea que la calma, y la resignacion reemplacen nuestro justo dolor, es menester que espere unos tiempos mas prósperos. Los cipreces no deben entretejer sus lúgubres ramages con las rosas nupciales, que se marchitarian con las lágrimas."

„Alfonso suspiró, y no se atrevió á resistir á una resolucion tan razonable; y por su parte tomó la de merecer por sus servicios y por su valor, la mano de la que tanto amaba."

FIN DEL TOMO PRIMERO.













PELAYO,

RESTAURADOR DE LA MONARQUÍA ESPAÑOLA.

Novela histórica

ESCRITA EN FRANCES

POR MADAME DE ROME,

TRADUCIDA AL ESPAÑOL

POR

Doña Petra Pedregal de Xervás.

TOMO II.

CON PRIVILEGIO.

MADRID:
Imprenta de D. Pedro Sanz.
1828.

Se halla venal en la misma librería de Sanz, *calle de las Carretas*, *y en Cádiz en la de* Hortal *y compañía*; *é igualmente en las citadas librerías*, *la* Pastora de Lammermoor, ó la Desposada, *Novela histórica, en dos tomos en octavo.*

PELAYO,

RESTAURADOR

DE LA MONARQUIA ESPAÑOLA.

CAPITULO PRIMERO.

„ Asi que Pelayo estuvo en estado de marchar, acompañó á su hermana á las montañas de donde habia venido á verle, y partió con su pequeño ejército á poner el sitio á Gijon, en donde mandaba Mahomet, hermano de Munuza. Por uno de aquellos acasos fortuitos de la guerra, aquel general, que creía á Pelayo muy ocupado en defenderse contra Abdulcazin, ha-

bia descuidado de tal modo las provisiones de la ciudad, que tuvo que rendirse á muy pocos dias de sitio.

„ La importancia de esta conquista reanimó el valor de los Godos (que llamaremos desde ahora Españoles), y todos los que podian escaparse á la vigilancia de los Moros venian á ponerse bajo las banderas de Pelayo, á quien reconocian como á único Soberano, trayéndole socorros de todas clases. La division qne reinaba entre los enemigos no les permitió oponerse á esta reaccion, de manera que en poquísimo tiempo el Rey de Asturias tenia bajo sus estandartes veinte y cinco mil hombres, bien decididos, armados, y equipados convenientemente.

„ Desde entonces empezaron á seguir el camino recto para ganar á Toledo. El sitiar aquella cindad era muy espnesto, pero Abderán la habia gobernado, y Pelayo queria vengar alli la sangre de Ervigia, de Egilona, y de Abdelacis. La ausencia de Tarif

y de Muza, ocupados en hacer reconocer la autoridad que se habian abrogado sobre algunas provincias, facilitaba su empresa. La muerte del Califa les habia dado la idea de tomar el título de Reyes; pero cuando trataron de convenir en los límites de sus nuevos estados, la discordia y las guerras intestinas vengaron de algun modo los destrozos ejercidos en el territorio y la persona de los Españoles.

„El peligro comun los volvió á reunir. La toma de Gijon los alarmó infinito, y el Rey de Toledo inventó una diversion, que si hubiera tenido efecto, trastornára todas las esperanzas de Pelayo. Dejando una guarnicion numerosa en la ciudad para detener al conquistador, debia tomar un gran rodeo y llevar la guerra sobre las Asturias, desiertas de hombres y desnudas de todo socorro. Abderramen creia marchar hácia una conquista segura; pero el cielo que velaba sobre la conservacion del restaurador

de España, permitió que los Moros fnesen acometidos de una enfermedad epidémica, y en menos de quience dias el ejército de Abderramen, que constaba de treinta mil hombres, se vió reducido á cinco mil. La supersticion, tan comun entre los pueblos mahometanos, se opuso á tomar las medidas convenientes para atajar la enfermedad, y Abderramen se volvió, sembrando por donde pasaba la desesperacion y la muerte.

„Convencido aquel gefe de la imposibilidad en que estaba de oponerse á las empresas de Pelayo, pidió socorro á los otros generales, y particularmente á su sobrino Ismael Hiben-Hut, que se habia apoderado de Zaragoza. Este jóven guerrero recibió con alegría el mensage de su tio, y le respondió, que en el espacio de una luna, dispondria todo lo necesario para juntarse con él en las cercanías de Toledo, adonde conduciria cincuenta mil hombres,

todos formados para los trabajos de la guerra.

„ Esta noticia llegó á Pelayo, cuyo ejército, aunque se habia reforzado con las tropas que habian llegado de Vizcaya, no era ni aún la mitad del número de sus enemigos; y le fue necesario dejar por entonces toda nueva conqnista, y replegarse sobre Asturias, ó aventurarse á un combate desigual, cuyo resultado no podia dejar de ser fatal. En este estado no podia mas qne escoger entre la temeridad ó el miedo de que la retirada no enfriase el valor de sus soldados; en fin tomó el partido de cubrir las Asturias, estableciendo su campo á la entrada de las montañas, y de fortificarse por todos los medios conocidos entonces.

„ Los trabajos de las fortificaciones no estaban acabados todavía, cuando vinieron á advertir á Pelayo, que una nube de polvo anunciaba la aproximacion de algun

cuerpo de ejército, del cual no podian distinguir ni las armas ni el número: si se debe juzgar por el ruido, dijo el soldado que dió el aviso, parece que es mucha la gente que viene.

„El miedo aumenta los objetos, dijo Cratilo: este hombre debe quedarse aquí, para que no comunique á sus camaradas el que le posee.

„Amigos, dijo Pelayo, es menester prepararnos á combatir hasta el postrer aliento del último de nosotros. Si perecemos, que no sea sin haber adquirido la palma de la gloria.

„Mientras que Pelayo dió las órdenes, y que señalaba el puesto que cada uno debia ocupar, Cratilo, seguido de algunos escuadrones, fue á reconocer al enemigo, con las órdenes précisas de no empeñarse en ninguna accion ni aun cuando fuera atacado. Debemos, le dijó Pelayo, reunirnos todos y presentar al enemigo una masa de hom-

bres que le imponga: y que le haga creer que podemos hacer una fuerte oposicion.

„No tuvieron que esperar mucho tiempo. Cratilo volvió acompañado de un anciano que habiéndose inclinado profundamente delante del Rey, se esplicó asi:

„Señor, la nobleza de Navarra me ha encargado anunciaros, que no queriendo reconocer mas largo tiempo por su Soberano á un hombre que ha elevado á tan alto honor, y que ha violado sus derechos, desea ponerse bajo vuestra obediencia. Cinco guerreros conocidos por su valor, seguidos de los hombres de sus posesiones, estan prontos á reconoceros por Rey y abriros las puertas, lo que os pondrá en estado de defenderos contra la multitud innumerable de Moros que se arman contra vos. Yo....

„¿Conoceis bien, dijo Pelayo interrumpiéndole, la justicia de esa insurreccion? ¿Conocen la poquedad de mis fuerzas los que os envian? — Sí, señor. Aun cuando su-

piéramos perecer bajo vuestras banderas, lo preferiríamos á sufrir el yugo que quieren imponernos. No ha sido la necesidad la que nos ha hecho escoger entre nuestros iguales uno que nos protegiera para asegurar la tranquilidad de los Navarros. — ¿ Y qué ha hecho el nuevo Rey de Navarra para haber perdido el amor de sus vasallos ? Sabed que si la bondad de mi causa, y la generosidad de vuestro Soberano le hubieran llevado á ofrecerme los socorros que me anunciais, los admitiria con la mayor gratitud; pero á cualquiera estremidad á que me vea reducido, rehuso positivamente la alianza y el homenage de un pueblo que no debe ofrecer ni lo uno ni lo otro. Anciano: Pelayo no protegerá jamas una rebelion que sus principios condenan, no estando seguro de la justicia que os asiste. Volveos á vuestro hogar, llevaos á los que os han acompañado, y decid á los que os envian, *que los que defienden España con*

tanta lealtad, no pueden conceder su confianza á los que faltan y hacen traicion á sus juramentos.

„Señor, repuso el anciano, al venir á ofreceros nuestros brazos y nuestros corazones, esperábamos muy bien encontrar la severidad de vuestra delicadeza; asi yo no pido sino el permiso de esplicarme libremente sobre los motivos de nuestra deliberacion. — Hablad, replicó Pelayo.

„La inundacion de los Moros atraida sobre España por los yerros de Rodrigo, y los traidores que honraba con su confianza, nos hizo temer la servidumbre general, y nos reunimos para evitarla. Mirando al rededor de nosotros, buscamos una persona que quisiese y pudiese protegernos. Ignorando la existencia del descendiente de nuestros antiguos Reyes, resolvimos investir con la dignidad suprema á Juan Garcia, que aceptó, jurando solemnemente velar sobre nuestra seguridad, nuestra prosperidad,

y nuestros intereses. Por nuestra parte le ofrecimos toda obediencia, y pusimos bajo su guardia tutelar nuestras ciudades y nuestros tesoros, y consentimos que nuestros hijos aprendiesen el arte de la guerra.

„ Todo fue bien por algun tiempo: pero de repente Garcia, creyendo á los aduladores que le rodeaban, desdeñó el título de Rey de Navarra, y adoptó el de Rey de Sobradisa. Ya sabeis, señor, que este sitio inculto y apenas habitado, se podia llamar salvage.

„ Sorprendidos con esta infraccion del pacto convenido, consentido y jurado, hemos hecho mil representaciones sumisas al principio, y enérgicas en seguida. Las unas y las otras no nos han atraido mas que amenazas y vejaciones. Desde entonces nuestros bienes, nuestra libertad, nuestras familias, nuestra vida misma está á la disposicion de una reunion de cortesanos que gozan impunemente de nuestras riquezas,

se sonrien con nuestras lágrimas, y cuentan con placer los suspiros que nos arranca la desesperacion y la pena. Se dice tambien que Garcia, despues de haber empobrecido la Navarra, tiene el abominable proyecto de venderla á los Moros. Yo no me atrevo á afirmarlo; pero lo cierto es que estas voces han causado una impresion en mis conciudadanos, que ha costado el mayor trabajo impedir que no cayesen sobre Pamplona de una manera hostíl.

,,Habiendo sabido por entonces que España tenia un protector natural, que este héroe hacía prodigios contra los Moros, y que su justicia, como las otras cualidades que le adornan, le hacen tan digno de mandar, he propuesto en la asamblea venir á ofrecerle nuestras vidas y nuestras haciendas. Séamos mil veces vasallos del Rey de las Asturias, y no lo séamos jamas del Rey de *Sobradisa*.

,,Pelayo habia prestado la mayor aten-

cion á la relacion del anciano. Los socorros que le ofrecia eran interesantes en aquel momento, y podrian aumentarse con el tiempo; y quiso leer en los ojos de los que le rodeaban la opinion que tenian en el particular, lo que no fue dificil. Solo Cratilo se mantuvó impasible y como estrangero á todo lo que se trataba. Pelayo guardó silencio por algunos segundos, y al fin dijo asi:

„Navarro, haced que se acerquen los principales gefes que os acompañan, y de los cuales sois órgano. Yo quiero esplicar mis intenciones en su presencia. Cratiló acompañó al viejo, y un instante despues se presentaron los gefes llamados.

Anciano, dijo Pelayo, y vosotros nobles señores Navarros: yo he pesado en la balanza de la justicia y de la razon los ofrecimientos que me haceis, vuestros intereses y los mios; estos son débiles, yo los desprecio; en cuanto á vosotros, creo que os

indicaré un camino mas seguro que el de faltar á vuestra fe. Que vuestro Soberano no haya cumplido sus empeños, será posible; pero tal vez el título de Sobradisa que tanto os inqnieta, habrá sido tomado por el interes mismo de vuestro pueblo, cuyo gefe no habia podido declararse en las circunstancias desgraciadas en que se halla España, y que os ordenan imperiosamente vivir tranquilos entre vosotros. Hablais de un tratado con los Moros.... Es posible que no sea para la seguridad del pais. Esta es mi opinion; y asi no debeis admiraros que no acepte el homenage que me ofreceis. Si mi carácter os hubiera sido tan conocido como mis necesidades, os habríais dispensado de dar un paso que podrá irritar á vuestro Soberano que os oprimirá mas fuertemente. Queriendo pues protegeros, os ofrezco mi mediacion cerca de Garcia. Volveos á Navarra: Cratilo os acompañará: él conoce á vuestro Rey; si sucediese que en reconoci-

miento de la tranquilidad que deseo procuraros, quereis abrazar mi causa contra el comun enemigo, entonces recibiré vuestros socorros con alegría y gratitud.

„¡Gran Príncipe, esclamaron los Navarros, qué dichosos son los que viven bajo las leyes de un Soberano tan justo y tan humano!

Cratilo tenia ya las órdenes de su amo, y se preparaba á ejecutarlas, cuando un Navarro, saliendo del grupo de sus compatriotas, se acercó respetuosamente al Rey de Asturias, diciéndole:

„Señor, mi Soberano ha conócido la intencion de los Grandes, y de una parte de su pueblo; mas avisado que ellos, ha previsto vuestra respuesta, y me ha encargado secretamente dijese á los descontentos (pero solo en vuestra presencia) todo lo que pueda reconciliarle con ellos. Los gefes de los Moros se han aproximado á Sobradisa con ideas de hostilidad; mi Príncipe,

cuyo patrimonio está en esta provincia, ha temido ver profanar el sepulcro de sus antepasados, y ha procurado desvanecer la tempestad que se formaba contra sus estados hereditarios; sea que los Moros ignorasen que Garcia era Rey de Navarra, ó que hayan fingido ignorarlo, el tratado no comprende sino á Sobradisa. La Navarra no está inclnida; á menos que la clánsula: *En todas las tierras pertenecientes al mismo Soberano*, no sea esplícita. Este tratado hace muy poco que ha sido firmado. Esta es, añadió, la carta que me dió con la orden de ponerla en vuestras manos, cuando vuestra decision fuese conocida de los Navarros.

La carta presentada á Pelayo estaba concebida en estos términos.

„Juan Garcia, Rey de Navarra y de Sobradisa.

Al ilustre Pelayo.

„Cuando leais éstas líneas ya habreis hecho la accion mas generosa y la mas jus-

ta que puede honrar á un Príncipe. Mis vasallos se han equivocado en sus ideas; pero yo lo olvido todo, á condicion de que os ayuden á arrojar á los usurpadores de nuestra cara España. Príncipe magnánimo, yo siento que la edad avanzada en que me hallo, y las circunstancias en que estoy, me impidan ser testigo de vuestra gloria, no pudiendo consolarme de otro modo, sino ofreciéndoos, de los que estan ahí fuera, cinco mil hombres mas, con todos los equipages necesarios, y los correspondientes pertrechos para poner el sitio á algunas plazas importantes.

„Que el Dios que os ha protegido y conservado hasta ahóra, vele sobre vuestra persona. Somos vecinos, somos amigos; á lo menos yo lo deseo asi: y que lo que los Navarros quieren hacer de una manera anticipada, se haga de un modo mas digno. Dios os guarde ect.

CAPITULO II.

„Este feliz incidente causó la mayor alegría; Pelayo habia sostenido solo el peso de la guerra, y ahora podia contar con un poderoso y fiel aliado.

„Entretanto que los soldados se abandonaban á un júbilo ruidoso, Pelayo retirado en su tienda con Cratilo y el anciano portador de la carta, les comunicó el informe que habia recibido, y que habia tenido secreto hasta entonces.

„Los gobernadores de Toledo y de Zaragoza que, como se ha dicho, se habian dado el título Reyes, se habian juntado y marchaban sobre las Asturias; y Pelayo, que no se encontraba aún en el caso de hacerles frente en campo abierto, pensó en retirarse á una posicion ventajosa, y fortificarse en ella, habiendo recibido los cinco mil hombres Navarros, y esperando al enemigo á pie quieto.

„ Ya hacia un mes que estaban en este estado, y creian que los Moros hubiesen vuelto sus fuerzas hácia alguna otra parte, cuando los Atalayas apostados en las alturas se replegaron al caer el dia, diciendo que habian visto la vanguardia de los Moros; según su cálculo creian que ella sola era mas numerosa que todo el ejército Español.

„ La noche se pasó en esta inquietud, y el dia que la sucedió, no hizo mas que aumentarla, al descubrir la innumerable multitud de Mahometanos que se acercaban llevando desnudos los alfanges destructores. Pelayo convocó su consejo, y estuvo tan admirado como afligido de la ausencia de Cratilo. Su desaparicion en una coyuntura tan importante, alarmó á los miembros del consejo, cuyas opiniones se dividieron. Unos pensaron que se debian retirar sin ruido, y ganar las montañas. Otros, y sobre todo los Navarros, opinaron abrirse camino por entre los Moros, antes que estu-

viesen en estado de empezar el combate; segun éllos se podrian retirar sobre la Navarra, adonde García, fiel á su palabra, haria tomar las armas á todos sus vasallos, cayendo despues sobre los enemigos que se verian obligados á retroceder. Pelayo escuchaba atentamente sus opiniones, las pesaba, y no aprobaba ninguna. La retirada era un partido desastrado; pues que tendrian que abandonar los equipages y demas, y sobre todo la porcion mas interesante de aquel estado naciente, dejando espuestos á la ferocidad de sus enemigos, los niños y las mugeres, á los que si alguna vez perdonaban la vida, era para hacerlos sufrir una infinidad de ultrajes. El penetrar por los batallones Mahometanos, ademas de que era esponerse á perder sin gloria hasta el último guerrero Español, tenia los mismos inconvenientes que la retirada: la alternativa era cruel. La ausencia de Cratilo aumentaba sus ansias: no porque sospechase

sobre su lealtad; sino porque le creia ocupado en salvar á Ormesinda, Sácar y su familia, y conocia los males que habia previsto, pues que pensaba evitarlos en cuanto estuviera de su parte.

„ En fin los clamores de los soldados determinaron el partido que debian tomar, pidiendo á gritos ir al combate. Pelayo se vió obligado á consentir en ello, y Alfonso, Sigerico y Rainfroy, quedaron encargados de dirigir la salida del campo, no dejando en él mas que los enfermos y algnnos viejos, y cerca de ellos una cantidad de armas tan diestramente colocadas, que desde lejos se pudiese creer que el campamento contenia tantos soldados como habian salido.

„ Mientras que los generales ejecutaban las órdenes que habian recibido de Pelayo, éste, con algunos escuadrones, se subió á una eminencia, desde donde podian ver lo que pasaba en la llanura, y enviar socorro adonde fuese necesario.

„Bien pronto el choque de las armas y los gritos de los combatientes anunciaron que la pelea habia empezado; pero todo aquel ruido parecia salir de mas lejos que de los Asturianos: y con la mayor admiracion se vió que los Moros, en lugar de adelantarse, volvian la brida, se dispersaban, arrojaban las armas, y desaparecian.

„Atónitos de tal accion, los Asturianos los persiguieron hasta el cuerpo de su ejército; pero este cuerpo no existia ya. Un bagage inmenso, y los gritos que salian de los carros cubiertos, descubrieron lo que contenian, y los detuvieron por algunos minutos; en seguida muchos de ellos ordenaron á los conductores, que eran pocos, los condujesen al campamento asturiano. Los sencillos soldados de Pelayo, creyeron tener una seguridad en los rehenes que iban á llevarle, y no sabian que los Moros no ven en las mugeres mas que el simple instrumento de sus placeres, sin elevarlas á

compañeras únicas: y que esta presa sería inútil para los intereses del Rey y los suyos.

„ En este intermedio los gritos de combate se vuelven en aclamaciones de victoria. La derrota de los Moros es completa. Asturias queda libre por segunda vez. Pelayo baja de su puesto, da las órdenes para poner en seguridad lo que han tomado, y corre al frente de los suyos á juntarse con los que no duda son sus libertadores. Apenas le perciben, cuando las aclamaciones se redoblan. El valiente y temerario Cratilo deja á sus compañeros y se apresura á poner á los pies de Pelayo el estandarte de Mahoma, del que se habia apoderado al principio de la accion, y esto era lo que habia causado tanto desorden en los enemigos, habiendo facilitado un suceso tan sobrenatural.

„ Cratilo informó á Pelayo, de como instruido de la venida de los enemigos, habia ido al encuentro de los socorros que enviaba

el Rey de Navarra, que eran mas numerosos de los prometidos; que habia vuelto contra los Moros, y tenido toda la felicidad posible. Yo no he querido, añadió, ocuparme en hacer prisioneros que nos hubieran estorbado; ademas de que temo nos traigan el contagio que no tenemos.

„Yo veo en todo eso la prudencia de mi hermano, respondió Pelayo, y adopto tu opinion; vamos á recibir á nuestros aliados, á darles gracias, proveer á sus necesidades, curar sus heridos, y alabar á Dios que nos ha protegido tan abiertamente. ¡Ah! ¡que no pueda yo echar á los enemigos hasta las costas de su África! ¿Pero tanta gloria no es para mí? Es bastante para el miserable Pelayo arrancarles algunas de las provincias que han usurpado.

„Despues de haber cumplido con los deberes del reconocimiento y de la humanidad, el Rey de Asturias deliberó sobre lo que debian hacer de las cautivas, y del ri-

co botin que hacía parte de la presa. El temor de Cratilo, por mas exagerado que fuera, no le permitió distribuirlo á los soldados; y habiéndolos reunido igualmente que á los gefes Navarros, le dijo los motivos que le obligaban á dar las órdenes de llevar á un terreno ancho los despojos de los vencidos, haciéndolos varios montones, y pegándoles fuego; tal es el sacrificio que exige la prudencia, añadió Pelayo: yo os recompensaré, queridos compañeros, cuando pueda hacerlo sin comprometer vuestra vida y vuestra salud. En cuanto á las mugeres que habeis traido, yo las he devuelto á sus amos; los que las acompañan han tomado todas las precauciones contra el contagio: las dejarán á la otra parte de nuestras fronteras, con la amenaza de pasarlas á cuchillo, si dan un paso atras para volver á nuestras tierras.

„Al acabar de hablar Pelayo hizo una seña, y las llamas empezaron á devorar to-

do aquel cúmulo de despojos impuros.

,, En seguida se ocuparon en hacer los honores fúnebres á los que habian muerto en el combate. Se abrieron unos profundos fosos, y se tomaron las mayores precauciones con los prisioneros que no habian podido evitar hacer: entre estos últimos habia muchos Godos, armados por fuerza, que pedian á Pelayo les admitiese á combatir por su patria. El Príncipe consintió, y les señaló un campamento particular, hasta que se aseguraran de que no estaban contagiados de las enfermedades que hacian los mayores estragos entre los Moros.

,, Todas estas ocupaciones y cuidados habian distraido al Rey de su profundo dolor, al que no resistia, sino á fuerza de vencerse á sí mismo. Cuando se acabaron las ocasiones de escitar su prudencia ó su generosidad, la memoria de Ervigia y de su muerte lamentable, se presentó tan vivamente á su imaginacion, que le puso en

estado de no recibir ningun consuelo. El deseo de venganza era el único que contrabalanceaba al de reunirse con aquella desventurada Princesa. Cratilo y Sigerico probaron á engañar su dolor, y le propusieron erigirla un panteon vacío, y rendir á sus manos los honores de que habian estado privados. Alfonso se admiró de que estos dos amigos quisiesen perpetuar con un monumento una pena que podria ser muy funesta para España, y no tuvo reparo en manifestarlo. Príncipe, le dijo Cratilo, lo que hemos propuesto al Rey es el único remedio que puede operar en su alma: ademas de lo que nuestra Religion nos prescribe sobre este punto, nosotros nos hallamos la ventaja de hacer comunicativa una pesadumbre concentrada hasta aquí, y cuyos efectos se manifestarán bien pronto. Señor, vos no habeis conocido á Ervigia; vos ignorais que ademas de su clase, sus cualidades personales la hacian querer y respetar de

todos cuantos la conocian. Esta clase de penas no se calman sino con el tiempo que lo cura todo. ¡O Príncipe! no quiera el cielo que probeis tales contratiempos.

„ Los consejos de Cratilo y Sigerico fueron seguidos, habiendo ido á las montañas, en donde celebraron las funerales con toda la solemnidad que permitian las circunstancias. Ormesinda, la esposa de Sigerico y la amante de Cratilo, depositaron sobre el simulacro de Ervigia una parte de sus hermosos cabellos, que aumentaban la hermosura de la efigie, sirviendo como de ofrenda de la amistad. Este era un uso antiguo entre los Godos, y que se habia perpetuado hasta entonces.

„ Cratilo y Sigerico no se engañaron: Pelayo recobró una tranquilidad de que no habia gozado desde la muerte de Ervigia. Todos los dias iba á llorarla sobre el mausoleo, y ofrecia el sacrificio de sus recuerdos; las lágrimas que vertia dulcificaban su

amargura; y su melancolía, ya calmada, no le impedia ocuparse con energía en todo lo que podia interesar á un estado renaciente de sus ruinas."

CAPITULO III.

„El invierno de aquel año fue tan adelantado y tan riguroso, que Pelayo se vió obligado á permanecer en la inaccion por un espacio de tiempo considerable. Ormesinda recibia los homenages de Alfonso con afabilidad. La obligacion que le tenia, las cualidades de que estaba dotado, y la voluntad de un hermano, á quien tanto amaba, la hacian mirarse como la que un dia debia ser la esposa del Príncipe de Cantabria. Sin embargo conservaba una tranquilidad que por lo regular no concuerda con la pasion del amor. La memoria del esposo que Rodrigo la habia destinado, se presentaba algunas veces á su imaginacion, y miraba como una especie de infidelidad, contraer

nuevos empeños con un hombre que solo deberia mirar bajo un aspecto fraternal: es menester añadir que despues de la reunion de los guerreros en las montañas, habia concebido por Félix un afecto, del que le daba las mayores pruebas en todas ocasiones. Alfonso trataba á aquel jóven con bondad, permitiéndole una familiaridad, que algunas veces pasaba los límites que un amo prescribe á sus domésticos; pero como Ormesinda estaba siempre tan pronta á hacer por él los mejores oficios que podia, y esta predileccion fuese conocida de Alfonso, creyó éste deber privarse de su escudero, ofreciéndoselo á la Princesa. Félix quedó estático cuando lo supo; señora, dijo haciendo un esfuerzo, y mirando á Ormesinda con los ojos arrasados de lágrimas, soy bien desgraciado en no poder acceder á la voluntad de mi señor, dedicandoos los servicios que colmarian sus deseos; pero séame permitido el declarar aqui la promesa que he hecho al

pie de los altares en presencia de Dios, que castiga á los perjuros. Huérfano desde mi nacimiento, un guerrero amigo de mi familia se dignó alargarme una mano benéfica; él me hizo educar, y me enseñó desde muy niño el arte de los combates. Yo he perdido á este hombre demasiado pronto por mi desdicha: habiendo escapado de la mortandad que se siguió á la batalla de Jerez, erraba á la ventura, sin socorro y sin proyecto, cuando el Príncipe de Cantabria me tomó bajo su proteccion, y me puso al servicio de su persona: sus procederes generosos hicieron una impresion en mi alma que.... no se borrará jamas. Vivir cerca de él, y pelear á su lado para defenderle es á lo que se ciñen mis esperanzas y mis votos. Yo conozco que me moriria si fuera preciso separarme de él."

„ Las lágrimas que Félix habia retenido hasta entonces, corrieron con tanta abundancia, que la Princesa no pudo menos de

admirarse y enternecerse. Asegnraos, le dijo, dándole la mano para que se levantára de la postura suplicante que habia tomado. Yo no quiero violentaros; un afecto como el vuestro en una edad tan corta, me interesa y me causa envidia. Yo me pondré de acuerdo con vuestro amo; y si la suerte os separase, contad qne os queda una amiga... Sí, una amiga. ¡Ah! exclamó Félix, si Alfonso se separára de mí, yo no tenia mas qne morir.

,,El Príncipe de Cantabria, que entró al mismo tiempo, quedó atónito al ver las señales de dolor en la fisonomía de su escudero, que se retiró habiendo echado una mirada suplicante á la Princesa, y ésta tuvo por justo empeñar al Príncipe á conservar á aquel jóven, contándole lo que habia pasado entre ellos. Alfonso, lisonjeado interiormente de la preferencia, sintió un gozo particular, recibiendo una prueba tan cierta de la afliccion de Félix.

„El desyelo de las nieves que habian caido en las montañas, ocasionó una especie de inundacion en la llanura, que contrarió de nuevo los planes de Pelayo, y que aumentó su tristeza habitual; su hermana y sus amigos llegaron á temer por el interes de España. Siempre encerrado en su triste habitacion, ó prosternado delante del panteon de Ervigia, se negaba á la sociedad de sus amigos, y aún á la de su misma hermana.

„Cratilo solo se atrevió á representarle el inconveniente de su conducta. Al recibir el juramento del pueblo de que habeis emprendido la defensa, le dijo con energía, habeis señalado la línea de vuestras obligaciones, de la cual no debeis salir. Un Soberano no es dueño de sí mismo; pertenece todo entero á sus vasallos, y sus acciones particulares deben ceder al interes general.

„Cratilo, contestó Pelayo dolorosamente, si la hermana de Sigerico hubiera muer-

to, si una cuchilla destructora.... Señor, interrumpió Cratilo, yo soy un particular oscuro, y no depende de mis acciones la salud de la patria. Creed, que si el horrible infortunio hubiese caido en la hermana de Sigerico, viviria para vengarla, y hubiera contado muchísimo con vuestro afecto. Hubiera sin duda temido el afligiros con el espectáculo de un dolor desmedido.... ¡Ah, señor, continuó Cratilo doblando una rodilla, volvednos nuestro Soberano tal cual era en el combate de que han sido testigos estas rocas!

,, Pelayo miró á Cratilo, y acordándose de las pruebas de amistad que le habia dado, aun en el tiempo de su perfecta igualdad, y viendo á aquel guerrero tan firme en las acciones, y tan ardiente por la gloria, regar con las lágrimas mas tiernas la mano que le habia estendido.... conoce, por la primera vez, que su excesiva pena puede degenerar en fragilidad; se avergüenza

de haberse entregado tan sin medida al dolor, y haciendo un esfuerzo abraza á su amigo, que le habia sacado del estado de apatía en que estaba, y le dice: ven al sepulcro de Ervigia, allí encontrarás á Pelayo.

„Llegados que fueron al túmulo, el Rey levantó los ojos al cielo llenos de lágrimas: puso la mano sobre la lápida que cubria la una, é hizo el juramento de suspender su dolor, hasta que su amada quedase vengada, y que su pueblo, libre de los moros, pudiese respirar tranquilamente.

„Los amigos de Pelayo fueron sabedores por Cratilo, de lo que habia pasado, y todos se impusieron la ley de no darse por entendidos de modo alguno. Ormesinda, que conocia mejor que nadie á su hermano, hizo la observacion de que la afectacion le serviria de mayor pena, viéndose obligado á no hablar jamas de lo que mas le ocupaba, impidiéndole, por este medio, el dila-

tar su corazon en el seno de la amistad; asi fue que se convino en que Rainfroy, como estrangero y mas curioso, le suplicaria que contase el cómo fue reconocido por quien era.

,,Lo que deseais, dijo Pelayo, está tan unido á lo que causó el placer de mi vida, y que ahora.... Un suspiro profundo interrumpió la frase guardando silencio. Rainfroy sintió en el alma su precipitacion, y se arrepintió de haber dado motivo á unos recuerdos tan tristes, cuando el Rey de Asturias volvió á tomar la palabra. Yo os doy gracias, continuó, por la ocasion que me proporcionais de dar á conocer el objeto que ha ocupado mi corazon, que se dilata hablando de las sensaciones que le agitaron tanto tiempo, y haciéndome ver tal cual soy realmente.

,,Cuando despues de haber repasado los principales acontecimientos de su vida hasta la proposicion de Sácar, iba Pelayo á continuar el resto de su historia, le presen-

taron un hombre que se habia introducido en las montañas, y que arrestado por los centinelas, pedia que le presentáran al Rey. Señor, le dijo inclinándose, encargado por el Rey de Navarra de un mensaje importante, he creido que convendria....

„¿Tú, mensajero del Rey de Navarra? interrumpió Rainfroy. ¿Y desde cuándo Garcia se confia del mas cruel asesino de Abdelacis? — ¿Yo asesino de Abdelacis? dijo aquel hombre con un tono que descubria su impostura. Sí, repuso Rainfroy, liberto de Tarif, y confidente de las tramas del Conde de Consuegra. — Los moribundos no pueden escribir siempre que quieren, replicó el hombre. Pero, señor, Garcia os ha nombrado por sucesor: ved aqui su anillo. ¿Por qué, le dijo el Rey, no te has presentado libremente? Los Navarros que hay aquí deben saber esta noticia; que hagan venir á Sifroy, Athanorix y los otros gefes; todos ellos reconocerán el anillo de su Rey,

y tú responde. ¿Por qué no te has anunciado de otro modo?

„Señor.... La llegada de los Navarros cortó la palabra al mensajero que pareció turvarse al verlos. — ¿Conoceis á ese hombre? les preguntó Pelayo. — Sí, señor, le respondieron todos, él es el que ha fomentado entre nosotros el espíritu de descontento, engañando á nuestro Rey; el último suplicio debe ser su recompensa. — Y este anillo, ¿le conoceis? — Sí, señor. — Con esta certidumbre Pelayo les refirió lo que acababa de decir, á lo que Sifroy respondió:

„Si el cielo dispone de nuestro Soberano, no queremos obedecer á nadie sino á vos; pero ¿podremos dar fe á los discursos de un falsario que no desea mas que la ruina de un pais, de donde dice que tiene su orígen? Yo conozco el carácter de mis paisanos, y ciertamente no hubieran confiado un mensaje tan importante á un infiel; ademas, Señor, no hay cosa mas fácil

que verificarlo, y yo me encargo de hacerlo. Si Garcia ha pagado el tributo á la naturaleza que, aunque Rey, debe pagar, y que sus últimas disposiciones sean como dice este hombre, me obligo á traeros el homenage que los Navarros os rendirán por medio de una diputacion; pero es necesario que este mensajero venga conmigo, para que su celo ó su superchería reciba el premio."

„A nadie si no á mí, esclamó él, pertenece disponer de mi suerte: y antes que me vea en poder de.... la accion de este impostor fue la de pasarse el pecho con una daga; pero los que estaban cerca de él se lo impidieron, lo que le puso furioso, exhalando su secreto en medio de las mas horribles imprecaciones. Esta declaracion, aunque muy imperfecta, les dió á conocer que echado de los dominios de Garcia, habia vuelto á los Moros, y que de acuerdo con ellos, habia formado el plan de sacar á Pelayo de las montañas, entregándole á

sus enemigos, y que habiendo tenido vastante astucia para apoderarse del anillo del Rey de Navarra, fundaba sobre él las esperanzas de su fortuna.

„Muchos de los que rodeaban á Pelayo le aconsejaban ponerle en la tortura; pero se rehusó, ordenando solo que le guardasen con cuidado para entregarle al Rey de Navarra, al que resolvió enviar el anillo. El liberto de Tarif prometió hacer revelaciones importantísimas si le indultaban; pero no pudiendo ser creido el que habia empezado por engañar, fue remitido á Garcia contra la voluntad de Rainfroy, que hubiera querido vengar la sangre de Abdelacis, vertiendo la de uno de sus verdugos. Para no volver á este incidente debe saberse, que Garcia se hubiera contentado con volvérsele á Tarif, á no temer que observase las entradas y salidas de las montañas, y que los Moros, aprovechándose de sus observaciones, hiciesen una invasion en ellas;

asi es que tuvo por acertado borrarle de la lista de los vivos. De este modo Tarif vió trastornados todos sus proyectos, por sola la casualidad de haberse encontrado un amigo de Abdelacis, sin el cual tal vez Pelayo hubiera sido víctima de su franqueza y buena fe: cualidades tan generales entre los Españoles de aquel tiempo.

CAPITULO IV.

„ Este incidente que acabamos de referir habia interrumpido y retardado la relacion empezada por Pelayo, que la continuó asi, luego que volvió á restablecerse la tranquilidad.

„ La narracion de Sácar habia elevado mis ideas hasta un por venir glorioso para un hijo de un simple labrador. En fin llegamos á Toledo, y fuimos presentados á Rodrigo, y recibidos por él, con las señales mas ciertas de consideracion, prometiéndonos grandes recompensas para Cratilo y

para mí. El Rey nos recibió en el cuarto de la Reina que estaba rodeada de Señoras de la Corte, entre las cuales se distinguia la familia de Sácar. Yo no he conocido mas que á la desgraciada Ervigia, que pudiera ribalizar con la que es hoy esposa de Sigerico; todos la conoceis, y esto os dará una idea de lo que era. Apenas mis ojos se fijaron en la bella Teodelinda, mi orgullo y mi agradecimiento á Sácar llegaron á su colmo.

„Este buen padre me preguntó mi opinion acerca de su hija. Vuestra hija, le respondí, es adorable, y merece ser Reina del universo. Seordato, me replicó Sácar, si Teodelinda no fuera como es, me hubiera bien guardado de destinártela. No hablemos de eso.

„Desde este mismo momento aquel hombre respetable dió parte á su hija de sus intenciones. La dulce Teodelinda, no hizo ninguna objecion, y se dignó recibir

mis obsequios. Si yo no hubiera estado tan preocupado con una fortuna tan inesperada, hubiera podido conocer que la obediencia puramente pasiva dirigia la conducta de Teodelinda. Cratilo, menos preocupado que yo, lo advirtió, pero no quiso darme la menor idea.

„Las noticias que llegaron por aquel tiempo á la Corte, inquietaron al confiado y ligero Rodrigo. El partido de Eba y Sisebuto renació de sus cenizas, y se aseguraba que los Moros se armaban poderosamente en favor del primero. Si Rodrigo hubiese sido cruel, se hubiera deshecho de su adversario, á quien el amor retenia en la Corte, ciñendo sus deseos al himeneo con Ervigia, sobrina de la Reina Egilona, y parienta del Rey que se la habia prometido, y que eludia cumplir la promesa temiendo la ambicion de Eba bajo diferentes pretestos. Ervigia y Ormesinda estaban fuera de la Corte, y Egilona contribuia mucho recelan-

do que estas dos hermanas jóvenes encendieran el espíritu combustible de su esposo, como habia sucedido con la hija del Conde Julian; afecto que la Reina temia no le llevase á su ruina.

„La desesperacion de Eba redobló los temores, y se tomaron todas las precauciones para oponer una fuerte resistencia en caso de agresion. Rodrigo me confió un mando importante, y Sácar me aseguró que no me dejaría partir sin llevar el título de su yerno.

„Esta declaracion hecha en público me dió libertad de ir á todas horas á ver á Teodelinda, y de este modo consolidé la estimacion que me inspiraban sus bellas cualidades, y esperaba con impaciencia formar unos lazos apretados con la gratitud, elevándome sobre todas mis esperanzas.

„Una tarde que el calor mas que ordinario me habia obligado á salir á tomar el aire, bajé á los jardines de Sácar, sepa-

rados de los de Palacio por una calle de tilos. Mis reflexiones me hicieron andar errante, enagenado con la dicha que me esperaba, quejándome de mí mismo, por no ser mas sensible á élla, y temiendo que Teodelinda se acordase alguna vez de mi estraccion; el desprecio de una esposa es para un hombre que sabe apreciarse una carga insoportable. Sin embargo, á pesar de las órdenes reiteradas de Sácar, yo habia informado á su hija de mi nacimiento, prefiriendo verme despedido antes, que humillado despues. Teodelinda habia oido mi declaracion sin conmocion alguna, y siempre que se hablaba de ello me respondia, que pues su padre me reputaba digno de su alianza, nada tenía que decir.

„Yo repasaba entre mí esta respuesta, viendo en ella un respeto filial perfecto, pero tambien una frialdad que me hacia temer el por venir. Estas ideas que no me atrevia á declarar á Cratilo, conociendo

su modo de pensar, me absorvieron de tal modo, que sin saber adonde me dirigia, me hallé en un plantío de naranjos muy espesos, en donde un murmullo, como de personas que hablaban, me volvió en mí mismo, detuvo mis pasos, y alarmó mi atencion. Ademas de la voz de la hermana de Sigerico, conocí la de Teodelinda, aunque cortada con mil suspiros. La curiosidad me llevó á ponerme á una distancia, en la que sin ser visto, pudiese oir lo que trataban, no dudando que yo era el objeto de su conversacion.

„Un instante, amada Teodelinda, un solo instante, dijo la hermana de Sigerico. Esta corta deferencia es bien debida al desgraciado que va á perderos para siempre. —¿De qué nos servirá? respondió Teodelinda llorando amargamente. ¿No podreis, mi querida amiga, ahorrarme la cruel palabra de *á Dios*? — Pero ¡cómo! repuso la hermana de Sigerico. ¿No habeis probado

el ablandar á vuestro padre? Y él mismo, ¿cómo ha pensado en daros á un desconocido? Este desconocido no lo es para mí, replicó Teodelinda. Si él hubiera cumplido las órdenes de mi padre, no hubiera tenido bastante ánimo para manifestar mi repugnancia; pero su noble declaracion me ha impedido. Yo obedezco. Puede ser que el cielo, movido de mi resignacion, me dé las fuerzas que necesito para cumplir con las obligaciones que se me van á imponer. Ademas, mi padre se ha esplicado vastante claramente para hacerme saber que en vano esperaria ser esposa de Sigerico; y pues que mi corazon no debe contarse por nada en este tratado, poco me importa que sea él á otro á quien yo sea sacrificada.

„Si lo sois, dije yo saliendo precipitadamente de entre las ramas que me cubrian, no será jamas al que está á vuestros pies. No, señora, el desconocido Seordato no os hará jamas desgraciada. Si su amistad os es

agradable, ella se empleará en sustraeros al yugo que se os quiere imponer. Hasta ahora he tenido por escesiva la gratitud de Sácar, y si me he prestado á ella, ha sido ignorando que vuestro corazon estuviese ocupado por otro objeto. Una feliz casualidad me ha desengañado; yo pediré, yo obtendré de Sácar una recompensa que me es debida por el afortunado destino que me hizo serle útil en una ocasion; su alma generosa no se negará á concedérmela.

„ Mi súbita aparicion, y mi discurso produjo en aquellas amables jóvenes una admiracion infinita. Los ojos fijos en mí, y las manos entrelazadas y elevadas al cielo, las daba un aire angélico é interesante. En fin la hermana de Sigerico fue la primera que pudo hablar, diciéndome:

„ Dejad, hombre generoso, que me arrodille delante de vos, para daros gracias por la conservacion de mi querido hermano; su accion fue tan rápida como sus palabras; yo la levanté, y ella continuó: No sabeis, no

conoceis las obligaciones que me imponeis. Tened á bien escucharme.

„La inocente aficion de Teodelinda y de mi hermano, ha nacido con ellos; criados juntos habian formado la idea de estar unidos para siempre. Esto fue antes de que las disensiones políticas hubiesen atraido la desgracia de España. Los padres se desunieron; los hijos fueron separados; y aunque Sácar sea bastante justo para no envolver al hijo en el odio declarado contra el padre, no por eso ha dejado de protestar á Teodelinda que Sigerico no será jamas su esposo. La madre de mi amiga, que cifraba su felicidad en formar unos lazos que debian producir la de su hija, concibió un dolor inesplicable; no queriendo contravenir á las decisiones de su marido, ni animar á la desobediencia á su hija, concentró la pena que le causaba el conocimiento de que Teodelinda no sería feliz con nadie, sino con mi hermano: y murió víctima del amor maternal.

„ La demasiada juventud de estos amantes, dió esperanza á Sácar de que el tiempo disiparia una aficion que él miraba como una niñería; y tal vez no se hubiera equivocado, si los acontecimientos generales no los hubieran vuelto á reunir. La Reina Egilona vino á vivir á Córdoba. Rodrigo quiso que todas las señoras y señoritas jóvenes se presentasen en la Corte, adonde llamó á los caballeros mozos principales con el objeto de perpetuar la vida libre que habia tenido entre los Moros. Teodelinda y Sigerico se volvieron á ver, y su aficion se encendió de nuevo. Mi hermano, á quien el Rey distinguia especialmente, esperaba que mostrándose digno del padre que habia perdido, el Rey favorecería sus pretensiones; pero ninguna otra cosa sino sus acciones militares le proporcionaron el que se conociese su celo, que fue recompensado en la carrera de las armas, al mismo tiempo que olvidado en la Corte. Sácar pareció apro-

ximarse á él, y en todas partes menos en su casa (en la que no le recibió), le mostraba la mayor consideracion. La amistad que siempre he profesado á mi hermano, me hizo pensar seriamente en su dicha. Yo hablé á Egilona: esta buena Reina me ofreció su proteccion, y no dudó de la consecucion de mis deseos, si la guerra y las disensiones domésticas no la hubieran obligado á diferir su intencion.

„En este tiempo llegasteis vos, Señor; vuestros derechos al reconocimiento de Sácar eran muy grandes. Toda nuestra esperanza quedó destruida. Aqui es preciso que yo revele una circunstancia que he omitido hasta ahora. La desesperacion de Sigerico le hubiera conducido á disputaros con las armas en la mano la posesion de Teodelinda, si hubiera podido borrar de su alma el agradecimiento que le habia inspirado el servicio que le habíais hecho. — ¿Yo? la respondí. — Sí, señor, continuó; á vos es

á quien debe la comandancia que tal vez su valor no le hubiera dado, y le recomendásteis á Sácar, cuando vuestras heridas os volvieron á entre nosotros. La obligacion que os debia y su dolor de perder el único bien que desea, le tienen en un estado de desesperacion que nuestros consejos han conseguido calmar algun tanto; pero no pudiendo ser testigo indiferente de vuestra felicidad, ha resuelto irse de España, y llevar su sentimiento lejos de un pais, en donde todo le recordaria su desdicha. Esta noche era la elegida para el último *á Dios*, sin que la escrupulosa virtud de Teodelinda tuviese parte.

„La hermana de Sigerico hablaba aún, cuando él se presentó de repente diciendo: ni tú, ni élla sabeis el fin; mi existencia será demasiado larga, y mis tormentos se proprolongarán con ella. Mi intencion es.... Teodelinda no estaba en estado de oirle; por lo que hace á mí, la sorpresa no me

impidió arrancarle la daga con que iba á atravesarse el corazon. Vuestra generosidad y servicios que os debo, me dijo, os libran del acero que me habeis arrancado. La hermana de aquel desventurado socorria á su amiga, que vuelta en sí, derramaba un dilnvio de lágrimas, dirigiendo á su amante las mas tiernas reconvenciones, y elogiando mi conducta mas de lo que se merecia. Sin embargo su situacion no cambiaba en nada, estando persuadida que negándose Sácar á las solicitaciones de Sigerico, la sacrificaria á cualquiera otro qne tuviera menos delicadeza que yo.

,, Yo confio, dijo Sigerico, que no dejareis imperfecta vuestra obra. Señor, vos sois estrangero. Llevad á mi amada Teodelinda á la patria que produce hombres como vos y vuestro hermano; yo pagaré la deuda del agradecimiento del modo que mé sea posible, combatiendo contra los enemigos de vuestro pais. Pero ¿dónde depositaré á Teodelinda y mi hermana? en esto so-

bre todo tengo necesidad de vuestros consejos y de vuestro apoyo. Raiufroy, yo os aseguro que en aquel momento me acordé de vos, y prometí lo que me pedian.

„Antes de todo, les dije, es necesario hablar á Sácar; yo confio en su generosidad paternal, ¿cómo podria yo soportar sus miradas, si le privára de una hija adorada que él mismo ha querido unirla á mi suerte? Os dejo, añadí, reflexionad sobre este proyecto, voy á ver á Sácar.

„No me estenderé en la relacion de lo que pasó con Sácar. La sorpresa, la indignacion, todo lo que la autoridad de un padre celoso de ella quiere exigir de la obediencia de un hijo.... en fin, yo pude enternecerle en favor de aquellos desgraciados amantes, á quienes perdonó, y tuve la satisfaccion de presentar al apasionado Sigerico á nuestro protector general.

CAPITULO V.

,, Los intereses generales hicieron callar á los particulares. Sácar se vió obligado á volverse á Mérida, de donde era gobernador, y se hizo seguir de su familia. Cratilo y yo nos reunimos al ejército que acababan de formar para oponerse á los Moros.

,, Rodrigo se habia propuesto mandar el ejército, y habia salido de Toledo con esta intencion; pero habiéndole disuadido el Conde Julian, y llamándole los placeres de la corte, se volvió á encerrar en su serrallo, contentándose con pasar una revista. Rodrigo se desdeñó de recomendarme al general, que era el Príncipe Eba, y que con su vuelta inopinada sorprendió y desanimó á todos. Algunas intrigas habian producido una reconciliacion entre él y Rodrigo. Nombrado general en gefe del ejército Español, mostró un celo, una actividad por la patria, y una animosidad contra los Moros, que parecia

tener en su mano el destino de la nacion. Tanta exageracion le hicieron sospechoso para con algunos guerreros que le conocian de antemano. Sin embargo en honor de la verdad es menester decir, que se portó bien en la accion que fue sangrienta, y que llevamos la ventaja á los Moros, obligándolos á volver á embarcarse: Cratilo y yo tuvimos la ocasion de ayudar á Eba á desembarazarse de un peloton de enemigos que atentaban á su persona.

„ Asi que hnbo cesado el combate, quiso conocer á las personas á quienes era deudor de la libertad y la vida. Cratilo y yo fuimos presentados. Yo no sé que presentimiento le agitaba en aquel momento: lo cierto es, que lejos de acogernos con benevolencia, afectó hablar con otros oficiales, sin dignarse dirigirnos una sola palabra.

„ ¿Qué hacemos aqui? me dijo Cratilo; salgamos, y no combatamos jamas bajo el

mando de este Godo orgulloso y desagradecido.

,, Vueltos pues á nuestra tienda de campaña, hallamos un nuevo y mayor motivo de descontento, que el mal recibimiento que acababan de hacernos.

,, Al rechazar á los enemigos de Eba, yo habia herido y hecho prisionero á un Moro, cuya riqueza en la armadura me le dió á conocer por persona de calidad. Le habia hecho conducir á mi tienda, y dado la orden de prodigarle todos los cuidados imaginables, igualmente que las mayores atenciones; pero ¡ cuál fue mi sorpresa no hallándole en élla, y habiendo sabido que el General me le habia quitado! este acto de autoridad me ofendió infinito. Yo hice una reclamacion, pero fue en vano.

,, La guerra se acabó con la huida de los enemigos; las tropas se licenciaron, y nosotros volvimos á Toledo, en donde se preparaban grandes fiestas: no para celebrar

las victorias de los guerreros, compradas con su sangre; sino las que Eba se atribuia.

„Indignado Sácar de la conducta del General, quiso presentarnos él mismo á la corte. El instante que escogió fue el mismo que el altivo Eba habia dedicado para presentar á la Princesa Ervigia, mi prisionero que él llamaba suyo, al que hizo cargar de cadenas de plata, y seguirle á palacio. Ervigia y mi hermana estaban en la corte, y acompañaban á la Reina: una mirada que yo dí á estas dos personas, me llevó hácia ellas con un impulso irresistible.

„Mientras que yo estaba ocupado en considerarlas, olvidando el sitio donde me encontraba, y la presencia del Soberano, Eba se presentó, y despues de haber saludado á Rodrigo, se dirigió á Ervigia, á quien presentó el cautivo: Señora, la dijo, el deseo de merecer vuestro corazon me ha dado valor para vencer á los enemigos del nombre cristiano y de nuestra patria. El va-

liente Selim ha caido en mi poder, y le he destinado para que sea vuestro esclavo. Estos hierros, dijo el Moro, no serian humillantes si me los hubiera puesto el que me ha vencido. Yo no sé cuáles son vuestros usos; pero en mi pais no se dispone de la vida ó de la libertad de los cautivos, sino cuando se les ha vencido. La gloria que quitaríamos á otro, sería una marcha que no se borraria jamas en nuestra reputacion. Rey de los Godos, reunid vuestros guerreros; yo conoceré al que me ha vencido, y sufriré sin murmurar la ley que él quiera imponerme.

„Selim examinó á todos los oficiales que rodeaban al Rey, y añadió: el que me ha hecho prisionero no está aqui. Rey de los Godos, retracto mi demanda.

„Rodrigo, que estaba ya informado por Sácar de la accion indigna de Eba, me hizo acercar; Selim me conoció al momento. Este es, dijo; pero si ha desistido de sus

derechos sobre mí, no dudo que será de un modo correspondiente á la generosidad de sus primeros procederes.

,, La mirada de desprecio que Rodrigo echó sobre Eba, manifestó bastante su indignacion. Yo creo, dijo el Rey, penetrar las intenciones de Seordato, haciendo que os quiten los hierros que os oprimen: Selim, estais libre. La agresion injusta de vuestros compatriotas no me impide conocer las buenas cualidades de los que merecen consideracion. Yo me encargo de vuestro rescate. Podeis iros cuando querais; pero desearia que gozáseis de las diversiones que se preparan. Seordato os acompañará. Vamos, dijo, levantaos á dar gracias al eterno Dios de las batallas.

,, Sería un ingrato, continuó Pelayo, sino diera á Cratilo el tributo que se debe. Su alegría fue excesiva, y tuvo que hacer un esfuerzo en obedecer al Rey que ordenó le siguiéramos al templo. Selim estuvo

tambien igualmente que nosotros en el banquete que se siguió, y cuando se acabó la fiesta recibí la orden del Rey de llevar á Selim á su gabinete.

„Valiente enemigo, le dijo el Rey, yo no quiero violentaros reteniéndoos con nosotros; no pretendo tampoco imponeros ninguna condicion; pero como mi buena fortuna ha hecho que hayais encontrado un adversario digno de vos, y qne no pnedo lisonjearme de que se renueve esta dicha, os aseguro que me sería sumamente agradable que vuestro valor se ejercitase contra otra nacion que contra la España. Este es un deseo que yo tengo, y al qne sois enteramente libre de condescender ó de rehusar.

„Señor, rospondió Selim, nada de sagrado hay que me haya empeñado en esta guerra; el solo deseo de saciar una curiosidad, y de no vegetar sin gloria, me han hecho dejar mi serrallo, y venir á visitar la España. Habiendo llegado á Mauritania, no he

podido ni querido rehusar la proposicion del Califa de una tenencia qne me lisonjeaba mucho. Mis primeros pasos, en la milicia, no han sido dichosos; pero si no llevo á mi patria la palma de la victoria, á lo menos voy convencido de que la Europa produce hombres, cuyas virtudes merecerian haberlos hecho nacer entre los verdaderos creyentes. En cualquier tiempo ó circunstancia que me halle, juro por la cabeza sagrada del profeta, de no tomar las armas contra los que os serán sumisos, y sobre todo contra mi generoso vencedor.

,, Selim se retiró poco tiempo despues, tomó el camino de su pais, y no le he vuelto á ver. Solamente cuando la lucha de los Moros contra los Españoles se ha empeñado, he recibido de una mano desconocida, unos presentes que me han sido de la mayor utilidad, y que no me han dejado duda de que venian de su parte.

,, Yo habia sido presentado á las Prin-

cesas Ormesinda y Ervigia; las dos me manifestaron una bondad sin límites, y me llenaban de satisfacciones. Ormesinda me interesaba por su viveza; pero Ervigia, cuya amabilidad encantaba á todos los corazones, cautivó bien pronto el mio; sin tener aún ningun deseo formado, me condolia de la suerte qne la esperaba; el orgulloso Eba habia vuelto á presentarse en la corte asi qne Selim se fue, y el indeciso Rodrigo no tuvo ánimo para romper un tratado, del cual nadie, si no él, desconocia el interes para Eba.

„ Teodelinda y Sigerico estaban siempre en la Corte; nuestra amistad se aumentaba cada dia, y nuestros intereses eran los mismos. Teodelinda y su cuñada eran favoritas de la Princesa, y no perdian ocasion de aumentar la estimacion que mi fortuna les habia inspirado por mí. Estas dos amables mugeres se afligian de la inclinacion que conocian me poseia por Ervigia, y trataban

de distraerme de ella, llevándome hácia otros objetos que fuese posible alcanzar. Gratilo, informado por ellas, me compadecia, habiéndose hecho indulgente despues que su corazon ardia por la hermana de Sigerico.

,, Rodrigo me honró con un empleo considerable; pero como todo lo que me separaba de Ervigia me era insoportable, me deshice en favor de mi amigo Sigerico, y declaré que toda mi ambicion se cifraba en estar al lado de mi Soberano. Es menester convenir que el amor nos hace cometer mil estravagancias. ¿Qué esperanza podia concebir el desconocido Seordato? ¿Y quántos tormentos no se preparaba, quedándose á ser testigo de los obsequios exagerados de un rival como Eba?

,, Todo un invierno se pasó, envenenándose cada dia mas y mas la herida de mi corazon con el acogimiento bondadoso de Ervigia: irritándome de tal modo la aproxima-

cion de su himeneo, que sin mis amigos, que me celaban atentamente, no hubiera podido escapar á la penetracion de los cortesanos.

„Entretanto Ervigia veia con horror acercarse el dia, en que víctima de la política sería unida para siempre con el hombre que mas detestaba; su tristeza se aumentaba á medida que el altanero Eba la hacia sufrir. Animado con la alta aprobacion del Conde Julian, no ocultaba que sus ideas iban mas lejos que á pretender la mano de Ervigia. A fuerza de falsas complacencias se habia captado la benevolencia de los aduladores de Rodrigo, que decian que la tranquilidad del reino dependia de aquel Príncipe, y el Soberano legítimo era casi mirado como usurpador. Persuadido á ceñirse un dia la diadema, veia á su predecesor como á un fantasma de Rey que podria hacer desaparecer cuando quisiera.

„Eba miraba á Ervigia como una pre-

sa segura, y con esta certidumbre se permitió en público ciertas libertades, que desagradaron de tal modo á la Princesa, que se quejó al Rey, y le pidió su permiso para retirarse á un convento. Rodrigo la escuchó benignamente, y se compadeció de su pena; pero la declaró que no podia romper un tratado como el que estaba hecho, sin comprometer la seguridad del estado, y la de la Familia Real. Yo no soy libre, añadió, reforzando las palabras; no, yo no soy libre para poder seguir el impulso que me conduce á volver á tomar las riendas de mis estados. Conozco y veo el imperio que el hombre que realmente debe sucederme ha tomado sobre mí: me arrepiento ya tarde de haber forjado yo mismo las cadenas que ahora ó luego me arrastrarán al precipicio que veo abierto á mis pies, y al que camino progresivamente.

,,Querida Ervigia, puede ser que venga un tiempo en que impediréis mi ruina

total ; vuestras virtudes, vuestra dulzura, mudarán el corazon de Eba, y como yo conozco su ambicion , y que su edad es poco diferente de la mia , tal vez me resolveré á partir con él mi autoridad. Este es un secreto que yo os confio ; porque ántes de decidirme á dar un paso tan delicado y peligroso, quiero probar y ver qué efecto hace en él el ejemplo de una esposa virtuosa como vos.

Ervigia combatió fuertemente este último proyecto ; y consintiendo en sacrificarse, reprobó la idea de una asociacion que la parecia debia producir unos disgustos incalculables. Esta conversacion la ocasionó una pena muy excesiva, y fue hecha un mar de lágrimas á derramarlas en el seno de sus dos amigas. Yo nó tardé mucho en estar informado de lo que habia pasado entre élla y el Rey. La certidumbre de verla mas desgraciada que Egilona, nó pudiendo compararse los defectos de Rodrigo con los

vicios de Eba, me hizo concebir la idea de librar á la Princesa y á la España de un hombre que hacía la desgracia de la una y de la otra. La ejecucion de este proyecto debia ser despues de maduras reflexiones, porque aquel Príncipe estaba siempre rodeado de una corte numerosa; y si algunos de sus inseparables cortesanos hubiera echado de ver mis intenciones, yo me hubiera perdido, sin ser útil al objeto de mis secretas adoraciones.

„Salí un dia de Toledo sin que me acompañase ningun escudero; el cuidado que me daba un pensamiento, á la verdad bastante arriesgado, me llevaba á los parages menos frecuentados, con la idea de no encontrar objetos que pudiesen distrarme de las meditaciones que tanto me interesaban; y habiéndome separado del camino, y entrado en una especie de bosque, me detuvieron las voces de algunas personas que hablaban, de las cuales una habia pronunciado el

nombre de *Rodrigo* con mucha vehemencia.

„Aunque naturalmente no me es propia aquella curiosidad que hace penetrar á tantas personas en los secretos de otros, el proyecto que me ocupaba, me hizo prestar una atencion que en otra ocasion hnbiera tenido por culpable. Me acerqué sin ser sentido ni visto, y me coloqué de un modo, que favorecido por las ramas que me cubrian, podia oir y aún distinguir perfectamente á los que hablaban con tan poca precancion; ¡ pero cuál fue mi sorpresa cuando ví que eran Alarico, Sisenando y el moro Mahomed que estaban con Eba!

„Confieso, dijo éste, que yo no debia mantener contra Seordato un resentimiento tan vivo; pero una antipatía, que ni yo mismo sé de que nace, me le hace aborrecer de manera, que no estaré satisfecho hasta que le vea acabar á mis manos. ¿ Un desconocido, preguntó Sisenando, cuyo orígen debe ser bien oscuro, pues elude con tan-

to cuidado las preguntas que se le hacen sobre este asunto, puede causaros celos, y debereis honrarle con un desafio que le elevaria hasta vos? ¿Por qué no? respondió el moro Mahomed. Entre nosotros, el valor señala la sangre, y Seordato se ha mostrado digno del honor á que Rodrigo le ha elevado.

,, Está bien eso, repuso Eba; pero nosotros los Godos seguimos otras máximas. Ademas yo he descubierto que el insolente, abusando de un favor momentáneo, eleva sus miras hasta una de las Princesas, y no ha despreciado á la hija del imbécil Sácar, sino para levantarse mas alto. Se le vé siempre en el cuarto de la Reina, y.... — ¿Estareis enamorado de Egilona, y por consiguiente celoso? interrumpió Sisenando. — Yo no lo estoy ni aún de Ervigia, respondió él. Si este casamiento no me facilitára el acceso en palacio, y si éste acaso no me diera los medios seguros de deshacerme de Rodrigo

sin ruido, ya hace tiempo que hubiera renunciado á una Princesa que me aborrece.... tanto casi como yo aborrezco á Seordato. Pero hablemos de las medidas para.... Yo oigo ruido, ¿si habrémos sido oidos? ¿si nos habrán hecho traicion? separémonos.

„El ruido que habia atemorizado á Eba, lo cansó la llegada al bosque de la Reina y las Princesas que se paseaban á caballo, y cuya parte de comitiva pasaba adelante para facilitarlas el paso.

„Aunque jamas hubiera perdido voluntariamente la ocasion de ver á Ervigia, la impresion que me causó lo que acababa de oir no me permitió presentarme á las Princesas, y me retiré á Toledo inquieto y pensativo sobre el partido que tomaria en tales circunstancias, y cómo podria descubrir el plan de Eba. Consultar á Cratilo era desterrarle de España: pues que ciegamente enamorado de la hermana de Sigerico, no hubiera dudado un instante en sacrificar su

amor por mi seguridad. Llamar á Eba á un singular combate, era desgraciarme, sin poder tal vez justificar mi osadía. En fin la casualidad, ó mas bien la Providencia, me sacó de esta terrible incertidumbre.

CAPITULO VI.

„ Aquella misma noche recibí orden de presentarme en palacio al amanecer del dia siguiente, para acompañar á Rodrigo á una cacería, diversion á la que era muy aficionado. La Reina y las Princesas debian ir á reunirse con los cazadores á la entrada del soto, en donde habian preparado unas tiendas de campaña. Un presentimiento, concebido sin duda por lo que habia oido la víspera, me hizo tomar la resolucion de no separarme de Rodrigo por mas que el amor de Ervigia me detuviera cerca de élla. Cuando toda la comitiva estuvo junta, observé que faltaba el Príncipe Eba, que habia partido aquella noche con una comision se-

creta para Ceuta; y este viage que naturalmente debia tranquilizarme, fue precisamente lo que aumentó mis temores.

,, Partimos para la caza; Rodrigo, segun su costumbre, se adelantó á todos; su carrera fue tan rápida, y el caballo que montaba era tan vigoroso, que le perdí de vista en poquísimos segundos. Mi deseo de juntarme con él me obligó á tomar algunos atajos dificiles de atravesar por lo fragoso de aquella parte del bosque, y no tuve mas remedio que echar pie á tierra, atar fuertemente el caballo á un arbol, y seguir una estrechísima senda. Mi marcha era tan precipitada cuanto podia permitirlo el terreno. Guiado por las cornetas y el ladrido de los perros, creí haber encontrado el verdadero camino, siguiendo uno, de dos que se presentaban al fin de la estrecha senda que me habia conducido; pero me engañé. Cuanto mas andaba, mas lejano me parecia el ruido de la caza; y en fin me hallé entre un

océano de ramas y de árboles, sin saber adonde debia dirigir mis pasos. Mi situacion me desesperaba; el silencio que reinaba en aquel sitio agreste; y la idea siempre fija en Rodrigo, me decidieron á marchar á la ventura. Al cabo de algunos minutos descubrí un claro de árboles, y no tardé mucho en oir un ruido como de armas que se chocaban. Este ruido me detiene un instante; pero de repente tomo carrera con la ligereza que me habian dado los ejercicios de mis primeros años; llego á la especie de plaza que formaba el claro de los árboles, y veo á Rodrigo defendiéndose contra tres hombres, cuyo trage engañador anuciaba ser Moros. Precipitarme delante del Rey, cubrirle con mi cuerpo, parar los golpes que le dirigian, é insultar, llamando asesinos, á sus adversarios, fue obra de un momento. Ya sabeis que el uso de las armaduras completas para las grandes cacerías es general entre nosotros; asi es que yo me encontraba armado. El

movimiento que hizo uno de los asesinos para darme un golpe, me facilitó dirigirle una estocada por entre las correas de la córaza, que le hizo caer. El partido hubiera sido igual entonces, si Rodrigo, fatigado de la larga resistencia que habia hecho antes de mi llegada, no hubiera caido en tierra. Nuestras voces se mezclaron entonces; las de los contrarios eran de alegría: las mias eran de despecho. Puesto otra vez delante de Rodrigo, tuve la dicha de herir gravemente á uno de los combatientes, que se retiró; pero el que quedaba en estado de defenderse, atacaba vigorosamente. Yo no sé como hubiera terminado esta lucha, sin la llegada de algunos cazadores que se habian estraviado. Mi contrario echó á huir por el lado opuesto, y habiendo yo tocado la corneta, que cada uno de ellos llevaba consigo, acudieron á tiempo que yo estaba ocupado en desatar las correas de la cota de malla y del casco del Rey, para darle la

facilidad de respirar. Llenos de espanto los cazadores, me ayudaron á desarmar á Rodrigo, no pudiéndolo hacer yo fácilmente por las heridas que tenia en las manos; nuestra satisfaccion fue completa viendo que el desmayo del Rey no provenia de ninguna herida, sino solo del aturdimiento de la caida y de la falta de sus fuerzas, estenuadas con el trabajo de una defensa tan larga y tan vigorosa. Su desmayo no duró mucho: el aire que le dió libremente en el rostro le hizo volver en sí. ¿Dónde está Seordato? fue lo primero que dijo asi que pudo hablar. Aqui, Señor, respondí arrastrándome para llegar á él, no pudiendo andar. Al ver la sangre que corria tan abundantemente de mis heridas, tuvo el mayor dolor, y olvidando la distancia que nos separaba, me prodigó las mas tiernas caricias, no escuchando á otra razon que á la de su reconocimiento.

„ Los cazadores determinaron formar

una camilla de ramas, y colocar en ella á Rodrigo; pero este, despues de haberla dejado hacer, ordenó que me pusieran en ella cubriéndome él mismo con su capa, y haciéndome transportar á la tienda de campaña, en que estaban las Princesas. No tengo que deciros la admiracion de aquellas Señoras, que viendo el cuidado de Rodrigo por mí, no podian atinar con la causa. Todo el mundo estuvo en las tiendas hasta que vinieron los cirujanos que debian hacerme la primera cura, segun las reglas del arte.

„Cuando volví en mí de la escesiva debilidad que me habia sobrecogido, supliqué al Rey que hiciera reconocer el cuerpo del que habia quedado en el campo, y que velara sobre su seguridad personal. Ya está eso hecho respondió Rodrigo; por él sabrémos quien es el que desea deshacerse de mí. Seordato, doy gracias á Dios por haberme guardado la vida, y por haberme dado á conocer el afecto que me teneis. Desde ahora ya

no debeis mirar en mí á un Rey, sino á un amigo que os debe la vida, y que tiene poder y voluntad de pagaros una deuda tan sagrada. Sin embargo no digais á nadie lo que ha pasado entre nosotros; pues empiezo á persuadirme que la deslealtad y la perfidia me rodean.

,, El Rey deseaba que me trasladasen á Toledo; pero los cirujanos declararon que no estaba en estado de moverme, y fue menester resolverse á dejarme en el pavellon. Los cuidados y asistencia que me prodigaron fueron iguales á los que hubiera tenido el Soberano mismo: una guardia numerosa me custodiaba; pero nada satisfacia mi corazon, habiendo echado de ver que las Princesas habian partido, sin darme la menor prueba de interes. Cratilo habia tratado de curarme por medio del despecho de una pasion que él preveia muy funesta para mí, y me calló el mensage de que estaba encargado: sin pensar que si se hubiera encon-

trado en mi lugar, nada hubiera vastado á consolarle.

„Dos meses se pasaron antes que yo pudiera salir del pavellon. En fin volví á Toledo, en donde fui recibido con toda la bondad imaginable, tanto mas, cuanto habiéndose sabido lo ocurrido al Rey, esto no puso límites á las señales de su agradecimiento, que sobrepujó á todo lo que yo podia esperar, habiendo tenido á bien presentarme él mismo á la Reina y á las Princesas.

„Aqui teneis á mi libertador, las dijo; y lo que redobla mi gratitud es que siendo estrangero entre nosotros, ningun otro deber mas que el agradecimiento le obliga á una conducta tan generosa; mientras que un ingrato, colmado de beneficios, cercano á recibir un premio tan poco merecido, trataba de atentar á mi vida. Sí, Eba, á quien yo me proponia revestir con la púrpura real, del que yo queria hacer un compa-

ñero que me ayudase á arrojar á los Moros de la monarquía; Eba es el alma de la conspiracion tramada contra mí. Ervigia, vos le habeis conocido mejor que yo; vuestra repugnancia á este himeneo, que yo he alejado por complaceros, os ha guiado dichosamente. Pero no pensemos mas en esto: reunios á mí para agradecer la bondad de Seordato. Yo le elevaré tan alto, que los que se han creido sus superiores se tengan por dichosos de mirarse sus iguales. Seordato, desde este dia sois gobernador general de Andalucía, y Cratilo será vuestro Teniente.

"Ya podeis juzgar de mi sorpresa, y mi gozo; así es que todo lo que pude hacer en aquel momento fué echarme á los pies de Rodrigo, y articular algunas frases casi ininteligibles. Una mirada que dí á las Princesas me hizo conocer que si mi elevacion les admiraba, era de su aprobacion. Egilona me felicitó. Los cortesanos me ro-

dearon, y me escoltaron hasta el Palacio de Sácar, adonde yo vivia siempre, y en él la amistad acabó de encantarme. Sin embargo un peso enorme me oprimia; el primer momento de delirio habia pasado, y yo me preguntaba á mí mismo, si los honores concedidos al estrangero Seordato, serian acordados al hijo del oscuro Selix, reconviniéndome de que usurpaba unas distinciones solo merecidas por la simple accion del corazon humano que desea cumplir sus deberes. Pero la calidad de hombre me consolaba algun tanto, y en este sentido me encontraba igual á todos los demas. Con todo, no muy satisfecho de mis reflexiones, hablé de ella á Sácar, que me respondió en estos términos:

„Yo creo que el esceso de delicadeza que os inquieta, toca ya un poco en orgullo. Sondead vuestro corazon, y decidme, si la declaracion de vuestro nacimiento no hubiera tenido por fin secreto llevar á un

grado mas alto la admiracion de que sois objeto. Decidme francamente, si suponiendo que la revelacion de tal secreto hubiese disminuido el precio del servicio hecho á vuestro Soberano, no os quedaría en el fondo del alma ningun despecho de haber cometido tal imprudencia. Querido Seordato, al Rey le importa muy poco vuestra calidad, habiéndole salvado la vida; pero tranquilizaos sobre este punto. El corazon de los hombres está formado igualmente, y el mas noble es el que ama mas á sus semejantes, el que ejercita las virtudes, y sirve á la humanidad. Ademas de que siguiendo el pensamiento general, y que en alguna manera es justo, vuestro amor propio sufriria si se supiera vuestra estraccion. Tranquilizaos os repito, estad seguro de que este secreto está encerrado en el pecho de Teodelinda y en el mio, y que ni aún el mismo Sigerico está instruido de él: aunque si fuera sabedor, no sería sino para au-

mentar su agradecimiento por el sacrificio que le habeis hecho.

„ Estas razones de Sácar me reconciliaron conmigo mismo, y sostuve mi buena fortuna con mucha mas igualdad de juicio. Un sentimiento que hasta entonces me hubiera avergonzado confesar, se desarrolló en mi alma de repente. Todo lo que disminuia la enorme distancia que me separaba de Ervigia debia considerarlo como una dicha que era menester conservar. El interes tranquilo que me inspiraba Ormesinda contribuia á afirmar mis ideas; y en fin me creí afortunado, viéndome sin rival.

„ Sigerico me informó de que el Príncipe Eba fue realmente el autor del atentado contra Rodrigo; y que no habiendo podido engañar al Rey por mas tiempo, habia pasado á Mauritania, desde donde se exhalaba en amenazas.

„ No pudiendo pues fiarse de una nacion que fundaba su poder en la destruc-

cion de España, se preparó todo de nuevo para una guerra. Rodrigo despertó de su confianza natural con el aviso que tuvo de un desembarco de tropas enemigas mandadas por Eba; hizo una leva considerable, y anunció que se iba á poner al frente de su ejército; y creyendo tener necesidad de mí, me llamó á su lado, y envió á Cratilo para que me reemplazase en Andalucía.

„ Mientras que todo se preparaba, me vino un dia el deseo de visitar el sitio en que el traidor Eba atentó á los dias del que le habia colmado de honores y de beneficios. La soledad y el silencio del parage me condujo insensiblemente á mil reflexiones sobre la triste suerte de los poderosos de la tierra; siempre ambiciosos de poder, siempre envidiados, siempre hechos el jugete de la malignidad, deslumbrados por la adulacion, engañados, seducidos con el poder, marchando á merced de la casualidad, segun el interes ó el capricho de sus favoritos,

y acabando muchas veces por labrar su propia desgracia y la de sus pueblos.

„ Estas y otras reflexiones á este tenor, y las que hacía sobre mí mismo relativamente á Ervigia, y á la dulzura del inocente atractivo que me inspiraba Ormesinda, me olvidaron de tal modo de la distancia que me separaba de Toledo, que sin saber cómo me hallé que era casi de noche; la falta de luz me hizo volver de mis meditaciones, y habiendo querido regresar á la ciudad, tomé un camino; pero poco atento á observar el que me habia conducido para ir, me perdí de tal modo, que no podia reconocer ninguno de los sitios por donde pasaba. La oscuridad que yo habia atribuido al crepúsculo, era producida por el acumulamiento de muchas nubes atraidas por el monte y su infinita frondosidad, y que un instante despues empezaron á abrirse, dejando salir los fuegos que contenian en relámpagos espantosos, acompaña-

dos de unos truenos que se prolongaban con los ecos de la montaña, y á los que siguió una lluvia de agua y piedra horrible, que junta con los rayos que se desprendian de las nubes, y caian casi á mis pies, me hacian ver mi próximo y cierto fin. En esta situacion poco agradable buscaba á la luz de los relámpagos un refugio contra el diluvio que continuaba siempre; á fuerza de trabajo y de tiempo pude descubrir una concavidad, á la cual me acercaba, cuando me sorprendieron las voces de algunas gentes que hablaban bastante cerca de mí, y que yo suponia pastores, cazadores ó personas estraviadas como yo. El viento empezaba á calmarse, y no siendo tan fuerte el ruido de la lluvia, me permitió poder percibir las palabras de los que hablaban.

„Te admiras de mi estancia aqui, dijo el uno, y temes que me descubran. No tengas miedo, Almacis. Yo estoy aqui secretamente con la seguridad de la proteccion

del Conde Julian, que me ha hecho venir. Este ambicioso no quiere declararse hasta que la pérdida de Rodrigo sea segura; para efectuarla me ha escogido á mí. Pero se engaña ciertamente, si cree que yo contribuiré á sus miras. Quiero que la corona que ha ceñido la cabeza de mi padre adorne la mia, y el Conde mismo es el que yo he escogido para que me la ponga: enemigo de buena fe de la nacion Mora, la he combatido con lealtad. El premio que esperaba me se ha escapado en el momento en que yo creia tenerle por mio. Ervigia me aseguraba esta corona que tanto deseo; pero la inclinacion de Rodrigo por ese estrangero desconocido, retarda demasiado el cumplimiento de su palabra y de mis deseos. La complexion robusta y vigorosa del Rey, á pesar de los excesos en que Julian le ha sumergido, le asegura una larga vida, y á mí la posesion lejana de un poder que tanto ambiciono hace mucho tiempo; y si Rodri-

go abre los ojos sobre sus verdadêros intereses, yo no podré verificar mis miras. Entonces, Almacis, Julian será perdido; nuestros lazos, en los cuales no entra ningun sentimiento de amistad, quedarán rotos y yo envuelto en su ruina. Él queria que yo escogiese el dia de mis bodas con Ervigia (y que debia aproximarme al trono que él desea mas que yo) para hacer que reventara la mina de la conjuracion, y que al pie del altar mismo adonde condujese á la Princesa, tomase por esposa su hija: todo estaba preparado para precipitar á Rodrigo desde el trono á los calabozos, y verle sufrir la misma suerte de su padre y de su tio. Yo me negé á este plan; no porque no viese en Rodrigo un usurpador de mi patrimonio, sino porque conociendo lo grave de la carga que me iba á imponer, no quise hacerme un esclavo coronado. Esto produjo algunas altercaciones entre nosotros, cuyo fin fue romper formalmente.

Quedé solo, y me creí bastante fuerte para hacerlo todo por mí mismo. Sin la llegada inesperada de Seordato, Rodrigo estaria muerto á estas horas, Julian preso, y yo coronado Rey de la antigua y beliciosa España.

„ Engañado con esta esperanza todavía, me refugié á África, é interesé en mi favor á Tarif y al viejo Muza. Los rodeos del Conde Julian han fatigado su paciencia, y sus relaciones con él no durarán sino lo que sea necesario para la verificacion de sus planes, y la España debilitada caerá en su poder. El Conde lo conoce, y por eso se ha reconciliado conmigo. Si nosotros reunimos nuestras tropas, y si yo soy bastante dichoso para deslumbrar á este viejo político, yo subiré al trono que ocupó Witiza, y con el oro, yo me desharé de los que me han ayudado en esta ocasion, y aun tal vez.... Yo no sé lo que podreis hacer, interrumpió Almacis; pero venir á mete-

ros entre las manos del Conde.... es una imprudencia que me hace temblar. — Tranquilízate, Almacis. Mañana, sí, mañana es el dia escogido para que sea el último que alumbre á Rodrigo, al odioso Seordato, y puede ser que tambien al Conde Julian, que enredado en sus mismas redes, creo no me se escapará. Ven conmigo, la tempestad ha cesado; vámonos de aqui, yo te esplicaré mejor lo que he resuelto.

,, Mientras pasaba esta conversacion, yo estaba anonadado y como herido por un rayo. Sabía que al dia siguiente debia el Rey pasar una revista general, y no dudaba que el momento decidido para su destruccion fuese aquel. Aun cuando hubiese bastante tiempo para darle aviso, no bastaba para asegurarse de los conspiradores, de los que yo no conocia sino á Eba y Almazis. La confianza del Monarca en el Conde Julian habia sido removida, pero no destruida del todo: y su carácter indeciso me hacia temer

que no tomase mas que medias medidas, que son siempre fatales en política. Cratilo habia ya partido para Andalucía. Sácar y Sigerico eran los únicos á quienes yo pudiera confiarme. En efecto, inmediatamente me puse en camino para mi casa, y ¡ cuál fue mi satisfaccion al encontrar en ella á mi querido Cratilo, á quien yo creia lejos de mí! Todos tres me escucharon tranquilamente, y cuando hube acabado de hablar, Sácar me dijo:

„Hijo mio, Dios que vela sobre esta nacion, ha permitido que otros avisos iguales á los vuestros hayan llegado á vuestro hermano. Tan activo en conservar á su Soberano y á su amado Seordato, como en rechazar á los Moros, ha vuelto aquí, para prevenir los males de que estábamos amenazados. Yo le he introducido á ver á Rodrigo, y le ha presentado dos fieles Españoles que han descubierto la trama odiosa. Eba ha sido arrestado en el momento en

que se introducia furtivamente en el Palacio del Conde Julian. Este, fiel á sus horribles principios, ha declarado la parte que tiene en la conjuracion; y ha apresurado de tal modo el suplicio del Príncipe, que este último no ha tenido tiempo de comprometerlo. Mañana sabrán los Grandes y el pueblo lo que deben saber. El Rey os ha llamado; y debemos estar en Palacio cuando él se levante. Yo espero que mañana será el dia mas dichoso de mi vida.

CAPITULO VII.

¿Antes que yo hubiera podido ser introducido en el cuarto del Rey, ya estaba estendida la noticia de la conspiracion por el Conde Julian. Los templos dedicados al eterno humeaban con el incienso ofrecido por las manos de los niños inocentes, amaestrados para esta funcion. Los himnos sagrados resonaban en los aires; un inmenso gentío cubria las calles adornadas con gusto,

y el Rey, la Reina y toda la corte se dirigia á la metropolitana para dar gracias al árbitro de nuestros destinos. Las aclamaciones de la multitud eran estraordinarias, y Rodrigo quiso en aquella ocasion renovar un uso antiguo entre los Godos.

„ Hizo elevar un solio fuera de la puerta de la iglesia, en donde él y la Reina se colocaron. Encima de la última grada del estrado se habia preparado un cuadrado para el Conde Julian, y yo me estremecia pensando que el principal autor de tantas desgracias padecidas en nuestra patria, iba á recibir un honor tan grande, mereciendo mas bien subir á un patíbulo hacía ya muchos años.

„ En el momento en que yo estaba mas ocupado con estas ideas, Sácar vino á darnos órden á Cratilo y á mí de colocarnos á los dos lados del cuadrado. Nuestras miradas recíprocas le dieron á conocer nuestro pensamiento, y nos dijo: *Una indisposicion*

verdadera ó fingida retiene en su palacio al hombre que temeis acompañar.

„Siguióse á esta sorpresa otra no menos grande. La adorable Ervigia, la amable Ormesinda, y la respetable é interesante Benilda vinieron á ocupar tres sillones puestos en la primera grada del estrado. Todas las demas Señoras estaban en pie detrás de la Reina, y todos los hombres en dos filas á los dos lados del Rey.

„Sácar, que habia reemplazado al Conde, hizo en alta voz una sucinta relacion de todo lo sucedido despues de la venida de Rodrigo, sin omitir ninguna circunstancia que pudiese interesar al estado. Este discurso fue escuchado por el pueblo con un silencio religioso, y que daba á la escena un aire augusto; pero cuando oyeron la trama de Eba, los gritos de la multitud anunciaron su indignacion. No parecia sino que los enemigos de la patria estaban á las puertas, y que un movimiento espontáneo arrastra-

ba todas las voluntades al socorro de la nacion y de sus intereses.

,,Cuando los testimonios de benevolencia se calmaron, Sácar nos mostró al pueblo, á Cratilo y á mí, como los sucesores de la Familia real. Entonces todos los ojos se fijaron en nosotros, y todas las bocas nos bendigeron. Rodrigo nos hizo subir hasta él, y nos abrazó; la Reina nos dió la mano, que besamos respetuosamente. Las Princesas nos acordaron el mismo favor, y yo hubiera muerto de placer sin Cratilo, al sentir la mano de Ervigia, y apretarla contra mis labios.

,,La ceremonia se acabó. Rodrigo tomó mi brazo para retirarse, diciéndome á despecho de muchos de los que nos oian. *Este apoyo es sólido: yo no temo que me falte en caso de necesidad.*

,,Tantos honores me tenian aturdido; pero la escena iba á mudarse. El Rey fue avisado de que el Conde Julian, seguido de

una tropa numerosa, habia salido de la ciudad, y que se creia iba á embarcarse: se añadia que llevaba un carro con una caja que parecia contener un muerto, que debia ser el cuerpo de Eba, y que habian visto varios pelotones de Moros reunirse con ellos. El Rey ordenó que se fuera en su seguimiento, y se le trajese vivo ó muerto; pero era mas fácil dar que ejecutar semejante orden: y habiendo sido necesario tomar mil disposiciones, y caminando Julian á marchas forzadas, pudo entrar en Ceuta, ciudad fortificada, y que le pertenecia. Esta noticia contrarió de tal modo á Rodrigo, que cayó en una profunda melancolía, de que nada podia sacarle. Es bien creible, segun los acontecimientos, que este Príncipe abrió los ojos sobre sus desarreglos pasados, conoció los riesgos á que le habian conducido, y sintió los remordimientos.

„Sácar estaba siempre con él; pero Sácar podia muy poco sobre un espíritu no

acostumbrado á reflexionar. Los preparativos que se hacian para resistir á los Moros, no eran suficientes para las guerras intestinas, que iban á empezar indudablemente. La mayor parte de las plazas fuertes estaban bajo el mando de hechuras de Julian, y todo estaba en la mas mala disposicion.

„El infatigable Sácar pudo poner un poco de orden en las cosas, sobre todo en los lugares mas espuestos. Un cuerpo respetable de observacion fue apostado cerca de Ceuta, y Cratilo partió para su gobierno.

„Despues de la huida del Conde Julian, Sácar habia conseguido del Rey que se presentase en público, y diese audiencia en ciertos dias de la semana. Entonces se conocieron las llagas que el ministerio tiránico de Julian habia hecho en la nacion, y que él atribuia al Soberano.

„La educacion de Rodrigo en la Man-

ritanea no le habia enseñado los deberes de un Monarca, sino solo dándole á conocer los de defender su absoluta autoridad, y las pretensiones de los hijos de Witiza. El brillo esterior de que le habian rodeado, le hacia creer que todo era felicidad; y se inquietaba muy poco de los medios que se empleaban en proveer á sus necesidades ó á sus placeres. Cuando la desgracia rasgó el velo, y que la verdad se le presentó desnuda, no supo ya como remediar el mal que no habia previsto hasta entonces.

„ Una circunstancia que se ignora, y que debe absolverle de muchas culpas, fue que se despojó voluntariamente de todas sus alhajas preciosas por aligerar la miseria de sus vasallos. Yo le he visto muchas veces, no teniendo con que satisfacer las reclamaciones que le hacian, espedir espresos á las provincias, con orden de traer de sus palacios, ó de vender los objetos de valor, y cumplir con sus obligaciones.

„ Esta conducta le aproximó naturalmente á Egilona, á quien siempre habia respetado, aunque sin amarla; pero entonces tenia por élla una sincera admiracion. Si hubiera vivido.... Pero ¿por qué alejarse del principal asunto? Esperemos que sus buenas resoluciones, y su deplorable suerte le hayan merecido un descanso de que no se goza en la tierra.

„ Un dia que Rodrigo se retiraba de dar audiencia, un anciano vigoroso penetra la multitud, y viene á precipitarse en mis brazos, diciéndome: ¡hijo *mio*! ¡Querido Seordato!

„ Este nombre pronunciado fuertemente me sorprendió, y quise desenredarme de aquellas ruidosas caricias, saber á quien las debia, y desecharlas viniendo de un hombre cuyos vestidos, sino anunciaban la indigencia, mostraban una condicion bien oscura. ¿Qué pompa te rodea? me dijo. ¿Pero es asi como recibes á Silex? ¿Añades á tu

largo silencio la ingratitud de desconocer á tu padre?

„ ¡ Mi padre ! Este nombre resonó en mi corazon, abatió mis fuerzas, y me quitó el ánimo para eludir ni para corresponder á las caricias de Silex, que no las interrumpia sino para repetir con orgullo: es mi hijo, es mi hijo.

„ Esta escena habia fijado en mí la atencion general; la del público no me hubiera importado; pero el aire maligno de los cortesanos me tenia en un suplicio. Con el corazon oprimido y la cabeza trastornada deseché á Silex, abriéndome camino por entre los infinitos hombres que nos rodeaban, y corrí á encerrarme en mi cuarto. Ciertamente este fue el partido peor que pude tomar. El haber respondido á las caricias de Silex, traerle á mi casa, interesarle en el silencio con la relacion de mis aventuras, y con las esperanzas que me daba el favor del Rey, hubiera sido lo mas

acertado; pero no, era necesario que fuera castigado de mi loco orgullo que habia combatido tan sin fruto.

„Cuando la reflexion calmó mis primeros movimientos, me ví y me conocí cual era; ingrato, desnaturalizado, espuesto á ser la fábula de los que aquel mismo dia habian seguido mis pasos: era menester renunciar al placer de ver á la que yo adoraba, y muy dichoso de que ese sentimiento no fuese conocido mas que de Cratilo y de Teodelinda. Mi Soberano que me honraba con su bondad, me privaria, segun yo creia, de su presencia, y de este modo no podria cumplir el juramento de dedicarme á velar sobre su persona: ¡cuánto hubiera dado en aquel instante por no haber salido de la sierra! ¡Arrepentimiento tardio! Mi vergüenza era cierta, era pública; y cuando, sobrepujando este orgullo insensato, quise reparar mi falta, ¿quién si no mi padre hubiera sido bastante indulgente para escusar

el movimiento tan prolongado de mi ingratitud?

„Huyamos, me decia yo á mí mismo, huyamos lejos y espiemos el crímen de haber desechado á un padre que no tiene otra culpa sino la de haberme dado la vida.

„Yo recogia apresuradamente algunos efectos que queria llevarme, y habia mandado ensillar mi mejor caballo, cuando ví entrar en mi cuarto al buen Sáçar. Mi turbacion no me habia permitido prever que, informado de mi aventura, su amistad le conduciria á verme.

„Querido Seordato, me dijo, no me ha sido posible imponer silencio á ese anciano; yo le hice seguir á su alojamiento, buscando los medios de que tuviese otro lenguaje, pero se ha hecho conducir á Palacio. Su audiencia ha sido larga y secreta; en seguida el Rey me ha encargado de conduciros al cuarto de la Reina, adonde debe de ir.

,, Yo no voy al cuarto de la Reina, dije, si no me llevan muerto. Señor, tened piedad del qué honrasteis algun dia con el nombre de hijo. Un oficioso engaño, ¿ puede librar de la vergüenza, no de presentar á Seordato como el hijo de Silex, un agricultor, sino como un ingrato, como un ser despreciable manchado con el borron de haber negado á su padre? Al decir esto me arrojé á los pies de Sácar. Lo que exigis de mí, me es imposible, me respondió levantándome. Un juramento me ata. Es menester que me acompañeis. Seordato, jamas se debe desconfiar de la fortuna.

,, La desesperacion mas violenta se apoderó de mí; pero reflexionando que sería el último momento de humillacion que los hombres podrian hacerme sufrir, me resolví á soportarla como una justa y debida espiacion de mi conducta dura é insensata.

CAPITULO VIII.

Cuando llegamos á Palacio y entramos en el cuarto de la Reina, una opresion de corazon me dejó inmóvil á la puerta, al ver á Egilona, Benilda, Ormesinda y Ervigia, y no sé lo que hubiera sido, si Rodrigo, viniendo á mí y tomándome por la mano, no me hubiera dicho cariñosamente: *Príncipe Pelayo, abrazad á vuestra madre.* Esta orden y las lágrimas que bañaban las megillas de aquella respetable muger, me suscitaron mil ideas diferentes. Permanecí inmóvil, incapaz de proferir una palabra, ni de levantar los ojos, y solo pude doblar la rodilla delante de la que llamaban madre, y esperar, con la cabeza inclinada sobre el pecho, una esplicacion mas clara.

„ Silex me sacó de este enagenamiento. Señor, me dijo enternecido hasta verter lágrimas, ¿me perdonareis la manera grosera

y poco conveniente con la cual me acerqué á vos? al veros rodeado de tanto esplendor poco diferente del que se os debe por vuestro nacimiento, no he podido contener mi alegría; el nombre de *hijo* se me ha escapado, amandoos con el afecto apasionado de padre; lleno de vanidad de haberos poseido el primero en el mundo, he olvidado lo que habia resuelto ejecutar. Sí, señor, vuestro nacimiento iguala á vuestras hazañas; esta ilustre Princesa es vuestra madre.... y yo vuestra hermana, dijo Ormesinda, precipitándose en mis brazos.

,,Silex contó la historia de mi nacimiento. Mi virtuosa madre me dió parte de lo que contenian las cartas enviadas por nuestro protector á la sierra pocos momentos antes de ir á recibir el premio de su buena accion. No teniendo nada que desear sobre estas noticias Rodrigo, me reconoció públicamente como su mas próximo pariente, y toda la Corte me felicitó. Todos quisieron

saber mi historia, que fue necesario recitar; dichosamente Sácar tomó á su cargo la mitad de ella, haciendo tales elogios de mí, que me avergonzaria de repetirlos.

,, Rodrigo me dijo que no podia menos de pedirme perdon de haberme hecho pasar por tantas circunstancias diferentes; pero que deseando saber positivamente mi orígen, mas por tener la libertad de acercarme á sí, que por mera curiosidad, se habia sobrepuesto á todo escrúpulo. Ahora, continuó, que se ha levantado el velo que cubria la realidad, será justo que os pague tanto como os debo, de un modo conveniente á vuestra clase. Ervigia será vuestra esposa. La estimacion que os profesa me asegura de su consentimiento. Sentados los dos en mi trono (que será muy posible no os aguarde por largo tiempo) atraereis sobre España unos dias mas dichosos, y la ligereza de mi conducta se borrará con el sucesor que dejo; y que he nombrado ya,

á pesar de no ser viejo todavía.

„Rodrigo hubiera podido hablar mas tiempo sin que yo le interrumpiera, no teniendo voluntad ni fuerzas para ello: Benilda se compadeció de mí, y me llevó á los pies de Ervigia, que ocultaba su turbacion en los brazos de Ormesinda, y la buena Reina Egilona, nos estrechó en los suyos.

„Rodrigo se iba á retirar para dejarnos en libertad de desahogar nuestro gozo en espresiones, cuando Sigerico pidió el permiso de hablar. Decid lo que quereis, respondió el Rey; parece que el dia está de revelaciones.

„Señor, continuó Sigerico, puesto que ya sabeis por Sácar la generosidad del Príncipe Pelayo en mi favor, razon será que la pague del modo mejor que pueda; su corazon en cualquier estado que se halle, no dejará de ser sensible á la amistad; la de Cratilo, las buenas cualidades de éste, y el amor que tiene á mi hermana, me mueven

á pediros el permiso de unir estas dos personas, cuyos sentimientos tienen tanta analogía.

,, Y bien, respondió Rodrigo, si Pelayo.... Señor, le interrumpí yo echándome á sus pies; mi dicha no sería completa, si la de mi querido Cratilo no la acompañára.

,, Que el sol de este mismo dia alumbre los dos himeneos, repuso el Rey; yo quiero que estas cuatro personas se unan al instante con los lazos prescritos por nuestra religion.

,, Rodrigo dió sus órdenes; el oratorio de la Reina fue el templo donde obtuve la fe de la adorable Ervigia, que recibió mis juramentos. Luego que la augusta ceremonia se terminó, Sácar y Sigerico me condujeron á mi habitacion, en donde pasé la noche en una especie de delirio. Al amanecer me quedé dormido, y los sueños mas lisonjeros y engañadores se ofrecieron á mi imaginacion. Al levantarme hallé junto á

mí á Silex y Cratilo, que me hacian los honores debidos á mi calidad; mi amistad y mi gratitud se opusieron: los abracé con la mayor efusion de ternura, y ordené á Cratilo que me llamára hermano.

,, Supe entonces que Sácar habia enviado un espreso para informarse de mi familia. Silex me dijo, que despues de ciertas diligencias, habia querido ir á palacio para hablar al Rey, y le habia costado un trabajo infinito poder llegar á la sala de la audiencia, en donde me habia encontrado; que de resultas de su peticion y de la escena de que Rodrigo habia sido testigo, le introdujo en su despacho privado, en donde habiéndole entregado la correspondencia, se habia descubierto toda mi historia, y que el Rey hubiera querido sorprenderme agradablemente, enviándome á llamar; pero su idea no hubiera tenido efecto, si Sácar se hubiese retardado un cuarto de hora en venir á buscarme.

„En tanto que en Toledo todo era júbilo, se recibió la noticia de que el Conde Julian se armaba poderosamente; el cuerpo de observacion que mandaba Cratilo, se confió á un antiguo general, y él fue á encerrarse en Carmona, ciudad importante, y á la que intentaban los enemigos dirigirse. En este tiempo yo estaba en Vizcaya, en donde me hacia reconocer por hijo de Leodefrido y de Benilda, cuando fui llamado desde la Corte por la triste noticia de la enfermedad de mi madre. Esta respetable señora murió en mis brazos bendiciendo á Ormesinda, á Ervigia y á mí, y manifestando su pena de que Rodrigo hubiese retardado la ratificacion de mi casamiento, bajo pretestos bien frívolos para una persona que en el último momento de la existencia ve las cosas de un modo muy diferente; y sus instantes prostreros fueron, como habian sido toda su vida, llenos de dolor y zozobras. El sepulcro fue para ella un

asilo, y el único lugar de reposo.

„Calló Pelayo por algunos minutos, y sus ojos se humedecieron al recordar las virtudes y las desgracias de su madre, digna de mejor suerte. Ormesinda exhaló su dolor con los sollozos mas amargos: todos los que se hallaban presentes tomaron parte en sus sentimientos, y guardaron un profundo silencio. Al cabo de un rato Pelayo continuó de esta manera.

„La pérdida de mi madre fue el preludio de las desgracias sucesivas que debian llover sobre mí. Mientras que daba á la naturaleza el tributo debido, vertiendo mis lágrimas diariamente sobre la tumba de una madre conocida demasiado tarde, el Conde Julian proporcionaba á los Moros un desembarco, y les hacía fácil la posesion de varias plazas fuertes, en donde habia hechuras suyas. Munda y Algeciras recibieron á los enemigos, en donde enarbolaron el estandaute de la media luna; desde alli inun-

daron la Bética, y se juntaron con los numerosos escuadrones que habia dejado Julian, no para defender la patria, sino para destruirla.

„Rodrigo que habia contado con este ejército, quedó aterrado con la noticia de su defeccion, y conoció al fin el mal en toda su plenitud, asi como la incertidumbre y la debilidad de los medios que le quedaron para defenderse. Rodrigo no vió sino el borde del abismo en que iba á caer. Sácar, Sigerico, Cratilo y yo fuimos los únicos que permanecimos á su lado; toda la multitud brillante que le rodeaba, y que sembraba á sus pies los placeres engañosos que cavaron su sepultura, habian desaparecido.

„A fuerza de desvelos, y por los sacrificios que arruinaron á los pocos amigos que le quedaron, se pudieron reunir algunos miles de hombres que se pusieron al mando de un pariente de Ervigia, llamado Ataulfo. Las órdenes que se le dieron fue-

ron las de colocarse en una posicion ventajosa, sin entrar jamas en ningun combate general, por mas que el enemigo se le presentára. Ataulfo lleno de ardor guerrero, pero sin esperiencia, creyó que era una injuria á su valor tenerle en la inaccion; el Conde Julian lo supo, le provocó, le insultó, y al fin le hizo salir de un punto inespugnable, y fue batido, vencido y muerto en lo mas rudo de la pelea adonde le habia conducido un valor mal entendido.

„En este tiempo nosotros recogíamos del otro lado de España todos aquellos á quienes animaban el amor al Rey y á la patria; pero era menester armarlos y mantenerlos, cosa que el desastre imprudente de Ataulfo nos hacia muy dificil. Los habitantes de las aldeas huian y llevaban consigo todo lo que deseaban salvar del enemigo, que habia ya penetrado en Estremadura, y sembraba el terror por donde iba, degollando desapiadadamente todo cuanto se

le presentaba, sin distincion de edad ni de sexo.

,, En esta estremidad, Rodrigo lleno de arrepentimiento, colmado de ultrages, y estragado con los inmoderados placeres, recobró aún la energía, concibió planes acertados, y tomó todas las medidas que hubieran librado á España del yugo de sus enemigos, si entre los que le rodearon de nuevo no hubiese habido algunos que tramaron su pérdida y la nuestra.

,, Voy á contaros un caso singular, y que prueba el estado en que se hallaba aquel desgraciado Monarca, cuya imaginacion agitada le presentaba los acontecimientos mas estraordinarios, y fuera de lo natural.

CAPITULO IX.

,, Cerca de Toledo se hallaban los vestigios de una torre, cuya arquitectura magnífica, era el asombro y admiracion de cuantos la examinaban con atencion, y el

terror del pueblo, que siempre inclinado á creer lo maravilloso, se figuraba que su recinto estaba habitado por espíritus maléficos que guardaban unos tesoros inmensos. No repetiré los infinitos absurdos que se decian de aquel edificio atribuido á Julio Cesar; pero yo afirmo que ni Romano, Godo, ni Español, nadie osaba acercarse. Se decia que desde algun tiempo los ruidos subterráneos que se oian en ciertas épocas, se renovaban todas las noches; que se percibian voces, que unas veces parecian quejarse, y otras amenazar, y se añadia haberse oido pronunciar claramente el nombre de Rodrigo.

„El Rey despreciaba aquellos que él creia miedos populares, y aún tenia formado el proyecto de haber mandado acabar de demolerla; pero ocupado en sus placeres lo habia olvidado, aunque yo no sé si hubiera encontrado obreros que se prestasen á ello.

„La escasez de medios en que el Rey se hallaba, trajo á su memoria lo que tantas veces despreció, y quiso ver si efectivamente aquella torre contendria algo que pudiese serle útil; para este efecto se informó de un esclavo viejo, liberto de su padre, y aquel hombre, que paticipaba sin duda de los errores del vulgo, ó tal vez que entraba en las miras de otros, le dijo tales particularidades que escitó su curiosidad. Segun decia aquel viejo, un inmenso tesoro habia sido depositado alli por el grande Alarico despues del pillage de Roma; ningun sucesor suyo se habia atrevido á tocarle por respeto, y cuando su posteridad hubo acabado de reinar en España, los Príncipes que habian gobernado y quisieron apoderarse de él, habian sido detenidos por unos torrentes de llamas, en medio de las cuales se vislumbraba una lámina de bronce, con unos caracteres que decian:

„*La entrada á este lugar está reservada al Príncipe que desde la altura de la grandeza haya caido en lo profundo del infortunio.*

„Ciertamente este aviso es demasiado directo para que yo no me aproveche de él, dijo el Rey: visitaré la torre. A pesar de su relacion, retardó el cumplimiento de su tentativa, y solo en la turbacion de su juicio fue cuando se determinó. Tres sueños consecutivos, que él calificaba de predicciones, le dieron todo el arrojo que necesitaba, y una noche salió de su palacio acompañado del liberto y de algunas guardias que llevaban lo necesario para levantar las piedras, forzar las puertas, abrir las trampas y demas que se ofreciese; el crédulo Rodrigo se dirigió á la torre por un camino subterráneo y conocido solo del liberto.

„La puerta esterior estaba caida: á cada lado habia una columna, y ambas sostenian el frontispicio ennegrecido con el trans-

curso del tiempo, y medio arruinado. La puerta parecia de bronce, adornada de bajos relieves cubiertos de lodo y suciedad que impedian el distinguirlos.

„Rodrigo estuvo algnnos minutos considerándola atentamente, y escuchando los ruidos que decian oirse, y que él no percibia, vacilante entre el deseo de dar fin á aquella aventura, y el temor de no ser él á quien estaba reservada. Cansado de no oir nada, mandó encender las teas y echar abajo la pnerta que resistió muy poco, dando entrada á una bóveda de una longitud desmesurada, en la que nada hallaban, sino la ruina de las tapias; admirábanse de no encontrar ningun obstáculo, cuando el que marchaba delante se sintió detenido sin conocer por quien, ni serle posible continuar andando. A la luz de una hacha descubrieron un anillo derecho que le sujetaba el pie, y del que se desenganchó bien pronto. Todo el mundo

se puso entonces á levantar la trampa á que el anillo estaba agarrado, y á muy pocos esfuerzos presentó una escalera estrecha y recta. Al primer paso que dieron hácia abajo les detuvo un ruido que salió de aquel abismo, y que llenó de espanto á los que acompañaban al Rey; todos ellos querían volver atras; pero no era fácil, habiendo tenido tan poca precaucion que la trampa se les cerró, y los dejó en el subterráneo. En aquel caso era menester continuar valerosamente la marcha, bastante incómoda, por no haber podido conservar mas que una tea encendida por la escesiva humedad que exhalaba el sitio. Llevado Rodrigo por lo que oyó, lo que temia, y lo qne esperaba, animó á sus gentes para qne se apresurasen á llegar al término de sus deseos, adonde llegó al fin.

„ A la estremidad de la escalera habia una bóveda ancha y clara, que conducia á una sala alumbrada con una cantidad de

lámparas colgadas en las paredes; no habia nadie, ni puerta alguna, y sin embargo los que acompañaban á Rodrigo temblaban de miedo por el mismo silencio que reinaba, como les habia sucedido con el ruido anterior. De repente se oyó una vóz formidable que repitió tres veces estas palabras:

„*Que el que viene aqui para coger nuestros tesoros se quede solo; los que le acompañan le esperarán fuera de la torre. No perecerá, porque su término no ha espirado aún.*

„Apenas calló la voz, la comitiva de Rodrigo se retiró precipitadamente, encontrando abierta la trampa, y salieron á respirar un aire mas puro. El viejo liberto no quiso abandonar á sn amo, y con la ayuda de una hacha encendida en una de las lámparas se descubrió una puerta entreabierta, por donde juzgaron que habia salido la voz; persuadido que aquella sería la habitacion del espíritu que dominaba en aquel sitio,

la empujó suavemente, y entró en un cuarto artesonado, en medio del cual habia un pedestal con una estatua colosal que parecía ser de bronce.

„Al aspecto de Rodrigo la estatua se levantó un poco, y dió tres golpes en las tapias con una maza enorme, y que ninguna fuerza humana hubiera podido sostener. El estruendo que hizo en aquellas bóvedas fue espantoso, y Rodrigo esperando ver mil espectros ó gigantes con quienes tendria que luchar, recogió todo su esfuerzo para estar pronto á cuanto sobreviniese; pero viendo que nada se presentaba, se dirigió á la estatua y le intimó que le indicase el objeto de sus diligencias. — ¿Qué derecho tienes para hacerme esa peticion? le respondió el coloso. — Mi presencia en este sitio, le respondió el Rey: ¿hubiera yo penetrado hasta aqui sin una proteccion que te impone el deber de acceder á mi deseo? Yo soy Rodrigo. — Yo te conozco; mira y lee, le res-

pondió. En este instante una mano invisible escribió con la velocidad del pensamiento. *Los tesoros confiados á mi custodia no serán jamas presa de un Príncipe, que desconociendo las leyes divinas y humanas ha merecido la suerte que le espera. Rodrigo, tu presencia turba inútilmente mi reposo. Vete.*

„El ruido que volvió á hacer la estatua con su maza, y lo que habia leido Rodrigo, le puso en tal estado que no pudo decir el cómo salió de la torre, y sin el socorro del liberto lo hubiera pasado muy mal. Al volver en sí se halló con su gente.

Esta se hallaba durmiendo, y cada uno de ellos quedó atónito al dispertar, viendo el dia claro, y las herramientas y las armas de sus compañeros atadas en haces á una encina. Todos tomaron en silencio el camino de palacio: Rodrigo distribuyó una cantidad de dinero entre los que le habian seguido, recomendándoles el mayor sigilo. En

cuanto á él, yo le encontré al dia siguiente tan abatido, que le creí atacado de una enfermedad mortal. Vivamente interesado por su salud, le supliqué me dijese el motivo de su negra melancolía, y él me confió cuanto le habia sucedido la noche anterior.

„La ilusion habia sido fuerte, dijo el Príncipe de Cantabria: no, no sé como crea.... Yo dejo á los que me oyen, dijo Pelayo atajando á Alfonso, la libertad entera de reflexionar ó comentar este suceso; lo que puedo afirmar es que mi visita á una hora tan intempestiva tenia por motivo el anunciarle la ruina súbita de la torre; segun la hora en que Rodrigo y sus gentes salieron de élla, el ruido que hizo al undirse, parece que fue seguido inmediatamente. Como quiera que sea, los habitantes de Toledo acudieron á bandadas á ver el sitio que ocupaba. Los escombros fueron examinados escrupulosamente, y nada se

pudo encontrar que conviniese con lo que el vulgo decia, y en lugar de los tesoros que pretendian encontrar, solo hallaron una lámina de cobre con una inscripcion en lengua romana, que decia asi: *La monarquía de los Godos se estableció por la matanza y destruccion de un gran pueblo. Justo será que acabe por los mismos medios. Los Moros vencerán.*

Esta prediccion se ha cumplido.

CAPITULO X.

„Yo estaba con el Rey cuando le presentaron la lámina. Primo, me dijo, pudiera aún esperar el restablecer mis negocios, pero nada me queda ya que hacer; el cielo se ha declarado. ¿Y qué puede un mortal contra él?

„Señor, le dije: no es menester hacer tal vez una injusticia al cielo, suponiéndole descubridor de sus secretos. ¿Qnién sabe si algun enemigo no ha querido atraeros á

esa fatal torre?... ¿Dónde está el liberto que os ha conducido? No le he vuelto á ver, me respondió. Pues bien, señor, ese hombre es un traidor, vendido á los enemigos, y todo lo que habeis oido y visto es efecto de una ilusion ó de un sueño que han tenido la sagacidad de presentaros. — Yo no puedo creer eso: el espíritu es débil cuando la conciencia está turbada, dijo Rodrigo.

„Nuestras conversaciones por espacio de algun tiempo versaron sobre este acontecimiento, y negándose á todo consuelo, solo fijó su idea en castigar la traicion del Conde Julian, ó espirar á sus manos para espiar recíprocamente sus culpas y ultrages.

„Rodrigo salió de Toledo, recorrió las provincias que no habian caido aún en poder de los Moros, fue á Palacios, en donde le esperaba el ejército que condujo él mismo entre Arcos y Jerez.

„Es imposible pintaros la tristeza de nuestra despedida de las Princesas, como

ni la alegría de los soldados cuando supieron que Rodrigo iba á mandarlos. Los enemigos estaban bien instruidos del ardor de las tropas españolas, y se hubieran retirado, sin la perfidia de Don Oppas, pariente del Rey y mio, que bajo la apariencia y el celo mas sincero, abusó de la confianza de su Soberano, sacrificó á sus intereses particulares lo que el cielo y la tierra tienen de mas venerable.... Este cobarde desertor de los altares, cuyas manos acababan de bendecir las armas que debian vengar la libertad y la patria, y que semejante á Aaron deberia haberse contentado con levantar los brazos al cielo para implorar al Dios de las batallas, de quien era ministro, armado con una espada destructora incitaba al esterminio, ensangrentando sus discursos hipócritas con la seduccion del incauto é inocente vulgo, haciéndole abandonar la causa de la patria, y dejando solo al que podia haberlos salvado. En esta disposicion se dió una ba-

talla que duró siete dias, y que mas bien pudo llamarse un asesinato general. En medio de esta carnicería, de la que escapamos no sé porque casualidad, Rodrigo me sacó de la pelea y me dijo: es menester ceder á la suerte y morir sin vengarse. No os obstineis en luchar contra la voluntad del que lo dispone todo. En nombre de vuestra Ervigia, y por su seguridad, partid á Córdoba, adonde estan las Princesas, y salvadlas de la esclavitud. Conducidlas á las montañas, y que se esten en éllas hasta que el torrente devastador que inunda la patria haya pasado. Decid á Egilona que entre los remordimientos que despedazan mi corazon, el esposo que no ha hecho justicia á sus virtudes, á pesar de haberlas conocido, la pide perdon, y la suplica conserve una vida tan preciosa, y que será menos desdichada cuando yo haya perdido la mia en espiacion de lo que la he ofendido. Este desgraciado Rey se quitó el guante y me

entregó el anillo real, y habiendo metido las espuelas á su caballo, desapareció con la prontitud de un relámpago. Yo estaba desmontado, herido, é incapaz de seguirle; en este momento Aload, Cratilo y Sigérico se juntaron conmigo. Una vislumbre de esperanza lucia en mi corazon. Mis fieles Vizcainos se mantenian firmes; mi deseo era el de esterminar á los que nos habian abandonado tan vilmente; pero este proyecto tan justo no se verificó sino en parte; todo lo que pude hacer fue reunir los restos del ejército. Unos gritos de alegría que llegaron hasta mí me hicieron pensar que habia ocurrido algun acontecimiento estraordinario, y envié á mi escudero para informarme y cumplir las intenciones de Rodrigo, si no habia cosa urgente que me detuviese allí.

„Nada pude saber en el momento, y aun ignoré la suerte del Rey hasta mi estancia, ó mas bien mi cautividad en Gijon,

en donde el traidor Munuza me informó de este modo.

„ Dotado por la naturaleza Rodrigo de una vista perspicaz y de un estraordinario alcance, y habiendo distinguido los escuadrones reunidos, mandados por el Conde Julian, quiso sin duda perecer vengándose, y se dirigió á aquella tropa inactiva por aquel momento. No habiendo querido despojarse de los vanos ornamentos de una dignidad que se le huia, fue conocido fácilmente, y pereció sin haber podido ejecutar su proyecto de venganza: su cuerpo que no pudo encontrarse despues, fue despojado de las insignias de su soberanía, las que se pusieron á los pies de Tarif, y esta accion que calificaban como una segunda victoria, fue la causa de las voces que yo habia oido.

„ Esta noticia me causó el mas vivo dolor; quería enviar á reclamar el cuerpo, pero se me respondió que llevado por las

aguas del Guadalete se le habia perdido de vista.

„ No será necesario hablaros de la batalla memorable de Jerez, de la que todos debeis estar informados. Yo pude á fuerza de mil trabajos llegar á Asturias, en donde estuve cerca de perecer muchas veces por las redes que me tendian mis enemigos continuamente, lo que me obligó á retardar mi ida á Córdoba: y al fin, despues de haber pensado en la seguridad de las pocas tropas que me quedaban, me puse en marcha vestido como un simple soldado, seguido de algunos fieles Vizcainos que pasaban por mis compañeros.

„ Aún estábamos lejos de Córdoba, cuando la fatiga y el calor nos obligó á detenernos á la orilla del camino, á la sombra de algunos árboles; un instante despues vimos venir una tropa de guerreros, en medio de los cuales iba una muger montada en una mula; el velo grande y espeso que

la cubria me impidió qne la conociera; pero nn movimiento involuntario me hizo levantarme y dirigirme á élla; apenas estuve á su lado, cuando se arrojó en mis brazos, habiéndome reconocido por estar sin casco. ¡Cuál fue mi gozo encontrando á mi querida Ormesinda!

„¿Estás sola? la dije mirándola atentamente; ¿dónde estan Ervigia y la Reina? En Córdoba, que no está sitiada todavía, me respondió. Nuestros enemigos se ocnpan en hacer la reparticion de sus conquistas, y se dice que Córdoba no será su objeto, hasta despues de haber hecho descansar al ejército. La Reina lo cree asi, igualmente que Ervigia. Por mí me he aprovechado del ofrecimiento del generoso Munuza, y vengo á reunirme á mi hermano, con el que quiero vivir y morir.

„Querida hermana, la respondí: tu vista es el mayor placer para mí; pero no has pensado en los peligros é incomodidades de

nuestra posicion. — Sí, me dijo, yo me siento con ánimo de soportarlo todo; mi orgullo no me lleva á ser una amazona, tomando las armas; pero mi ocupacion será mas análoga á mi sexo, consolándote en las desgracias, y cuidando de tu salud. Hermano mio, debo presentarte al protector que tus virtudes me han adquirido. Ve aquí á Munuza.

„Habia oido hablar de aquel Moro con el mayor elogio. Lejos de entregarse á la ferocidad de los otros gefes, habia infinitos cristianos que le debian la libertad y la vida. Lo que hacía por Ormesinda me hizo olvidar que era enemigo, y su presencia confirmó la idea que yo me habia formado.

„El reunir dos personas tan cercanas por la sangre, me dijo Munuza, es un placer para mí. El gobierno de Gijon me está confiado, y gozo de una autoridad ilimitada; esta ciudad será el asilo de los dos hasta un tiempo mas feliz. Si esta proposicion

os conviene, tomaremos las medidas necesarias, y haremos trasladar á la Princesa Ervigia y á la Reina. Puede ser que esta plaza.... Señor, me avergonzaria de parecer á vuestra vista lo que no soy. Reconoced á Ardarico.

„¡Ardarico! esclamé, ¿es posible que Ardarico renunciando á su religion, y haciendo traicion á su patria se esponga á avergonzarse delante de Pelayo?

„Las apariencias engañan muchas veces, me respondió. Cuando por una superchería se puede evitar una desgracia general, y servir á sus conciudadanos, ¿sé es verdaderamente culpado? No es este sitio oportuno para esplicarme. A estar yo de mala fe, no me hubiera descubierto. Confiad en mí, y creed que mis proyectos son los de proteger á un Príncipe digno de salvar á España; yo no haré nada que no haya sido aprobado antes por vos. Ahora venid, y venid sin miedo.

„La sinceridad que aparentaba, y mi mala situacion, me arrastraron á pesar de este secreto presentimiento que me impidió decidirme tan pronto como Munuza hubiera querido. Este pérfido redobló sus promesas y sus circunstancias, y yo me dejé llevar de ellas.

„Nuestras tropas se reunieron en caminándonos á Gijon, en donde entramos secretamente por no alarmar la guarnicion, segun él decia, hasta estar seguro de élla, ó alejarla en caso de necesidad.

„Bajo de algunos pretestos señaló á mi hermana una habitacion retirada, habiéndola puesto para su servicio algunas mugeres todas cautivas. La dulzura con que las habia tratado hacía que hablaran de él con el mayor entusiasmo. Las conversaciones que teníamos con él eran conformes con sus primeros ofrecimientos, proponiendo diversos proyectos para la libertad de Ervigia y de Egilona, que habian caido en una escla-

vitud cuyos resultados podian ser funestos. Nuestras ideas estaban acordes menos en un punto. Manuza pretendia que la destreza sería mas útil que la fuerza. Príncipe, me dijo, yo hago marchar á la vez vuestro interes particular y vuestra ambicion. Esta carta (dijo presentándome una) os conducirá á la estancia de vuestra amada. Doce hombres de mi confianza estarán á la puerta, y tendrán preparado un palanquin de que los Moros se sirven para conducir á sus mugeres de un sitio á otro; aquel asilo es sagrado, y nadie se atreve á llegar: sin embargo como todo se debe prevenir, será necesario que los dos os vistais el dolman y la pelliza, y que cubrais la cabeza con el turbante. (Esto os digusta.) ¿Ignorais la ley de la necesidad? Ademas. ¿Es el vestido el que hace al hombre?

„Cuando esteis de vuelta, continuó, encontrareis en el camino unos alojamientos que si no magníficos, serán cómodos á

lo menos. Entretanto yo dispondré las cosas de modo que siendo dueño de esta ciudad, podais desafiar el esfuerzo de nuestros enemigos. Entonces, señor, volviendo á tomar el nombre de Ardarico, y profesando públicamente la fe que no he adjurado sino en apariencia, os ayudaré en todo cuanto querais emprender.

„Ormesinda estaba presente á esta conversacion, y declaró que queria acompañarme; pero Munuza pintó tan enérgicamente los peligros y los inconvenientes, que yo fui el primero en disuadir á mi hermana, que tuvo que ceder á pesar de sus súplicas y sus llantos, y quedó convencida á quedarse bajo la proteccion de Ardarico hasta mi vuelta, ocupándose en pedir al Omnipotente su divina proteccion.

„Ocho dias despues me separé de esta hermana querida, y salí de Gijon, que yo miraba como el centro del nuevo estado que iba á formar; ¡cuánto me engañaba!

„ Antes de informaros de mi imprudente y desgraciado viage, creo deberlo verificar en lo perteneciente á mi hermana. Cuando Munuza me creyó bastante lejos para no temer una vuelta súbita, cesó de violentarse. Sus respetos mudaron de forma, y tomó la de un hombre que á fuerza de servicios se ha adquirido un reconocimiento sin límites del objeto amado. Munuza declaró su pasion con todo el ímpetu de la nacion de que habia adoptado el vestido, y no habiendo hallado en ella las disposiciones que la amabilidad natural de la Princesa le hacía esperar, creyó que una orden mia de dar su mano á Ardarico, como el único prémio de sus servicios, sería lo que le hiciese obtener lo que deseaba, que era el afecto y la mano de Ormesinda.

„ El corazon de mi hermana estaba libre, pero Munuza no podia ni debia interesarla, y los medios de que se valió fueron justamente los que le dieron á conocer: y

Ormesinda tuvo por conveniente, para salvarse de cualquier atentado que el desprecio pudiera hacerle ejecutar, enredarle en sus mismas redes: asi es que fingiendo enternecerse con sus súplicas, prometió no resistir á mis órdenes recibiéndolas de mi boca, y cuando hubiese abjurado su apostasía.

„El amor hace crédulos, y Munuza, que tenia tantas falsedades á su disposicion, se condujo con Ormesinda como si mi vuelta debiera coronar sus deseos, y estas dos personas se engañaban recíprocamente, fingiendo que se veian y oian con complacencia, y haciendo sus planes de vida, que se formaban, se combatian y se adoptaban sin intencion de verificar ninguno de una parte ni de otra.

„Entre las mugeres que servian á Ormesinda, habia distinguido á una mora jóven, cuya fisonomía triste interesaba. Aquella muchacha miraba á sn ama como queriendo leer en su pensamiento. Cada vez

que Munuza salia del cuarto de su señora le seguia con la vista y suspiraba como si su corazon estuviera oprimido. Ormesinda, cuyo pensamiento estaba ocupado con el proyecto de escaparse de Gijon, resolvió conocer el motivo de la pesadumbre de la esclava para ver si podria serla útil, y supo ganarse la confianza de Amida (este era su nombre) de tal modo, que aquella inocente la descubrió sin rodeos su corazon, echándose á los pies de su ama, declarándola su amor por Munuza, y lo que sufria con la idea de tener una rival preferida.

„Si la inconstancia de mi patron, dijo, hiciera la felicidad de una Princesa, yo sufriria resignadamente y sin quejarme; pero señora.... Amida celosa é indiscreta declaró á Ormesinda los proyectos de Munuza, que ella llegó á indagar á fuerza de espionar de cerca á su indiferente amante. Este habia hecho un tratado con Tarif que debia efectuar mi ruina; yo estaba esperando

en Córdoba, en donde se me tenia preparado un calabozo, y el cadalso debia terminar mis dias. Ormesinda, confundida entre las esclavas, sería entregada á Tarif despues de haber apagado los ardores violentos que le habia inspirado hacía mucho tiempo.

,, Ormesinda tembló al oir tantas perfidias, y temiendo que fuese un nuevo lazo, desechó á la tímida Amida, creyéndola un agente de su amo; aquella pobre criatura se justificó y acabó por proponer á mi hermana una fuga precipitada de Gijon.

,, Yo no os acompañaré, la dijo. Una pasion mas poderosa que la razon me detiene; pero yo protegeré vuestra huida. Tengo un hermano muy jóven, y que mas dichoso que yo, no ha llevado los hierros de la esclavitud; él os prestará sus vestidos, y os acompañará hasta salir de las murallas.... despues, que Ala y su amigo, el divino profeta, os acompañen y os guien á puerto de salvacion.

„La situacion en qne mi hermana se hallaba escluia toda reflexion, y admití la proposicion de Amida. Munuza, á quien algun esceso de los que acostumbraba, ó que Amida le hnbiese dado alguna bebida, cosa muy comun entre ellos, le impidiese salir de su cuarto, no se acordó en muchos dias ni aún de la presa que tenia: lo que facilitó la evasion de Ormesinda, que vestida con las ropas del hermano de la esclava, y puesta bajo su custodia, salió de Gijon, tomando el camino de Córdoba.

CAPITULO XI.

„Mi llegada á Córdoba fue feliz, y la recepcion que me hicieron los satélites de Munuza fue la mas propia para alucinarme en mi confianza; sin embargo la verificacion de sus promesas se retardaba, y mi desesperacion llegaba á su colmo. Viendo que no era posible contener mi impaciencia, acabaron por anunciarme que la

Princesa Ervigia habia desaparecido, y que se ignoraba el parage que habia escogido para su morada. Es imposible esplicar el efecto que hizo en mí esta noticia, y ni aún tuve el consuelo de poder pedir cuenta á Egilona del precioso depósito que yo le dejé confiado.

„A pesar de lo que Amida habia dicho, nadie atentó á mi libertad: solo me hacían pasar el tiempo dándome ó quitándome alternativamente la esperanza de encontrar á mi adorada Ervigia, y convencido de que solo y sin recurso me sería imposible hallarla, me resolví á volver á Gijon. Munuza me recibió tristemente, cosa que yo atribuí al mal suceso de mi viage. Soy mas desgraciado que vos, me dijo: Ormesinda está perdida para mí, y tal vez para vos. El amor que sus virtudes y sus gracias me han inspirado, ha sido un crímen para con élla á pesar del respeto que la he guardado. Yo no soy de sangre real; pero mi familia, mis

hazañas, y mi riqueza me hacen digno de vuestra alianza. Ormesinda no se ha dignado de escuchar estas razones; ha huido, llevando consigo un odio que nos será funesto á todos. Príncipe, yo me postro de rodillas á vuestros pies: dignaos juntar al nombre de amigo el de hermano, unidos con la sangre y los intereses. — ¿Quién podrá resistirnos?

„Mi sorpresa y mi respuesta hicieron mudar de tono á Munuza, qne de las súplicas pasó á las amenazas, y acabó por decirme que me concedia ocho dias para reflexionar y calmar una efervescencia intempestiva que me dejaria en estado de oirle.

„Apenas Munuza acabó de hablar, cuando nna porcion de sus gentes entraron y me arrastraron, no á un calabozo, sino á un sitio decente, y qne no tenia nada de mal sano. Los alimentos que me ofrecieron eran los mismos que servian á mi opresor; pero una puerta gruesa y bien cerrada me

separaba de una guardia numerosa: á lo menos yo lo creia asi, por el ruido que se oia en la galería.

Ya podeis pensar en qué estado debia estar, y este recuerdo me es tan triste, que no quiero detenerme en él. La agitacion que tenia era tan violenta, que me arrojé en la cama sin desnudarme, y apenas empezaba á quedarme traspuesto, cuando una voz, que venia de la cabecera de la cama, me dijo dulcemente: Príncipe, la que ha salvado á vuestra hermana no puede sufrir que perezcais por una traicion. Levantaos y seguidme; no hagais ruido, porque seremos perdidos: al decir esto una mano me tomó la mia, y me hizo levantar casi á mi pesar, haciéndome pasar por una infinidad de piezas que no podia distinguir: me llevó por unos inmensos patios que la aurora empezaba á aclarar, á cuya luz ví que mi libertador era una muger jóven y bella; la gratitud me hubiera hecho arrojarme á sus

pies, á no obligarme élla á precipitar mis pasos, haciéndome señas de que la siguiese, se abrió una puerta pequeña que daba al campo; pero aquel sitio era tan agreste y escabroso, que me sorprendió. Al hacerme salir me dijo mi libertadora. A Dios, Príncipe, si la fortuna hiciese que encontráseis á vuestra hermana, pronunciad el nombre de Amida. Esta jóven generosa se separaba de mí, cuando un movimiento de compasion la hizo añadir: *la Princesa Ervigia está aún con la Reina Egilona; sin embargo guardaos bien de acercaros á Córdoba.*

„Yo no sabia quien era aquella Amida; pero no obstante era preciso seguir sus consejos, si queria conservar mi vida y mi libertad; lo cual no me interesaba por mí de ningun modo. Mi guia me dejó, y yo seguí á la ventura la senda primera que se me presentó, sin haber encontrado en todo el dia huella humana. La naturaleza pedia

alimento y reposo, y no podia proporcionarme lo primero sin continuar la marcha. A fuerza de andar llegué á la vista de una montaña que reconocí, y que no estaba lejos de Cangas. En la cima hay una ermita bastante cómoda, y yo conocia al cenobita que la habitaba, y no dudaba que si las fuerzas me lo permitian y podia subir hasta allá, encontraria los socorros que necesitaba. Obligado á detenerme para reposar de cuando en cuando, pude observar unas concavidades ó grutas que podian ser muy útiles en caso de necesidad. Cuando llegué á cierta altura observé á la izquierda de Cangas una reunion innumerable de gentes de todo sexo. Por el movimiento que hacian era fácil conocer que se ponian en marcha. En efecto algunos, vestidos al modo de los Godos, hacian desfilar las carretas cargadas de viejos y de niños, de paquetes, provisiones &c. Queriéndome juntar con ellos, bajé de la montaña lo mas

pronto que pude, tomaudo un atajo que me llevó cerca de éllos. Mi llegada los asustó; pero viéndome sin armas me hicieron seña de acercarme.

,, Musulman, me dijo uno de entre ellos, si tus intenciones son pacíficas, si la compasion se abriga en tu corazon, tú podrás hacernos un servicio. — ¿En qué? le respondí. — Fijando nuestra incertidumbre. Los estragos que hacen los de tu nacion en las aldeas de estas cercanías nos han determinado á ir al encuentro de esos tiranos subalternos qne no conocen otro Dios que el oro, ni otra ley qne el pillage, y los horrores que le siguen; y como no podemos defendernos, queremos presentarnos á uno de los gefes moros, para que nos dé un rincon de tierra que cultivar, y mautener así á nuestras mugeres, nuestros hijos, y nuestros padres, olvidando que fuimos guerreros y conquistadores. Nos dicen que el Gobernador ó Rey de Córdoba es muy

benigno, y que nos recibirá con humanidad; si así fuese, le llevaríamos nuestros tesoros y compraríamos nuestra libertad. ¿Eres tú vasallo de aquel Rey? ¿Sabes decirnos si es cierto lo que nos han dicho?

,, ¿Así, les dije yo, vosotros descendientes de los Godos, que vivieron bajo Alarico y Ataulfo y otros muchos héroes, quereis presentar voluntariamente vuestras manos á los hierros de la esclavitud, que vuestros mismos tiranos no os ponen aún? ¡Oh vergüenza! ¡Oh infamia!...

,, ¿Es este el lenguage de un Moro? preguntó á sus compañeros el que me habia hablado. — Cualquiera que yo sea, le repliqué, ves en mí un hombre indignado de tu bajeza, y que te haría arrepentirte de ella, si no esperára sacar á ese pueblo de la ignominia en que le quieres sumergir. — Señor, repuso él mismo. ¿Sois hijo, sois esposo, sois padre? No, sin duda, porque no condenarías un partido que no tiene

otra mira que la de conservar unos objetos que nos son tan caros. La familia de nuestros Soberanos se ha extinguido: el Príncipe en quien fundábamos nuestras esperanzas ha muerto en la batalla de Jerez. ¿De dónde nos ha de venir el remedio? de mí, le dije, de mí: Reconoced á Pelayo.

„Las mas vivas aclamaciones se oyeron entonces. Todos se acercan, me rodean, y despojándome de la pelliza y el turbante que hollé á mis pies, arranco la espada de uno de los que estaban á mi lado, y levantándola digo: los que prefieran la libertad á la esclavitud, que me sigan. Esta accion, inspirada sin duda por el Todopoderoso, fue aplaudida; y puso á mis pies aquel pueblo que iba á someterse á los Moros, y me hizo dueño de sus tesoros de todas clases.

„Entonces hice tomar á la caravana otro camino que el que iba á seguir: entré por las rocas adonde se transportaron á

hombros los efectos de todas especies de que estaban llenas las carretas, y las que no quise que deshicieran, desmontándolos solamente, y metiéndolos en las concavidades. Cuando hube proveido á lo mas necesario de mis pobres fugitivos, envié dos de ellos á Cangas á informar á sus paisanos del retiro que yo les habia proporcionado; mas con órden espresa de no enseñársele, pero sí de traerse consigo á todos los que quisieran juntarse con los demas. El suceso sobrepujó á mis esperanzas; y todo el que podia blandir la lanza ó manejar la espada dejó á Cangas amenazada ya de un sitio, y vino á reforzar mi ejército. El ermitaño nos fue utilísimo, y me enseñó muchas grutas que la industria del hombre habia hecho cómodas en aquellos asilos; y diciéndome que muchas veces se los habian disputado á las bestias feroces, cuando venian los Godos á depositar sus castas esposas y sus puras vírgenes, que Witiza habia señalado para sa-

tisfacer sus lúbricos deseos. ¡Los desgraciados! añadió, han abandonado estas soledades para ir á la Corte de Rodrigo. ¡Sin duda su imprudencia los habrá envuelto en la desgracia general!

„Aquel santo varon me preparó una sorpresa agradable: el primer dia que celebró el sacrosanto sacrificio de la misa puso en mi cabeza una corona de encina, símbolo de la humanidad que usaba con los Godos, y de la fuerza que él me suponia para librarlos de la esclavitud. Todavía no fue esto bastante; cuando me retiraba, al llegar á una especie de plataforma que llamábamos la plaza de armas, hallé á todos los soldados formados, que me recibieron con vivas innumerables, me levantaron en brazos, me colocaron sobre una gran rodela, y me pasearon á la manera de sus antepasados en el norte, en la inauguracion de sus Reyes. A medida que íbamos pasando delante de las filas, todos los gefes me jura-

ban sobre la cruz de la espada obediencia y fidelidad.

,, Confieso que este fué uno de los dias de mi vida en que he gozado mas; el orgullo no tenia la menor parte, y un movimiento espontáneo me hizo empeñarme solamente en la defensa de los que me elegian por su Soberano. Hubiera temblado un Príncipe ingrato á la confianza y amor de su pueblo. Pero como mis juramentos salieron de mi corazon, nunca han sido violados, y en todos los reveses de la fortuna mi alma no ha conocido el miedo.

,, Ignoro el cómo se divulgó tan rápidamente en España la noticia de mi elevacion; lo cierto es que mi pueblo y mi ejército se aumentaron de tal modo, que nuestro retiro no pudo contener tanta gente, y que el ermitaño me fue de la mayor utilidad en aquel caso. Señor, me dijo, la Providencia no ha agotado sus auxilios; al otro lado de Cangas, hay otra montaña mas alta y mas

escarpada que esta, y que da nombre á la cordillera de las que le dan á la provincia de Asturias. La montaña que se conoce con el nombre de Ausavia comunica con las otras por caminos subterráneos de una longitud estraordinaria. Los montes son inaccesibles, y sería menester para subir á éllos desde el llano un poder mas que humano.

„Si quereis visitar estos lugares y conducir á ellos á vuestro pueblo, podéis convenceros de que no solamente podrá respirar con seguridad, sino tambien procurarse el alimento necesario por medio de la labor.

„Todo mi pueblo se transportó á la montaña Ausavia. Mas de cuarenta mil almas se acogieron en élla; todo el mundo se ocupó sin descansar, en el cuidado de fertilizar los parages en que la piedra estaba cubierta de algunas pulgadas de tierra, y aquel suelo vírgen dió pocos meses despues una cosecha tan abundante, que pudimos

conservar una buena parte para las necesidades imprevistas.

,,Mi situacion se mejoró estraordinariamente, lo que me daba lugar de hacer mil reflexiones sobre la suerte de los Soberanos, que cuando tienen buena voluntad, pueden hacer un bien infinito á su pueblo, cuya felicidad debe consolidar la suya propia; asi como los funestos resultados de sus pasiones que atraen sobre sí y sobre sus desdichados é inocentes vasallos la cólera del cielo irritado, y de los hombres ofendidos: Rodrigo me presentaba de esto un triste y terrible ejemplo. La violencia hecha á la hija del Conde Julian, llamada la Caba, amada de Rodrigo hacia mucho tiempo, inspiró en el corazon de aquel cortesano el deseo de una venganza ejemplar; y teniendo en su mano los medios que el amor y la debilidad de Rodrigo le habian suministrado, no dudó en sacrificar su nacion á su honor ultrajado. Resultas fatales del abuso

de una autoridad que solo debia haber servido para reprimir las injusticias, y hacer respetar la independencia y la libertad de la Patria."

CAPITULO XII.

Mientras que Pelayo satisfacia asi la curiosidad de sus amigos, el invierno habia pasado, y la primavera aseguraba la ejecucion de los planes formados, entrando en la provincia de Leon intimando la rendicion de su capital al general Moro que la defendia, hombre feroz, que por quitar todos los medios de aproximarse á los Cristianos, se habia él mismo puesto en la imposibilidad de recibir ninguna noticia de sus movimientos, y que ignoraba que haria Pelayo, á quien él creia tranquilo en las montañas. La segnridad de que estaba poseido era tal, que el primero que quiso advertirle del peligro recibió por pago un sablazo que le derribó la cabeza de los hombros.

Sin embargo, cuando el ejército de

Asturias se acampó en frente de la ciudad, fue imposible no creer su existencia, y entonces todo se puso en movimiento; los habitantes de todas clases se ocuparon en fortificarla, consistiendo su principal defensa en dos torres situadas á las dos estremidades.

„El sitio fue largo, y los sucesos variados: Pelayo siempre avaro de la sangre de sus vasallos, no queria aventurar nada, hasta que la imposibilidad de existir en un pais devastado fuese superior á toda otra consideracion, y entonces ordenó un asalto.

„No queriendo fiarse del ardor de los generales, fue él mismo en persona á reconocer los puestos y á colocar la gente, cuando de repente ven salir de una de las torres una lluvia de flechas dirigidas á él, de las que no cayó cerca sino una que él miró maquinalmente. Cratilo, que no se separaba del Rey un instante, tomó la flecha, cuyas plumas estaban enredadas con

alguna cosa que la impedia un vuelo desembarazado, y desenvolviendo aquella especie de manojo, encontró una carta muy delgada, en cuya cubierta se podia leer: *A Pelayo*. Cratilo se acercó al Rey y se la entregó, pero al momento de abrirla, le vinieron á avisar que la guarnicion de Leon hacia una salida, y que los Navarros sostenian penosamente el ataque.

„En un momento tan crítico toda curiosidad debia ceder, y metiendo la carta en el pecho, se dirigió adonde le llamaba su deber: despues de haber perseguido y alcanzado á los enemigos, les deshizo y pasó á cuchillo á todos los que no quisieron rendirse.

„Cratilo formó el proyecto temerario de sorprender la ciudad, mezclándose con los fugitivos que dejaban escapar espresamente. Esta osadia tuvo el mejor éxito. El hijo del Gobernador de Leon estaba entre los que huian: su padre alarmado por el

peligro de su hijo, mandó dejar levantado el rastrillo para facilitar su retirada; y la solicitud paternal le hizo cometer una imprudencia, de que se aprovecharon los Españoles. Una horrible carnicería se siguió á la entrada en aquella parte de la ciudad. Las voces de victoria hienden los aires. Los asturianos conducidos por Sigerico, que estaba fuera, quieren tener parte en el combate, y arrimando las escalas se llenan las murallas en un momento de héroes, pudiéndose llamar asi todos los soldados. Sigerico poseido de un furor marcial guia á sus compañeros con tal intrepidez, que los enemigos se espantan. Todo cede, todo se rinde, y los que han desguarnecido lás murallas, se estienden por la ciudad y abren las puertas. Pelayo entra como vencedor. Los habitantes se apresuran á sembrar á sus pies las flores y las ramas que la estacion proporcionaba, y despues de haber recibido los homenages, manda que le precedan al

templo del Señor á dar gracias por una conquista tan brillante.

„Despues de haber tomado todas las precauciones convenientes que la prudencia sugeria, y de haber dado las órdenes relativas al Gobernador y á su hijo, guardados cuidadosamente, Pelayo reposó un rato con sus amigos, á quienes dijo: esto es un paso para la tranqnilidad: cuando ésta se consiga, Ervigia mia, ¿se me privará de ir á unirme contigo en una estancia exenta de amargnras?

„No bien habia dicho estas palabras, cuando escnrriéndosele del pecho la carta que habia recibido, cayó á sns pies. Indiferente á todo lo que le pertenecia, le dijo á Cratilo qne la quitase de su vista. Su forma, añadió, me recuerda unas memorias bien acerbas; apartemos de la imaginacion todo lo que no es de mi deber.

„Pelayo caminaba al templo, y Cratilo, á quien la curiosidad habia hecho

abrir la carta se la presentó. El Rey se detuvo para recibirla, y recorriéndola precipitadamente vió que era de su idolatrada Ervigia, y aquel héroe, á qnien ningun peligro habia asustado, se inmutó y cayó oprimido del esceso de la alegría.

„ La carta contenia estas palabras: »Despues de los mas horribles temores, y de »unos peligros mas temibles que la muerte, »tengo esperanza de ser restituida al objeto »único que ha poseido mi corazon: en Leon »encontrareis á vuestra Ervigia; pero guar»daos de esponer unos dias á cuya duracion »está unida mi vida. Si el cielo engaña mi »confianza, me quedará siempre la de veros »en otro mundo mejor. — Ervigia."

„ Pelayo volvió en sí por el cuidado de sus amigos, é inmediatamente dió las órdenes competentes para descubrir el retiro de su querida Princesa, y creyéndola en poder de Abunazar, no dejó promesas ni amenazas de que no hiciera uso para que se lo

declarase; pero Abunazar no tenia el menor conocimiento de lo que le decian, y por consiguiente no podia responder á sus preguntas. Pelayo imaginó que la malignidad, y no la ignorancia, le obligaban á negarse á sus deseos, é hizo depender la vida del Gobernador y de su hijo de la satisfaccion que pedia. El desgraciado Moro que no podia declarar lo que no sabia, fue tratado desapiadadamente, y tuvo el dolor de verse arrancar de sus brazos á su hijo, y de estar espuesto á perecer él mismo por la sola insinuacion de la amenaza de Pelayo. De este modo se ve que cuando un Soberano *parece que quiere hacer un mal, su voluntad es ejecutada mas pronto que cuando quiere hacer un bien; asi debe manifestar lo primero lo mas tarde que sea posible.*

,, Viendo que nada realizaba sus esperanzas en el recinto del palacio, se decidió á buscarla en la ciudad, y aún en las torres, pero todo fue en vano; la desespera-

cion de Pelayo era estraordinaria, cuando un Moro encorvado, con el peso de la edad, pidió ser introducido á la presencia del Monarca.

„Señor, le dijo, acabo de saber las órdenes crueles que habeis dado contra Abunazar y su hijo, haciéndole responsable de una prisionera que no ha tenido jamas en su poder; y esta injusticia marchita los laureles que adornan vuestras sienes.

„Habiendo yo sido confidente de Abderan, estaba encargado por él de la ejecucion de sacrificar á sus manes el objeto de su pasion; pero al momento de cumplir un mandato tan horrible, la compasion habló á mi corazon, y salvé la víctima. Ella misma os dirá los motivos que he tenido para detenerla con nosotros. Venid, señor: yo estoy pronto á entregaros el tesoro que guardo, y al que con razon apreciais tanto.

„La respuesta de Pelayo fue tomar de la mano al anciano, y seguirle acompañado

solamente de Cratilo y Rainfroy, habiendo dejado á Alfonso encargado de la guardia del comandante, á quien habian sacado por su orden del calabozo en que esperaba su última hora.

„El Moro condujo á los tres amigos fuera de la ciudad á unas chozas arruinadas; la entrada de una de ellas aparecia sostenida con una cantidad de escombros que el anciano separó, y que dejó una entrada fácil á una bóvedad oscura, cuyo declive ofrecia un descenso cómodo. Despues de haber andado largo rato, llegaron á una puerta que se abrió á la voz del conductor, y que les permitió la entrada á una pieza amueblada decentemente, muy bien alumbrada con lámparas, y á un lado del estrado un monton de almohadas sobre las que estaba Ervigia sentada.

„La reunion de Pelayo y de la Princesa fue con toda la alegría que se puede imaginar mas fácilmente que describir; las

almas amantes que se han encontrado en tales momentos, serán las únicas que juzgarán de unas conmociones desconocidas de los que no saben lo que es perder un bien que se prefiere á la vida, y que se vuelve á encontrar cuando menos se esperaba.

„ Despues de los primeros instantes dedicados á una felicidad tan completa, Pelayo dió las órdenes para que Ervigia saliera de su retiro, anunciando que su voluntad era la de celebrar sus bodas en el mismo momento; á lo que la modesta Princesa no tuvo valor de oponerse. Cratilo que era el encargado de la ejecucion se preparaba á obedecer, cuando se oyeron unas voces tumultuosas, cuya causa se ignoraba; pero que no dejaban dudar fuesen dadas por un estraordinario regocijo.

„ Pelayo quiso salir él mismo á informarse, pero Ervigia no lo consintió, declarándole que desde aquel instante sus satisfacciones y sus peligros debian ser comu-

ñes, y que queria acompañarlo. No bien habia dicho esto, su conversacion fue suspendida con los nombres de Pelayo y Ervigia, pronunciados con el mas afectuoso entusiasmo.

CAPÍTULO XIII.

„Los gritos que se habian oido eran los de los fieles Navarros, que informados de la existencia de Ervigia, venian á rendir el homenage debido á la sobrina de su último Rey. Queremos verla, decian, igualmente que á su augusto esposo: Pelayo y Ervigia se presentaron; y aquel pueblo inflamado de amor por su libertador y su digna esposa, los llevaron sobre sus hombros hasta el palacio de Abunazar, decorado ricamente para recibirlos. Ervigia empezó á darse á conocer por el indulto de infinitos que merecian ser castigados, y por una multitud de obras de beneficencia; y siendo necesario esperar á que los preparativos para las

fiestas suntuosas de su himeneo estuviesen concluidos, ocupó aquel tiempo en visitar los hospitales, socorrer á las viudas de los que perecieron en la defensa de la libertad de la patria, establecer escuelas para los huérfanos, y postrarse al pie de los altares, implorando al Juez que ha de juzgar á los Reyes como al último esclavo, y pidiendo para Rodrigo las virtudes tan necesarias á los Príncipes, y la fuerza de desechar la lisonja, causa fatal de las desgracias de las monarquías.

„La toma de Leon despertó en los Moros el deseo de la venganza, y dejando á un lado todas sus disensiones, y pensando que un acontecimiento tan fuera de sus cálculos no habia sido sino por traicion que Abunazar les habia hecho, no quisieron oir la justificacion que éste presentó así que se vió libre, y Tarif le hizo perecer en un patíbulo.

„Precedido de la cabeza sangrienta aún

de aquel miserable, puesta en una pica, Tarif tomó el camino de Leon con la intencion de recobrarla. Pelayo instruido bien pronto de las disposiciones de los enemigos, manifestó á Ervigia el deseo de que se retirase con Ormesinda y la familia de Sigerico. La animosa Princesa se resistió á ello, repitiendo que estando Pelayo en peligro ella queria participarle y tener la misma suerte; pero que si era absolutamente necesario que se retirase, lo haria al asilo preparado siempre por Falmud, en donde estaria mas libre para usar de su voluntad.

„Pelayo hizo partir á su amada Ervigia por un camino diferente del que habia traido; y para mas bien hacer creer que las montañas eran el lugar elegido para su retiro, hizo preparar un carruage cubierto, custodiado perfectamente, mandada su escolta por el Príncipe de Cantabria, y dirigiéndose hácia las Asturias.

„Supo Alfonso, tomando varios rodeos,

burlar la vigilancia de los Moros que ocupaban los caminos desde Asturias á Leon, y llegó felizmente al asilo de la Princesa Ormesinda, que tuvo el mayor placer, igualmente que todas las personas que se interesaban en la existencia de Ervigia y en la dicha de Pelayo, sabiendo que aquella Princesa estaba fuera de todo riesgo.

,, El fiel Félix, que no se separaba un punto de su amo, tomaba parte en la alegría general; pero una melancolía habitual, que no podia vencer, le hacia poco comunicativo, conociéndosele que alguna pena le minaba interiormente. Ormesinda le amaba sinceramente, y quiso conocer la causa, y escogió el momento en que Alfonso daba circunstanciadamente á Sácar de todo lo ocurrido á Pelayo despues que se habia separado de él.

,, La conversacion entre Ormesinda y Félix fue larga; cuando éste volvió á presentarse á su amo, tenia en su fisonomía

menos melancolía, pero mucha mas inquietud; y desde aquel momento hasta el de su partida, pasó casi todo el tiempo al lado de Ormesinda, cuyas distinciones á aquel jóven sorprendian á los habitantes de las montañas. Alfonso veia lo mismo que los otros, y una preferencia tan conocida le tenia casi celoso, tratando á su escudero con [illegible] frialdad que le hacia gemir.

,, A pesar del amor de Alfonso, el celo por la patria hacia callar á toda otra pasion, y asi apresuró las disposiciones de la tropa que Sácar debia enviar á Pelayo bajo la conducta del Príncipe de Cantabria.

,, En el momento en que Alfonso se despidió de la Princesa, ésta dijo á Félix algunas palabras á media voz, y le recomendó á su amo muy particularmente. Esta circunstancia avivó el carácter celoso del Príncipe; pero no atreviéndose á manifestarle, prometió que Félix continuaria haciendo el mismo servicio que antes. Vueltos á

Leon por el mismo camino, Alfonso declaró á Félix que las obligaciones que le tenia no le permitian dejarle consumir su juventud en un servicio estéril y oscuro, y añadió que acababa de consegnirle del Rey el favor de recibirle al servicio de su Persona, y la promesa de un rápido adelantamiento.

„ Al oir esto Félix mudó de color, y sus espresivos y hermosos ojos se llenaron de lágrimas. El Príncipe que creyó otra la causa de las lágrimas de su escudero, le preguntó con un tono severo cuál era la recompensa que esperaba por sus pasados servicios. Yo no podré hacer mas por un hermano, añadió; sin embargo otro qne yo.... otro que vos, señor, le respondió Félix interrumpiéndole modestamente, no se hubiera engañado acerca de mis sentimientos. El dolor de verme separado de vos por efecto de una desgracia que no endulza esta generosidad aparente, ha causado la alteracion que os ha ofendido: sin duda debo obede-

cer al que yo he elegido por mi amo; pero me retiro, y no acepto nada de lo que me ofreceis; algun dia conocereis al que quereis alejar de vós: entonces, señor.... La voz de Félix se alteró de nuevo, y haciendo una profunda reverencia se retiró.

,,Alfonso que estaba celoso de su escudero injustamente, se halló como aliviado de un gran peso con su partida; pero reflexionando que tal vez dirigiria sus pasos hácia las montañas, le hizo llamar, y no habiéndole encontrado, tuvo que devorar su pena sin darla á conocer.

,,Leon fue combatida por los enemigos; Pelayo lo tenia previsto, y habia hecho una salida secretamente con Alfonso, Sigerico y algunos otros gefes al encuentro de un poderoso socorro que le enviaba el Rey de Navarra. Cratilo comandaba en su nombre, y Rainfroy al frente de un cuerpo de tropas nuevamente formadas, debia hacer una salida cuando el Rey de Asturias los

hubiese empeñado en el ataque.

,,Mientras qne todo se disponia, recibió Cratilo un mensage de parte de los habitantes de la ciudad, en que le pedian que se presentase en el balcon que caia á la plaza principal para oir la voluntad del pueblo, de la cual no convenia que se separase.

,,Indeciso sobre si debia acceder á las proposiciones del pueblo, Cratilo conciliaba los intereses de éste con la gloria de su amo; pero reflexionando al fin que la verdadera gloria de un Soberano es la de escuchar y contestar á su pueblo, cuando éste por su parte se sacrifica por conservarle, concedió inmediatamente lo que le pedian, presentándose á la multitud, dispuesto á escuchar sus votos, y cumplirlos si no eran perjudiciales ó incompatibles con el honor de la nacion.

,,No bien apareció Cratilo en el balcon, cuando el mormullo y las voces que salian del gentío que ocupaba la plaza, le asegu-

raron de que las intenciones del pueblo eran rectas por los aplausos que le dieron; y un instante despues vió destacarse del centro de la multitud un batallon, cuyo gefe dijo, á distancia en que podia ser entendido:

„Cratilo, digno amigo de nnestro Soberano, nosotros venimos á darte una prueba de nuestra fidelidad; nuestros implacables enemigos se han atrevido á hacernos proposiciones que nos deslnmbrarian si no estuviésemos tan firmes en nuestras resoluciones; sus promesas son magníficas si consentimos en introdncirlos en la ciudad, y entregarles los guerreros que la defiendan; pero nosotros somos inflexibles; ellos han sabido que Pelayo está ausente, y dicen que nos ha abandonado. Sus agentes han sembrado el oro entre nosotros. El oro está á tus pies; de los agentes puedes disponer como gustes; en fin te presentamos en esta tropa armada una prenda de amor y de lealtad. Escucha lo que el gefe de estos va-

lientes te quiere decir, y recibe el juramento que se vá á pronunciar, y que ratifican nuestros corazones y nuestras obras.

„ Al acabar estas palabras, un guerrero con una apariencia noble y desembarazada, dijo con una voz dulce y sonora lo que sigue:

» Inflamados con el amor de la patria, »juramos defenderla hasta el último suspi»ro; este juramento ha sido pronunciado »al pie del altar del Dios que castiga al »perjuro: preferimos la muerte á la infa»mia, y queremos que al primero de noso»tros que hable de rendirse, se le borre del »número de los vivientes; sin embargo te »pedimos concedas desde este momento un »asilo en la fortaleza á los viejos, á las mu»geres, y á los niños á quienes la debilidad »no permiten llevar la lanza ó sostener la »rodela. Estos objetos de nuestra ternura »no deben estar entre nosotros; su vista, el »cuidado que exigen, y los peligros que les

»acarrearia su estancia con nosotros, po»drian hacer flaquear nuestro valor. No te »niegues á nuestra demanda. Sabe que somos »unas mugeres animosas, descendientes por »la mayor parte de aquellos valerosos Godos »que vencieron á los Romanos, y cuyas al»mas reviven en nosotros." Apenas acabó de decir esto, una parte de la tropa levantó las viseras, y dejó ver á Cratilo una infinidad de Minervas y de Belonas, que manifestaban la impaciencia mas ardiente por recibir la respuesta que Cratilo retardaba, admirado é incierto de lo que deberia hacer en ausencia de Pelayo. Porque ¿cómo consentiria esponer la parte mas interesante del sexo á los peligros de un sitio, cuyos resultados serian doblemente fatales, si el suceso no correspondia á la esperanza? Pero como al fin era necesario decidirse, Cratilo cedió al deseo general, prometiéndose á sí mismo no arriesgar sino lo muy indispensable aquellas mugeres generosas. Inmedia-

tamente dió la orden de que se recibieran en la ciudadela los objetos de su solicitud, y las ordenó que ninguna de las guerreras se pudiese quitar el casco, ni se presentase en el combate sin una orden espresa. Todas se sometieron á las condiciones que las pusieron, y acompañaron á las que debian entrar en la ciudadela, marchando en seguida á ocupar los puestos que las señalaron.

„Cratilo iba todas las noches á visitar á la Princesa Ervigia, y cuando se vió libre de las muchas ocupaciones de aquel dia, salió secretamente de palacio para hacer su visita ordinaria; pero el esclavo que le conducia todas las noches, en lugar de introducirle le entregó una carta, pidiéndole que no pasára adelante. Cratilo se admiró, y no pudiendo instruirse del motivo hasta que estuviera en palacio, se dió priesa á llegar á él, y á abrir el pliego, que decia asi:

„El hermano de armas de Pelayo ha-

brá pensado que Ervigia podia consentir en quedarse en un sitio en donde la mas simple casualidad podia descubrir su retiro. Un asilo mas seguro me espera, y vuelo á él: Será inútil buscarme, porque yo no pareceré hasta que Leon esté enteramente libre de los enemigos de mi Dios, de mi patria, y del que debe ser mi esposo. El Rey debe ignorar que yo me alejo de este parage; en que el cuidado de mi persona podria distraer á los guerreros, y causar un daño al que yo no podria sobrevivir."

„Cratilo quedó petrificado, pero ¿qué podia hacer? obedezcamos, dijo, y que Pelayo ignore este cruel acontecimiento. No hay que dudar que la Princesa ha formado algun proyecto generoso; pero yo sería indigno de la confianza de Pelayo, si no trato de penetrarle, y de ayudarle si es asequible, ó de oponerme, si es imposible ó peligroso. Desaparecer en el momento en que todas las mugeres se dedican á la defensa

de la ciudad.... Rainfroy, yo quiero ver si Ervigia está entre las amazonas que tenemos dentro de las murallas.

,,Rainfroy combatió esta idea, pero Cratilo persistió de tal modo, que al dia siguiente, apenas la aurora empezó á iluminar el horizonte, se dirigieron al cuartel de las guerreras.

CAPITULO XIV.

,,El caballero anciano nombrado para la custodia de las mugeres, recibió la orden de hacerlas que se presentasen sin armas y sin velo, y no dejó de esponer que no respondia de la obediencia; siendo una orden que contravenia á las condiciones impuestas y convenidas; pero Cratilo insistió, y tuvo que ejecutar lo mismo que desaprobaba. Todas las mugeres se presentaron á Cratilo y á Rrainfroy, único que la acompañaba, envueltas en sus capas, y cubiertos los rostros con el embozo; Cratilo, dijo

la comandanta, ignoro el motivo que te obliga á violar tu promesa; las nuestras serán guardadas escrupulosamente, y por este acto de obediencia puedes juzgar de lo que somos capaces. Al decir esto se descubrió, habiendo todas las otras seguido su ejemplo. Y el imprudente Cratilo reconoció interiormente que aquel paso habia sido infructuoso.

„Señor, dijo aquella muger, ¿podremos ahora esperar que no se interrumpa nuestro reposo sino por la presencia del enemigo? Cratilo respondió avergonzado que *sí*, y se retiró. El momento en que aquel reposo debia interrumpirse no fue largo; al dia siguiente se acercaron á las murallas unos fuertes destacamentos que llevaban las enormes máquinas destinadas para abrir la brecha. Los sitiados quisieron rechazarlos; pero Cratilo no permitió nada, hasta la vuelta de Pelayo, y los Moros lo dispusieron todo para dar el asalto.

,, Mientras que la inquietud y la alarma reinaban en Leon, Pelayo habia hecho su reunion con los Navarros, y encubriéndose en los bosques de la derecha del camino, se acercó en silencio á los enemigos, arrolló todo cuanto se oponia á su paso, infundiendo el espanto con el nombre mil veces repetido de Pelayo, y que anunciaba su presencia, tanto mas temible, cuanto la esperaban menos. Advertido Cratilo, hizo abrir una puerta, y dejó salir varios escuadrones que cargaron sobre los muros, defendiéndolos valerosamente; pero á quienes el valor de sus adversarios obligó á separarse, perdiendo infinito tiempo y gente antes de poderse reunir.

,, Alfonso se señaló en aquella jornada; arrastrado por su valor se obstinó en combatir con un Moro, cuya resistencia le ofrecia los mas bellos laureles por el peligro que corria estando rodeado su adversario de gentes que llovian sobre él tales golpes,

que necesitaba de todo su valor y destreza para defenderse. El combate se habia empeñado lejos de los otros guerreros. Alfonso estaba herido en dos partes, y su caballo se habia caido; y no pudiendo levantarse por sí, hubiera perecido infaliblemente, si un soldado no se hubiese precipitado entre él y sus enemigos, recibiendo los golpes que le dirigian; pero aquel generoso guerrero no era tampoco invulnerable, y estaba muy herido, aunque defendia la vida del Príncipe de Cantabria, y queria salvarle á espensas de la suya. La singularidad de este combate llamó la atencion de un gefe enemigo, que avergonzado de la desigualdad ordenó á su gente que fuese á ejercitar su feroz valor á otra parte mas proporcionada. El desconocido se esforzó cuanto le fue posible, y se acercó á Alfonso para desembarazarle del caballo que le impedia levantarse, y le dijo: Ánimo, Señor, los enemigos pagarán caro su inhumanidad. Al instante que

Alfonso estuvo en pie, su libertador le presentó un caballo, le ayudó á montar, y desapareció.

„En este tiempo Pelayo, Sigerico y los otros gefes hacian un destrozo terrible en los enemigos que habian abandonado la entrada de la ciudad por defenderse en el campo, del que se hizo dueño Pelayo, destruyendo en el mismo momento las máquinas que la amenazaban, y consiguiendo en fin una victoria completa. El Rey dió órdenes á Sigerico para que tomase las disposiciones necesarias á fin de evitar una sorpresa; y encargó á Cratilo todo lo competente para el cuidado de los heridos.

„Cratilo cumplió este encargo con el mayor placer y zelo, y si es menester confesarlo, se detenia en infinitas nimiedades, con el fin de retardar el encontrarse con Pelayo, que no dejaria de hablarle de la Princesa. El sincero Cratilo estaba en una angustia indecible, y deseaba que alguna de

aquellas casualidades, tan frecuentes en los tiempos de turbulencias, le librase de la necesidad de hacer una relacion tan dolorosa; pero sus efugios fueron inútiles, y Pelayo le llamó para que le acompañára á ir en busca de Ervigia, que queria se hallase presente á la accion de gracias que se iba á dar al Dios de las batallas.

„Cratilo se turbó como si no hubiera esperado tal momento; apenas podia responder, y buscaba al rededor de Pelayo las ocasiones que pudiesen distraerle, hasta que reunidos todos sus amigos, le ayudasen á llevar el terrible golpe que tenia que darle, y le habló de la valiente determinacion de las mugeres leonesas, y de un guerrero muy jóven que habia salvado al Príncipe de Cantabria. Este Príncipe le ha conocido, añadió Cratilo, y es preciso que sea de una clase muy distinguida para merecer las consideraciones de Alfonso, que le ha hecho poner en una camilla cubierta de ri-

cas cortinas, y le ha acompañado él mismo hasta la ciudad.

„Yo tengo demasiadas obligaciones hácia el Príncipe, dijo Pelayo, para que no participe de la gratitud que le anima; voy á su cuarto, y á mi vuelta iremos á ver á Ervigia. Haz desembarazar la salida del arrabal, y que se prepare un carro triunfal.

„Cratilo empleó todo su poder en descubrir el paradero de Ervigia, y se lisonjeaba de que la victoria que acababan de ganar la decidiria á presentarse ella misma, ó que el que la custodiaba podria darle noticias, no dudando que su edad le tuviese encerrado en la ciudadela. Cratilo se disponia á ejecutar el proyecto de buscarle en ella, cuando aquel hombre presentándosele se echó á sus pies pidiendo *gracia*. — Miserable, le respondió Cratilo, ¿qué has hecho de Ervigia? — He obedecido sus órdenes; este es un crímen que merece la muerte, pues que su cumplimiento puede ha-

ber ocasionado la suya. — ¿ Ervigia no existe? repuso Cratilo con la mayor inquietud. — Yo lo ignoro, señor, respondió el viejo; dignaos oirme. Pocos dias despues que nuestro ilustre Monarca se alejó de nosotros, mi imprudente muger introdujo cerca de la Princesa una estrangera, que segun decia, tenia un secreto importante que comunicarla; esta estrangera consiguió una audiencia muy larga, cuyo resultado fue el de guardarla á su servicio. Ervigia tomó en pocos dias tanta amistad con esta persona, que yo la tuve envidia: siempre estaban juntas, y su favor llegó á tal grado, que participaba de la mesa y de la cama de la Princesa, no separándose sino el tiempo que duraban nuestras visitas á nuestra futura Soberana. El cuidado que ponian en ocultarla á vuestra vista, me disgustó: y me disponia á daros cuenta, cuando la Princesa me llamó, y me dijo, que temiendo el resultado del sitio, queria disponer de sí mis-

ma, y evitar, si podia, el caer otra vez en las manos de sns enemigos. Mi querida Feliciana, dijo (esta fue la primera vez que oí su nombre), me proporciona un medio ventajoso. Las esposas y las hijas de los guerreros que combaten con tanto denuedo por nuestra libertad, han resuelto participar los peligros de las personas que aman. Mañana sabrá Cratilo su determinacion, y por la noche yo me juntaré con estas heroinas. Si mi valor no iguala al suyo, tendré á lo menos el de morir libre, en el caso que Leon caiga en poder de los enemigos.

,,La sorpresa y la admiracion me impidieron responderla, y así tuvo tiempo para declararme una parte de su plan: Feliciana, me dijo, posee un específico, que mudándome enteramente el color, no me permitirá ser conocida. Yo podia haberme ido sin deciros nada; pero el agradecimiento que os tengo me lo prohibe. No trateis de hacerme mudar de resolucion, porque tomaré

otras medidas que os harán arrepentiros. Haced que entreguen estas cartas á Cratilo cuando sepais que va á venir; no conteis que con darle parte de mi proyecto evitareis que yo le ejecute; y así os ordeno un silencio absoluto hasta que Pelayo esté de vuelta. A Dios.

„ Me retiré indeciso sobre la conducta que debia observar; el desórden de mis ideas me ha hecho olvidarme, señor, de deciros que la Princesa exigió de mí el juramento de guardar exactamente sus órdenes, pero á pesar de él yo no sé á lo que me habria determinado aquella noche si hubiérais venido. La pasé en la mas cruel incertidumbre; y cuando al dia siguiente la hora me permitió presentarme en el cuarto de Ervigia, para suplicarla que permitiese la acompañásemos mi muger y yo, habia desaparecido igualmente que Feliciana, no dejándome otra cosa mas que estas palabras escritas en un pergamino sobre la mesa de

su cuarto. *Acordaos de vuestro juramento.* La pena que este acontecimiento me ocasionó, me hizo temer perder la vida ó la razon; cuando estuve en estado de venir á la ciudad acompañado de mi muger, se nos obligó á entrar en la ciudadela, de donde me fue imposible salir. Esta especie de cautividad ha durado tanto como el sitio; y sabiendo que el Rey está de vuelta, y triunfante, me he creido libre del juramento; pero mi crímen es enorme habiendo permitido la introduccion de esta Feliciana cerca de la Princesa, y no sé que escusa dar, ni cómo presentarme delante del Soberano despues de una culpa involuntaria; pero que le priva tal vez para siempre del objeto amado, cuando creyó haberle puesto bajo mi cuidado en la mas perfecta seguridad.

„El miserable Falmud calló, y la vehemencia de su dolor conmovió á Cratilo de tal modo, que no tuvo ánimo para darle ninguna reprension. Pero no sabia

que hacer ni lo que sería de Pelayo, viéndose privado de su querida Princesa; y sacando de su seno las fatales cartas, las volvió á leer para ver si podria encontrar en ellas algo que pudiese darle algun consuelo. En efecto una débil esperanza lució en su corazon: Ervigia prometia parecer á la vuelta de Pelayo. Si existia aún.... ¡ Sí existe! duda cruel, justificada con la salida de las tropas fuera de la ciudad, sabiéndose que muchas mugeres á pesar del cuidado que se habia tenido, y de las órdenes precisas que se las dió de permanecer en ciertos puntos, habian contravenido á ellas, y perecido defendiendo las murallas, ó mezclándose con los combatientes. Cratilo estaba martirizado con dudas que le hacian casi creer que Ervigia habia anticipado su muerte; y aunque el gefe del escuadron no le habia presentado ninguna que se le pareciese, como el vestido podia hacerla desconocer, así como la tintura del rostro, se confirmaba en

su idea. El Príncipe de Cantabria habia traido consigo á su libertador, y no se sabia quien fuese. ¿Por qué tantas precauciones? decia Cratilo; este guerrero debe ser de una condicion poco ordinaria. ¿Si este herido.... Cratilo se perdia en sus reflexiones, olvidado ya de que el infeliz Falmud estaba á sus pies esperando su sentencia, cuando uno de los escuderos de Pelayo vino á decirle que el Rey le llamaba al cuarto del Príncipe de Cantabria, en donde se encontraba en aquel momento.

„Señor, esclamó Falmud, haced que me den la muerte antes que conducirme delante del Rey; su presencia será para mí el suplicio mas horrendo. Cratilo tomó parte en la pena de aquel miserable anciano, le consoló, le prometió interceder en su favor, y le ordenó retirarse tranquilo á su casa hasta su vuelta.

CAPITULO XV.

„ Al entrar Cratilo en el cuarto de Alfonso, le sorprendió un espectáculo inesperado.

„ En una cama cuyas cortinas estaban entreabiertas, se veia una jóven cubierta de una palidez que anunciaba un peligro eminente en su vida; á su lado estaba Alfonso de rodillas teniendo una mano de la enferma, que regaba con sus abundantes lágrimas, de lo que parecia ella contenta: á un lado habia un monton de almohadas sobre las que reposaba una muger que Cratilo reconoció por la comandanta de las generosas Leonesas, la cual tenia un brazo herido, y apoyaba la cabeza sobre el pecho del Rey, que la apretaba contra sí con una ternura que la presencia de Cratilo pareció redoblar. Un silencio profundo reinaba entre aquellas cuatro personas, y lejos de que Cratilo le interrumpiese, su estática

inmovilidad, dió tiempo á Pelayo para que se levantase, le tomara por la mano, y llevándole hácia la guerrera, le preguntase qué recompensa merecia un sacrificio tan generoso. El perdon y la indulgencia que exije; respondió ella. Mi disculpa está en la intencion que he tenido; este es el modelo que he querido imitar, añadió señalando á la jóven que estaba en la cama.

„Cratilo, dijo Pelayo, muchas veces se han erigido altares á heroinas que los han merecido menos que estas dos. La una es Ervigia, y la otra el escudero Félix que... Es Feliciana, interrumpió Cratilo, la que me ha causado tantos tormentos. — Sí, respondió Ervigia; ¿pero de dónde sabeis ese nombre? El inconsolable Falmud, respondió Cratilo, acaba de revelarme el secreto del nombre de vuestra confidenta. — Decid de la mejor amiga, repuso Ervigia levantándose, y dirigiéndose á la cama de la enferma.

„Esta amiga no os durará mucho tiem-

po, dijo aquella. Feliciana no tiene mas que un soplo de vida que va á estinguirse pronto; pero no la tengais lástima; su muerte es necesaria á lo que ama con un ardor tan vivo como sincero. Alfonso, continuó dirigiéndose á él, yo os vuelvo el juramento indiscreto que os habia arrancado el reconocimiento; yo no he de deber mi dicha á vuestra piedad: es preciso morir. „La interesante Feliciana cayó en un desmayo al decir esto, y sus amigos creyeron perderla. Ervigia no la dejó un punto, los hombres se retiraron, y Pelayo admirado de lo que habia oido y visto, hubiera deseado mas esplicacion; pero Alfonso no estaba en estado de podérsela dar: su alma fluctuaba entre la gratitud, la compasion y el amor que tenia á Ormesinda, y estos afectos encontrados le tenian en una inquietud que ni él mismo podia comprender.

Luego que Feliciana volvió en sí, y que una especie de sopor calmó por un momen-

to sus dolores, Ervigia la dejó bien recomendada á los cirujanos, y fue á tranquilizar á los que se habian separado de élla llenos de cuidado. Apenas se dejó ver, cuando los ojos de Alfonso preguntaron cuidadosamente á los de Ervigia, que respondió: ya comprendo ese lenguage, y querria contestaros de un modo que os satisfaciera: Feliciana se podrá salvar con los socorros del arte; pero mi amistad por Ormesinda me prohibe llevar muy adelante mis deseos.

,, Ormesinda, repnso Pelayo, me ha manifestado los sentimientos de su corazon, y creo deber en las circunstancias presentes declararlos.

,, Mi hermana ha recibido de la naturaleza una sensibilidad espresiva que influye en todas sus acciones; pero las pasiones fuertes no tienen en élla el ascendiente que conduce al egoismo.

,, Cuando Rodrigo la destinó para esposa del Príncipe de Cantabria, y que una

muerte prematura robó á este nuestras esperanzas, su sentimiento y sus lágrimas fueron tanto por la pérdida que sufria España, como por el interes que tenia por su persona. Cuando la serie de los acontecimientos hizo que debiera á Alfonso la libertad, le concedió una amistad fraternal; y cuando le hice saber la intencion que tenia de unirla á él con los vínculos del parentesco, no manifestó ni placer, ni repugnancia, y el tiempo me hizo creer que Ormesinda no era indiferente al amor de este Príncipe; pero una casualidad me desengañó, y me proporcionó su confianza.

„Iba una noche á tomar el aire, y á entregarme á mis reflexiones, cuando al subir los escalones que conducen al paseo que se habia formado para el recreo de las damas retiradas en las montañas, distinguía á mi hermana que hablaba con una persona, cuya voz dulce y desconocida parecia la suplicaba guardase el secreto que habia

sorprendido, á menos que no quisiera vengarse de un desgraciado que la ofendia involuntariamente, prefiriendo ocasionarle la muerte.

„Atónito de lo que oia, y curioso de conocer á la persona, me iba acercando, y oí que Ormesinda respondió con una voz trémula: El estimable Felix no tendrá que quejarse de su suerte, si yo soy el árbitro: él conoce mis sentimientos, y si alguna cosa los pudiese alterar, será la duda que se permite. Un poco de paciencia, y el tiempo necesario para conciliar todas las cosas, y Felix gozará la dicha que desea.

„No pudiendo contener mi impaciencia, continué mi marcha, y vi á Felix á los pies de mi hermana con los ojos fijos en ella, y apretándola una mano entre las suyas. Confieso que mi descontento fue grande, y que tal vez hubiera salido de los límites de la moderacion, si un movimiento de sorpresa de Ormesinda no hubie-

ra advertido á Félix, el cual se levantó y desapareció con la prontitud de un relámpago.

,, Ormesinda se levantó tambien, vino hácia mí, y me dió parte del misterio, recomendándome protegiese los intereses del escudero cerca de su amo. No, la dije yo; sea la que quiera la compasion que me merece, yo no iré jamas contra la felicidad de mi amigo. Tú misma, Ormesinda, parece.... Yo fui agradecida, me interrumpió. Alfonso me ha salvado el honor, la libertad y la vida: tú le amas como á verdadero amigo, y esto basta para que hubiese sido suya sin repugnancia; pero tú sabes que todo sentimiento esclusivo y apasionado no tiene poder en mi corazon: tal vez el que yo te tenía antes de saber que fueses mi hermano, junto con los tormentos que te he visto sufrir por el amor de Ervigia, y la detestable pasion que me ha tenido Munuza, ha contribuido á hacerme inaccesible á todo lo

que no es una pura amistad que hará mi dicha, si mi amado hermano se digna permitirme que á nadie encargue el cuidado de mi porvenir sino á él.

„ Esta franca declaracion de mi hermana me apesadumbró, habiéndome formado la intencion de hacer recaer en ella y su familia mi afecto y mi corona, y conociendo cuan terrible sería para Alfonso no poderse contar sino en el número de mis amigos. Esta idea me mortificaba cruelmente, y asi empleé con Ormesinda todos los medios que creí capaces de hacerla mudar de resolucion; pero todo fue en vano. Mi viage precipitado, y la separacion de Félix, pusieron una tregua á mis cuidados: y no dije nada á Alfonso, esperando que el tiempo podria mudar las circunstancias en su favor. Los rápidos sucesos de este dia no me han permitido saber por que casualidad Félix, vuelto en Feliciana, ha sido conocido de Ervigia: ni por qué motivo ocultando

su sexo se ha dedicado á un ejercicio duro y peligroso, y tan poco análogo á su constitucion y delicadeza.

„Como yo he participado, dijo Ervigia, de ese estado *poco análogo* que parece queréis condenar en mi amiga, nadie si no yo debe haceros conocer quien es esa desgraciada. Cuando el sepulcro va abrirse para tragarla para siempre, el secreto será inútil. Feliciana, continuó Ervigia, debe el ser á Witiza. — ¡ A Witiza! esclamó Pelayo. — Sí, Witiza, aquel Príncipe cruel y voluptuoso, cuyas pasiones no conocian freno, se vió sujeto al amor: Benilda, heredera de considerables dominios, le fue presentada en una edad cercana á la infancia; su belleza naciente despertó en él unos deseos que se propuso satisfacer, así que Benilda entrase en la primavera de sus años; pero Witiza quiso ser amado, y aquella niña fue confiada á una muger, que sacrificando su libertad á su fortuna, consintió en vi-

vir separada de la sociedad, é ignorada del mundo.

„No lejos de Córdoba habia una casa aislada y de una apariencia antigua y degradada, que dejaron por fuera tal como se hallaba, pero que fue adornada en el interior con el lujo mas esquisito: en ella fue puesta la jóven Benilda, servida por mugeres esclavas, á las que privaron desapiadadamente del órgano de la palabra, para que no se les escapara ninguna indiscrecion, y no enseñaran á la jóven Benilda que habia en la creacion individuos de un sexo diferente del suyo. Witiza se escapaba á menudo para ir á pasar algunas horas al lado de aquella amable criatura, sirviéndose de un disfraz que le hubiera alejado de su fin, si la naturaleza no le hubiera favorecido con una hermosa figura, y un espíritu insinuante. Aquel tigre se vestia con la piel de un cordero, y no se acercaba á su presa sin ofrecerla mil dones de que la infan-

cia gusta, y sin procurarla nuevas diversiones: Benilda manifestaba al verle una alegría que le proporcionaba una singular satisfaccion. La época de los catorce años era la que Witiza habia señalado para sacrificarla á su barbarie. Nada parecia capaz de sustraerla de una suerte tan preparada, cuando la muerte de la Reina, madre de Eba y de Sisebuto, llenó la España de calamidades desconocidas hasta entonces. Los palacios de Córdoba y de Toledo fueron convertidos en serrallos menos inaccesibles que los de los Moros; pero que ofrecian todos los dias unas escenas que chocaban al pudor, y corrompian las costumbres. En medio de aquellos culpables placeres, Witiza no encontraba la dicha que se habia propuesto. Una sonrisa, una caricia de la inocente Benilda le parecia preferible á todas las falsas señales de pasion de las mugeres que habia reunido con tanto cuidado y gasto. Witiza se cansó de un

disimulo importuno, é hizo venir á palacio á la jóven Benilda con su aya á ocupar una habitacion que la hizo preparar; y aquella pobre niña, no conociendo otra cosa mas que la persona que le habia proporcionado tantos goces, fue á establecerse con la mayor alegría á la vergonzosa morada, escogida por el único hombre y amigo que conocia. Entre las mugeres que la servian habia una llamada Galsonta, de quien no queria estar separada jamas. Galsonta tenia todos los sentimientos de honor, y cuando conoció las intenciones de Witiza, se decidió á dar á su jóven señora las lecciones de una moral justa, haciéndola amar la virtud, y detestar el vicio. Su trabajo no fue inútil, y el alma nueva é inocente de Benilda se imbuyó en los principios de Galsonta: y cuando Witiza, bajo su verdadero aspecto, exigió unas complacencias mas ámplias que las que permite la decencia, supo defenderse de modo que sorprendió á su ti-

rano, y aumentó en él el amor que la tenia; y viendo que nada era suficiente para mover su virtud, y no queriendo por otra parte renunciar á la dicha de verse amado de una persona como Benilda, creyó que la oferta de un lazo autorizado por la religion, allanaria todos los obstáculos que se oponian á su dicha. En efecto, este ofrecimiento no fue desechado, aunque el Príncipe puso la condicion del secreto, que no importaba para ella, teniendo en nada los honores que menospreciaba. La clase de Witiza no era lo que amaba; su persona era el único bien que queria poseer. Galsonta conocia mejor el corazon de Witiza, y trató de disuadirla de una alianza de aquella especie; pero no fue creida, y el matrimonio se efectuó.

„Los primeros meses se pasaron en un hechizo recíproco: la jóven esposa se sintió en cinta muy pronto; pero la corta edad que tenia, y la delicadeza de su tempera-

mento la pusieron en un estado sumamente penoso. Witiza, cuya pasion estaba satisfecha, no pudo disimular el disgusto que le causaban las enfermedades de su esposa; á la que hacia unas visitas tan cortas, y tan raras, que élla no pudo dudar que ya no era el objeto único del amor de su esposo. Las penas aumentaron sus sufrimientos habituales; y como la esperiencia no habia madurado todavía su razon, se permitió algunas quejas, que lejos de producir el efecto que deseaba, alejaron mas y mas á su inconstante marido. Benilda fue olvidada por otras indignas rivales que la sucedieron; y como Witiza no conocia el precio del amor ni de la estimacion, la hizo salir de la habitacion que ocupaba, y la relegó entre las mugeres que habian cesado de agradarle.

,,La desgaciada Benilda no pudo sobrevivir á su infortunio, y el momento del nacimiento de Feliciana, fruto de su desgraciado amor, fue el último de su vida,

sin haber tenido el consuelo de haberla dado el beso y la bendicion maternal.

,, El aya de Benilda no la habia seguido á palacio; y Galsonta fue la que llevó al Rey la noticia de su paternidad. Una conmocion pasagera, que no pudo ocultar, dió pronto lugar á la indiferencia mas caracterizada. La niña fue entregada al cuidado de la esclava, criada oscuramente, y en fin cuando la muerte de Witiza dispersó aquel enjambre de mugeres que ocupaba el palacio, Galsonta y Feliciana me fueron presentadas como dos víctimas sacrificadas á los caprichos del Rey difunto.

CAPITULO XVI.

,, Mi madre vivia aún, y quiso, habiendo acogido á Feliciana favorablemente, que se educase conmigo; pero que un velo impenetrable cubriese su nacimiento. Yo concebí para con ella una amistad de hermana, y su tierna edad no impidió que la

tomase por amiga, confiándola mis sentimientos respecto á Seordato, y mi pena cuando Rodrigo me ordenó mirase á Eba como á mi esposo futuro. Feliciana, que veia en este Príncipe un hermano, hubiera querido que yo tomase por él un afecto igual al que parecia tener por mí; pero cuando estuvo convencida de que la ambicion y no el amor le llevaba á rendirme sus obsequios, cesó de atormentarme sobre el particular. Nuestras desgracias empezaron: Feliciana desapareció, y hasta el momento en que la he visto en esta ciudad bajo un disfraz que me ha sorprendido, he ignorado lo que le ha sucedido, y ved aqui lo que élla misma me ha contado.

„El horror que tenia concebido por las costumbres de nuestros vencedores, la impelió á escaparse del palacio de Córdoba cuando la Reina, Ormesinda y yo fuimos detenidas en él. Los vestidos de hombre, el color casi bronceado que dió á su tez, y

los ejercicios convenientes á un guerrero, en los que se ocupó algun tiempo, la hicieron desconocida de todo el mundo; no pudiendo encontrar los medios de existencia, buscó un estado que la pusiera al abrigo de la indigencia. Las funciones, á las que la necesidad la precisó, fueron bien agradables en poco tiempo: el amor se habia introducido en su corazon, y esta pasion desconocida de élla hasta entonces, la hizo fáciles todos los trabajos. Feliciana no conoció ni el afecto ni los tormentos, sino cuando supo el amor de su dueño por Ormesinda: élla se lisonjeó en el principio de que podria vencer el suyo; pero la vista de una rival adorada la desengañó; su intencion fue la de huir; pero un encanto involuntario la retenia cerca de Alfonso. Mil veces estuvo pronta á declararle el secreto, y su pudor se oponia, y sufria en silencio. Su estancia en la montaña fue un tormento continuo, al que la casualidad puso fin. Oprimida de

su dolor se habia retirado á una pequeña concavidad, donde estaban dispuestos unos bancos cubiertos de musgo, y creyéndose sola, se entregó sin reserva á sus pesadumbres, cuando Ormesinda entró; la Princesa estaba sola, y la preocupacion de Feliciana la hizo no ver aquella rival preferida, y continuó sus quejas de tal modo que escitó su compasion. Ormesinda quedó atónita al saber que Félix era de su mismo sexo, y que la pasion fatal que la martirizaba tenia por objeto al Príncipe de Cantabria. La Princesa amaba como á un hermano á Alfonso, y tal vez hubiera cedido á los deseos de Pelayo, sin el encuentro de Félix; mas desde aquel momento tomó la resolucion de no admitirle por esposo. Ormesinda es franca, sincera, amiga afectuosa, y formó el proyecto de averiguar si el desconocido merecia el servicio que se proponia hacerle.

„Habiéndole hecho venir á su presencia le ordenó que no ocultara nada de lo

que queria saber. Feliciana quedó aterrada, y conociendo que su imprudencia la habia puesto en el caso de no poder disimular mas tiempo, se echó á los pies de Ormesinda, se dió á conocer enteramente, y tuvo la dulce satisfaccion de saber que la Princesa no pondria ningun obstáculo á su dicha. Desde aquel momento tuvieron varias y frecnentes conversaciones; y en uno de aquellos momentos en que daba gracias á su protectora fue cuando Alfonso la sorprendió. Los zelos que este concibió, y el trato duro que estos le hacian dar á su escudero, le obligaron á separarse de él por mas trabajo que le costára un sacrificio tal.

„ Siempre vestida de hombre, y habiendo dado á sn rostro un color diferente, Feliciana siguió á Alfonso por todas partes por donde podia haber peligro; y no siendo un misterio mi estancia en esta ciudad, buscó los medios de hacerse introducir en mi presencia. El placer que tuve al verla fue indecible. Nuestras lágrimas se confun-

dieron hablando de Rodrigo y de Egilona, de su madre, de nuestros primeros años y placeres, y en fin de nuestras penas y de la devastacion de la patria. Feliciana me habló de lo que habia pasado despues de nuestra separacion de Pelayo, de Ormesinda, y acabamos: yo porque se quedára conmigo, y élla por aceptar mi proposicion, pero condicionalmente. Señora, me dijo, mi vida está unida á la de Alfonso; y será necesario que yo parta dentro de poco para ponerme á su lado á parar los golpes que le dirijan: y si no puedo salvar su preciosa existencia, espirar sobre sn cuerpo. Asi es como yo amo, y asi pereceré. No os pediré sino una gracia.... fácil de conceder. Cuando Félix no exista, haced presente al ingrato Alfonso lo que soy, lo que he sido para él, y lo que hubiera hecho, si mis fuerzas hubieran ayndado á mi intencion.

„Mientras que Feliciana hablaba asi, los enemigos dieron alarma á la ciudad que toda era confusion y temores. Yo propuse

á Feliciana el reunir las mugeres leonesas, y convidarlas á presentarse armadas, oponiendo una resistencia contra la fuerza, que impusiese á los Moros con el número de los sitiados. Ya sabeis que sea por intimidar al enemigo, ó por efecto de un verdadero valor, que la historia consagrará en sus fastos, las mugeres se han armado, y no han temido hacer frente al enemigo rodeadas de los peligros de un sitio largo y sangriento. La idea de Feliciana, respecto á Alfonso, fue tambien la mia respecto á Pelayo. Mi amiga me sirvió completamente, comunicando al alma de las leonesas el fuego que abrasaba las nuestras, y ella las ofreció en mi persona un gefe; esta parte de su plan estuvo para deshacerle del todo, no hallándome yo con ninguna de las cualidades que se requieren para comandar; pero Feliciana se encargó de dirigirme.

„¿Qué mas diré? revestida de una armadura como las que se usan para las justas, teñido el rostro con un color igual al

de mi amiga, salimos de mi retiro, y fuimos á reunirnos con las otras mugeres. Cratilo nos pasó revista, y yo eché de ver qne trataba con consideracion á las nuevas guerreras. Esperaba con impaciencia el momento en que Feliciana me proporcionaria salir á juntarme con Pelayo; este momento no tardó mucho tiempo, y nos mezclamos entre los nombrados para la salida. Feliciana fue mi guia, hasta que el peligro de Alfonso la separó de mí. Ella se ha cubierto de una gloria inmortal, y yo.... yo fui bastante dichosa para no tener que temer por mi Soberano, á quien protege una poténcia superior.

„ Cuando dieron la orden de recoger los heridos, y de enterrar los muertos, me interpolé entre las gentes encargadas, y busqué el cuerpo de mi triste amiga; al fin la encontré, y en la mezcla de gozo y de dolor la llamaba Félix, lo que oido por Alfonso, que acudió á mis voces, le obligó á interrumpirme, y yo le descubrí lo que era

su escudero. Entonces nos hizo conducir á palacio, advirtiéndoos de todo lo ocurrido; y mi satisfaccion sería completa, sino temiera por la existencia de esta víctima del amor.

„Estaba Pelayo encantado de admiracion al oir la relacion de Ervigia; y no encontrando espresiones que esplicasen su agradecimiento, quiso que todo el mundo supiera el valor y la generosidad de su amada, ordenando unas fiestas triunfales, de las que Ervigia sola fuese el objeto; pero élla se negó hasta estar segura de la curacion de su querida Feliciana.

„Esta amable criatura luchaba con la muerte, y Alfonso más desgraciado que élla se hallaba atormentado por diferentes pasiones, cuyo choque le quitaban la fuerza de decidirse. Dos veces debió la vida á Feliciana, y persuadido de que era adorado de élla, no podia soportar la idea de verla bajar al sepulcro por él; por otra parte Ormesinda no sentia ni sentiria jamas la pasion

que hace el hechizo de una union dichosa. La compasion no es amor; pero las almas sencillas se dejan conducir á él por su medio. El Príncipe no se separaba del lecho de Feliciana, que le veia con placer sintiendo en su corazon una débil esperanza que no la engañaba, ciñéndose solamente al deseo de ser llorada algunos momentos por el único objeto de sus pensamientos.

,,Ervigia no la dejaba un punto, y declaró que no asistiria á ninguna de las fiestas que se preparaban para su triunfo y casamiento, hasta que la suerte de su amiga estuviese decidida: no permitiendo que la antorcha nupcial brillase al lado de las fúnebres teas, teniéndolo por mal agüero. Pelayo no insistió, y dió aviso á su hermana de lo que pasaba en Leon. Ormesinda vino inmediatamente, y despues de haber hecho prevenir á Feliciana, fue á su cuarto, y abrazándola estrechamente, la dijo: yo vengo, querida Feliciana, á restituiros á vuestros amigos, y á la felicidad. ¿A la felici-

dad? respondió la enferma. Princesa, no hay mas que una para mí; élla será pasagera, y durará poco. El generoso Alfonso me ofrece su mano, y.... yo creo poder aceptarla. Este sacrificio es grande.... pero por grande que sea, no hará mas que endulzar mis últimos momentos, y no volverme á la vida; porque yo no lo deberé sino á la compasion.

„El Príncipe de Cantabria queria satisfacer una deuda sagrada, y Ervigia habia contribuido á ponerle en tan buenas disposiciones, habiéndole dado parte de las de Ormesinda, y asegurándole que no tendria otro rival sino Dios, y que los deseos de la Princesa no eran mas que los de hacer la felicidad de todo lo que la rodeaba, acordándoles su inalterable amistad.

„Estas razones decidieron al triste Alfonso. Las órdenes para la ceremonia fueron dadas, y un lazo indisoluble los unió para siempre. Por espacio de algunos dias la mejoría de Feliciana hizo esperar un per-

fecto restablecimiento, del que Alfonso estaba ocupado enteramente, prodigando á su interesante esposa todas las atenciones y cuidados imaginables; pero su corazon no era dichoso estando inclinado siempre á Ormesinda, y viéndola perdida para siempre; cualquiera que le hubiese visto, hubiera creido que la alteracion de su rostro la ocasionaba el dolor de los sufrimientos de Feliciana; y Pelayo mismo, engañado como otros muchos, no quiso diferir su propia felicidad.

CAPITULO XI.

„Todo se preparaba en Leon para la celebridad del himeneo de Pelayo, y las palmas de la victoria enlazadas con el mirto y las rosas del amor, adornaban la habitacion del Soberano, cuando la víspera de un dia tan deseado, Feliciana envió á suplicar á Pelayo y á Ervigia pasasen á su cuarto.

„Estaba recostada en unas almohadas,

y la cabeza apoyada sobre el pecho de Alfonso, cuyos ojos retenian las lágrimas de que estaban llenos. La dulce enferma quiso dar á su Soberano la última prueba de su respeto, y probó á levantarse; pero su debilidad no se lo permitió, y solo pudo tender hácia Ervigia una mano tan descolorida como si la muerte la hubiera ya tocado.

„Yo sabia, dijo apretando la mano de la Princesa, que el sacrificio de Alfonso no sería largo; y solo este motivo me le ha hecho aceptar. Morir esposa suya era mi único deseo. Ya estoy satisfecha, y mi alma va á volar á la morada eterna, en donde no padeceré mas. ¡Querido Alfonso, único amado de mi corazon! desde lo alto de los cielos velaré sobre tí, y te esperaré gozosa sabiendo que eres feliz. Si mi destino hubiese sido el errar aún sobre la tierra, jamas hubiera querido estar unida á tí, sino por un afecto recíproco. Advertida del peligro de mi vida, sabiendo que mi restable-

cimiento era una obra imposible, he tenido con mi propia flaqneza una indulgencia de que no estoy arrepentida, pues que élla me ha dado á conocer lo grande y escelente de tu corazon. Ahora recibid mi último á Dios. Que él oiga mis súplicas, y que os conceda á todos sus misericordias y bendicion. Amado Alfonso, sé dichoso. Yo muero contenta habiendo dado mi vida por salvar la tuya.

Feliciana no pudo decir mas, y pocos minutos despnes Alfonso no tuvo entre sus brazos mas qne un cuerpo inanimado, donde habia residido un alma tan bella.

,, La afliccion fue general: todos los preparativos para el himeneo se mudaron para la ceremonia funeral, y las personas qne habian venido de Asturias para la celebridad de las bodas, sembraron de flores, y regaron con sus lágrimas la tumba de aquella víctima del amor.

,,Pelayo dejó á Alfonso al cuidado de Sigerico, y se fue á señalar contra los Mo-

ros, seguido de Cratilo y Rainfroy.

„Los acontecimientos se habian sucedido tan rápidamente, que fuera de Pelayo nadie sabia de la manera que Ervigia se habia escapado del poder de Abderan, y un dia que se encontraban juntos en el cuarto del desconsolado Alfonso, Sácar, Sigerico y Ormesinda, ésta manifestó su curiosidad sobre el particular: á la que satisfizo Ervigia prontamente, diciendo asi:

„Estaba yo con la Reina Egilona cuando llegó á nosotras la noticia de la batalla de Jerez, y poco despues la muerte de Rodrigo; esta última fue confirmada con la vista de la armadura del Rey enviada á Tarif, y que este hizo esponer al públieo de Córdoba por algunos dias, habiendo intimado al mismo tiempo á los habitantes se rindiesen, ó sufriesen de nó la cautividad ó la muerte. Este rumor penetró en palacio, y supliqué á la Reina me sustragese á la cólera del vencedor; pero Ormesinda declaró que no saldria de Córdoba sin las órde-

nes de su hermano. ¡Cómo! esclamé yo; ¿el cielo nos lo ha conservado? — El cielo es su protector, me dijo Ormesinda: el silencio de sus enemigos nos debe asegurar de su existencia. La Reina y yo decidimos evadirnos, y Ormesinda, que no participaba de nuestros temores, tuvo que ayudar á unos preparativos cuyo objeto desaprobaba. Salimos pues de Córdoba, y yo no sabía adonde se dirigiria mi tia.

„Una furiosa tempestad nos ocasionó las mas desagradables resultas; la mula que montaba la Reina se espantó con el ruido de un trueno, la tiró al suelo, y habiéndola levantado sin conocimiento, nos vimos en precision de suspender la marcha, y recogerla en una especie de choza, en donde una calentura terrible que la sobrevino nos detuvo toda una semana.

„Cuando nos disponíamos á partir, supimos que los Moros estaban cerca de nosotros, y mi madre cambió de rumbo; pero yo perdí toda idea de podernos salvar,

pues que la Reina hizo saber, que engañada por los que nos conducian, habíamos caido en poder de nuestros enemigos, y que estábamos destinadas para adornar su triunfo. Mi desesperacion me hubiera hecho cometer mil estravagancias, si la piedad religiosa de mi madre no me hubiera confortado.

„Habiendo sido conducidas á Toledo, Abderan, que mandaba en la ciudad, nos trató con una consideracion que nos admiró. Cuando la salud de la Reina estuvo restablecida, ésta me anunció que la iban á trasladar á Córdoba. La palidez que cubria su rostro, causada por su larga y penosa convalecencia, se reemplazó al hablarme con el encarnado mas vivo, lo que atribuí á la alegría que le causaba aquella mudanza; pero duró poco, y sus ojos levantados al cielo, se bajaron hácia la tierra llenos de lágrimas que corrian por entre sus hermosas pestañas. Yo iba á pedirla la esplicacion de lo que notaba cuando Abderan vino á visitarnos, habiendo estado tan afectuoso y

amable, y yo tan ciega, que no teniendo otro objeto sus miradas apasionadas, ni sus discursos tiernos sino yo, le creí anamorado de mi madre. Cuando Abderan se retiró, la supliqué me esplicase por qué se habia mudado tan súbitamente. — ¿Con que tu observacion, querida Ervigia, me dijo, recae sobre mí sola? — ¿Pues quién quereis que me interese aquí? ¿Pero por qué Abderan no ha hablado de los preparativos que deben aproximarnos á vuestros estados? — ¿Mis estados dices? No es como Soberana de los Godos el hacerme mudar de prision, es como esposa de Abdelacis. — ¿Vos, señora? ¿Vos esposa de Abdelacis? — Hija mia, no me condenes sin oirme, me dijo aquella desgraciada, y entonces me confió.... Ormesinda la interrumpió diciéndola, que la historia de Egilona la habia ya contado Rainfroy.

„Bien, repuso Ervigia, esto es un consuelo para mí, pues asi no diré lo que me hubiera traido á la memoria mil circunstancias que penetrarian mi corazon

de un amargo dolor, renovando el de mi separacion de aquella tan virtuosa muger, como tierna madre.... Ervigia enjugó las lágrimas que la hicieron correr tan tristes recuerdos, y continuó asi:

„Habiendo quedado sola, tuve que sufrir las importunidades del Gobernador, y oir lo que él llamaba la historia de su corazon. Unas veces sumiso, otras imperioso, tuve que combatir sus deseos, desechar sus ofrecimientos, y hacer frente á sus amenazas.

„Todo esto duró hasta las primeras noticias que hubo de Pelayo, y que yo supe por mi mismo persegnidor. Un movimiento involuntario hizo traicion á mi secreto, y pagué cara la vislumbre de felicidad que brilló un instante para mí. Todo lo que los celos y el amor despreciado pueden sugerir fue puesto en ejecucion. Siempre rodeada de relaciones mentirosas sobre una vida tan preciosa para mí, me ví amenazada del último ultraje, y solo debo la con-

servacion de mi honor á la firmeza y valor que aparenté.

„Cuando se supo la victoria brillante que alcanzásteis de los Moros, Abderan vino á mi cuarto con un alfange en la mano, y me dijo que vuestra libertad estaba en mi mano, pues vuestra temeridad os habia llevado demasiado lejos; pero que si yo consentia á unir mi suerte á la suya, nada tendria que temer: sus promesas fueron magníficas. La suerte de Pelayo debia estar asegurada con su alianza, permitiéndole que reináre en las montañas y sus adyacentes; me puso por ejemplo la hermana de un Cesar, que compró la libertad de su patria dando la mano á Ataulfo; Pelayo está en mi poder, me dijo mostrándome su sable que yo conocí perfectamente. Pensadlo bien, libertad y grandeza para Pelayo, y un trono, y la fortuna para vos; nada será dificil para mí por obtener el único bien que desea mi corazon.

„Yo le escuché sin interrumpirle, y

habiéndome figurado que todo aquello no era otra cosa mas que una ficcion para sorprender mi consentimiento, le respondí que estando empeñada con Pelayo, creia de mi deber hacerle las reflexiones convenientes; cosa que no sería dificil estando en su poder, y que de lo que resultase de nuestra conversacion, dependia la resolucion que yo debia tomar.

„Abderan no me respondió, y se fue dando señales de su descontento. Falmud gozaba de toda su confianza: este hombre vino á mi cuarto. Príncesa, me dijo, mi amo desesperado de vuestra respuesta, se dispone á obtener por fuerza lo que sus súplicas no han podido: temed su desesperacion, y haced reflexion que nadie como él posee tantas y tan brillantes cualidades. _ Todas ellas estan borradas con su bárbara conducta, le respondí. Pero Falmud, yo os he esperimentado sensible á mi triste cautiverio; si vuestra compasion.... Deteneos, señora, me dijo, vos no quereis quebran-

tar vuestro juramento; yo no puedo tampoco faltar á los mios. Tengo orden de velar sobre el tesoro que la fortuna ha puesto entre las manos de mi amo, obedeceré puntualmente. Desde ahora empieza vuestra verdadera cautividad; soportadla con resignacion, ó aceptad las proposiciones que salvarian á la favorita del Califa.

CAPITULO XVII.

„Falmud tenia razon; mi esclavitud empezó en aquel instante, y mi sueño era interrumpido con los cánticos de alabanza que las mugeres que me rodeaban daban á las hazañas de Abderan, en las que se pintaba la desolacion de mi patria. Pocos dias despues recibí un billete de su parte, contenido en estos términos:

„El ardid es permitido al amor; el que yo he usado con vos ha sido inútil, y vuelvo á mi carácter. Ervigia, yo parto para combatir á vuestro amante; conozco que vuestros votos serán contra mí, pero sabed

que si se verifican estareis perdida para Pelayo. Si yo perezco, Falmud tiene mis órdenes, y os quitará una vida que ha hecho la desgracia de la mia, y que haria horrible mi muerte, si el sepulcro no nos encerrára á los dos."

"Esperando la muerte de un modo ó de otro, pasaron bastantes dias. Y una tarde, que como de costumbre yo me perdia en mis conjeturas, Falmud se presentó á mí con un vaso en una mano, y la otra armada con un puñal. Yo lo confieso, su vista me petrificó de espanto. Sin embargo un rayo de luz me iluminó, y esclamé: ¿Pelayo es vencedor? mi muerte será vengada, hiere bárbaro. — Señora, dijo Falmud de un modo apenas inteligible, yo no soy solo. Tomad la copa, y no temais el efecto de lo que contiene. Falmud llamó á un hombre, á quien dijo: sed testigo de que las órdenes de Abderan quedan ejecutadas. Falmud me urgia para que llegase el vaso á mis lábios, y yo tragué el brebage

que contenia ; á pesar de lo que aquel Moro compasivo me habia dicho, creí haber bebido mi muerte. Todos me dejaron sola. No es posible que yo diga los pensamientos que me asaltaron en aquel tiempo ; un sueño profundo se apoderó de mis sentidos, de modo que perdí todo conocimiento.

„Cuando me desperté me hallé en los brazos de la muger de Falmud, y balanceada como en un carruage. Yo quise hablar, pero aquella muger me impuso silencio, diciendo que seríamos perdidas si nos oian. ¿Pero adónde vamos? pregunté. A Leon, me respondió. Falmud va hacer parar el carro, y os depositarán en el mismo monumento en que os hubieran puesto muerta; no hagais ningun movimiento que descubra vuestra existencia. Yo no tuve tiempo de responder; el carro se paró. La oscuridad de la noche impidió que los satélites de Abderan conociesen el engaño; fui pues colocada en la tumba, y á escepcion de Falmnd y su muger, todos los otros se dispersaron.

„No tuve mucho tiempo para pensar en mi singnlar posicion. Aquellas buenas gentes me sacaron del monumento, y me colocaron en otro carro que se detuvo muy poco hasta Leon; cnando estuve ya en el lugar de mi destino teniendo la libertad de preguntar, Falmud me satisfizo llorando con un sincero gozo.

„Señora, me dijo, si he escogido este retiro, ha sido porqne Abderan, cuyas heridas pueden no ser mortales, debe ignorar vuestra existencia. Por lo demas, estad tranquila, pasareis por bija mia, y si es verdad lo qne dicen, Pelayo vendrá bien pronto á poner el sitio á Leon. Falmud me informó de todos los brillantes sucesos de Pelayo, al que yo hubiera querido instruir de mis aventuras; pero Falmud no quiso que las supiera hasta la toma de la ciudad, pues que entonces se proponia no retardar un instante el participarle que Ervigia podia ser suya todavía.

„La relacion de Ervigia interesó infini-

to, y hablaron mucho tiempo de la deplorable suerte de Egilona, que pagó demasiado caro un error que en el fondo no habia sido sino una violacion de los usos, y que no por eso desmerecía la indulgencia de las almas sensibles. Ervigia lloró sinceramente á una madre tan digna de serlo, por haberla dejado tantos ejemplos de virtud, y por haber sido tan desgraciada.

„ La familia de Sácar se presentó; la amable Ervigia los recibió á todos con la mayor cordialidad, especialmente á la bella hermana de Sigerico, á la que la particularidad de ser amada de Cratilo hacia doblemente recomendable. Las conversaciones de Ervigia y de Algonda rebosaban amor y esperanza. Dejémoslas gozar de tantos bienes, y veamos qué hacen dos personas que tan poco se recuerdan con la alegría que reina en lo restante de la reunion.

„ El triste Alfonso lloraba á la interesante Feliciana, reconviniéndose por haberla conocido tan tarde, y no poder volverla

la vida á costa de la suya propia. Sin embargo Ormesinda reinaba en aquel corazon despedazado, pensando que aún cuando Pelayo cumpliese su palabra, no deberia sino á la deferencia una obediencia que nada tendría de comparable con lo que veia en Ervigia y Algonda.

„Ormesinda leia en el corazon de Alfonso, y temia que si este Príncipe se prevalía del ascendiente que le daban sus servicios, se vería obligada á una negativa formal que disgustase al Rey. Hubiera deseado retirarse á un claustro; pero no habia ninguno en aquella parte de España sumisa á Pelayo. Ormesinda pues se vió privada de la única esperanza que tenia, y deseaba con impaciencia el regreso de su hermano. Pelayo volvió cargado de laureles y despojos de los Moros; su primer cuidado fue (despues de los de su gobierno) preparar todo lo necesario para su boda y la de Cratilo, habiendo deseado celebrar la de su hermana, pero esta se negó decididamente.

,,Cuando la desgracia, dijo Ormesinda, os tenia privado de vuestra querida Ervigia, creyéndola perdida para siempre, me hubiera decidido á dar mi mano á cualquiera de los que participaban de vuestros trabajos y hazañas; y habiéndome vos mismo designado al Príncipe de Cantabria, mi deber me prescribió una obediencia sin repugnancia; pero ahora que la fortuna ha cesado de perseguir á vuestro amor, y que vuestra union con Ervigia asegurará una sucesion al estado que habeis sabido defender, permitidme que viva libre; que mis pensamientos se eleven al cielo, y Alfonso pueda estar seguro que yo no daré á ningun otro la preferencia, y que...."

Ormesinda iba á continuar al mismo tiempo en que Alfonso se presentó; y aprovechando la ocasion le abrió su corazon, no ocultándole nada de cuanto habia dicho á Pelayo. El Príncipe quedó convencido de una verdad tan triste, y pidió permiso de acompañar á Rainfroy á su pais. Pelayo se

lo concedió, con la condicion de que volvería á España asi que el tiempo hubiese hecho su efecto ordinario.

„ Alfonso se retiró, y no esperó á Rainfroy, que debia ser testigo del casamiento de Pelayo. No me será posible le dijo á Cratilo, ser espectador de una felicidad que no ha sido hecha para mí; yo esperaré á mi amigo á la salida de los montes, los qne no volveré á ver, hasta que ya la memoria de Ormesinda no haga palpitar á este corazon que no ha conocido al amor sino por élla.

CAPITULO XVIII.

„ Pelayo recibió la mano de Ervigia; Cratilo fue galardonado de su amor con la de la bella Algonda; Sigerico mereció siempre el afecto del Soberano, y la confianza del pueblo; Sácar vivió hasta una edad mas allá del término ordinario, y pagó la denda de la naturaleza, pasando tranqnilamente de este mundo al otro á recibir el lauro de

sus virtudes; Ormesinda no se casó nunca, y la estrema sensibilidad de su corazon halló pábulo en la amistad de sn hermano y de los sobrinos que la dió en dos hijos que completaron su felicidad. El primero llamado Froila sucedió en el mando á su padre; la segunda fue una hija llamada Ormesinda, que casó con el Príncipe de Cantabria, á pesar de la diferencia de edad, habiendo aquella jóven Princesa hallado en Alfonso todas las cualidades que podia desear, y viendo él en élla el retrato físico y moral de su tia, á quien miró siempre con el respeto que sus virtudes merecian. La sucesion de Cratilo fue numerosa, y hay quien dice que viene de élla nuestro nunca bastantemente celebrado Rodrigo de Vivar, llamado el *Cid*, infatigable perseguidor de los enemigos de su patria, cuyas proezas y amores han sido cantados por los poetas.

„Pelayo restauró una parte de España, y su gratitud hácia los Asturianos fue tal, que dejó el título de Príncipe de *Asturias*

al heredero presuntivo de la corona: título perpetuado hasta nuestros dias, y que nos debe hacer respetar la memoria de su fundador, recordándonos sus trabajos, y el afecto á su pueblo.

„Su muerte privó á España de su defensor; los Moros se apoderaron en seguida de casi toda ella, y la poseyeron por espacio de ochocientos años; los Reyes Católicos Don Fernando y Doña Isabel los echaron de España enteramente. En aquel tiempo se miró esta empresa y su realizacion como la cosa mas interesante y mas gloriosa para la nacion. Pero como los tiempos hacen mudar las opiniones y raciocinios, bien sea por la inconstancia natural de los hombres, y mas ciertamente porque se ha visto el resultado de lo hecho, lo que en aquella época se tuvo por una medida acertada, se ha juzgado despues por un error político, habiendo privado al estado de una grande y útil porcion de sus habitantes, que solo se condujeron mal en los últimos

tiempos, á fuerza de los malos tratamientos que recibieron de las autoridades nacionales que los gobernaban. Los Moros pasaron al Africa, llevándose consigo las riquezas que pudieron salvar, las artes y las ciencias, y solo dejaron en España el inmenso vacío de ellas, el gusto de la guerra y el de las letras; es decir, el de la poesía, que cultivaron con tanto éxito poco despues los inmortales Cervantes de Saavedra, Fray Luis de Granada y de Leon, Ercilla, Solís, Garcilaso, Lope de Vega y otros infinitos, que harán la gloria de la literatura española, y ocuparán un lugar distinguido en el Parnaso.

„Los vicios de Rodrigo, y las virtudes de Pelayo deben servir de leccion á los Soberanos; objeto de odio y execracion de los siglos, el primero presenta el cuadro de la desolacion y la desgracia atraida sobre sí, y sobre su infeliz estado; queriéndole castigar de la venganza que él mismo habia excitado con su mala fe, dió lugar á la des-

truccion total de una nacion que no tenia otro delito que el de haber sufrido sus desórdenes, viéndose por ellos reducida á la esclavitud, hecha presa de sus enemigos, que la inundaron como un torrente impetuoso, que devastaron sus posesiones, robaron sus tesoros, sacrificaron á sus guerreros, degollaron á los débiles ancianos, maltrataron á las mugeres y los niños, violaron las vírgenes, y en fin se condujeron como se conducen casi todos los ejércitos que poseen un pais por derecho de conquista, aunque pertenezcan al imperio mas civilizado y mas humano de la tierra.

„ Si Rodrigo, como algunos quieren suponer, no murió cuando el Guadalete llevó en sus ondas sus vestiduras é insignias reales, y que sobreviniendo á unas desgracias tan horrendas, fue testigo de las miserias de que era causa, ¡qué crueles é infructuosos remordimientos no debian agitar su alma! Los acontecimientos de la torre (obra del Conde Julian) no debian ser na-

da en su comparacion, y aquel poder tiránico que tanto deseaba, escapado de sus sanguinarias é indolentes manos, debia de hacer su tormento, no habiéndole empleado sino en la satisfaccion de sus pasiones, que ocasionaban su ruina, y llevando al sepulcro la maldicion y el odio que merecia de su siglo y de la posteridad.

„Pelayo por el contrario, lleno de un celo ardiente por su nacion, y los que habian puesto en él su confianza, no aceptó el poder supremo sino para curar las heridas abiertas en el seno de una patria por quien se queria sacrificar; y lejos de atraer á ella sus enemigos, los destruyó, y supo con su sabia política hacer, no alianzas secretas que sostuvieran bajo pretestos especiosos el despotismo, sino paces honoríficas, y tratados ventajosos á los pueblos de quienes se habia constituido padre y protector, alejando á los aduladores que no tienen fuerza para resistir á la voluntad injusta de un Soberano; pero sí valor para arrastrarle al opro-

bio: que muchas veces hacen de él el instrumento de sus intereses personales, y que le alucinan con un falso celo por su gloria. En fin Pelayo dejó el ejemplo de como debe ser un buen Rey. ¡Quiera el cielo que este ejemplo sea imitado, y que la España goce largo tiempo de la prosperidad que en todas las épocas y en todas las regiones de la tierra han gozado los imperios que han poseido el raro y precioso tesoro de un Soberano, que como Pelayo ha merecido el amor y las bendiciones de su pueblo.

FIN.

En la misma librería se hallan las obras siguientes:

Aventuras de Telémaco por Fenelon, traducidas por Rebolleda, 2 tomos, 8. 18
Bailli de vera religione, 2 tomos, 8. 22
Bichat, tratado de las membranas en general y de diversas membranas en particular, 8. 10
Broussais, principios de la medicina fisiológica, y examen de la anatomía patológica y algunas doctrinas nuevas; traducido libremente al español por un médico de esta Corte. Tal vez no habrá un pueblo en España donde no haya llegado la noticia de la medicina fisiológica del Dr. Broussais, por cuya razon parece verdaderamente necesaria la publicacion de una obra que demuestra las bases y doctrinas del nuevo sistema, un tomo, 8 mayor. 16
Capmani, filosofía de la elocuencia, segun la impresion de Lóndres, adicionada y corregida con esmero, un tomo 8 mayor. 18
La misma, de bella impresion, 2 tomos, 8. 24
Camino del cielo, 12. 6
Compendio histórico de la Religion por Pinton, 2 tomos, 8, pergamino 16 rs. . . . .
Materia médica por Blasco, 8. 20
Compendio de la obra de Juzgados militares ó sea formulario completo de procesos, nueva edicion, 8. 12
Despertador Eucarístico, con una lám. 12. 12
Doctrina moderna para los sangradores por De Prenx, 8 pergamino 4 rs. 7
Delicias de la Religion, 8. 12
Ejercicio espiritual cotidiano. Este nuevo devocionario, acaso el mas completo de cuantos se han publicado, por las fervorosísimas y devotas oraciones que contiene, su tamaño pequeño, hermosa impresion y caracter de letra, ofrece las mayores ventajas por llevar consigo en un solo volúmen todo lo necesario para encomendarse á Dios diariamente por medio de varias oraciones, por las que estan concedidas innumerables indulgencias por diversos Excmos é Ilmos. Señores Arzobispos y Obispos; adornado con 7 láminas finas, 16 avo, papel vitela y encuadernado en tafilete. . . . .
Idem pasta fina. 26
Idem papel y pasta comun. 15
El Valdemaro, novela, 2 tomos, 8 menor. 9
Ejercicio cotidiano con diferentes oraciones para antes y despues de la confesion y comunion, con un ejerci- 18

cio para la Santa Misa, recopilado de varios autores, nueva edicion, 12. 6
Idem la docena en pasta bien encuadernados. 54
Idem mas comunes. 48
Idem papel 2 y medio rs.
Ejemplos morales, ó las consecuencias de la buena y mala educacion en los varios destinos de la sociedad, 8. 8
Idem á la holandesa. 6
Granada, oracion y meditacion. 8. 9
Historia del caballero Cárlos Grandison, novela, 4 tomos, 8. 44
Jaen. Instruccion utilísima y fácil para confesar general y particularmente, y prepararse á recibir la sagrada comunion, con el retrato de su autor, 8 10
Le Roi, medicina curativa, tercera edicion 8. 20
Manejo mecánico de un regimiento de infantería por Torregrosa, 4. 24
Idem en rústica 20 rs.
Noches lúgubres de Cadalso, 16. 7
Nuevo Robinson, 2 tomos con láminas comunes, 8. . . 24
Ordinario de la Santa Misa en latin y castellano, con oraciones para la confesion y comunion: contiene tambien el ejercicio diario para el cristiano, el Trisagio de la Santísima Trinidad y sus gozos, el Te Deum en latin y castellano, y el Miserere con oraciones para asistir al santo Jubileo, con siete láminas, buena impresion, 16. 9
Idem pasta fina. 14
Idem tafilete. 25
Oficio y misas de la Semana Santa y Semana de Pascua, en latin y castellano: nueva edicion puesta en dos columnas con 10 láminas finas. 17
Idem en pasta y papel fino. 26
Idem en tafilete. 44
Recopilacion ó sea instruccion manual de la táctica militar de caballería, que contiene la instruccion del recluta y compañía, obligaciones del cabo y sargento, y todas las leyes penales, con una lámina que representa el caballo, 8. 12
Recopilacion de penas militares con arreglo á ordenanza y reales órdenes, que contiene las obligaciones del soldado, cabo y sargento de infantería, la instruccion del recluta y compañía, manual de guias y táctica de guerrilla y otros muchos tratados, 8. 13
Idem con láminas de guerrilla y figuras de mando con la espada. 22

